

Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924 - 1933

Ximena Urtubia Odekerken



Ariadna Universitaria

Ximena Urtubia Odekerken (Talca, 1991), es Licenciada en Historia (Universidad de Chile). Ha realizado diversas actividades de docencia e investigación en historia política y cultural de Chile. La presente obra es el resultado de su tesis de licenciatura abordada en el marco del Proyecto FONDECYT 1130286 *El comunismo chileno después de Recabarren hasta el fin de las políticas del Tercer Período (1925-1934)*, que ha tenido como investigador responsable al Dr. Sergio Grez Toso.

Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924 - 1933 /

Autora: Ximena Urtubia Odekerken / Materia: Historia política
ISBN: 978-956-8416-40-9 Primera edición abril 2016

Fotografía portada, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1503, 28 de mayo de 1925

Ariadna Ediciones EIRL / Laguna la Invernada 0246, Estación
Central Santiago de Chile / <http://ariadnaediciones.cl/>
manuel.lovola@gmail.com / Santiago, Chile



Obra bajo [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Comité Editorial Evaluador Ariadna Ediciones

Víctor Jeifets, Dr. Titular en Historia Universal, Profesor de la Universidad Estatal de San Petersburgo, Director del Centro de Estudios Iberoamericanos, Rusia
<http://orcid.org/0000-0002-7197-7105>

Frédérique Langue, Dra. en Historia, Investigadora del CNRS, adscrita al Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP), Francia

Constanza Bosch, Dra. (a) en historia, Profesora y Especialista en Tecnologías de la Información y la Comunicación. Investigadora CIECS-CONICET, Universidad Nacional de Córdoba, Universidad Nacional de La Plata, Argentina
<http://orcid.org/0000-0002-8312-7546>

Eduardo Aguado-López, Dr. en Educación Superior, CIDHEM. México, Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México
<http://www.redalyc.org/autor.aa?id=21>

Fabián Almonacid, Dr. en Historia. Académico jornada completa, Universidad Austral de Chile

Daniel Gaido, Dr. en historia, Investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Conicet; Profesor adjunto de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina
<https://gepama.academia.edu/DanielGaido>

María Florencia Osuna, profesora Universitaria en Historia (UNGS), Mg. en Historia (IDAES-UNSAM), doctoranda en Historia (UBA). Docente en la cátedra de teoría política (FAHCE-UNLP), Argentina

Alfredo Riquelme, Dr. en Historia (Universitat de València), académico del Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Daiana Nascimento dos Santos, Dra. en Estudios Americanos, mención Pensamiento y Cultura, investigadora

Fondecyt - Centro de Estudios Avanzados, Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, Chile
<http://orcid.org/0000-0002-5210-5475>

Cristina Moyano, Dra. en Historia, investigadora Conicyt, académica del Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad de Santiago de Chile
<http://orcid.org/0000-0002-4517-2688>

Pablo Seguel, egresado de historia y sociología, Universidad de Chile. Investigador Proyecto Bicentenario para el Estudio de los Movimientos Sociales: memoria social y poder, Universidad de Chile. Miembro del núcleo de investigación en movimiento sociales y poder popular, Departamento de Sociología, Universidad de Chile

Marcela Morales, Antropóloga Universidad de Chile, Dra. © en Estudios Americanos, IDEA-USACH, Profesional de la Subdirección de Archivos, Archivo Nacional, Chile

Hernán Camarero, Dr. en Historia de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesor Titular Regular de la UBA. Investigador Independiente del CONICET, Argentina

Viviana Bravo, Doctora en Estudios Latinoamericanos. Académica del Posgrado en Estudios Latinoamericanos y de la Facultad de Economía - UNAM, México

Hernán Venegas, Dr. en Historia, Universidad de Huelva (España); Académico de la Universidad de Santiago de Chile

Augusto Samaniego, Dr. en Historia, académico Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile

Sergio Toro, Dr. Ciencias Políticas, académico del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Católica de Chile

Rolando Álvarez, Dr. en historia, académico Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile

Jorge Gonzaloren, Mg. en historia económica (Universidad de Lund), académico de la Universidad de Chile

Luis Thielemann, Mg. en historia, docente en historia Universidad Finis Terrae, Chile

Daniela Lucena, Dra. en Ciencias Sociales. Investigadora CONICET. Docente de grado y de posgrado en la UBA, la Universidad Nacional del Arte y de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina <https://uba.academia.edu/DanielaLucena>

Y. Marcela García, Dra. en sociología. Docente colaboradora de la Universidad de Estrasburgo, Francia. Miembro asociada al laboratorio/Unidad de investigación DynamE (UMR 7367), Dinámicas europeas, Estrasburgo, Francia

Lucas Poy, Dr. en Historia, Investigador CONICET, Buenos Aires, Argentina <https://uba.academia.edu/LucasPoy>

Sergio Grez, Dr. en Historia, académico de la Universidad de Chile, Chile

Adriana Petra, Dra. en Historia (UNLP), docente en la Universidad Nacional de San Martín e investigadora CONICET, Argentina

Carolina Olmedo, Licenciada en Arte (PUC), Dra. © en Estudios Latinoamericanos, U. de Chile, <https://uchile.academia.edu/carolinaolmedo>

Carine Dalmás, Dra. en Historia Social por la Universidade de São Paulo (USP)- Brasil. Professora de História de América en la Universidade Estadual de Maranhão (UEMA) - Brasil

Fabio Moraga, Dr. en Historia, Docente e investigador en el Instituto de Investigaciones sobre Universidad y Educación, Universidad Nacional Autónoma de México <https://unam.academia.edu/FabioMoraga>

Marcelo Alvarado, Licenciado en Filosofía (PUC); investigador independiente.

Hegemonía y cultura política en el Partido Comunista de Chile: la transformación del militante tradicional, 1924 - 1933

Ximena Urtubia Odekerken

ÍNDICE

Siglas y abreviaturas.....	9
Agradecimientos.....	11
Introducción.....	13

I El militante tradicional, 1924-1925

1. Admisión y composición, 50
2. La moral comunista, 60
3. Recabarren como monumento
y tradición, 73
4. Instrucción y formación doctrinaria, 81
5. Labores del militante, 90

II El militante en proceso de bolchevización, 1926-1931

1. Disciplina y desviación, 106
2. La represión como prueba, 147
3. Esfuerzos por mejorar
el nivel doctrinario, 158
4. Actividad partidaria entre democracia
y dictadura, 164

III ¿El militante bolchevizado?, 1932-1933

1. Proletarización del partido, 180
 2. Formación de cuadros revolucionarios, 188
 3. Tareas en los albores de la revolución, 199
 4. Recabarren entre la institución y la crítica, 217
 5. Los cómplices del fascismo, 224
- Conclusión, 232
Fuentes, 241
Bibliografía, 242

SIGLAS Y ABREVIATURAS

AHN	Archivo Histórico Nacional
FIS	Fondo de Intendencia de Santiago
AMH	Archivo personal Manuel Hidalgo Plaza
vol.	Volumen
s. c.	Sin catalogar
s. d.	Sin datos
fj.	Foja
CE	Comité Ejecutivo
CEN	Comité Ejecutivo Nacional
CC	Comité Central
CR	Comité Regional
CL	Comité Local
C. de B.	Comité de Barrio
FAF	Frente Anti Fascista
FOCh	Federación Obrera de Chile
ISR	Internacional Sindical Roja
Komintern	Internacional Comunista o Tercera Internacional
PC	Partido Comunista de Chile
PCA	Partido Comunista de Alemania
POS	Partido Obrero Socialista
PCtU	Partido Comunista de toda la Unión (bolcheviques)
OCI	Oposición Comunista Internacional
OSR	Oposición Sindical Revolucionaria
SSA-BSA	Secretariado Sudamericano o Buró Sudamericano de la Internacional Comunista
SRI	Socorro Rojo Internacional
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USRACH	Unión Social Republicana de Asalariados de Chile

AGRADECIMIENTOS

La investigación que ha originado este libro fue realizada para mi tesis de Licenciatura, bajo el patrocinio del Proyecto Fondecyt N° 1130286, titulado “El comunismo chileno después de Recabarren hasta el fin de las políticas del ‘Tercer período’ (1925-1934)”. Quiero agradecer, en primer lugar, a Sergio Grez Toso, investigador responsable del referido proyecto y profesor guía de mi tesis, por el apoyo, la confianza y la generosidad intelectual que me ha brindado durante estos años que hemos trabajado juntos. Debo reconocer que una parte importante de mi formación en el quehacer historiográfico se la debo a él, no así mis posibles defectos. La rigurosidad con la que revisó el manuscrito de mi tesis me llevó a realizar importantes cambios, cuyo resultado final fue la base de este libro. Le expreso mi más sincera gratitud.

Quiero agradecer a quienes leyeron la primera versión de este texto y tuvieron la generosidad de compartir conmigo sus comentarios, los cuales - sin duda - han contribuido a mejorar mi trabajo y a profundizar mis reflexiones. Por ello, agradezco a mi amiga personal Elisa Montero Carvajal, a la comisión ante la cual defendí mi tesis en la Universidad de Chile, Pablo Artaza Barrios e Isabel Jara Hinojosa, y, desde el interés por el comunismo chileno, a los historiadores Manuel Loyola Tapia y Rolando Álvarez Vallejos.

Particularmente, le estoy agradecida a Pablo Muñoz Acosta, archivero del Archivo Histórico Nacional, quien me facilitó el acceso - pese a que estaban en proceso de catalogación - a los documentos que pertenecieron a uno de los principales líderes del Partido Comunista durante el período que nos convoca, Manuel Hidalgo Plaza. Asimismo, nuevamente le agradezco a Sergio Grez Toso por ayudarme a recopilarlos. Tratándose de un *corpus* no consultado por otros investigadores, la aparición de este archivo provocó en la planificación inicial de mi proyecto de tesis un giro inesperado, gracias a la posibilidad de indagar en actores y temas que, hasta este momento (y precisamente por falta de fuentes), no habían sido estudiados. Tengo la seguridad que estos documentos serán un aporte tremendo al estudio del comunismo chileno y consiguientemente, al debate historiográfico.

Agradezco a mis amigos personales Valentina Ascencio Altamirano y Miguel Álvarez Lisboa por su valiosa colaboración en la construcción de este libro.

A todos los hago solidariamente parte de lo que he logrado con este trabajo y, asimismo, libres de toda responsabilidad sobre sus posibles vacíos. Ciertamente, si bien este libro es de mi autoría, su construcción ha sido fruto del apoyo y la generosidad de varias personas.

Finalmente, y no por ello menos importante, quiero agradecer a mis amigos y amigas, a toda mi familia y a mis exprofesores, por haber estado conmigo en esta larga travesía. Sus afectos y enseñanzas han sido mi principal sostén para seguir adelante en mi formación como historiadora y, por qué no decirlo, para ser mejor persona.

INTRODUCCIÓN

Entre 1924 y 1933, se produjo lo que se conoce como la “bolchevización” del Partido Comunista de Chile (en adelante, PC). Este proceso consistió en el progresivo alineamiento del PC a las directrices exigidas por la Internacional Comunista (o Komintern) en un momento clave para el movimiento comunista internacional.

Hacia 1927, en el marco de aceleradas crisis económicas, Nikolái Bujarin anunció que se estaba desarrollando un “tercer período” del desarrollo del capitalismo mundial, caracterizado por la radicalización de las masas trabajadoras, y la consiguiente agudización del conflicto de clases. Esta situación, según este dirigente y miembro del Politburó soviético, llevaría al colapso definitivo del capitalismo.

En el contexto del VI Congreso de la Internacional Comunista, esta tesis justificó el llamado a los partidos comunistas a prepararse para lo inminente, es decir, a superar sus debilidades internas y a conseguir la conducción en el movimiento obrero de sus respectivos países. Desde esta perspectiva, la política del Frente Único Proletario - ya aprobada por el Comité Ejecutivo komintereano en diciembre de 1921 - terminó por profundizar su carácter sectario¹: el frente unido contra las

¹ El fracaso del movimiento revolucionario alemán en octubre de 1923, fue un indicador decisivo de la sensación de retirada en la marcha hacia la revolución mundial. Asimismo, ratificaba las denuncias en la teoría u oratoria bolchevique sobre los socialdemócratas. Sin embargo, la situación no era del todo pesimista. Como el Partido Laborista británico y el “bloque de izquierdas” francés se hallaban en el poder, la alternativa al fascismo contemplada por las resoluciones del IV Congreso komintereano, en gran medida, se había cumplido. Tal como señaló Edward H. Carr, “la llegada de la era democrático-pacifista se saludaba como una «señal del colapso del capitalismo»”. Ambos factores sugirieron una orientación inequívoca hacia la izquierda de la línea política que finalmente, culminó con las resoluciones de los V y VI Congresos de la Komintern. En: Edward H. Carr, *El socialismo en un solo país, 1924-1926. 3º Las relaciones exteriores*, Madrid, Alianza Editorial, 1976, t. 3, primera parte, pp. 83-

ofensivas de los patrones y los Estados, no debía considerar posibles alianzas con la socialdemocracia u otros grupos reformistas (es decir del “frente único por arriba”), porque estos sectores demostrarían su complicidad con la derecha y su vía fascista² frente a una coyuntura revolucionaria. De ahí que la labor de los comunistas fuera “desenmascararlos”, es decir, levantar campañas de desprestigio contra estos partidos y sus dirigentes para eliminar su influencia en la clase obrera. Por tanto, el Frente Único, liderado por los comunistas, debía estar

87; Miloš Hájek, *Historia de la Tercera Internacional. La política del Frente Único (1921-1935)*, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, pp. 117-129. Es posible encontrar una buena síntesis del desarrollo de las políticas del “Tercer Período” de la Internacional Comunista, en Sergio Grez, “Un episodio de las políticas del ‘Tercer Período’ de la Internacional Comunista: elecciones presidenciales en Chile, 1931”, *Historia*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, diciembre de 2015, 2(48):465-503. Mis agradecimientos al autor por facilitarme el manuscrito antes de su publicación.

² Tras el fracaso alemán de 1923, el V Congreso de Komintern revisó la tesis sobre la contradicción, subrayada por el anterior, entre el fascismo y la democracia burguesa. La descomposición de la sociedad capitalista, según los congresistas, era correlativa al carácter fascista que tomaban los partidos burgueses, principalmente la socialdemocracia. En ese sentido, la socialdemocracia no podía ser un aliado en la lucha contra el fascismo, pues era considerada como su ala izquierda. Sin embargo, el VI Congreso de la Komintern, según Miloš Hájek, no fue tan lejos en su giro a la izquierda sobre este tema. El programa komintereano señalaba, al respecto, que en el transcurso de su evolución, la socialdemocracia mostraba tendencias fascistas principalmente en épocas críticas para el capitalismo, pero eso no la impedía situarse como partido de oposición contra los gobiernos burgueses. Por esta razón, el VI Congreso no aceptó el término “socialfascismo”. De acuerdo a Fernando Claudín, posteriormente, el IX Pleno del CE komintereano (1929), adoptó la perfecta asimilación entre fascismo y socialdemocracia. La tesis del socialfascismo enfatizó la equivalencia de los fines entre ambos sectores políticos, si bien se diferenciaban en consignas y métodos. El ala izquierda del socialfascismo, según esta tesis, tenía la misión de manipular las consignas de los sectores revolucionarios y por otro lado, su desarrollo inevitablemente la llevaría al fascismo puro. En: Miloš Hájek, *op. cit.*, pp. 189-190, Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista. Tomo 1: De la Komintern al Kominform*, [s. d.], pp. 75-76.

formado por una amplia unidad en la base, ganando simpatizantes de la clase trabajadora (rural y urbana) al partido y al movimiento sindical revolucionario. Solo así se iba a llevar a cabo la revolución.

En conjunto, estas políticas fueron conocidas como “clase contra clase” o las del “Tercer Período”³. De acuerdo a Miloš Hájek, el aplastamiento de la democracia interna en la Komintern y el limitado carácter de las discusiones que se desarrollaron en su seno explican que tras el X pleno del CE komintereano, esta orientación “ultraizquierda” se haya mantenido por tanto tiempo, pese al balance negativo que trajo su aplicación entre los distintos partidos comunistas⁴.

Para lograr este propósito, la Komintern consideró imprescindible que sus secciones nacionales depuraran sus rasgos partidarios adoptando el modelo bolchevique; ya desde mediados de 1924 se habían dado los primeros pasos a la imposición de esta uniformidad⁵. La bolchevización, en términos generales, fue el llamado de la Komintern - zanjado en su V Congreso - a construir un partido revolucionario de masas, centralizado y monolítico, “siguiendo fielmente las directivas de Lenin, y *teniendo en cuenta, al mismo tiempo, la situación concreta de cada país*”⁶.

³ Miloš Hájek, *op. cit.*, pp. 208-209.

⁴ *Ibid.*, p. 230.

⁵ La derrota alemana de 1923 fortaleció inevitablemente, el prestigio y el predominio ruso en la Internacional Comunista, dado que el fracaso del PCA reflejó la distancia entre el único partido con una revolución victoriosa, y aquellos partidos que habían fracasado en ese intento. En el marco de la controversia con Lev Trotsky en el seno del PC ruso, las resoluciones del V Congreso de Komintern sancionaron la condena a la oposición (y por tanto, el primer castigo formal al dirigente soviético) y, consiguientemente, desplazó la médula de la demanda de la “bolchevización” hacia la supresión de las desviaciones de derecha y al trotskismo. De acuerdo a Carr, la bolchevización no tenía que interpretarse como una trasposición mecánica de la experiencia de los comunistas rusos, sino la adopción de cualidades que se consideraron esenciales para un partido bolchevique. En: Edward H. Carr, *op. cit.*, pp. 104-105.

⁶ *Ibid.*, p. 105. Las cursivas son del original.

De acuerdo a Edward H. Carr sobre esta última idea, la consigna de la bolchevización tenía como unidad básica para los partidos comunistas del mundo, la estricta aceptación y sin discusiones, de la militancia a las decisiones de la autoridad central y su instrucción en el marxismo-leninismo⁷. En suma, la uniformidad de los partidos comunistas necesariamente implicaba forjar cuadros de combate, por lo que requería contar con cierto tipo de militantes, que debían ser disciplinados y capacitados doctrinariamente para evaluar la coyuntura política y, por consiguiente, accionar orgánicamente. A partir de esto, los partidos comunistas nacionales adquirirían una vinculación más explícita con el movimiento comunista internacional y por tanto, internacionalizaban su rol.

Este proceso de transformación fue directamente supervisado por las unidades de la Komintern y para el caso chileno, le correspondió esta tarea al Secretariado Sudamericano (SSA), luego Buró Sudamericano (BSA), a fines de la década de 1920 y comienzos de 1930 respectivamente. Según Olga Ulianova, esta intervención se produjo en un momento en que las condiciones generadas por la clandestinidad en el PC chileno, a raíz de la instauración de la dictadura de Carlos Ibáñez entre 1927 y 1931, facilitó esta labor⁸.

En general, los historiadores han entendido la bolchevización del PC chileno como una transformación tanto estratégica como orgánica, cuyo punto de arranque habría sido el fallecimiento de Luis Emilio Recabarren en diciembre de 1924⁹, quien como se sabe, fue uno de los principales líderes del antiguo Partido Obrero Socialista

⁷ *Ibid.*, p. 106

⁸ Olga Ulianova, “El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez (1927-1931): primera clandestinidad y ‘bolchevización’ estaliniana”, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931*, Santiago, DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005, p. 258.

⁹ Hernán Ramírez, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile. Ensayo de historia política y social de Chile*, Moscú, Editorial Progreso, 1984, pp. 285 y ss.

(POS) y del PC en sus primeros años, si bien la bolchevización ya se anunciaba en la prensa partidaria meses antes¹⁰. Para efectos de nuestro estudio, pese a que la bolchevización partió con el VII Congreso Nacional partidario, por razones que desarrollaremos a continuación, nuestra investigación consideró los años inmediatos a la muerte de Recabarren para indagar así en sus antecedentes más próximos.

A partir del VII Congreso realizado en 1926, el partido que anteriormente poseía una estructura federativa heredada del antiguo POS, basada en el asambleísmo y la democracia interna de los centros, se rigió luego por una organización celular fundada en el llamado “centralismo democrático”, es decir, por una cadena de instancias deliberativas y democráticas que si bien estaban marcadas por una acentuada jerarquía, debían centralizarse en torno a las directivas nacionales (en este caso, el CEN o CC). De ahí a que la disciplina de los organismos inferiores - instaurada durante este congreso - respecto a sus superiores, tuviese un asidero en principio democrático. Pese a ello, la última palabra recaía en la Komintern, una vez que se zanjó su derecho -durante su V Congreso- a anular o modificar las resoluciones de los órganos directivos y de los congresos de sus secciones nacionales.

A lo anterior se sumó lo siguiente. Según los estudios precedentes, en el marco del viraje estratégico impulsado por la Internacional, el PC chileno, abandonando sus prácticas políticas de antaño, adoptó la retórica del “Tercer Período” e implementó a ultranza y pese a los costos, las políticas de “clase contra clase” una vez que salió de la clandestinidad¹¹.

¹⁰ En Rolando Álvarez, “La bolchevización del Partido Comunista de Chile. Antecedentes (1920-1927)”, estudio presentado en Seminario Internacional “El comunismo y su impacto en América Latina, 1917-1948”, organizado por la Universidad de Valparaíso y la Universidad Diego Portales, 11 de agosto de 2015, p. 15 (inédito). Mis agradecimientos a su autor por facilitarme el manuscrito.

¹¹ La evaluación de los resultados que trajo la aplicación de las políticas del “Tercer Período”, en general, ha sido negativa. El

Si bien los funcionarios komintereanos hacia 1927 reconocían la significativa presencia del PC chileno en los sectores populares y en el movimiento sindical (lo que era una fortaleza excepcional en comparación al panorama latinoamericano), consideraban que se trataba de “una pequeña y débil organización”¹². Esto debido a que además de no estar estructurada en células y de carecer de literatura doctrinaria actualizada, el SSA consideraba grave la confusión de las organizaciones partidarias con las sindicales¹³. Asimismo, para los dirigentes chilenos que abogaron por la bolchevización, el PC era un partido que solo funcionaba durante las contiendas electorales.

Esta amalgama que el PC chileno mantuvo con la FOCh, de acuerdo a Sergio Grez, se debió a la equivalencia de los objetivos entre ambas organizaciones que pese a la división de tareas, finalmente se traducían en la siguiente fórmula que este autor toma, a su vez, de otro historiador, Miguel Silva: “parece que la FOCH era el ‘partido’ de la lucha contra los patrones y el PC era el partido de las elecciones”¹⁴. En ese sentido, esta particularidad del PC era concomitante a su estrategia basada, según Grez, en la interpelación beligerante al sistema, sin excluir la posibilidad de actuar dentro de la institucionalidad política en pos de los intereses de los trabajadores y así construir

carácter marcadamente sectario de la línea estratégica desarrollada por el PC chileno lo habría llevado al aislamiento, reduciendo así, sus posibilidades de incidencia en la coyuntura política nacional del período. El estudio que inauguró este argumento en el debate historiográfico, fue la tesis doctoral de Andrew Barnard (1977), titulada *The Chilean Communist Party 1922-1947*. En: Andrew Barnard, “El Partido Comunista de Chile y las políticas del tercer período, 1931-1934”, en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.), *1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos*, Santiago, IDEA-USACH, 2012, pp. 115-170.

¹² Olga Ulianova, “El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez...”, *op. cit.*, p. 224.

¹³ *Loc. cit.*

¹⁴ Sergio Grez, *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1921-1924)*, Santiago, Ediciones Lom, 2011, p. 209.

una alternativa revolucionaria¹⁵. De ahí a la temprana preocupación del partido por la cuestión electoral y la política de alianzas con otros partidos¹⁶.

A partir de 1926, la separación entre el partido y la FOCh se estableció a través de la creación de las llamadas “fracciones comunistas”, en tanto una distinción clara entre los posicionamientos alineados de los militantes y el resto de los trabajadores en el seno de los sindicatos.

Desde 1931 y en el marco de la retórica del “Tercer Período”, el partido intentó, - a partir de las fracciones - obtener la hegemonía de esos espacios a través de métodos agresivos, para así desplazar a los dirigentes reformistas. La instrucción era levantar campañas de desprestigio. Consiguientemente, el PC declaró durante estos años su rechazo a las alianzas con otras fuerzas políticas y, a lo más, aceptó establecerlas para disputar su base social. La conformación del Frente Único por la base, por tanto, tendría su principal plataforma en la FOCh y en las organizaciones cuya dirección estaría en manos de los comunistas.

En este contexto, la Conferencia Nacional realizada en julio de 1933, marcó un hito de inflexión en las políticas de “clase contra clase” al no considerar la revolución dentro de un horizonte inmediato, iniciando tempranamente - en relación al movimiento comunista internacional - la transición hacia la política de “Frentes Populares”¹⁷.

El principal costo de este proceso fue la división del PC en dos fracciones, una oficial (pro SSA-BSA) y otra de oposición, es decir, de los llamados “laferttistas” e “hidalguitas”, respectivamente, una vez que terminó la dictadura de Ibáñez. A partir de 1931, se sabe que cada una de estas fracciones articuló un proyecto político propio que

¹⁵ *Ibid.*, p. 259.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 266-284.

¹⁷ Hernán Venegas, “El Partido Comunista de Chile y sus políticas aliancistas: del Frente Popular a la Unión Nacional Antifascista, 1935-1943”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, USACH, Santiago, 2010, 14(1):88-89.

en la medida que sus diferencias se hicieron cada vez más irreconciliables, derivó en la escisión definitiva¹⁸.

El año 1933 fue decisivo para el comunismo chileno. En marzo los opositoristas en su Congreso partidario, resolvieron separarse de la organización, fundando la Izquierda Comunista y adscribiendo a la Oposición Comunista Internacional. Análogamente, la fracción oficial, tras su IX Congreso, reafirmó definitivamente su hegemonía en el PC con su Conferencia Nacional realizada en julio del mismo año.

A partir de lo expuesto anteriormente, los historiadores han identificado que la incompatibilidad de ambas fracciones excedió a lo estratégico. Varios autores han entendido el conflicto entre éstas de acuerdo a los debates del comunismo internacional, asociando a los disidentes con el trotskismo (lo que encontraba su asidero en su posterior adhesión a la Oposición Comunista Internacional¹⁹) y a la fracción oficial con los estalinistas. No obstante, últimamente se ha considerado a los disidentes como los continuadores de una “tradicón recabarrenista” (más bien, de las antiguas prácticas políticas del PC aún vigentes después de la bolchevización), y, por otro lado, a la fracción oficial como el único bastión “bolchevizado”²⁰.

¹⁸Gabriel Muñoz, *Disputa por el comunismo en Chile: estalinistas y opositoristas en el partido de Recabarren (1924-1934)*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, 2014, pp. 39 y ss.

¹⁹ Este argumento se ha sustentado solo a partir del carácter de las tesis que fueron aprobadas en el Congreso de marzo de 1933. Éstas han sido sistematizadas en los documentos compilados en: *En defensa de la Revolución. Informes, tesis y documentos presentados al Congreso Nacional del Partido Comunista a verificarse el 19 de Marzo de 1933*, Santiago, Editorial Luis Emilio Recabarren, 1933.

²⁰ Gabriel Muñoz, *op. cit.*, p. 10; Cristián Pérez, “¿En defensa de la Revolución?: la expulsión de la «Izquierda Comunista», 1928-1936”, en Manuel Loyola y Jorge Rojas (comp.), *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago, Impresora Valus S.A., 2000, p. 157.

Desde distintas miradas, el proceso de bolchevización durante este período, culminó con una transformación profunda. Como lo habíamos adelantado, el abandono de sus prácticas políticas de antaño habría permitido al PC, en particular a su fracción oficial, asentar los principales pilares para su estalinización, lo que incluso significó su refundación²¹. En ese sentido, Olga Ulianova y Jaime Massardo explicaron que la bolchevización generó en el PC oficial una mirada de reprobación sobre su pasado, sus tradiciones y, en particular, sobre su fundador, Luis Emilio Recabarren²². Asimismo, la bolchevización fue correlativa al proceso de reconfiguración de la cultura política del partido que se venía desarrollando desde 1917, a partir de las recepciones que los comunistas chilenos adoptaron de la cultura política bolchevique (el llamado bolcheviquismo)²³.

Sobre el impacto de la bolchevización en la fracción de oposición, no se ha indagado; principalmente por la falta de registros y, en menor medida, porque ya sea por considerarlos trotskistas o férreos opositores, la historiografía especializada ha tendido a descartar cualquier posibilidad de influencia de la bolchevización en estos sectores.

²¹ Gabriel Muñoz, *op. cit.*, pp. 102-113.

²² Jaime Massardo, *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena*, Santiago, Ediciones Lom, 2008, pp. 36-56; Olga Ulianova, “Entre el auge revolucionario y el abismo sectario: el PC chileno y el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista”, en Rolando Álvarez, Augusto Samaniego, Hernán Venegas (eds.), *Fragmentos de una historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad y rebelión*, Santiago, Ediciones ICAL, 2008, pp. 75-81.

²³ Santiago Aránguiz, *Rusia Roja de los Soviets: Recepciones de la Revolución Rusa, del bolchevismo y de la cultura política soviética en el mundo obrero revolucionario chileno (1917 - 1927)*, Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica, Santiago, 2012.

En este marco, el presente estudio se propone abordar la historia de la cultura política del PC de este período, a partir de una representación específica: el modelo hegemónico del militante comunista.

Esta investigación partió de una mirada crítica a la historiografía oficial del PC, en particular con la obra de Hernán Ramírez Necochea. Respecto al militante, este autor señaló que desde su fundación, “el partido apreció que a través de la lucha ideológica los militantes aceraban su voluntad, se hacían más firmes, mejores, más abnegados y eficientes comunistas”²⁴. En la consagración de este espíritu, las deserciones que se produjeron durante la dictadura de Ibáñez habrían tenido un aspecto positivo, ya que:

“se produjo una depuración de los rangos partidarios; elementos que dañaban la consistencia ideológica del partido, que tuvieron gran responsabilidad en la formación de grupos fraccionales, en el surgimiento y desarrollo de grandes desviaciones políticas”²⁵.

Por desviaciones políticas o tendencias erróneas, tanto Hernán Ramírez como Iván Ljubetic, se refirieron a quienes se opusieron a la transformación que implicaba la bolchevización²⁶. Como ambos autores sostuvieron que el partido había sido esencialmente el mismo desde su fundación, sin grandes quiebres; para ellos, el problema radicaba en una cuestión de personalidades, ambiciones individuales y de compromisos. Desde este lugar, el modelo del militante no era problematizado, pues se asumía la existencia ontológica de un ser comunista y, en ese marco, su consagración era marginar del partido a todo aquel que no cumplía con ese ideal. De ahí a la tendencia de la historiografía oficial del PC y de las memorias

²⁴ Hernán Ramírez, *op. cit.*, p. 350.

²⁵ *Ibid.*, p. 360.

²⁶ Hernán Ramírez, *op. cit.*, pp. 285 y 303; Iván Ljubetic, *Breve historia del Partido Comunista de Chile*, Serie Comisión Regional Metropolitana de Educación, 1991, p. 21.

biográficas de “comunistas ejemplares”²⁷, a descartar la posibilidad de cambio de este modelo.

A partir de este diagnóstico es que nuestra pregunta sobre los modelos del militante comunista, en particular aquellos que hayan sido hegemónicos en el marco del período de la bolchevización, encuentra su asidero disciplinario. Nos cabe preguntar, ¿cómo se desarrolló esta transformación y por qué?

Entendiendo los modelos hegemónicos del militante como una vía de acceso al campo mayor de la cultura política comunista, cuestión que desarrollaremos más adelante, nuestro estudio parte de la siguiente premisa: más que asuntos personales, el problema fue que la fracción de oposición sustentó una cultura política diferente a la defendida por los comunistas de la fracción oficial y cuyo asidero fueron, siguiendo la línea de las últimas investigaciones, en gran parte los discursos y prácticas tradicionalmente arraigados en el partido. Por tanto, si el modelo del militante cambió en el partido, fue porque así también lo hizo su cultura política. Consiguientemente, esto significa que además de indagar en esta representación específica, asumiendo las orientaciones que a continuación trazaremos en la discusión bibliográfica del tema, establecimos su interrelación con las transformaciones de la cultura política comunista del período.

El planteamiento central de este estudio es, en definitiva, que el modelo hegemónico del militante

²⁷ Elías Laferte, *Vida de un comunista (páginas autobiográficas)*, Santiago, s. d., 1957; Galo González, *La lucha por la formación del Partido Comunista de Chile*, Santiago, s. d., 1958, pp. 5-16; Centro de Estudios Históricos del Partido Comunista, *Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar*, Santiago, Ediciones 21 de Julio, 1952; José Vega, “Aprendiz de comunista”, *Principios*, Santiago, marzo a junio de 1969, Cuarta Época, 29(130-131):89-100; José Vega, “Aprendiz de comunista”, *Principios*, Santiago, s. d., [1970, Quinta Época, 30(132)]:86-95. Una revisión crítica sobre lo relatado en las memorias biográficas de los comunista es Mariano Vega, “¿Hidalguismo versus lafertismo? Crisis y disputa por la representación del comunismo en Chile, 1929-1933”, en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.). *op. cit.*, pp. 97-114.

comunista entre 1924 y 1933, estuvo determinado por las tensiones entre correlaciones de fuerza que apostaban por la dirección del partido y, en ese sentido, la bolchevización terminó siendo instrumentalizada. Estas tensiones en un primer momento fueron entre dirigentes chilenos, luego, entre la dirección chilena y los funcionarios komintereanos, y finalmente, adoptaron la forma de la lucha fraccional. Estos conflictos, sin embargo, no fueron protagonizados inicialmente por bandos claramente delimitados, como así lo sostienen las hipótesis del recambio generacional (entre la “vieja guardia” y los “jóvenes revolucionarios”) o la internacionalista (“estalinistas” y “trotskistas”).

Durante los primeros años de implementación de la bolchevización, hubo una confluencia de posiciones entre distintos dirigentes que no nos permite sostener una clara continuidad entre este momento y la organización de las fracciones. Básicamente, es posible apreciar una continuidad en las ideas, sin embargo no hay claridad respecto a quiénes las sustentaron. Posiblemente, las condiciones generadas por la dictadura y las características que adoptó la intervención komintereana en ese contexto, agudizaron las tensiones y provocaron un reordenamiento en las dirigencias.

En último término, todas estas tensiones explican las contradicciones e imbricaciones entre dos culturas políticas, cuyo crítico encuentro se produjo bajo la impronta de la bolchevización. De esta forma, se articuló un repertorio de transformaciones y continuidades en la representación del ser comunista que en su ordenamiento cronológico, dibujó tres momentos que estructuraron los tres capítulos de este libro.

Lo que nos interesa señalar, es que durante este período, el modelo inicial, cuyo arraigo estaba en los discursos y prácticas tradicionales, fue cambiando en la medida que integró ciertos elementos propios de la cultura política bolchevique. Asimismo, este modelo renovó y conservó algunos aspectos de la cultura política tradicional del PC. Siguiendo esta línea, el resultado al final del período no fue dicotómico para las fracciones del partido.

Ni los opositores ni los comunistas de la fracción oficial sufrieron la liquidación de sus discursos y prácticas de antaño. Tampoco la bolchevización afectó exclusivamente a una fracción.

*

Establecida la problemática en este campo, antes de seguir, es necesario definir qué entenderemos por la cultura política del Partido Comunista de este período, y cuál es su relación con los modelos hegemónicos del militante, en virtud de la naturaleza de las fuentes disponibles para su estudio.

Considerando los estudios que han desarrollado el debate teórico sobre el concepto de cultura política, es claro que no existe un consenso generalizado, y eso se ha expresado en la variedad de temas y problemas abordados. Desde distintas miradas, el tratamiento del término históricamente ha girado en torno no solo a los factores que inciden en las actitudes y comportamientos políticos de las personas hacia su sistema político y, en general, hacia la política, sino también en relación a los discursos políticos con que una sociedad se representa a sí misma, entre otros temas²⁸. Para efectos de esta investigación, entendemos que la cultura política del PC de este período, corresponde a un sistema de principios generadores de prácticas y discursos, que hacen inteligibles las esferas de poder y le dan sentido a la multiplicidad de relaciones que éstas generan.

²⁸ La siguiente bibliografía, en conjunto, ofrece un recorrido por las distintas propuestas teóricas en torno al concepto de cultura política: Gabriel Almond y Sidney Verba, “La cultura política”, en Albert Battle, *Diez textos básicos de las ciencias políticas*, España, Ariel Ediciones, Segunda edición, 2001, pp. 171-201; Norbert Lechner, *Cultura política y democratización*, Santiago, CLACSO, FLACSO, 1987; Pablo Castro, “Cultura política: una propuesta socio-antropológica de la construcción de sentido en la política”, *Región y sociedad*, México, enero-abril de 2011, 23(50):215-247; Larissa Adler Lomnitz, “Identidad nacional/cultura política: los casos de Chile y México”, en su *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*, Porrúa-FLACSO, Ciudad de México, 1994. Estos dos últimos fueron considerados para la construcción de nuestro concepto.

Siguiendo esta idea, como toda disposición del poder requiere generar representaciones sobre los dominados, dominantes y sus posibles relaciones, tal como lo definió Raymond Williams, podemos hablar de una *hegemonía*, cuya preocupación es la constitución fundamental del sujeto²⁹. Por tanto, cuando hablamos de cultura política del PC, necesariamente nos estamos refiriendo a los principios que para efecto de nuestro estudio, nos permiten sistematizar una forma particular (más bien, direccionada y preponderante) de entender al sujeto comunista y su vida partidaria; en suma, lo que hemos llamado “modelo del militante”. En este marco, las subjetividades de los comunistas tienden a tensionar y, asimismo, retroalimentar este sistema de significados. Por ende las transformaciones de la cultura política del PC no solo se explican a partir de los cambios en sus estructuras de poder, sino también en la experiencia compartida de sus afiliados.

A partir de lo anterior, podemos decir que el modelo del militante agrupa dos dimensiones. Una de ellas alude a la configuración de la alteridad y la auto-referencia que hace posible pensar en un sujeto comunista que desarrolla una actividad partidaria específica, claramente diferenciado de otros sectores políticos. Estos esquemas identitarios, según el concepto de *imaginarios colectivos* de Bronislaw Baczko, en su versión modélica, orientan las conductas individuales y subjetivas a través de la distribución de roles y la imposición de creencias comunes³⁰. Desde esta perspectiva, los imaginarios colectivos que construyen los ideales en torno a la militancia en el PC, en términos concretos, son posibles de rastrear a través de los enunciados que definan o justifiquen sus características (del sujeto comunista en sí mismo, sus

²⁹ Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península, Segunda edición, 2000, p. 148.

³⁰ Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, Segunda edición, 1999, p. 25.

actividades y relaciones con otros) y las de sus adversarios políticos.

La segunda dimensión de nuestro objeto de estudio, es la matriz moral que precisamente orienta la recién mencionada construcción imaginaria. Sin embargo, no se trata de un *ethos* desentendido de la ideología. En tanto *estructura de sentimiento* según Williams, el *ethos* comunista se refiere al aspecto valórico de la consciencia que se constituye como una estructura que entrelaza y tensiona los valores vividos y la creencia formal en la ideología³¹. De ahí que nuestros indicadores sean no solo las conductas y valores exigidos a cada militante, o los juicios de valor esgrimidos en sus posicionamientos, sino también la canalización valórica de las experiencias comunes en la institución partidaria.

Este tipo de cultura política, como lo señalamos al inicio de este apartado, entra a dialogar con un proceso de transformación tanto estratégico como orgánico, el cual generó la bolchevización en el PC chileno. Este proceso respondió a cambios en la correlación de fuerzas en el seno del partido, lo que produjo una serie de situaciones conducentes a que una forma de hacer política haya sido preponderante frente a otras. En ese sentido, la estructuración partidaria que construyó la bolchevización, entendiéndola de acuerdo a la noción de *campo* de Pierre Bourdieu³², alude al proceso de adecuación de los marcos que delimitan las relaciones militantes, definen las operaciones permitidas, asignan jerarquías y roles, y permiten la corrección de desviaciones. De ahí que nuestro indicador sean aquellos aspectos formales que la institución partidaria les exige a sus militantes, tanto en su individualidad como en su relación con otros.

Por su parte, esta conceptualización sobre el campo partidario nos permite visibilizar una multiplicidad de culturas políticas que dependen de su posición en el PC.

³¹ Raimond Williams, *op. cit.*, p. 155.

³² Pierre Bourdieu, *Campo del poder, campo intelectual*, Argentina, Editorial Montessor, 2002, p. 120.

De ellas, solo una es hegemónica y su respectivo modelo del militante es el centro de nuestro estudio. Sin embargo, no es el único. Dada la progresiva articulación de la fracción disidente durante los primeros años de la década de 1930, consideramos sistematizar también las propuestas en torno al modelo del militante comunista que tensionaban al hegemónico. De esta forma, evaluamos en qué medida esos posicionamientos eran aislados o articulados, ya sea de forma continua o en función de coyunturas.

Las investigaciones historiográficas sobre el Partido Comunista de este período, no abordan específicamente el tema de estudio, sino distintas dimensiones que desde nuestro concepto de cultura política, operan en su configuración.

En primer término, el desarrollo histórico de los modelos hegemónicos del militante está relacionado con la configuración de un universo imaginario, tal como lo definimos anteriormente, en torno a su vinculación con el comunismo internacional. Si bien hay un consenso sobre la importancia del impacto de la Revolución de Octubre y la Unión Soviética en el pensamiento político comunista, escasamente se ha investigado este período. Uno de estos trabajos es el de Evguenia Fediakova, quien señaló que a partir de 1925, el imaginario de la URSS en el discurso del PC fue una percepción altamente religiosa. Esto se produjo porque según la autora, los “elementos de la cultura popular católica chilena se combinaban con la religiosidad y misticismo del pueblo ruso y el sentido mesiánico de la revolución”³³.

Para comprender la constitución del carácter modélico de la URSS, Fediakova precisó que es necesario considerar que “la dinámica imaginaria de la Revolución de Octubre en Chile dependía no tanto de ritmo de las transformaciones en la U.R.S.S., cuanto de las peripecias

³³ Evguenia Fediakova, “Rusia soviética en el imaginario político chileno 1917 - 1939”, en Manuel Loyola y Jorge Rojas (comp.), *op. cit.*, p. 37.

que conmovían el contexto chileno”³⁴. En ese sentido, las percepciones de los comunistas chilenos sobre sus camaradas rusos y la llamada tierra de los Soviets estuvieron determinadas por sus necesidades frente a coyunturas locales.

Recogiendo esta perspectiva, Leandro Lillo estudió la influencia de la Revolución Rusa, entre 1917 y 1927, en los socialistas-comunistas y los anarquistas chilenos, a través de su respectiva prensa. Lillo aseveró que el tema de la Revolución Rusa fue utilizado para legitimar las luchas obreras nacionales impulsadas por estos grupos. Particularmente, esta influencia en el Partido Comunista se manifestó en cuestiones institucionales, organizativas y doctrinales, que en último término le permitió al autor ver una línea de continuidad con POS³⁵.

Para Santiago Aránguiz, la perspectiva en torno a las influencias es insuficiente para estudiar la complejidad de este imaginario, en la medida que no permite ver la selección y la reinterpretación ejercida por quienes perciben. El concepto de “recepciones” le permitió al autor estudiar el impacto de la cultura política soviética en el mundo obrero revolucionario, a partir de la siguiente relación: las diferencias entre lo acontecido en Rusia y lo divulgado en la prensa obrera revolucionaria entre 1917 y 1927, radicó en el cómo la Revolución de Octubre adquirió significados de acuerdo a los modos y prácticas de la cultura política de cada grupo³⁶.

En el marco de las definiciones estratégicas de las Izquierdas a principios del siglo XX, Aránguiz señaló que el impacto del bolcheviquismo repercutió hacia nuevas formas de concebir y poner en práctica el discurso revolucionario, proceso que para los socialistas derivó en la

³⁴ *Ibid.*, p. 140.

³⁵ Leandro Lillo, *Los lejanos ecos de una gran revolución. La Rusia soviética en el discurso del anarquismo y socialismo-comunismo chilenos (1917 - 1927)*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, 2008, cap. 1.

³⁶ Santiago Aránguiz, *op. cit.*

adhesión a la ISR y a la Komintern³⁷. En el caso del PC chileno, el proceso receptivo estuvo anclado a una triangulación: a la relación que adquirió la Revolución de Octubre, al PC ruso y al régimen soviético. Esto le permitió examinar cómo ciertos aspectos de la cultura política soviética, como la disciplina y el monolitismo doctrinario, se hicieron parte de la cultura política de los comunistas chilenos a partir de 1925.

En este primer balance, se evidencia la falta de estudios que aborden las recepciones sobre el bolchevismo y el fenómeno soviético en el comunismo chileno, durante los años posteriores a la instauración de la dictadura de Ibáñez. Asimismo, al existir un consenso sobre la enorme incidencia de la Revolución Rusa en el pensamiento político comunista, se ha descuidado la investigación sobre otros imaginarios, como el del nazi-fascismo, pese a que el partido se posicionó tempranamente respecto a este fenómeno en Europa.

El presente estudio abordó estas necesidades, entendiendo que las recepciones referidas a los modos de ser comunista son espacios de disputa de poder. Como dan cuenta los resultados de esta investigación, las percepciones sobre el bolchevismo y el Partido Comunista de toda la Unión (o PCtU) estuvieron sujetas al lugar ocupado en la correlación de fuerzas por la dirección del PC y, por otro lado, en el liderazgo del movimiento obrero revolucionario. Así también ocurrió con las recepciones sobre el fascismo y la lucha de los comunistas alemanes contra el régimen nazi. Para efectos de este estudio, dichos imaginarios nos permitieron discernir ciertos elementos constituyentes de modelos formadores sobre el ser comunista (en tanto imperativos) y de restricción basados en la alteridad con sus adversarios políticos.

El reconocimiento de los comunistas sobre sus tradiciones partidarias, por otro lado, también forma parte de los modelos hegemónicos del militante. Bajo el entendido que en el paso del POS al PC no hubo grandes

³⁷ *Ibid.*, p. 15.

quiebres, la llamada “tradición recabarrenista” o “recabarrenismo” (usualmente utilizados como sinónimos) alude a un periodo relativamente extenso y significativo, en términos de la historia e identidad partidaria. No obstante lo anterior, desde distintas miradas, estos conceptos han mostrado ser polisémicos en su tratamiento.

En razón de lo expuesto, es necesario establecer una primera diferenciación entre la tradición reivindicada por los mismos comunistas, y aquella que los historiadores, en un ejercicio de conceptualización, identifican.

En el marco del debate en torno a la estrategia de “Rebelión Popular de Masas”, durante la década de los ochenta del siglo XX, según Rolando Álvarez, el argumento en torno al legado de Recabarren fue esgrimido desde posiciones divergentes en el seno del PC³⁸. Orlando Millas, quien era opositor a esta estrategia, dibujó una “tradición recabarrenista”, caracterizada por el trabajo de masas basado en una preocupación por la educación del pueblo y su regeneración moral, el uso de los medios legales como herramienta principal y -consiguientemente- su lejanía con el “putchismo”³⁹. Augusto Samaniego, escribiendo bajo seudónimo, analizó la obra de Recabarren destacando los grandes aportes del líder chileno, a partir de la articulación entre su experiencia política y la teoría revolucionaria, para las luchas del movimiento obrero⁴⁰. Tal como podemos apreciar en este ejemplo, la construcción de una “tradición recabarrenista” - término que hemos elegido al dar cuenta de mejor forma nuestros propósitos - se trata en parte, de un ejercicio discursivo de carácter ideológico situado, y que responde a las correlaciones de fuerza en el seno del PC. De ahí a que este fenómeno tenga su propia historicidad.

³⁸ Rolando Álvarez, “La herencia de Recabarren en el Partido Comunista de Chile: Visiones comparadas de un heredero y un camarada del ‘Maestro’. Los casos de Orlando Millas y Salvador Barra Wolf”, en Rolando Álvarez, Augusto Samaniego y Hernán Venegas (eds.), *op. cit.*, pp. 49-51.

³⁹ *Ibid.*, p. 24

⁴⁰ Manuel Castro, “Recabarren: su legado”, *Araucaria de Chile*, Madrid, 1982, (19):76.

Respecto al desarrollo histórico de la tradición reivindicada por el PC de la época estudiada, Jaime Massardo señaló que después de la muerte de Recabarren, el silenciamiento en torno a su figura se debió al proceso de bolchevización impulsado por el ala oficialista del PC⁴¹.

Desde esta perspectiva, la superación del legado del líder chileno, fue una voluntad política de los comunistas “en aras de una concepción abstracta, tributaria de las necesidades tácticas y de las políticas instrumentales emanadas de la IC”⁴². No obstante, la disponibilidad de nuevos registros y una revisión más sistemática de los periódicos partidarios disponibles, han permitido superar las conclusiones del autor.

A partir de los archivos desclasificados de Komintern - en particular las comunicaciones entre el SSA-BSA y el PC chileno - Ulianova señaló que las críticas al “recabarrenismo” se instalaron en el discurso del PC oficial, una vez que el Buró Político fue intervenido por los emisarios del BSA en enero de 1933⁴³.

Lo anterior, sin embargo, nos resulta insuficiente para comprender la ambivalencia expresada, por ejemplo, en la conocida consigna “con Recabarren y contra el recabarrenismo”, levantada por uno de los periódicos de la fracción oficial⁴⁴. Evidentemente, la institucionalización de una tradición en torno a Recabarren no se limitó a definir su legado, sino también a reconstruir su figura. A partir de esto, se desplegó una serie de prácticas que desde el concepto de *tradiciones inventadas* de Eric Hobsbawm,

⁴¹ Jaime Massardo, *op. cit.*, p. 40.

⁴² *Ibid.*, p. 56.

⁴³ Olga Ulianova, “República Socialista y soviets en Chile. Seguimiento y evaluación de una ocasión revolucionaria perdida”, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile en los archivos soviéticos, Chile en los archivos soviéticos 1922 – 1991. Tomo 2: Komintern y Chile 1931 - 1935*, Santiago, Ediciones DIBAM, 2009, pp. 194-195.

⁴⁴ “¿Cómo debemos conmemorar el noveno aniversario de la muerte de nuestro compañero Luis E. Recabarren Serrano?”, *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, N° 14, 19 de diciembre de 1933, p. 1.

apuntaron a elevar estratégicamente a Recabarren al panteón del comunismo chileno, en tanto símbolo de identidad y de continuidad histórica con el pasado obrero-socialista⁴⁵.

Desde esta perspectiva, y considerando el concepto de *caja negra* de Bruno Latour⁴⁶, logramos aterrizar a su sentido político partidario, la apertura crítica que realizamos en torno al axioma: “Recabarren es el padre del comunismo chileno”, principal asidero de su legado. En definitiva, estudiamos la monumentalización de Recabarren como un proceso separado de la construcción de su legado, aun cuando ambas dimensiones forman parte de lo que entendemos como la “tradición recabarrenista”.

A la luz de los resultados de nuestra investigación, efectivamente podemos señalar que la bolchevización impactó en la apropiación de la figura de Recabarren y la reinterpretación sobre su legado. Sin embargo, no adoptó la forma de silenciamiento, sino que correlacionó dos dimensiones. Después de la muerte de su principal líder, los comunistas procedieron a monumentalizar su figura, a través de la escritura de su biografía, la conmemoración del aniversario de su fallecimiento, el uso institucional de su nombre, etc. Este proceso se mantuvo constante, pese a que los términos en que esa construcción se realizó, cambiaron.

El desarrollo de los contenidos en torno al monumento de Recabarren, estuvo sujeto a las transformaciones estratégicas del partido y por consiguiente, a las disputas de poder en su seno. Desde esta perspectiva, más que depurar la figura de Recabarren, la bolchevización instaló un nuevo marco de comprensión que permitió a los comunistas enfatizar, reivindicar o criticar ciertos aspectos de lo que ellos consideraban su

⁴⁵ Eric Hobsbawm, “Introducción: la invención de la tradición”, en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, pp. 7-21.

⁴⁶ Bruno Latour, *Ciencia en acción. Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*, España, Editorial Labor, 1992, pp. 1-20.

legado, desplazando consiguientemente, a otros. De este modo, una vez que las diferencias se agudizaron, aun cuando ambas fracciones reconocían que Recabarren formaba parte de su historia, solo la dirigencia del PC oficial renegaba abiertamente de ciertos aspectos de lo que entendían como su “legado”.

Por otro lado, “tradición recabarrenista” o “recabarrenismo”, tal como sus nombres lo indican, son conceptos contruidos por los historiadores a partir de una relación ambivalente entre Recabarren (como militante) y su partido. Las interpretaciones, en ese sentido, fueron diversas.

De acuerdo a Augusto Varas, el legado del líder chileno sería la particularidad de su pensamiento, como una aproximación a la doctrina partidaria, respecto a las obras del marxismo clásico⁴⁷. Como es posible apreciar, esta definición tiende a privilegiar al personaje como ideólogo y forjador de la organización.

Por su parte, Rolando Álvarez trató la herencia de Recabarren, como un equivalente a las prácticas y discursos políticos del POS y del PC en sus primeros años⁴⁸. De ahí que el concepto de “recabarrenismo” encuentra su asidero en un supuesto legado objetivo que habrían dejado el líder chileno y sus más cercanos discípulos. Esto explica que, si bien Álvarez reconoció el fin político en los planteamientos de Orlando Millas, consideró pertinente comprobar su veracidad. Álvarez buscó las similitudes entre las prácticas y discursos políticos de uno de los cercanos a Recabarren, Salvador Barra Woll, y lo dicho por Millas. Lo problemático de este ejercicio es que, para realizarlo, necesariamente requiere entender esta tradición política del PC como algo ahistórico e inmune a posibles mutaciones.

⁴⁷ Augusto Varas, “Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern”, en Augusto Varas (ed.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, Santiago, Editorial Catalonia, Tercera Edición, 2010, pp. 51-74.

⁴⁸ Rolando Álvarez, “La herencia de Recabarren en el Partido Comunista de Chile...”, *op. cit.*, pp. 16-51.

Por lo ya señalado, se entiende que el legado de Recabarren fue haber forjado la esencia del PC, o una parte importante de ella; cuestión que en último término refuerza su posición de *padre* del comunismo chileno. En este marco, ni siquiera es necesario preguntarse por la bolchevización o, en particular, el hecho que Barra Woll fue uno de los tantos dirigentes que impulsó ese proceso y adhirió a la fracción que haría público su rechazo al “recabarrenismo” en 1933. En consecuencia, siempre va a ser problemático definir quiénes son los “recabarrenistas”.

Independiente de lo anterior, Álvarez nos dio pistas importantes. El concepto de “recabarrenismo”, divorciándolo de su dimensión hereditaria, alude a las prácticas y discursos políticos del PC que fueron tensionados por la bolchevización, y cuya particularidad fue su posición hegemónica. De ahí que el autor haya indagado en el círculo más cercano de Recabarren, es decir, de la dirigencia partidaria de la época.

A partir de lo anterior, podemos agrupar a un conjunto de autores que han caracterizado, la mayoría de forma no sistemática, esta tradición. Según Gabriel Muñoz, el “recabarrenismo” sería la organización federativa y asamblearia, basada en la democracia interna, además de la práctica política del frente único obrero. En función de ello, Muñoz incluyó los principios de autonomía en el desarrollo del pensamiento político y el aprendizaje estratégico, desde la experiencia en el seno de las luchas sociales⁴⁹.

Olga Ulianova, Germán Palacios y María Soledad Gómez, identificaron el aliancismo, los liderazgos supra-partido y la amalgama entre el partido y la FOCh⁵⁰. Por otro

⁴⁹ Gabriel Muñoz, *op. cit.*, pp. 105-106.

⁵⁰ Olga Ulianova, “República socialista y soviets en Chile...”, *op. cit.*, p. 196; Germán Palacios, “El Partido Comunista y la transición a la democracia después de la dictadura de Ibáñez”, en Manuel Loyola y Jorge Rojas (comp.), *op. cit.*, pp. 149-153; María Soledad Gómez, “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922–1952)”, en Augusto Varas (comp.),

lado, Cristián Pérez Ibaceta recalcó el poco dogmatismo y el pragmatismo propios de la tradición de la que eran herederos los opositores⁵¹. A excepción de algunos principios especificados por Muñoz y Pérez, en general estas definiciones se refirieron a aspectos orgánicos y estratégicos. Para efectos del presente estudio, estas dimensiones fueron consideradas en la construcción de un primer acercamiento a la cultura política del PC de dicho período, porque entendimos que lo estratégico y lo orgánico, no constituyen una dimensión separada de lo que en general tiende a considerarse como lo cultural.

En este momento del balance historiográfico, es necesario precisar algunas consideraciones. La ambivalencia del concepto, como lo adelantamos, radica en la intrínseca conexión entre Recabarren, ya sea como ideólogo o militante, y su partido. Para evitar confusiones, nosotros hemos optado por separar estas dimensiones. En consecuencia, para referirnos a las prácticas y discursos políticos hegemónicos del PC en los tiempos anteriores a la bolchevización, hemos optado por remarcar su carácter tradicional. De ahí al concepto de *militante tradicional* para referirnos al modelo de ser comunista que derivó de esa cultura política. Este término responde a nuestra necesidad de visibilizar, como veremos más adelante, el carácter conflictivo de su construcción y consiguientemente, su vinculación con un proceso histórico partidario. Desde esta perspectiva, entendemos que la cultura política tradicional fue la hegemonía que estableció, bajo un sentido eminentemente político, el horizonte de discursos y prácticas posibles entre los comunistas; en tanto la bolchevización no cambió definitivamente la correlación de fuerza entre las dirigencias del PC.

Reanudando a lo que nos convoca, otro aspecto de los modelos hegemónicos del militante, de acuerdo a nuestra definición, es el sistema de valores y conductas de

El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario, Santiago, CESOC-FLACSO, 1988, pp. 66-68.

⁵¹ Cristián Pérez, *op. cit.*, p. 157.

los comunistas de esta época. Al respecto, no hay investigaciones sistemáticas. Manuel Loyola, uno de los pocos investigadores que se ha aproximado al tema, propuso considerar el mandato sacrificial como una categoría de análisis aplicable para el siglo XX. Para el período estudiado, Loyola afirmó que “la aparición de Ibáñez y su disciplinamiento estatalista, trajo consigo un cambio de giro en el mandato, apelándose a lo más esencial de la fe revolucionaria”⁵². Ello se habría manifestado en pruebas de martirio y sacrificio, como la Pascua Trágica de Copiapó y Vallenar. A esto se suman los comentarios de Olga Ulianova sobre las expresiones de ascetismo entre comunistas. Según la autora, éstas serían parte de testimonios de fe que los comunistas realizaron por sus ideales⁵³.

Para explorar este campo, consideramos dos estudios que abordaron el período precedente. Uno de ellos, es un trabajo de Isabel Torres. La conformación de la identidad popular en los grupos socialista-comunista y anarquista, de acuerdo a la autora, abarcó un campo que involucró aspectos de la vida que excedieron a lo político. Entre 1919 y 1922, a través de sus periódicos, estas organizaciones buscaron difundir pautas de comportamiento en la vida privada de los sectores populares, de acuerdo a su ideal moral⁵⁴.

Eduardo Devés, por otro lado, estudió un tipo de mentalidad que hacia 1910, fue adscrita en general por los ideólogos y dirigentes políticos del movimiento obrero⁵⁵. La cultura obrera ilustrada, de acuerdo al autor, no solo contempló una matriz ética en el ámbito privado, sino

⁵² Manuel Loyola, “El *mandato sacrificial* y la cultura política del comunismo chileno”, *Revista Izquierdas*, 2008, 1(1):8.

⁵³ Olga Ulianova, “El comunismo chileno a través de los archivos soviéticos”, en Augusto Varas (ed.), *op. cit.*, p. 272.

⁵⁴ Isabel Torres, *El imaginario de las elites y los sectores populares. 1919-1922*, Santiago, Editorial Universitaria, 2010, p. 163.

⁵⁵ Eduardo Devés, “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”, *Mapocho*, Santiago, segundo semestre de 1991, 30:127-136.

también en el político. Asimismo, conjugó nociones específicas sobre la naturaleza humana y el sentido del vivir que permearon las estrategias y acciones políticas de las organizaciones obreras, incluyendo a las comunistas.

A partir de lo anterior, hicimos la reconstrucción histórica en función de una articulación moral entre la vida privada y partidaria. En este marco, los valores y conductas esperados se anclaron no sólo a los imaginarios - como los ya estudiados por Torres y Devés - sino que también, a los principios partidarios que canalizaban la experiencia de los comunistas. Por consiguiente, el carácter normativo de la institución partidaria nos permitió correlacionar las características que fue adoptando el modelo moral del militante, con las transformaciones que trajo consigo la bolchevización.

Finalmente, es importante para este estudio, el proceso de bolchevización y la disputa política que su impronta generó, dado que es la principal coyuntura donde se inscribe nuestro objeto de investigación. Sobre este tema, los estudios especializados lo han explicado considerando distintos factores, con lo que ha sido posible establecer algunas orientaciones en virtud de la aparición de nuevas fuentes y de investigaciones más sistemáticas.

Para María Soledad Gómez y Paul Drake, la disputa entre los llamados “hidalguitas” y “lafertistas”, fue una extensión del debate en el comunismo internacional entre estalinistas y trotskistas⁵⁶. Boris Yopo, por su parte, concibió la división en el PC chileno, como una expresión de la lucha por la sucesión del poder en la Unión Soviética tras la muerte de Lenin. La pugna en el seno del PC ruso profundizó, según el autor, las discrepancias existentes desde el Congreso de 1924, donde un grupo adhirió a las

⁵⁶ Paul Drake, *Socialismo y populismo. Chile, 1936-1973*, Valparaíso, Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso, Serie Monografías Históricas N° 6, 1992, p. 48; María Soledad Gómez, *op. cit.*, pp. 66-68; Boris Yopo, “Las relaciones internacionales del Partido Comunista”, en Augusto Varas (comp.), *op. cit.*, pp. 373-378.

políticas de Iósif Stalin y de la Komintern, mientras que el otro se identificó con las posiciones de Lev Trotsky⁵⁷.

Estos planteamientos encontraban su asidero en la adhesión de la fracción de oposición a la Oposición Comunista Internacional, cuestión que se tradujo en la fundación de la Izquierda Comunista en 1933. Gabriel Muñoz señaló al respecto, que la fracción de oposición fue simpatizando con el trotskismo, en la medida que las tensiones con el ala oficialista del partido se hicieron cada vez más irreconciliables. Para sostener esa tesis, Muñoz analizó el único documento de los opositores que estaba disponible al momento que investigó, *En defensa de la Revolución*, además de las memorias de Oscar Waiss y las comunicaciones entre el PC y el SSA compiladas en coedición por Olga Ulianova y Alfredo Riquelme. Por tanto, es evidente que el tema no está cerrado y solo la disponibilidad de nuevos registros podrá aportar con mayor consistencia y relevancia a las conclusiones.

Andrew Barnard afirmó que las políticas del “Tercer Período”, en el marco de la represión y la crisis económica, fueron contraproducentes para la revolución cuando las condiciones parecían propicias. Respecto a las divisiones en el seno del PC, el autor planteó que se habrían agudizado después de 1928, con el giro a la izquierda de las políticas de la Komintern y las actividades del Secretariado Sudamericano⁵⁸. Al entender el carácter reformista del vínculo entre el viejo POS y los hidalguitas, el autor pudo sostener que su expulsión radicó en su oposición a la radicalización de las políticas del PC. Para Barnard, se trató de un conflicto entre reforma y revolución. No obstante, este tipo de análisis parte con el supuesto del superficial impacto que tuvo la Revolución Rusa en los militantes del POS.

Respecto a lo anterior, Santiago Aránguiz, Leandro Lillo y Sergio Grez señalaron que su impacto fue gravitante. La influencia de la Revolución de Octubre tensionó al

⁵⁷ Boris Yopo, *op. cit.*, pp. 374-375.

⁵⁸ Andrew Barnard, *op. cit.*, p. 216.

partido hacia su adhesión a la Internacional Comunista, lo que implicó el desplazamiento de otras alternativas como la fundación de un partido laborista o único de la clase obrera⁵⁹.

Por otro lado, y a la luz de los resultados de esta investigación, la formación de la oposición no solo radicó en su rechazo a las políticas del “Tercer Período”, pues como veremos a lo largo de este estudio, fue un proceso complejo donde las diferencias estratégicas fueron una arista más de las tensiones producidas por la bolchevización.

Germán Palacios, por su parte, concibió la disputa política como una pugna entre centralismo y localismo a nivel de la dirección, en tanto ideas distintas de institucionalización del partido. Los opositoristas, desde esta perspectiva, habrían abogado por una orgánica localista, marcada por el asambleísmo y los liderazgos supra-partido, lo que el autor asoció a una política aliancista. Esa sería la vinculación que los hidalquistas habrían tenido con el PC tradicional. No obstante, hacia 1931 “además del propio aislamiento político que lo imposibilita actuar plenamente en la vida política del país, reflejó toda su incapacidad orgánica para enfrentar las nuevas condiciones que aparecían en la vida nacional”⁶⁰.

Para Palacios, la transformación orgánica y estratégica, por tanto, fue una respuesta a las condiciones que el partido se vio enfrentado durante la transición de la dictadura a la democracia. Sin embargo, Olga Ulianova y Carmelo Furci señalaron que las condiciones generadas por la dictadura de Ibáñez y la intervención de la Komintern habrían tensionado al PC. Por su parte, Furci planteó que

⁵⁹ Leandro Lillo, *Los lejanos ecos de una gran revolución: La Rusia soviética en el discurso del Anarquismo y socialismo-comunismo chilenos (1917-1927)*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, 2008; Santiago Aránguiz, *op. cit.*; Sergio Grez, *Historia del comunismo en Chile...*, *op. cit.*, pp. 153-170.

⁶⁰ Germán Palacios, *op. cit.*, p. 151.

las divisiones en el seno del partido, radicaban en las condiciones generadas por la dictadura de Ibáñez.

La adhesión o el rechazo a las orientaciones del Buró Sudamericano de Komintern (continuación del SSA desde fines de 1931), ya sea por sobrevivir o velar por la autonomía del partido, configuraron un grupo pro-Internacional y otro llamado “Grupo Trotskista”⁶¹. Olga Ulianova, al respecto, estudió el rol que jugó este organismo y sus emisarios en la estalinización del partido.

A través de la información recopilada de los archivos soviéticos, Ulianova sostuvo que “aportaron en la educación doctrinaria de una generación de militantes, en la introducción de ciertos temas o formas organizativas, funciones que ahora se asemejarían a asesorías”⁶². La reestructuración estratégica y orgánica del partido fue en gran medida a causa de la subordinación a este tipo de instancias, cuestión que fue facilitada por su destrucción y debilitamiento producto de la represión⁶³.

Cristián Pérez Ibaceta planteó, por su parte, que la fundación de la Izquierda Comunista representaba la tradición pragmática y poco dogmática del POS y el PC de los primeros años. En este marco, la expulsión de la disidencia les abrió la posibilidad para constituirse como alternativa al PC monolítico, disciplinado y con escasa discusión interna, es decir el Partido Socialista⁶⁴. Para Pérez Ibaceta, los hidalguitas fueron parte de una corriente de pensamiento en el partido, por lo que el autor descartó la posibilidad de que este grupo haya aspirado a la hegemonía.

Frente a estos planteamientos, Gabriel Muñoz argumentó que los opositoristas se constituyeron como

⁶¹ Carmelo Furci, *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2008, pp. 60-65.

⁶² Olga Ulianova, “El comunismo chileno a través de los archivos soviéticos”, *op. cit.*, p. 275.

⁶³ Olga Ulianova, “El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez 1927 - 1931...”, *op. cit.*, p. 248.

⁶⁴ Cristián Pérez, *op. cit.*, p. 157.

fracción, porque disputaron la dirección del PC⁶⁵. Para ello, como veremos más adelante, una vez que lograron constituir su propio CC, desarrollaron una línea política propia, capacitaron a sus bases, editaron sus propios periódicos y buscaron unificar el partido a través de la deliberación política y sometiendo a juicio (para evaluar la aplicación de sanciones) a quienes eran los líderes de la otra fracción.

Finalmente, Gabriel Muñoz estudió las características estratégicas de los opositores y su desarrollo histórico hasta la fundación de la Izquierda Comunista. Sobre la disputa en cuestión, el debate radicó, según el autor, entre una posición reformista y una de ultrazquierda propia del “Tercer período”, representadas por el CC Provisorio y el SSA respectivamente⁶⁶. Posteriormente, esta división de los comunistas asumió las dinámicas de la lucha fraccional.

En este marco, las posiciones de la dirección hidalguista habrían sido fruto del “recabarrenismo” que en los términos del autor, “se encontraba presente en los viejos cuadros dirigentes del PCCh, entre ellos Rosas e Hidalgo, y constituyó una especie de prolongación del centrismo con el cual describimos el carácter del PCCh”⁶⁷. En cambio, los comunistas de la fracción oficial, al igual como lo plantearon Ulianova, Drake, Barnard y Furci, abrazaron la bolchevización y velaron por la aplicación mecánica de las políticas sectarias dictadas por la Internacional Comunista y el SSA-BSA.

A partir de los procesos consignados en este balance, y a la luz de los resultados de nuestra investigación, nos interesa señalar que la impronta que generó la bolchevización produjo un proceso de disputa política que se desplegó en tres fases.

A lo largo de los años 1925 y 1926, se desarrollaron tensiones y debates entre distintos dirigentes en torno a la

⁶⁵ Gabriel Muñoz, *op. cit.*, p. 11.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 41.

⁶⁷ *Loc. cit.*

disciplina (a propósito de los costos que tenía para la militancia). Asimismo, bajo la coyuntura que provocó la llegada de la Carta Abierta del SSA, se discutió sobre la relación entre el PC y la Internacional, los tipos de liderazgos que desarrollaban en el partido, e incluso el proceso de bolchevización en sí mismo, entre otros temas que examinaremos en este estudio. Esta primera fase, como es posible apreciar, expresó un significativo grado de libertad en la dirigencia chilena para decidir los términos de la bolchevización de su partido y, con ello, disputar posiciones en su dirección. La interrupción de estos debates, no solo se debió a la directa intervención de los funcionarios komintereanos en el VIII Congreso (realizado en 1927), sino también a la desarticulación y al cambio de prioridades que generó la clandestinidad.

La segunda fase está marcada por el progresivo distanciamiento entre el SSA, empeñado en subordinar a su sección chilena, y la dirección “hidalguita”, preocupada de velar por su autonomía en miras a resolver el problema de subsistencia del partido en la clandestinidad. Pese a los intentos del SSA por boicotear a la dirección “hidalguita” a lo largo del año 1929, el quiebre de sus relaciones solo se produjo en diciembre cuando la maquinación se hizo evidente. Este CC terminó por desarticularse en agosto de 1930, producto de los golpes represivos de la dictadura. Aprovechando esta coyuntura, el grupo encabezado por Galo González tomó partido por el SSA y constituyó un CC que expulsó irregularmente al grupo de Manuel Hidalgo.

Una vez que cayó la dictadura de Ibáñez y el grupo de Manuel Hidalgo constituyó un CC paralelo, se dio inicio al proceso de articulación de las fracciones del PC. Esta última fase, que concluye con la separación de los opositores de la organización y la reafirmación de la hegemonía de la fracción oficial en el partido, estuvo marcada por la progresiva agudización de sus diferencias en múltiples planos. De ahí a la inviabilidad de la reunificación de las filas comunistas.

A propósito de las diferencias entre ambas fracciones, Gabriel Muñoz sostuvo que la obediencia de los comunistas de la fracción oficial a la Komintern, significó la liquidación de sus prácticas y discursos políticos de antaño y, consiguientemente, la transformación del partido desde sus cimientos.

De acuerdo a los resultados de nuestra investigación, es necesario matizar este argumento. Si bien la bolchevización implicó transformaciones importantes en el PC oficial, hay indicios que nos permiten intuir que las prácticas y discursos tradicionales permanecieron vigentes en un lugar claramente no hegemónico. Las dificultades de control y de comunicación del CC respecto a sus secciones locales y regionales puede explicar la apertura de espacios de libertad, donde estos organismos desarrollaron otra línea política por lo menos ocasionalmente. Por otro lado, existen registros de episodios de inflexión de las políticas del “Tercer Período”, donde el CC tuvo participación. Para nosotros, es evidente que aún se requiere indagar con mayor profundidad en el grado de impacto de la bolchevización no sólo en la fracción oficial, sino también en los opositoristas.

Hasta el momento, son varios los autores que entienden a los opositoristas, como una especie de continuadores de las prácticas tradicionales del PC. Sin embargo, el reciente hallazgo del archivo personal de Manuel Hidalgo, uno de los principales líderes de los opositoristas, y la disponibilidad pública del periódico *La Chispa*, su periódico central, han permitido establecer varias consideraciones al respecto, además de abrir nuevos campos investigativos. Como veremos más adelante, la disidencia que constituyó la fracción de oposición no solo integró elementos propios de la bolchevización y de la cultura política del PC soviético, sino que también renovó en parte sus discursos y prácticas tradicionales.

En virtud de estas particularidades de los comunistas chilenos durante los primeros años de la década de 1930, es que hemos optado por someter a crítica el resultado del proceso de bolchevización en ambas

fracciones. De ahí que nosotros hayamos ampliado y matizado, como veremos en el último capítulo, el concepto de militante bolchevizado.

Para efectos de este estudio, la disputa por la dirección del partido significó luchar por la hegemonía para dirigir los esquemas perceptivos y de acción de los comunistas. En esta correlación fueron decisivas las intervenciones de los emisarios komintereanos y las condiciones generadas por la dictadura, por las cuales el partido estuvo obligado a desenvolverse. En ese sentido, es posible hablar de formas modélicas de concebir al militante como espacios de tensión. Por ello, para nosotros adquieren particular relevancia los mecanismos de admisión y control, la educación de los afiliados y las pautas de comportamiento y ética fijadas por el *ethos* comunista. Todos estos elementos, en diálogo con los cambios introducidos en las principales actividades del PC y su estructura orgánica, nos permitieron perfilar no solo la representación modélica del ser comunista, sino también las limitaciones que tuvo este ideal en la práctica.

* *

Para construir el modelo hegemónico del militante, metodológicamente se privilegiaron ciertos elementos asociados a los comunistas urbanos, dado que los registros disponibles corresponden a las organizaciones de las ciudades.

En correlato a las transformaciones estratégicas y orgánicas, las siguientes dimensiones fueron consideradas. Primero, los mecanismos y criterios de admisión de nuevos afiliados nos permitieron caracterizar la composición del partido, y también cómo se integraban. Esto último tiene relevancia en la medida que nos permitió evaluar los alcances del discurso obrerista que el partido sustentó durante estos años. En segundo lugar, consideramos la instrucción y formación política de los comunistas, como una vía de acceso a la representación antropológica del sujeto que aprende. Tercero, analizamos también las principales actividades partidarias encomendadas a los

militantes y lo que se consideraba como la forma correcta en que esas labores debían ser realizadas, además de cómo estos requerimientos eran flexibilizados, u ocasionalmente no se cumplían en su aplicación. En cuarto lugar, estudiamos los mecanismos de sanción y control utilizados por las estructuras de poder del partido, para regular el accionar de los comunistas.

A esto se sumaron las recepciones que los comunistas chilenos tuvieron respecto a sus camaradas soviéticos sobre el cómo debían ser los militantes, no sólo en relación a su actividad partidaria, sino también a su matriz ética. La primera dimensión que abordó nuestra investigación, fue el impacto que significó la integración de los principios bolcheviques en el PC (identificados por Santiago Aránguiz) y sus alcances en la aplicación. Desde esta perspectiva, reconstruimos las contradicciones, tensiones y debates que estos principios generaron en el seno de la organización, además de los intentos de las direcciones por impulsar su práctica.

La segunda dimensión que abordamos, consideró aquellos elementos estratégicos del PCtU o de lo planteado por sus líderes (Lenin, Stalin, Manuilsky, etc.) que fueron aplaudidos por los comunistas chilenos. Asimismo, las características rescatadas sobre el régimen soviético, en tanto nos permitió delinear un marco de legitimación de estas recepciones; cuestión amparada en los avances del régimen y sus diferencias con los países capitalistas. Finalmente, los contenidos morales de estas recepciones fueron abordadas metodológicamente, a partir de las publicaciones biográficas de distintos militantes soviéticos.

Sobre los aspectos morales, como adelantamos, privilegiamos aquellos valores y conductas que si bien articulan la vida partidaria y personal, solo operaron en el marco de la acción comunista. Estos elementos, asimismo, fueron parte de la argumentación en los juicios de valor que los comunistas esgrimieron durante esta época.

A raíz de las consideraciones planteadas en el estado de la cuestión historiográfica, el estudio de las tradiciones políticas reconocidas por los comunistas de esta

época se enfocó en el proceso de institucionalización de la figura de Recabarren. Este examen requirió indagar en el repertorio de apropiaciones que lo erigieron como un monumento en términos de conservación, como la escritura de su biografía, usos institucionales de su nombre, entre otros. A esto se sumó la apreciación de los comunistas sobre el lugar que tuvo Recabarren y su legado (lo que identificaron como tal) en la historia del partido, además de su vinculación con sus luchas actuales. Para ello, examinamos los posicionamientos de los comunistas sobre su líder en artículos de conmemoración a su figura, expresiones donde era aludido y publicaciones biográficas que se difundieron en la prensa comunista de este período.

Finalmente, la indagación sobre el imaginario del fascismo se realizó a partir de una matriz: aquello que los comunistas chilenos consideraron que era el fascismo en su país, la lucha del PC alemán e italiano contra sus regímenes y la línea teórica komintereana sobre el social-fascismo, además de las características - atribuidas por los comunistas - de los llamados grupos “contrarrevolucionarios” (social-demócratas, anarquistas, grovistas, hidalguitas, etc.).

Esta indagación permitió trazar un cuadro general e identificar sus periodificaciones. Para efectos de este trabajo, solo los resultados exploratorios de este estudio que dialogaban con nuestro problema de investigación, fueron incluidos en el presente. En conjunto, este ejercicio se realizó en función de caracterizar las percepciones de los afiliados, en particular de sus organismos principales sobre sus adversarios políticos (ya sea en las filas del PC o las demás fuerzas de las Izquierdas). A partir de ello, fue posible para nosotros discernir por negación, los aspectos más indeseados en los militantes y de esa forma, evaluar la porosidad de los límites del ideal comunista.

Todos estos aspectos fueron recopilados, ordenados cronológicamente y sistematizados en cuadros descriptivos. Asimismo fueron comparados diacrónicamente y analizados a través de los métodos histórico e hipotético-deductivo.

La recopilación de la información se realizó a partir de los principales periódicos y boletines comunistas que cumplieran con una cierta continuidad temporal. Asimismo consideramos los folletos partidarios: *En defensa de la Revolución*, *Plan de estudios de un curso de capacitación*, *Manuel Hidalgo, colaborador profesional de la burguesía*, y *Hacia la formación de un verdadero partido de clase*, únicos del período que nos convoca, y actualmente disponibles. A esto se sumaron los archivos del Fondo de la Intendencia de Santiago y aquellos que fueron desclasificados y compilados por Olga Ulianova y Alfredo Riquelme en dos tomos, titulados *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*. Finalmente, como lo adelantamos, en función de nuestros objetivos, revisamos el archivo personal de Manuel Hidalgo Plaza, donde encontramos cartas personales, documentos internos del PC, comunicaciones de Komintern y cartas de/para sus emisarios, además de actas o resoluciones de reuniones, entre otros valiosos documentos.

A partir de lo anterior, la estructura de los capítulos que conforman este trabajo, sigue un ordenamiento cronológico. En el primer capítulo, abordamos el período comprendido entre la muerte de Recabarren, acontecida en diciembre de 1924, y la realización del VII Congreso partidario a fines del año 1925. En esta sección buscamos caracterizar la representación tradicional (o inicial) del militante comunista chileno, centrándonos en las dimensiones que mencionamos en nuestro marco metodológico. El análisis de este conjunto pretende delimitar los principios y alcances prácticos de la cultura política tradicional comunista, en virtud de los cambios en las esferas de poder partidarias.

El segundo capítulo, considera el período de la bolchevización desde el VII Congreso hasta la articulación de las fracciones del PC en el año 1931. En esta instancia, describimos las transformaciones en la manera de entender el ser comunista, sopesamos su impacto concreto en la militancia y evaluamos los niveles de cambio en comparación al período anterior. Asimismo, analizamos

dichos elementos considerando las tensiones entre sectores de la dirigencia comunista (local, nacional e internacional) por la hegemonía partidaria. A partir de esto, dibujamos los nudos críticos del diálogo entre dos culturas políticas distintas, cuyo contacto se produjo bajo la impronta de la bolchevización.

Finalmente, el tercer capítulo comprende los años de lucha fraccional abierta, que culminaron en 1933, con la separación de los opositoristas de las filas del PC y, por otro lado, con la reafirmación de la hegemonía de la fracción oficial en el partido. En este apartado, buscamos caracterizar la representación del militante comunista de ambas fracciones a partir de un contrapunteo. El análisis del desarrollo diacrónico de cada uno de estos elementos, además de las diferencias y semejanzas entre ambas fracciones, se realizó sopesando el nivel de impacto de la bolchevización en el PC y el grado de vigencia de las prácticas y discursos tradicionales. De ahí que hayamos perfilado representaciones resultantes del militante comunista del proceso recorrido en este estudio.

CAPÍTULO 1

EL MILITANTE TRADICIONAL, 1924 - 1925

1. Admisión y composición

Hacia fines de 1924, el estatuto del Partido Comunista de Chile establecía los siguientes requisitos para la integración de nuevos afiliados:

“Art. 1° El Partido Comunista de Chile (sección de la Internacional Comunista) está organizada sobre la base de adhesiones por zonales. Para ingresar al Partido se requiere tener como mínimo 18 años de edad (hombre o mujer) firmar o hacer firmar una solicitud, ser presentado por los afiliados adheridos a su respectivo Consejo o Sindicato. Es obligación de todo afiliado obtener derechos políticos, siempre que no existan causas que lo impidan”⁶⁸.

Dicha solicitud era usualmente publicada en los diarios partidarios. Además de señalar el objetivo general de la organización según el artículo recién citado, el postulante debía entregar la siguiente información al secretario general de la sección: profesión (obreros o empleado), afiliación a Consejo o Sindicato, inscripción en los registros electorales y la subdelegación, además de la sección a la cual quería postular⁶⁹. Los criterios de selección básicamente tuvieron que ver con la posibilidad de formar parte de un sindicato (de acuerdo a la Ley N° 4.057, párrafo 1, art. 1) y la obligación de ejercer derechos políticos. Bastaba con ser un *asalariado organizado* que manifestara interés por ingresar al PC, y que hubiera establecido previamente algún nexo con otros afiliados adheridos a su sindicato, para generar confianza a los camaradas del

⁶⁸ Maclovio Galdames, “Organización del Partido Revolucionario II”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1347, 22 de diciembre de 1924, p. 3; Editorial, “Orientaciones. Organización comunista”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 600, 28 de febrero de 1925, p. 1.

⁶⁹ “Sección Valdivia, Solicitud de admisión”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 728, 24 de junio de 1925, p. 3.

partido una vez que era presentado. Es posible presumir que esta formalidad fue la consagración estatutaria de la inveterada amalgama entre el partido y la Federación Obrera de Chile. De acuerdo a Sergio Grez, pese a que teóricamente se hacía la distinción, la frontera ente ambas organizaciones era muy difusa, y esa era la percepción que primaba entre la mayoría de los militantes⁷⁰. Respecto al reclutamiento de nuevos afiliados, Grez cita el caso de Víctor Contreras Tapia para dar cuenta de la poca prolijidad del procedimiento durante los primeros años del partido respecto a los estándares de la Komintern (las 21 condiciones)⁷¹. Contreras Tapia relata de este modo una reunión de obreros pampinos, donde lo habían llevado sus hermanos:

“Un compañero preguntó quién de los presentes no estaba organizado aún. Mi hermano José Manuel me indicó con el dedo. Me preguntaron el nombre, el lugar de trabajo y me dijeron que debía cinco pesos, valor de la cotización. Cuando los pagué, me dieron una libreta de la Federación Obrera de Chile y otra del Partido Comunista, con la sola recomendación de que tenía que leer sus estatutos.

Nadie me dio ninguna explicación ni yo pregunté nada. Guardé mis documentos y así fue como llegué a incorporarme al Partido. Esto era en el año 1923”⁷².

Sin embargo, y a diferencia de lo que podría suponerse, no se trata de un caso que demuestre la afiliación casi automática que generaba la amalgama entre ambas organizaciones. En la situación descrita por Contreras Tapia efectivamente operaron mecanismos de

⁷⁰ Sergio Grez, *Historia del comunismo en Chile...*, op. cit., p. 211.

⁷¹ *Ibid.*, p. 212.

⁷² Luis Mansilla, “Recuerdos de sesenta años. Conversación con Víctor Contreras Tapia”, *Araucaria de Chile*, Madrid, (17):81, citado en Sergio Grez, *Ibid.*, pp. 211-212. Asimismo, se puede encontrar en Víctor Contreras Tapia, *Campesino y proletario*, Moscú, Ediciones Estudio, Colección Camino de Rebelión, [s. d.], p. 23.

selección que se condecían con el tipo de militante que el PC de esta época buscaba. Contreras contó en sus memorias que, recién llegado a Antofagasta, escuchó por primera vez hablar de la FOCh en la pensión donde sus hermanos lo llevaron. En ese momento, Contreras recordó que uno de sus hermanos le “explicó que estaba recién llegado y que luego sería federado, que el secretario ya estaba en antecedentes pero que había que esperar una reunión para presentarme”⁷³. En definitiva, sus hermanos, quienes ya eran federados y comunistas, ampararon y recomendaron la admisión de Víctor Contreras. Su ingreso a la FOCh y al PC fue zanjado antes de la reunión. De ahí a que no fuesen necesarias más explicaciones.

De esta situación se evidencia que el reclutamiento de nuevos militantes operaba con mecanismos de control que recaían directamente en los propios comunistas. La presentación fue un mecanismo que permitió la entrada de una gran cantidad de afiliados, estableciendo como filtro el examen de las *intenciones* del postulante⁷⁴, esto es, la equivalencia de los objetivos del postulante y del partido, para lo cual necesariamente debía existir un lineamiento político.

En este período, el Partido Comunista abrió sus puertas privilegiando elementos políticamente orientados y con experiencia sindical. Dentro de este marco, es comprensible la importancia que se le atribuyó a la labor de los militantes en la selección de afiliados confiables, dado que nunca se exigió como requisito un conocimiento cabal de la doctrina entendida por los comunistas chilenos. El impacto de esta política fue la apertura de las filas del partido, en principio, a un amplio espectro de grupos sociales.

Sobre la composición del PC, el discurso oficial sostenía que la organización aspiraba a ser un partido de masas y que estaba integrado solo por obreros, cuestión

⁷³ Víctor Contreras, *op. cit.*, p. 18.

⁷⁴ Maclovio Galdames, “Organización del Partido Revolucionario II”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1347, 22 de diciembre de 1924, p. 3.

confirmada por varios artículos de prensa⁷⁵. No obstante, de acuerdo a Peter DeShazo, esta concepción del partido como la vanguardia del proletariado era más ficticia que real. Según este autor, el partido abrió sus puertas no solo a obreros o empleados, también a intelectuales y profesionales durante estos años⁷⁶. Un ejemplo de ello es la siguiente presentación que la sección valdiviana hacía de sí misma en un manifiesto publicado en noviembre de 1925:

“CIUDADANOS: El Partido Comunista de Chile, Sección Valdivia, formado por obreros de los campos y de las ciudades, formado por intelectuales, profesionales y, en una palabra, formado por todos los que trabajan en otra forma para vivir”⁷⁷.

Efectivamente, es posible sostener que el PC abrió sus puertas no solo a los obreros durante este período. Sin embargo, es necesario matizar este argumento. Sostenemos que el carácter obrerista del partido no fue una concepción del todo ficticia. Si consideramos lo expuesto anteriormente sobre la admisión de nuevos afiliados, es posible plantear que el principal proveedor de nuevos militantes era la FOCh y, en consecuencia, lo más probable era que la mayoría de los comunistas eran obreros sindicalizados. Esta percepción fue tan preponderante que los términos fochista o federado y comunista fueron

⁷⁵ El Plebeyo Plauto, “Nuestro partido es el más obrerista del mundo”, *El Comunista*, Antofagasta Año IX, N° 2342, 8 de febrero de 1925, p. 1; Manuel Miranda M., “La figura del comunista según mi concepto”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 706, 30 de mayo de 1925, p. 1; Pedro Reyes D., “¿Pactos con los partidos burgueses? Una aclaración del Partido Comunista”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2351, 17 de febrero de 1925, p. 1.

⁷⁶ Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM, 2007, p. 328.

⁷⁷ Secretario general de la Sección de Valdivia del Partido Comunista de Chile, “MANIFIESTO del Partido Comunista dirigido a los trabajadores, empleados y asalariados en general”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 946, 5 de noviembre de 1925, p. 1.

equivalentes desde los tiempos de Recabarren. En noviembre de 1926 se publicó en *El Comunista* una lista de deberes para los militantes y federados, entre los cuales, se señaló:

“No puede Ud. llamarse comunista ni federado si no asiste a las reuniones del Partido o de su sindicato. Ud. no es comunista, si no es federado”⁷⁸.

No obstante, a juzgar por la insistencia de las dirigencias a corregir esta situación, en la práctica hubo también militantes que no formaban parte de algún sindicato⁷⁹. Si bien no podemos examinar la distribución de esta condición en el partido, es posible intuir que fue un fenómeno minoritario.

A fines de 1924, Maclovio Galdámes afirmó que el partido admitía el ingreso de elementos corrosivos, porque en la práctica no se estaban respetando los requisitos establecidos en los estatutos; y prueba de ello era lo siguiente:

“Tenemos la escisión después de una larga lucha en que primaban bajas pasiones y odios personales de los componentes de la ex-2a. comuna, tenemos el flojo funcionamiento de la totalidad de los centros de propaganda, tenemos las negativas de ciertos elementos para militar en los sindicatos, tenemos las luchas que dentro de esos organismos se llevan a efecto entre afiliados al partido, tenemos el ambiente de completa ignorancia en cuanto a asuntos doctrinarios que hace que prime la

⁷⁸ “Obligaciones de todo Comunista y Federado, de todo obrero y empleado”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2709, 23 de julio de 1926, p. 4.

⁷⁹ Maclovio Galdámes, “Las tendencias izquierdistas”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1521, 17 de junio de 1925, p. 3; Miguel Varas F., “Sección Concepción”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1487, 11 de mayo de 1925, p. 2; Maclovio Galdámes, “Organización del Partido Revolucionario II”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1347, 22 de diciembre de 1924, p. 3.

ineficiencia de nuestro organismo de combate, etc., etc.”⁸⁰.

Para hacer frente a este problema, Galdámes propuso que no se debían admitir afiliados que no hubiesen pertenecido a sindicatos, pues esos eran los espacios donde se conocería a las personas y sus intenciones. Asimismo, este dirigente señaló que el Comité Administrativo de la sección debía estar involucrado en la admisión de nuevos miembros. Si bien es posible que no siempre se hayan respetado los estatutos en este tema, los problemas que apunta Galdámes exceden al campo de la admisión de nuevos integrantes. En ese sentido, las soluciones no se limitaron a la modificación de los mecanismos de ingreso. De ahí que las transformaciones introducidas en el marco del VII Congreso Nacional del partido, realizado entre diciembre de 1925 y enero de 1926, abordaran consiguientemente los requisitos que los postulantes debían cumplir para ser aceptados. En ese sentido, como veremos más adelante, estos cambios dialogaban con otros que se estaban introduciendo sobre las distintas dimensiones de la militancia.

La instalación de los vientos del cambio se produjo en un momento en que los comunistas percibían que la reacción de la burguesía se estaba articulando frente al avance del movimiento obrero revolucionario. Esta preocupación se basó en la represión sistemática y la proliferación del sindicalismo legal, todo encubierto por una política engañosa, siendo los principales métodos que, según los comunistas, utilizaba la burguesía para mermar las fuerzas revolucionarias. Desde esa perspectiva, y utilizando como referente a la Italia fascista, la prensa comunista sostuvo desde febrero de 1925 que el fascismo se estaba organizando⁸¹. Finalmente, en enero del año siguiente, la Komintern confirmó este diagnóstico y lo hizo

⁸⁰ Maclovio Galdámes, “Organización del Partido Revolucionario II”, *op. cit.*

⁸¹ José Santos Córdova, “El fascismo conservador en acción. Alerta, trabajadores”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2347, 13 de febrero de 1925, p. 1.

parte de una situación mundial caracterizada por la inminencia de la reacción⁸².

Aludiendo a la necesidad de responder adecuadamente se tradujo, desde fines de año, en la proliferación de la crítica y la inauguración del debate en torno a la bolchevización del partido. Sin embargo, las exigencias para el mejor funcionamiento del PC y, en particular, la disciplina de sus militantes, fueron aspectos que no se instauraron a partir de una hoja en blanco. Si las exigencias para aceptar a nuevos afiliados se modificaron *de cierta* manera, fue porque se consideró que la mejor alternativa frente a su situación era guiarse por el modelo del partido bolchevique que había triunfado en Rusia, siendo un referente indiscutido de los comunistas del mundo entero⁸³. De acuerdo a Santiago Aránguiz, el problema disciplinario al interior del PCtU se instaló como tema central en las percepciones del comunismo chileno entre 1925 y 1926, bajo el entendido que la disciplina implicaba cohesión y fuerza⁸⁴. En consecuencia, el énfasis en la purificación de las labores de los militantes y la integración de afiliados que estuviesen dispuestos a aceptarlo, fueron el punto de partida a la formación de un partido que buscaba responder exitosamente a los nuevos desafíos que le imponía la coyuntura nacional.

En este marco, la realización del VII Congreso supuso varios cambios. Respecto al tema que nos convoca, el PC modificó los mecanismos de admisión y los requisitos que debían cumplir los postulantes a las filas comunistas. A diferencia de lo establecido en el estatuto anterior, en las resoluciones de este Congreso se introdujo un nuevo elemento, la disciplina. Al respecto, Maclovio

⁸² Buró Sudamericano de la Internacional Comunista, “Tesis para el segundo aniversario de la muerte de LENIN, especial para la ‘Semana de LENIN’ organizada por los países sudamericanos”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1720, 20 de enero de 1926, p. 1; N° 1721, 21 de enero de 1926, pp. 2 y 5.

⁸³ Según Santiago Aránguiz, la relación entre la Revolución Rusa y el PCUS se explicitó durante este período. En Santiago Aránguiz, *op. cit.*

⁸⁴ *Ibid.*, p. 209.

Galdámes, secretario del Comité Ejecutivo Nacional, publicó la siguiente propuesta a evaluar por los congresistas:

“ADMISIÓN DE NUEVOS AFILIADOS

9) Al ser presentado a la Asamblea del Partido un nuevo afiliado, que reúna las condiciones que nuestro estatuto indica, se le designará inmediatamente el grupo al cual pertenece y este se encargará de **probar la convicción del simpatizante, dándole un trabajo fácil de ejecutar**, del cual debe informar de preferencia el jefe en la próxima reunión de directorio y jefes de células”⁸⁵.

La ratificación del examen a los postulantes se produjo el 31 de diciembre, estableciéndose como una condición obligatoria. Sin embargo, a diferencia del mecanismo anterior, éste apuntó al convencimiento en tanto el acatamiento de las órdenes de las directivas. De lo contrario, si se refirieran al convencimiento de la doctrina comunista, el examen a realizar tendría otras características. Esto respondió, según las resoluciones de este Congreso, a la intromisión de demócratas rezagados y de otros partidos, quienes eran los principales elementos que cometían la “traición de anarquía” dentro del PC. Con ese término los congresistas se refirieron al carácter no orgánico de la actividad partidaria de estas personas. En ese sentido, se enfatizó en la purificación de las labores de los militantes, intención que, finalmente, se sintetizó en la frase “una disciplina de hierro”⁸⁶. En enero de 1926, un artículo del periódico madrileño *La Antorcha* reproducido en *Justicia*, señaló que para ingresar al partido era imprescindible la

⁸⁵ Maclovio Galdámes, “Proyecto de organización celular se discute en estos momentos en el Congreso del Partido Comunista”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2505, 28 de diciembre de 1925, p. 1. Destacado nuestro.

⁸⁶ “El 7o. Congreso del Partido Comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1696, 31 de diciembre de 1925, p. 1.

aceptación voluntaria de sus normas y principios⁸⁷. Esta publicación, como veremos en el próximo capítulo, fue la primera de muchas que ahondaron en el tema disciplinario y desarrollaron la primera controversia relativa a la bolchevización.

A lo largo del año 1926, el discurso oficial del PC sobre este tema fue concomitante con el proceso de bolchevización. Un corresponsal que publicó a mediados de año en el valdiviano *La Jornada Comunista* criticó el ingreso de una gran cantidad de nuevos afiliados, sin que tuvieran alguna noción clara de lo que realmente era ser comunista⁸⁸. Ello, según el mismo artículo, explicaba los conflictos que las secciones tenían en su seno y, en ese sentido, el ingreso indiscriminado era perjudicial⁸⁹. En consecuencia, una de las modificaciones a los estatutos, aprobados a fines de año, fue la disminución de la antigüedad mínima de afiliación sindical (de un año a seis meses), como requisito para ingresar al PC⁹⁰. Este cambio respondió al interés por captar una mayor cantidad de obreros, estableciendo un margen aceptable de experiencia sindical y de formación política.

A partir de lo anterior, no solo se llamó a no admitir a “indecisos” y “pequeños burgueses”, además de quienes solo aspiraban a obtener mejoras económicas a costa del trabajo partidario⁹¹, también se insistió en la idea de velar más por la calidad de los nuevos miembros, que la cantidad. Con ello se refirieron a la necesidad de conocer con mayor profundidad a quienes estaban interesados en

⁸⁷ Artículo de *La Antorcha* (Madrid), “Hacia la moralización disciplinaria del partido”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1718, 18 de enero de 1926, p. 1.

⁸⁸ “La sanción disciplinaria debe aplicarse sin distinciones por nuestro partido”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1052, 10 de julio de 1926, p. 1.

⁸⁹ *Loc. cit.*

⁹⁰ “Proyecto de Estatutos del Partido Comunista de Chile”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2113, 25 de diciembre de 1926, p. 3; *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1192, 28 de diciembre de 1926, p. 3.

⁹¹ *Loc. cit.*

ingresar a las filas comunistas. Conocer “su estado de consciencia” e, incluso, su vida privada. Sin embargo, no bastaba con solo hablar de comunismo. Según un corresponsal del periódico valdiviano, para ingresar al PC cada posible afiliado debía rendir una prueba en los sindicatos, pues éstos eran las “escuelas” donde los militantes se preparaban para las luchas sociales⁹². Ésta no era una prueba teórica, sino que medía las capacidades de liderazgo y de trabajo en comisiones⁹³. Solo una vez superada esta fase, el postulante podía estudiar el programa del partido y sus estatutos. Por tanto, el ser comunista radicaba más en las acciones y su experiencia como sindicalizado, que en el manejo prolijo de la doctrina. No obstante, esto no significó que los comunistas fuesen ignorantes en términos teóricos, sino que consideraban que su trabajo partidario era indicador de un estado de consciencia particular.

Para ingresar a las filas comunistas, a partir de lo expuesto, se requería tener una visión crítica sobre el régimen de trabajo capitalista y las jerarquías de clases, en suma, un cierto grado de consciencia sobre la propia situación de explotación. Esta interpretación de la experiencia vivida del obrero, bajo un estatuto de verdad, sólo podía accederse a través de un cierto tipo de racionalidad. Básicamente, esta verdad sólo era posible apreciarla a través de la razón en los términos que los comunistas de la época lo definieron. En ese sentido, la adquisición de este tipo de consciencia era concomitante al sentido y el contenido que tenía en ese momento el proselitismo de los comunistas. Si éste era el requisito mínimo para ingresar al PC, era porque ese era el fundamento de lo que, en términos de representación, eran ser y vivir como comunista chileno.

En este marco, no era necesario ser docto en la doctrina, sino demostrar el compromiso político, fruto -

⁹² “Para que podamos llamarnos afiliados al Partido Comunista”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1104, 9 de septiembre de 1926, p. 1.

⁹³ *Loc. cit.*

idealmente - de la participación en los sindicatos y en las luchas sociales. Sin embargo, los mecanismos de admisión canalizaron de distintas formas la evidencia de este tipo de convicción. La presentación, vigente en términos formales hasta el VII Congreso, validó la capacidad de discriminación de los propios militantes, bajo el entendido que la experiencia vivida como comunistas probados certificaba una racionalidad particular (la no enajenada). Desde fines de 1925, a este cuadro se agregó un nuevo elemento: el trabajo partidario como prueba de las convicciones políticas. Esta fue la forma en que los comunistas chilenos interpretaron la idea de la disciplina en un primer momento. La cohesión en la acción comunista, por tanto, se fundó no solo en la jerarquía de las relaciones entre los militantes en principio, también en el compromiso político individual.

Esta centralidad que tuvo el sujeto comunista y, en particular, su dimensión experiencial implicó entender la militancia a partir de una problematización de la naturaleza humana. En ese sentido, no forma parte de la representación del militante comunista la afiliación netamente instrumental. Todo lo contrario. Durante esta época, se entendió que el compromiso político proyectaba, necesariamente, un cierto tipo de persona. De ahí que, como veremos en la siguiente sección, este modelo de ser comunista no distinguiera límites claros entre la vida privada y la partidaria.

2. La moral comunista

La crítica al alcoholismo, las fiestas, la prostitución y la moral burguesa fueron temas presentes en la prensa popular por lo menos desde 1919. Según Isabel Torres, el tópico del envilecimiento moral de la clase obrera y de la burguesía radicaba en la siguiente idea: que la debilidad humana se canalizaba de acuerdo a las condiciones materiales determinadas por el sistema capitalista. Por consiguiente, tanto la riqueza como la pobreza podían corromper moralmente a las personas. Desde esta

perspectiva, en la prensa socialista-comunista “no se acepta ni la ‘sanidad’ de los obreros como miembros de la clase elegida ni tampoco como real la apariencia de moralidad burguesa o de buenas costumbres”⁹⁴. Este examen habría fijado pautas de comportamiento en el mundo privado de los sectores populares, que se condecían al discurso político planteado por los socialistas y la FOCh. Sin embargo, según Torres, esto habría permanecido parcialmente en el Partido Comunista. Nosotros sostenemos lo contrario.

La crítica a “los vicios de la clase obrera” fue un tópico que se desarrolló extensamente en la prensa comunista. Los problemas del alcoholismo, la prostitución y los juegos fueron entendidos como consecuencias inmediatas del capitalismo. Si estos vicios existían, según los comunistas, era porque había intereses económicos operando⁹⁵. Un ejemplo de ello son los planteamientos de Manuel Hidalgo, quien dictó una conferencia que fue transcrita en *Justicia* en febrero de 1925. Hidalgo sostuvo lo siguiente sobre el origen económico de la prostitución y del alcoholismo:

“El obrero que abrumado por el trabajo busca un momento de distracción es arrastrado por el bar que le ofrece los atractivos al alcance de su salario y lo conduce a invertirlo en el veneno destructor de su organismo y de su intelecto. Incapaz por su pobreza económica de costearse una distracción superior, el hombre cae victimado por el alcoholismo fomentado por los viñateros que han hecho de la fabricación de veneno su fuente de riquezas. La prostitución tiene igual origen igual origen: la miseria económica. Libertada la mujer por el trabajo bien remunerado y al nivel de su poder físico, con las consideraciones que exige su sexo, no veríamos el cuadro tristísimo de la que

⁹⁴ Isabel Torres, *op. cit.*, p. 136.

⁹⁵ C. Soto Donoso, “Por la salvación de la raza”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2007, 6 de septiembre de 1926, p. 1.

vende sus amores al mejor postor y es fuente de degeneración de la raza.”⁹⁶.

Asimismo, los comunistas percibieron que éstos eran los principales mecanismos de enajenación que la burguesía utilizaba contra los obreros. Al respecto, en enero de 1925, un artículo en *Justicia* señaló lo siguiente:

“El alcohol solapadamente se fomenta por el capitalismo[,] a él le conviene se necesitan autómatas y no hombres que piensen, este degenera, embrutece el cerebro, disminuye la fuerza del pensamiento, la inteligencia desciende al hombre a la bestia y quizás descienda más abajo del nivel de aquélla, este es el hombre buscado; así quieren ver a todo el elemento trabajador, sumiso, obediente, miserable, esclavo; así dicen no chilla, no hay energía para pensar, aunque el peso gravite enorme sobre sus débiles espaldas y ese sueldo misérrimo que ganan lo gastan siempre en la orgía, se llevan también parte de este sueldo miserable de sudores y afrentes”⁹⁷.

Las “armas del capitalismo”, incluida la religión⁹⁸, apuntaban a obstaculizar la toma de conciencia del obrero. A partir de ello, se referían al impedimento del obrero en hacer uso del pensamiento racional para desarrollar una postura crítica sobre su situación de explotación. Desde esta perspectiva, el alcohol, la prostitución y los juegos fueron catalogados como “degeneradores de la raza”, “venenos”, entre otros conceptos peyorativos.

⁹⁶ “El compañero Manuel Hidalgo dicta una brillante conferencia en el Centro El Despertar”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1401, 13 de febrero de 1925, p. 3.

⁹⁷ R. S. U., “Frailerismo, alcoholismo y prostitución son las armas del capitalismo”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1372, 15 de enero de 1925, p. 1.

⁹⁸ E. Marcos, “Los efectos del fanatismo religioso”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1091, 25 de agosto de 1926, p. 1; “No seamos tahúres ni religiosos”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2757, 9 de septiembre 1926, p. 1

En este marco, el partido si bien apoyó medidas gubernamentales (asociadas al Código Sanitario) para paliar los problemas sociales derivados de estos vicios, en general las percibió con desconfianza⁹⁹. El escepticismo en la eficacia de estas medidas se basó en que - según los comunistas - la burguesía capitalista no tenía verdadera intención de suprimir estos problemas, a propósito de lo que mencionamos antes sobre la enajenación. Por otro lado, el partido publicó numerosos artículos en su prensa sobre las funestas consecuencias de estos vicios (fundamentalmente del alcohol), como una forma de persuadir a los lectores de abandonar estas prácticas. En estos escritos, se enfatizó en la provocación de enfermedades, la destrucción de la familia y en la delincuencia¹⁰⁰.

⁹⁹ R. S. U., “Frailerismo, alcoholismo y prostitución son las armas del capitalismo”, *op. cit.*; “Se recluirán a las muchachas que se dedican a la prostitución”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1576, 14 de agosto de 1925, p. 5; 18 de junio de 1925, p. 3

¹⁰⁰ “De mal en peor”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1378, 21 de enero de 1925, p. 1; “El alcoholismo y los juegos toman proporciones alarmantes auspiciados por los salitreros”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2332, 28 de enero de 1925, p. 6; Juan Greco, artículo de *Justicia* (Montevideo), “Luis E. Recabarren. Un ejemplo de organizador”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2337, 2 de febrero de 1925, p. 6; Saca Pica, “Los salitreros en la infame explotación de los vicios”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2340, 5 de febrero de 1925, p. 4; “El problema del alcoholismo”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 576, 6 de febrero de 1925, p. 1; “El compañero Manuel Hidalgo dicta una brillante conferencia en el Centro El Despertar”, *op. cit.*; Sargento Rojo, “La cloaca de los vicios”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2347, 16 de febrero de 1925, p. 2; “El alcoholismo”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2347, 20 de febrero de 1926, p. 1; “¿Por qué el vicio no puede ser combatido en Valdivia?”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 948, 10 de marzo de 1926, p. 2; “La lucha contra el alcoholismo en el mundo”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2439, 9 de mayo de 1925, p. 1; “Estamos de acuerdo”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1489, 14 de mayo de 1925, p. 1; “Las bebidas alcohólicas no alegran”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2648, 23 de mayo de 1926, p. 4; M., “Padres no bebáis alcohol”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1944, 14 de junio de 1926, p. 1; Agrario Rayo, “Los borrachos no

Según la prensa comunista, la moral burguesa trataba de constituir sujetos motivados por el egoísmo, la soberbia y la ambición. En suma, potenciales tiranos que se convertirían en verdugos de los oprimidos¹⁰¹. De acuerdo al discurso moral preponderante entre los militantes, la indiferencia del burgués respecto a la miseria y el sufrimiento ajeno no solo explicaba su vocación de explotador, también sus malas costumbres. Un ejemplo claro de esto es el siguiente artículo publicado en *La Jornada Comunista* a fines de 1926:

“¡Mentira! ¡Mentira! ¡Vil mentira!... Yo os invito a vosotros burgueses, que no conocéis el dolor ageno [sic], a que pasáis vuestras vida bebiendo licores en las cantinas de los aristocráticos clubes donde os reunís para fraguar siniestros planes contra del proletariado; que pasáis perpetuamente de orgía en orgía, de banquete en los lupanares y cabarets en donde os esperan las hembras del sensualismo, sin que os importe traicionar a vuestras esposas, a que

saben lo que es subversivo”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 723, 18 de junio de 1925, p. 3; Dr. A. Goldschmind, “La prostitución”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 763, 4 de agosto de 1925, p. 1; Carlos A. Rivera B., “Siguiendo los pasos del leader comunista Luis Emilio Recabarren”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2680, 24 de junio de 1926, p. 2; Un profesor valdiviano, “La prostitución clandestina”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 576, 15 de enero de 1926, p. 1; J. Herminio Lillo, “El alcoholismo”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1970, 30 de julio de 1926, p. 3; A. Espinoza B., “Juventud, salid de los vicios”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1095, 29 de agosto de 1926, p. 1; “Prostitución y vandalismo en la ciudad”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1095, 29 de agosto de 1926, p. 1; Luis Salas Santana, “El proletariado agoniza en brazos del alcohol”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1095, 29 de agosto de 1926, p. 1; “Fatales consecuencias del vicio del alcohol”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1095, 29 de agosto de 1926, p. 1-2; C. Soto Donoso, “Por la salvación de la raza”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2007, 6 de septiembre de 1926, p. 2; Luis Salas Santana, “Huyamos de los vicios”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1142, 27 de octubre de 1926, pp. 1-2.

¹⁰¹ “Comunistas, ¡conquistemos las escuelas!”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 898, 9 de enero de 1926, p. 2.

me acompañéis a bajar al barrio donde moran los que vosotros explotáis y contempléis ese cuadro de desolación y de amargura, de hambre y desnudez que se os ofrecerá a vuestra vista y os pido que pulséis allí el dolor en toda su inenarrable magnitud y después decidme si el pueblo tiene o no razón en levantarse en contra de vosotros”¹⁰².

Como lo señalamos anteriormente, el alcoholismo, la promiscuidad y la ludopatía fueron considerados fenómenos transversales en la sociedad chilena¹⁰³, las cuales fueron interpretados en función del conflicto de clases. En ese sentido, y tal como da cuenta el fragmento anterior, la perversión de los burgueses estuvo anclada a la exacerbación de sus ambiciones por el poder.

A partir de todo lo anterior, la prensa comunista sostuvo que los burgueses caían en el envilecimiento moral y, lo que era peor, lo fomentaban en las clases obreras. Frente a ello, los comunistas plantearon que la educación de las costumbres de los trabajadores era la única salida¹⁰⁴. Sin embargo, no se buscó solo el abandono de los vicios. Para caracterizar el envilecimiento moral de la sociedad, los comunistas tenían un referente. Éste era la sociedad comunista, sociedad basada en la fraternidad, en el amor por la verdad y la justicia, donde la felicidad era producto de una armonía que se lograba con la generosidad y la humildad. En este contexto, los vicios mencionados no existían, porque el capitalismo - generador de los medios que corrompen al ser humano - desaparecía. Si la sociedad comunista era ascética, es porque ese era el ideal moral de los comunistas de la época. En consecuencia, además de la crítica a los vicios, en la prensa partidaria proliferaron los

¹⁰² L. S. S., “Somos revolucionarios”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1093, 27 de agosto de 1926, p. 1.

¹⁰³ Pablo Vlassoff, “Del ambiente moral burgués”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2441, 11 de mayo de 1925, p. 2.

¹⁰⁴ “Combatamos las tabernas y abramos las escuelas”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2465, 13 de junio de 1925, p. 1

artículos que buscaban la enseñanza de valores humanos¹⁰⁵. Sin embargo, esta campaña no solo contempló la prensa, también el ejemplo que daban los mismos militantes. El Partido Comunista, en conjunto, vinculó el ascetismo con su discurso revolucionario. La llamada moral comunista fue entendida como una condición necesaria para que la revolución triunfara y se consolidara una sociedad nueva. Esta fue la idea que expresó en un artículo de A. G. publicado en *Justicia*:

“La moral comunista será la base de la estructura de la sociedad comunista, ya que todos vivirán hermanados bajo una sola aspiración común: “uno para todos, todos para uno”¹⁰⁶.

Por consiguiente, se aspiraba a que los comunistas siguieran estas pautas de comportamiento y de valores en miras del tipo de sociedad por la que luchaban. La importancia de la moralización de los militantes, sin embargo, también era estratégica. Según el artículo de Juan R. Carroza, el comunista debía:

“[...] instruirse, pero mucho, y más q[ue] todo pulir nuestra moral pues, la moral es el espejo que nuestros adversarios se miran y nos miran **y sin ella no podemos criticar a los malvados que día a día corrompen la humanidad**, y ese espíritu de depravación tenemos que objetar los cultos, los aguerridos en la lucha por la vida con el ejemplo

¹⁰⁵ G. D., “Fraternidad”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 965, 29 de noviembre de 1925, p. 1; “La envidia”, *El Comunista*, Antofagasta, Año XI, N° 2867, 28 de diciembre de 1926, p. 1; José Ingenieros, “La envidia”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, 30 de junio de 1926, p. 1; Máximo Gorki, “La soberbia entre los hombres”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 728, 24 de junio de 1925, p. 1; J. H. Lillo L., “Cultura y moralidad”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1033, 18 de junio de 1926, p. 1.

¹⁰⁶ A. G., “Moral comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1477, 1 de mayo de 1925, p. 12.

diario, adquiriendo en la organización por otros hombres hasta mártires por las grandes causas¹⁰⁷.

Además de habilitarlos para la crítica a sus adversarios, el hecho que los comunistas fuesen moralmente intachables los legitimaba como conductores de las masas hacia su perfeccionamiento. El comportamiento de los militantes y su sistema de valores adoptaron un carácter modélico. Este aspecto fue tan importante que un editorial de *La Jornada Comunista* sostuvo que solamente los afiliados que abandonaban los vicios podían considerarse comunistas probados, y no meros simpatizante del partido. En ese sentido, y según el mismo artículo, las exigencias morales también debían ser consideradas en las condiciones de admisión¹⁰⁸. Sin embargo, esto no estuvo especificado en los estatutos, por lo que - si en algún momento se aplicó - la responsabilidad recayó en el criterio de los mismos militantes.

La moralización de la militancia tuvo expresiones biográficas. Esta fue una forma en que el partido difundió su modelo moral y, asimismo, fue un lugar de enunciación que muchos usaron para justificar sus labores partidarias. Entre ellos, la que ocupó mayor extensión fue la de Luis Emilio Recabarren.

La muerte de Recabarren fue motivo para la producción de artículos biográficos que describieron su vida como comunista. Jaime Massardo sostuvo que “ninguno de los artículos mencionados se propone profundizar en su pensamiento o recoger los contenidos de su legado político, remitiéndose más bien a aspectos formales o genéricos de su vida y de su obra, cuya base ha sido establecida quince años antes en el *Diccionario biográfico obrero* redactado por Osvaldo López”¹⁰⁹. No

¹⁰⁷ Juan R. Carroza S., “Obreros intelectuales, son los que necesitamos”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2469, 19 de junio de 1925, p. 2. Destacado nuestro.

¹⁰⁸ Editorial, “Orientaciones. Organización comunista”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 600, 28 de febrero de 1925, p. 1.

¹⁰⁹ Jaime Massardo, *op. cit.*, p. 34.

obstante, la prensa enfatizó otro aspecto: la importancia valórica de la labor de Recabarren como militante y líder. En consecuencia, no es posible sostener *a priori* que efectivamente Recabarren fue como se dijo y realizó todo lo que se le atribuyó. Para efecto nuestro, estas descripciones son útiles en la medida que, aprovechando el liderazgo y la popularidad de Recabarren, los comunistas lo posicionaron como el mayor referente moral del quehacer revolucionario. A partir de esta vía de acceso, examinaremos las características morales de los militantes.

Recabarren fue descrito como un hombre que vivía con lo justo, un hombre bondadoso, con templanza y espíritu de justicia¹¹⁰, quien además de formar conciencia en los trabajadores, también combatió los vicios¹¹¹. El sentido de sacrificio de su vida partidaria fue percibido por los comunistas como una manifestación de sus convicciones revolucionarias¹¹². Así, por ejemplo, en un artículo de *El Comunista*, publicado en enero de 1925 se leía:

“Todos hemos sentido en lo más íntimo de nuestro ser la pérdida de uso de los más destacados luchadores a quien no le amedrentaron las prisiones injustas, ni las calumnias insidiosas de los adversarios; por qué a través de las mazmorras carcelarias, soñaba con una vida más justa, más humana, donde los trabajadores no fueran las eternas víctimas de la explotación.

Y a través de treinta años de arduas luchas, nunca se sintió rendido; siempre demostró valentía para propagar los sublimes ideales y por eso con mucha

¹¹⁰ Editorial de *La Nación*, “Recabarren”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2304, 1 de enero de 1925, p. 2.

¹¹¹ “¡Se fue!...”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1346, 21 de diciembre de 1924, p. 1.

¹¹² Erasmo Fóster, “El Maestro ya no existe”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1383, 26 de enero de 1925, p. 3; “El Duelo del Proletariado Nacional”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1345, 20 de diciembre de 1924, p. 1 “Recabarren”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1345, 20 de diciembre de 1924, p. 1.

razón, le llamaron Apóstol del Comunismo en Chile”¹¹³.

Al año siguiente, en el marco de la conmemoración de su primer aniversario de muerte, el dirigente Rufino Rosas sostuvo que Recabarren luchó abnegadamente hasta los últimos momentos de su vida¹¹⁴. Esta característica forma en que los militantes asumían sus deberes tuvo directa relación con la represión sistemática y las persecuciones llevadas a cabo por los aparatos policiales. Frente estas situaciones adversas, el sacrificio de quienes trabajan diariamente por el partido tomó un profundo valor. Este es el sentir que da cuenta Juan Brown en el siguiente artículo:

“Tomar el fusil en el momento decisivo, cuando el proletariado se pone abiertamente contra la burguesía para vencerla; morir en esa contienda defendiendo los ideales comunistas es un rasgo heroico, hermoso, que la historia tendrá en cuenta para hacer justicia a los sacrificados.

Pero vale más para la revolución, el sacrificio de los que han pasado luchando y sufriendo diez, veinte, treinta años para organizar las huestes proletarias y conducir las por el camino de la victoria”¹¹⁵.

Si bien desconocemos si esta concepción estuvo presente en los tiempos del POS y los primeros años del PC, posiblemente su emergencia e integración a la moral comunista tuvo que ver con la vivencia generacional de este tipo de experiencias. De esto dan cuenta las percepciones en torno a la represión que veremos más adelante.

Básicamente, el militante debía distanciarse de los vicios y la moral burguesa, además de luchar por la

¹¹³ Un Canelino, “Al compañero Recabarren”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2312, 9 de enero de 1925, p. 5.

¹¹⁴ Rufino Rosas Sánchez, “Luis E. Recabarren”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2107, 19 de diciembre de 1926, p. 1.

¹¹⁵ Juan Brown, “La base de la victoria”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1650, 4 de noviembre de 1925, p. 2.

enseñanza de valores y costumbres ascéticos a los trabajadores. Los periódicos del partido concordaban en que los comunistas debían ser sujetos honrados, generosos, fraternales y proclives “a todo aquello que acerque a los individuos mutuamente”¹¹⁶. Debían ser personas humildes, sensibles al dolor ajeno, y reacias al despilfarro pues consideraban que se debía vivir solo con lo necesario. Todo lo contrario al burgués. Asimismo debían ser defensores de la verdad y la justicia, valientes para llevar a cabo sus labores en la lucha revolucionaria¹¹⁷ y estar dispuesto al sacrificio¹¹⁸. Estas cualidades del ser comunista estuvieron asociadas a la “cultura obrera ilustrada” estudiada por Eduardo Devés. Según el autor, esta mentalidad - vigente hacia 1910 - recogía una herencia ilustrada y otra romántica. En términos éticos, el agitador era considerado un sujeto puro y valiente, solidario con los trabajadores y altruista, de aspiraciones nobles, “es un trabajador más, hace la luz en la mente del pueblo”¹¹⁹. En general, esta cultura fue adscrita en general por los ideólogos y dirigentes políticos del movimiento obrero. Estas ideas posicionaban al agitador bajo los mismos términos que hemos descrito a los comunistas de esta época y, en ese sentido, podemos establecer una continuidad. Esta continuidad, como veremos más adelante, se manifestó en múltiples ámbitos.

Si bien las cualidades del ser comunista se enunciaron en el marco de las actividades del partido, la moralización del militante también consideraba su vida privada. Según Castor Villarin, la lucha contra el régimen

¹¹⁶ M. Vásquez, “El camino del comunismo”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1590, 28 de agosto de 1925, p. 1; *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 794, 1 de septiembre de 1925, p. 1-2.

¹¹⁷ Edmundo Reyes Bello, “Seamos libres de toda cobardía”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1590, 28 de agosto de 1925, p. 1.

¹¹⁸ Rayo Rojo, “Debemos triunfar contra todos nuestros enemigos”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 944, 2 de noviembre de 1925, p. 1; Juan Brown, “La base de la victoria”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1650, 4 de noviembre de 1925, p. 2

¹¹⁹ Eduardo Devés, *op. cit.*, p. 135.

comenzaba en el mismo individuo. En su mismo artículo agrega lo siguiente:

“[...] Cuando los hombres prediquen con el ejemplo, cuando aprendan a ser consecuentes con sus doctrinas, cuando no hayan borrachos que prediquen contra el alcohol, cuando haya hombres que combaten el juego y van a las carreras de caballos, cuando no haya hombre que predicen contra la religión y bautizan a sus hijos, cuando aprendamos a ser más honrados y más leales con nuestra ideas, cuando rompamos la máscara que oculta en nosotros los defectos hereditarios de un régimen inicuo, entonces habrá llegado la hora de creer que empezamos a derrotar la burguesía”¹²⁰.

Como vemos, la construcción de una sociedad nueva partía por cambiar las prácticas cotidianas. En ese sentido, tenía que haber un lineamiento entre las finalidades doctrinarias, el modo de ser del militante y su vida en el hogar. Esta correspondencia se percibía como una preparación para el porvenir de la nueva sociedad¹²¹. Esta particularidad del pensamiento comunista radicaba en una comprensión arraigada sobre la libertad individual y del convencimiento personal. La opción partidaria, desde esta perspectiva, nace de una decisión individual, la cual responde a las necesidades de cada grupo social en su época. En consecuencia, el compromiso por la doctrina y la causa revolucionaria, cuestión adquirida por el convencimiento individual, excedía a todas las esferas en la vida de las personas. Esta concepción de la cultura política tradicional del PC privilegió al sujeto para concebir las características de los militantes y su actividad partidaria. De ahí que, hasta la bolchevización, no fuese tan importante la disciplina o el nivel teórico de los comunistas, sino su capacidad crítica, sus intenciones con el partido, su ética y capacidad de convencer a otros.

¹²⁰ Castor Villarin, “¿Dónde empieza la lucha contra el régimen?”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1778, 28 de marzo de 1926, p. 1.

¹²¹ Babeuf, “El obrero y el hogar”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1536, 2 de julio de 1925, p. 4.

Sin embargo lo anterior, al parecer este aspecto de la vida de los militantes no era supervisado de forma sistemática por el partido. Durante el período de estudio, no se emitió alguna sanción bajo estos términos. Sin embargo, hay antecedentes¹²². Independientemente de ello, los aspectos morales podían incidir en la admisión de nuevos afiliados y, según los estatutos ratificados durante el VIII Congreso del PC, la llamada lucha contra los vicios formó parte de la actividad obligatoria para los militantes¹²³.

Si la consciencia revolucionaria era tener una visión crítica respecto a la propia situación de explotación, ésta no se limitó a las relaciones laborales sino que abordó - como ya lo habíamos advertido - la propia individualidad. En ese sentido, racionalizar la condición humana necesariamente derivaba, a partir de un diagnóstico compartido sobre la sociedad capitalista, en su problematización.

Como es posible apreciar a lo largo de esta sección, el sistema capitalista proyectaba sus propios tipos de personas. Las características atribuidas a burgueses y trabajadores, en este marco, fueron entendidas como mecanismos de reproducción y, consiguientemente, se posicionaron como espacios de disputa. De ahí que la cultura política tradicional del PC, a propósito de la centralidad que le otorgó a la constitución del sujeto en términos experienciales, concibiera la elevación moral de los trabajadores como un aspecto medular en el proyecto revolucionario. Esto se tradujo, en definitiva, en proyectar una representación moral del militante comunista basada en la subversión de los códigos y valores de la sociedad capitalista.

En conjunto, es posible sostener que el carácter ejemplar de la representación de los comunistas corresponde más a una política pedagógica hacia las clases

¹²² Rolando Álvarez citó el caso de un militante expulsado por expender alcohol y ser considerado “un elemento tabernero”. En: Rolando Álvarez, “La bolchevización del Partido Comunista de Chile...”, *op. cit.*, p. 13.

¹²³ “Estatutos del Partido Comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1962, 22 de julio de 1926, p. 3.

obreras, que una descripción de la vida privada de los militantes. No es que los comunistas de la época necesariamente hayan sido ascetas fuera de la actividad partidaria solo por obedecer a la representación que les imponía la cultura política de su partido. Sin embargo, cuando se trataba de las actividades de la organización, esta representación efectivamente operaba. En el discurso político operó como un lugar de enunciación donde militantes como Oscar Sepúlveda H., Abraham Quevedo, entre otros, justificaron su acción política y se legitimaron como líderes revolucionarios. Asimismo, fue un campo de acción que el partido concilió con el quehacer en los sindicatos y, en general, entre los trabajadores.

3. Recabarren como monumento y tradición

Después de la muerte de Luis Emilio Recabarren, proliferaron los artículos en torno a su figura como militante. Si bien estos escritos no buscaron profundizar en su obra política¹²⁴, posicionaron a Recabarren como el mayor referente moral del quehacer revolucionario. Hasta diciembre de 1926, los comunistas tuvieron una lectura acrítica en torno a su figura, cuestión que se expresó en apodos como “El Apóstol”, “El Maestro”, entre otros. Sin embargo, si bien esta mirada se mantuvo preponderante por décadas, hubo una lectura crítica a nivel de dirigencias hacia 1933 (que revisaremos más adelante) y, posteriormente, se esgrimieron algunos comentarios desaprobatorios un tanto aislados¹²⁵.

¹²⁴ En toda la prensa revisada, se reprodujeron solamente tres artículos de Recabarren. Véase: Luis Emilio Recabarren, “El día en que no haya agitadores”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2469, 19 de junio de 1925, p. 3; “Organización fundamental en las industrias”, *El Comunista*, Antofagasta, Año XI, N° 2816, 19 de junio de 1927 de noviembre de 1926, p. 6; “Decía el maestro: ¿a qué iré a la Cámara de Diputados?”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1902, 1 de mayo de 1926, p. 3.

¹²⁵ Actualmente, no disponemos de estudios que examinen el desarrollo histórico de las críticas formuladas sobre aquello que los comunistas consideraron como la obra de Recabarren en el marco de

Entre 1924 y 1926, los artículos publicados en la prensa comunista consideraron como la obra política de Recabarren la organización del proletariado chileno. Este objetivo se habría logrado gracias a una forma particular de hacer política. Para los comunistas, las organizaciones obreras revolucionarias eran fruto de la generación de convicciones revolucionarias, proceso impulsado por el trabajo propagandístico que realizaban los militantes. Al respecto, Manuel J. Montenegro afirmó que Recabarren no dejó una herencia material, sino moral:

“Recabarren distribuía su fortuna enseñando al pueblo la sobriedad, el amor al prójimo, elevando su nivel moral, predisponiéndolo al estudio de las cuestiones sociales para encontrar la fórmula que saque al proletariado de la [miserable] situación que lo han mantenido los gobernantes, los clérigos y los frailes.”¹²⁶

Esta forma de hacer política finalmente se traducía en organizaciones obreras y, consiguientemente, en oficinas de periódicos en tanto su proyección hacia lo público. La utilización proselitista de la prensa, la instancia parlamentaria y las conferencias fueron los elementos que los comunistas de esta época consideraron que definía el estilo político de Recabarren y, por extensión, del partido que lideró. Este fue el legado que los comunistas consideraron que debían prolongar¹²⁷, el cual básicamente coincidía con las actividades que estaban realizando.

su vigencia para sus luchas actuales. Sin embargo, existen registros que nos permiten preguntarnos por su grado de aprobación, por lo menos, a nivel de las dirigencias: Salvador Barra Woll, “Recabarren y su partido”, *Principios*, Santiago, Segunda Época, N° 18, diciembre de 1942, pp. 18-19.

¹²⁶ Manuel J. Montenegro, “La herencia de Recabarren”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1396, 8 de febrero de 1925, p. 1.

¹²⁷ Artículo de La Nación (Santiago, 21 de diciembre de 1924), “Luis E. Recabarren y su obra”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1342, 22 de diciembre de 1924, p. 1; Manuel Montenegro, “La herencia de Recabarren”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1396, 8 de febrero de 1925, pp. 1 y 4.

¹²⁷ Artículo de *La Nación* (Santiago, 21 de diciembre), “Luis E. Recabarren y su obra”, *op. cit.*; Rodrigo de Triano, “Ante la muerte de Recabarren”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 538, 23 de diciembre de 1924, p. 1; *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2312, 9 de enero de 1925, p. 5; Abraham Quevedo, “Desde la muerte surgirá la vida”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 543, 28 de diciembre de 1924, p. 1; Fernando Gómez Reyes, “Recabarren”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 544, 30 de diciembre de 1924, p. 1; *Justicia*, Año XV, N° 1347, 27 de diciembre de 1924, p. 1; E. Solís, “Recabarren”, *Justicia*, Año XV, N° 1383, 31 de diciembre de 1924, p. 1; “¡Recabarren a muerto! Mas su obra será inmortal”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2305, 2 de enero de 1925, p. 2; Martillo Rojo, “A la memoria del maestro”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2305, 2 de enero de 1925, p. 2; “Velada en homenaje al compañero Recabarren”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2310, 7 de enero de 1925, p. 1; M. López, “Ha muerto el hombre”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2312, 9 de enero de 1925, p. 5; Un Canelino, “Al compañero Recabarren”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2312, 9 de enero de 1925, p. 5; Estibador, “Glorificando la memoria del querido y recordado maestro Luis E. Recabarren S.”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2328, 25 de enero de 1925, p. 6; Erasmo Fóster, “El maestro ya no existe”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1383, 25 de enero de 1925, p. 3; Juan Greco, artículo de *Justicia* (Montevideo), “Luis E. Recabarren. Un ejemplo de organizador”, *op. cit.*; A. Z., “El líder del comunismo chileno y mi palabra revolucionaria”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2338, 3 de febrero de 1925, p. 4; M. J. Montenegro, “La herencia de Recabarren”, *op. cit.*; “Acercándonos al éxito”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2479, 1 de diciembre de 1925, p. 1; “Recabarren”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2496, 19 de diciembre de 1925, p. 1; Salvador Ocampo, “Rememorando”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2496, 19 de diciembre de 1925, p. 1; José D. S. Araya O., “Hoy se enlutan los corazones”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2496, 19 de diciembre de 1925, p. 2.; J. Molina, “En nombre de Recabarren debemos hacer más estrecha nuestra unión”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2496, 19 de diciembre de 1925, p. 3-4; Carlos A. Rivera B., “Siguiendo los pasos del leader comunista Luis Emilio Recabarren”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2680, 24 de junio de 1926, p. 2; *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1053, 11 de julio de 1926, p. 1; “Seamos dignos de la obra creada por el maestro”, *El Comunista*, Antofagasta, Año XI, N° 2856, 19 de diciembre de 1926, p. 1; “Recordando la muerte del maestro y prometiendo continuar su obra”, *El Comunista*, Antofagasta, Año XI, N° 2856, 19 de diciembre de 1926, p. 1.

En suma, no es que la herencia de Recabarren haya cambiado las estrategias del partido, sino que dicho reconocimiento fue una forma de legitimar la continuidad histórica con el PC de los primeros años y con el POS. Este ejercicio consistió en auto-atribuirse una tradición de lucha, cuestión que a los comunistas les servía como herramienta de autoridad en su disputa por la hegemonía del movimiento obrero revolucionario, en particular con los anarcosindicalistas. Asimismo, les permitió forjar un símbolo de unidad e identidad del comunismo nacional. Al respecto, es necesario considerar que durante este período los anarquistas, a raíz de sus críticas al gobierno bolchevique, fueron identificados - por los socialistas-comunistas - como una fuerza reaccionaria desde 1921¹²⁸.

Desde esta perspectiva, la apropiación de la obra política de Recabarren no requería de un examen riguroso. Básicamente, se construyó una *caja negra* en torno a la formación de las organizaciones revolucionarias. Esta caja negra posicionó el legado de Recabarren como la única forma de concretar el discurso transformador, lo que se tradujo en la siguiente fórmula: al ser Recabarren el *padre* del movimiento obrero, su estilo político tenía una prueba concreta de su efectividad y, por consiguiente, figuró como la única forma aceptable. Por extensión, esto significaba desplazar cualquier estrategia que no fuese la que estaba siguiendo el partido, dado que los militantes se decían continuadores de esa línea política. Por otro lado, significó no ahondar con mayor profundidad en el origen de las primeras organizaciones socialistas, por el riesgo de desplazar el asumido protagonismo de Recabarren. Bajo este criterio es posible entender la siguiente resolución de la sección de Antofagasta en febrero de 1925:

¹²⁸ Leandro Lillo, *Los lejanos ecos de una gran revolución. La Rusia soviética en el discurso del anarquismo y socialismo-comunismo chilenos (1917 - 1927)*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, 2008, p. 90.

“En la orden del día, al tratarse de la sustitución del camarada Recabarren que muchos burgueses y aún compañeros se la atribuyen a distintas personas del partido; llegando hasta revelarse casos de verdadera pedantería, el partido acuerda: que el único que sustituye a Recabarren, es el partido mismo”¹²⁹.

Por tanto, la caja negra se abrió una vez que surgió la controversia sobre las estrategias políticas y, en consecuencia, en ese momento la obra de Recabarren fue cuestionada. Sin embargo, como veremos más adelante, la negación de la llamada “tradición recabarrenista” y su clasificación como una desviación (motivo de sanción) no solo aludió diferencias tácticas.

Entre 1924 y 1926, el partido construyó la figura de Recabarren. Inmediatamente después de su muerte, se filmaron sus funerales. Esta película fue transmitida en los teatros obreros del partido y la FOCh, actividad que se realizó hasta marzo de 1926¹³⁰. Asimismo, se realizaron veladas doctrinarias que buscaron profundizar en su obra política. En febrero de 1925, se propuso la reconstrucción de la casa de Recabarren, para “levantar un positivo monumento a su memoria”¹³¹. No sabemos si esa labor efectivamente se realizó, pero a fin de ese año, el VII Congreso resolvió lo siguiente:

“Se acordó que habiendo sido Recabarren el más destacado leader comunista de Chile, debe nombrarse una comisión del C. E. N. que recopilará todos los datos y antecedentes del hombre que fue nuestro maestro y guía y lo hará

¹²⁹ Sección de Antofagasta del Partido Comunista de Chile, “Resoluciones del partido”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2350, 16 de febrero de 1925, p. 6.

¹³⁰ Aviso “Teatro obrero de la Federación Obrera de Chile y del Partido Comunista. Los funerales de Recabarren”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2569, 4 de marzo de 1926, p. 2. Véase la película *Los funerales de Luis Emilio Recabarren* en <http://cinechile.cl/pelicula-1014>.

¹³¹ “El viejo a través de su obra”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2351, 17 de febrero de 1925, p. 1.

imprimir a fin que sea conocido por todos los trabajadores del país y les sirva esa vida ejemplar como un sendero por el que han de marchar para llegar a nuestra finalidad¹³².

Al año siguiente se publicaron regularmente avisos solicitando información a quienes habían tenido algún contacto con Recabarren. Este proceso de institucionalización no se redujo a la monumentalización del líder chileno, sino que trajo consigo lo que Eric Hobsbawm llamó *tradiciones inventadas*. La conmemoración de su aniversario de muerte fue una tradición que se expresó en la organización - por parte del partido y la FOCH - de romerías a su tumba¹³³. Estas manifestaciones fueron vistas como medidores de las convicciones revolucionarias y, por consiguiente, demostraciones de fuerza en el espacio público. Fue una tradición que se sumó a las ya consagradas en el período anterior, es decir, de la conmemoración del primero de mayo y el 7 de noviembre.

La tradición se mantuvo independientemente a la apertura de la caja negra y el paso de Recabarren a ser objeto de críticas. Con ello nos referimos a que posteriormente, si bien se reconoció el vínculo histórico con la supuesta obra de Recabarren, los llamados “lafertistas” o la fracción oficial del PC rechazaron su legado. Dicha ambivalencia en torno a su figura y la tradición que los comunistas reconocieron durante la primera mitad de la década de 1930, la examinaremos más adelante.

¹³² “El 7o. Congreso del Partido Comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1696, 31 de diciembre de 1925, p. 1.

¹³³ “Romería a la tumba de Recabarren”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1685, 17 de diciembre de 1925, p. 1; “Romería a la tumba de Recabarren”, *Justicia*, Santiago, Año XVI, N° 2104, 16 de diciembre de 1926, p. 1; “Los organizados y comunistas de la pampa de Unión conmemorarán dignamente la fecha del desaparecimiento de nuestro compañero Recabarren”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2853, 14 de diciembre de 1926, p. 6.

Los militantes chilenos nunca vincularon la obra política de Recabarren con el bolchevismo. Este fue un ejercicio que realizó el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista en su declaración con motivo del primer aniversario de muerte del líder chileno. El SSA reconoció el liderazgo de Recabarren en las adhesiones de los socialistas chilenos a la Internacional Comunista y de la FOCh a la ISR. En ese sentido, se consideró que su real aporte fue indicar “la verdadera ruta a seguir”. Asimismo, el SSA enfatizó el sacrificio que implicó la realización de sus tareas, frente a la persecución y la represión. En conjunto, según el organismo internacional, Recabarren tenía ciertas equivalencias con Lenin. Esta lectura en torno al líder chileno respondió a los intereses políticos de Komintern. Aprovechando el proceso de institucionalización de su figura, el SSA sostuvo que el leninismo era el próximo paso a seguir por los militantes chilenos. Al respecto, el siguiente fragmento de la declaración es bastante claro:

“Recabarren ha muerto, pero su obra vive. Como los trabajadores de Rusia, la pérdida de Recabarren ha sido para vosotros una gran pérdida que debe suplirse con el esfuerzo de muchos nuevos luchadores que se incorporen en sus filas. Orientados por el leninismo y siguiendo el ejemplo de la actividad y de la lucha incansable que les dio Recabarren, seguiréis el camino de los trabajadores rusos. Recabarren no ha muerto para el proletariado y los campesinos de Chile: hoy está la Federación Obrera y el Partido Comunista donde Recabarren vive, donde está vuestro puesto”¹³⁴.

El legado de Recabarren, por consiguiente, fue haber impulsado el paso hacia el bolchevismo. Este fue un

¹³⁴ “Declaración del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista en Buenos Aires, con motivo del primer aniversario de la muerte de L. E. Recabarren”, RJTsDNI, 495.106.6, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1925, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile en los archivos soviético 1922 - 1991. Tomo 1: Komintern y Chile 1922-193*, Santiago, Ediciones Lom, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM, 2005, p. 155.

primer acercamiento hacia la bolchevización del PC por parte de Komintern, si bien no encontró eco.

A juzgar por lo anterior, las características del legado de Recabarren y el sentido que el partido le asignó no fueron temas estáticos. No es posible sostener que *a priori* el llamado legado de Recabarren existió en los años inmediatos a su muerte. Asimismo, como está alejado de nuestro alcance el poder comprobar que el propio Recabarren tuvo la intención de dejar un legado para su partido, una pista de su supuesta existencia fue que los militantes se llamaron a sí mismos continuadores de su obra. No obstante, curiosamente, lo que menos hicieron fue profundizar en su estudio. Esto se debió a que el posicionamiento de lo “recabarrenista” como tradición política en vigencia fue un terreno de disputa. En ese sentido, es necesario entender la apropiación de la obra de Recabarren, de acuerdo a los términos de quienes se lo adjudicaron, como un fenómeno que no está ajeno a correlaciones de fuerza en el seno de la organización.

La construcción de Recabarren y su obra se definió, en definitiva, bajo los términos que le convenía al partido, cuestión que también hizo la Internacional Comunista. De ahí que la “tradición recabarrenista” sea una construcción histórica, ideológica y situada, que responde consiguientemente a intereses concretos. En ese sentido, la construcción de Recabarren en tanto su consolidación en el panteón del comunismo chileno evidentemente apuntó a constituirse como una figura modélica para los militante y, por consiguiente, en un dispositivo para disciplinar. De ahí que resultara ser un terreno en disputa para las dirigencias el contenido específico que se le otorgó a esta construcción. Si los comunistas de este período declararon ser los continuadores del legado de su maestro, reconociendo su vigencia para sus luchas actuales, fue porque esos elementos eran concomitantes a sus estrategias y cultura política, por lo que es posible hablar de la ausencia de grandes inflexiones en esos sentidos.

No obstante, lo anterior no implicó que la construcción de la “tradición recabarrenista” haya sido un

llamado a revivir el pasado y, por tanto, su impronta haya sido netamente conservadora. El discurso en torno a la vigencia del legado de Recabarren le dio asidero a la realización de cambios, bajo el entendido que permitirían una necesaria continuación “más fidedigna” en un momento donde el diagnóstico sobre la coyuntura nacional era adverso para el PC. Por tanto, es posible reconocer un cierto grado de flexibilidad en los contenidos específicos de esta reconocida tradición, cuestión que veremos con mayor profundidad más adelante.

4. Instrucción y formación doctrinaria

La admisión de nuevos militantes, como vimos, no contemplaba que el interesado tuviese cierto grado de instrucción. Respecto a esto, Manuel Miranda publicó un artículo en mayo de 1925, afirmando que:

“Algunos pretenden que los comunistas son brutos e ignorantes. Es cierto que no todos ellos poseen la vasta cultura ni la superior inteligencia, porque son víctima de la ignorancia y porque desde la edad de doce años abandonaron la escuela y fueron a trabajar para vivir; reemplazando el taller por la escuela, pero el sólo hecho de haberse elevado hasta la concepción comunista se nota el esfuerzo intelectual adquirido y hasta dónde puede llegar el hombre”¹³⁵.

Para los obreros, las posibilidades del desarrollo de labores intelectuales eran relativamente pocas, dada sus condiciones materiales descritas en la cita anterior. En consecuencia, el encargado de asumir la labor de instruir y desarrollar el pensamiento crítico de los militantes, era el partido. A partir de ello, los comunistas se representaron como amantes del conocimiento y del estudio, como puede apreciarse en esta cita:

¹³⁵ Manuel Miranda M., “La figura del comunista según mi concepto”, *op. cit.*

“El comunista lee, estudia, medita, se instruye cada día más. Experimenta la necesidad de ensanchar el círculo de sus conocimientos. Se interesa por las cosas serias; se apasiona por la belleza, por la ciencia y por los filósofos, de la cual está sediento. Cree que nunca sabe bastante”¹³⁶.

Esta concepción no era nueva. De acuerdo a Eduardo Devés, la cultura obrera de tiempos del centenario interpretó los valores ilustrados, idealizadores de la ciencia, la literatura y el arte, desde la subversión¹³⁷. En ese sentido, en términos del autor, “fue una cultura que se pensó como diferente, pero deseando rescatar los verdaderos valores de la cultura dominante.”¹³⁸ Desde esta perspectiva, la representación del militante comunista estuvo anclada a una idea ilustrada del conocimiento, es decir de su capacidad para mirar la realidad desde una sensibilidad mayor. Por consiguiente, una visión crítica sobre la situación del obrero necesariamente implicaba enriquecerla haciendo uso de la teoría comunista y el conocimiento interdisciplinario.

Esta situación abrió un debate, a lo largo del año 1925, sobre la inclusión de intelectuales (profesionales liberales) para mejorar el conocimiento general de los militantes. Si bien se reconoció la importancia de mejorar la instrucción en el partido, esta alternativa no encontró acogida entre los comunistas¹³⁹. No obstante, esto no significaba que los comunistas fueran reacios, en principio, a acoger entre sus filas a quienes habían pasado por las aulas universitarias¹⁴⁰. Al referirse a sus candidatos en las

¹³⁶ *Loc. cit.*

¹³⁷ Eduardo Devés, *op. cit.*, p. 131.

¹³⁸ *Loc. cit.*

¹³⁹ El Plebeyo Plauto, “Nuestro partido es el más obrerista del mundo”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2342, 8 de febrero de 1925, p. 1; Almamundo, “A propósito de un llamado a los intelectuales”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1503, 28 de mayo de 1925, p. 1; Oscar Pérez Solís, “Intelectuales, sí, pero proletarios”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1555, 21 de julio de 1925, p. 4.

¹⁴⁰ Esto fue advertido por Peter DeShazo al escribir sobre la integración de profesionales liberales en el PC, como los abogados

elecciones parlamentarias de 1925, Oscar Sepúlveda H. sostuvo que ellos no figuraban en

“[...] la academia de los profesionales del intelecto, ni cuelgan en su pecho condecoraciones de palabrería inútil, ni siquiera tienen el estigma de ser más o menos cínico y embustero, cualidades que necesita todo candidato burgués para surgir.”¹⁴¹

En definitiva, lo reprochable era tener características burguesas, cuestión que - como señalamos anteriormente - eran indicadores de un estado de consciencia particular, la de los explotadores. Por tanto, en principio, un intelectual con consciencia revolucionaria habría tenido la posibilidad de ingresar al PC.

Entre los argumentos que se esgrimieron, los principales fueron: primero, que se corría un enorme riesgo al permitir la entrada de burgueses, pues podían intentar disuadir a los obreros de abandonar su lucha; y segundo, que su formación burguesa no se condecía con los objetivos del partido. Afirmándose de ésta última postura, Oscar Pérez Solís propuso que, bajo la supervisión de los camaradas con mayor valor intelectual, se seleccionaran aquellos jóvenes con instrucción elemental más completa, los que mostraran cualidades de inteligencia y amor por el estudio. Estos jóvenes recibirían todas las facilidades para ampliar sus conocimientos, formándose como *intelectuales proletarios*¹⁴². La formación de un grupo selecto de intelectuales en el seno del partido fue una propuesta que al parecer no encontró eco.

La instrucción otorgada por el PC apuntó al desarrollo del pensamiento crítico de los militantes, en el marco del trabajo partidario. Según un artículo publicado

Carlos Contreras Labarca y Gregorio Guerra. En Peter DeShazo, *op. cit.*, p. 328.

¹⁴¹ Oscar Sepúlveda H., “Candidatos Comunistas”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 941, 30 de octubre de 1925, p. 1.

¹⁴² Oscar Pérez Solís, “Intelectuales, sí, pero proletarios”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1555, 21 de julio de 1925, p. 4.

en *Justicia* a mediados de 1925, este objetivo era el asidero de la actividad partidaria:

“A los comunistas y especialmente a los dirigentes del Partido no les importa nada más que el juicio crítico de sus co-idearios. Las publicaciones de otros campos, que dan la seguridad de que hemos estado en nuestro deber y que hemos puesto el dedo en alguna llaga”¹⁴³.

La crítica al orden capitalista, siendo la base para la actividad propagandística del partido, era producto de la adquisición de conocimientos específicos sobre economía, industria, entre otros temas, en consonancia con la formación doctrinaria¹⁴⁴. Asimismo, según un articulista de iniciales J. G. S., los militantes debían saber definir con precisión las afinidades con la Komintern y la ISR. Esto se lograría:

“Sencillamente, leyendo a diario la prensa Comunista que divulga en sus columnas todas las resoluciones de la I. Comunistas y publica también interesantes procesos históricos, leyendo detenida y minuciosamente los estatutos del Partido Comunista, a la vez que interesarse por incrustarse en el cerebro todo lo interesante de los folletos y los libros escritos por pensadores de destacada actuación en el proceso de la lucha de clases”¹⁴⁵.

Pese a lo anterior, la instrucción no buscaba solo la crítica. De acuerdo al dirigente Salvador Barra Woll, la instrucción era necesaria para desplazar el capitalismo:

¹⁴³ L. F., “Los cuatro manifiestos”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1567, 2 de agosto de 1925, p. 1.

¹⁴⁴ Editorial, “Todos contra los comunistas”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2457, 5 de junio de 1925, p. 1; “La ola roja avanza”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1483, 7 de mayo de 1925, p. 4.

¹⁴⁵ J. G. S., “La amplia misión de los comunistas revolucionarios legales”, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, Año XV, N° 2.950, 16 de enero de 1925, p. 3.

“Debes tratar de penetrarte de la técnica de todas las industrias del comercio y de la maquinaria del Estado y no olvidarte que así como el artillero necesita conocer exactamente la posición del enemigo para asegurar el éxito de sus disparos, en las luchas sociales y políticas, tú debes saber tanto como el capitalismo el secreto de sus maquinaciones”¹⁴⁶.

Sin embargo, la instrucción apuntó más a la capacitación de militantes hábiles en el debate, que a lo programático. Esta percepción fue tan preponderante que se destacaba a los militantes que, en el espacio público (en el Parlamento o en conferencias), tuviesen gran capacidad argumentativa y de convencimiento. Entre ellos, incluyendo a Recabarren, podemos mencionar a Manuel Hidalgo, Carlos Contreras Labarca, Luis A. Hernández o Barra Woll¹⁴⁷. Esto se debió a que los comunistas consideraron que la formación de la conciencia revolucionaria en los sindicatos consistía en instalar la lucha por los ideales por sobre las necesidades inmediatas. Por otro lado, el desarrollo del pensamiento crítico se concedía a la estructura asamblearia del partido, espacios donde el debate era medular en la formulación de propuestas programáticas. No obstante, como veremos más adelante, estos aspectos de la vida del militante cambiarán al confirmarse - a fines de 1925 - la fórmula “no somos ni seremos comunistas por lo que digamos, sino por lo que podamos o debemos hacer”.

¹⁴⁶ Salvador Barra Woll, “Ciudadano comunista”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2469, 19 de junio de 1925, p. 2.

¹⁴⁷ Oscar Sepúlveda H., “Luis A. Hernández”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 942, 31 de octubre de 1925, p. 1; Fermín Codoceo, “Recuerdos de gratitud”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2307, 4 de enero de 1925, p. 2; “La actitud del Ministro de la Guerra y el Senador Comunista. Vibrante improvisación del Senador comunista compañero Manuel Hidalgo”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2835, 26 de noviembre de 1926, p. 1; “La censura comunista al Gobierno”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2611, 26 de abril de 1926, p. 1.

Para el desarrollo de este programa, se realizaron veladas doctrinarias, conferencias y se montaron obras de teatro, se destinaron algunas sesiones de las secciones del partido y la prensa comunista divulgó folletos o reprodujo artículos de contenido doctrinario. Entre estos últimos, se puede mencionar *El A. B. C. del comunismo* (Bujarin), *Anarquismo y comunismo científico* (Bujarin), *El Ejército Rojo* (Trotsky), *Huelga general y revolución* (Juarès), *La enfermedad infantil del comunismo* (Lenin)¹⁴⁸. Si bien el partido no contaba con escuelas de formación teórica, de acuerdo a un modelo educacional basado en la lecto-escritura, la formación política era de carácter performativo si pensamos en que la mayor parte de los militantes no sabían leer y escribir¹⁴⁹. De ahí que se entienda la participación en los sindicatos y en las luchas sociales como parte constitutiva de la formación política. Asimismo, de la recreación de esta experiencia y su canalización - desde la doctrina de los comunistas chilenos - en conferencia, veladas, obras, etc. Sin embargo, frente a la ausencia de estudios que aborden esta dimensión de la educación política de la mayoría de los militantes y su diálogo con la enseñanza basada en los textos, aún queda bastante por hacer para discernir en qué medida el PC no tuvo un modelo institucional de instrucción o, si es que lo hubiese tenido, cuáles eran sus características y cómo se desarrolló su implementación.

Si bien algunos comunistas hablaron de “escuela social”, se referían a que la instrucción y la formación

¹⁴⁸ Transcripción de la fuente. Se refiere al libro *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*.

¹⁴⁹ De acuerdo a Manuel Loyola, la actividad editorial del POS y el PC en sus primeros años fue una especie de extensión y complemento de una narrativa marcada por un ejercicio mayormente oral y performativo. A partir de la bolchevización, la adopción del código y léxico de la Komintern provocó una dislocación en estas antiguas prácticas: se pasó a otorgar un mayor énfasis al saber técnico prestablecido y normativizado, es decir de experto. En: Manuel Loyola, “Lecturas rojas: libros y folletos comunistas en Chile, 1920 y 1935” (inédito). Mis agradecimientos a su autor por facilitarme el manuscrito.

doctrinaria se realizaban fundamentalmente en el marco del trabajo sindical¹⁵⁰. Desde esta perspectiva, y es necesario decirlo, los comunistas consideraron que la fuente del conocimiento era la experiencia en el seno de los sindicatos y en las luchas sociales. En este marco, la instrucción doctrinaria - en los términos que definimos - aspiraba a solo cumplir un rol complementario y secundario. Esto explica que el partido no contara con escuelas o cursos sistemáticos hasta inicios de la década de 1930, y que hasta esa fecha solo se concretaron mejoras en la dotación de material de lectura.

No obstante lo anterior, la falta de regularidad en las reuniones de partido, instancias donde el material doctrinario era comentado, generó la reticencia de algunos. Hubo quienes afirmaron que el partido no contaba con militantes sólidamente revolucionarios¹⁵¹. Asimismo lo percibió la Komintern. De acuerdo a un informe de José Penelón (dirigente del SSA) al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en octubre de 1925, la principal debilidad del partido chileno era la ausencia de una base ideológica leninista, por lo que consideraba la necesidad de iniciar una campaña de educación teórica¹⁵². Y eso debía traducirse en el envío de material de lectura. Esta crítica de la Komintern se mantuvo a lo largo de todo el período estudiado, pese a los intentos de los comunistas chilenos en perfeccionar sus formas de instrucción.

Para la realización de cambios, se difundió en la prensa que las deficiencias en la instrucción fomentaban el ingreso de influencias corrosivas, las cuales eran ejercidas por militantes que muchas veces sostenían errores con

¹⁵⁰ “La ola roja avanza”, *op. cit.*

¹⁵¹ *Loc. cit.*

¹⁵² “Informe sobre Chile del Secretario del SSA, José Penelón, al Comité Ejecutivo de Komintern”, RJTsDNI, 495.106.6, [octubre de 1925], en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 149.

pretensión de verdad¹⁵³. A fines de 1925, durante el VII Congreso se propuso sobre este tema lo siguiente:

“10) En el deseo de capacitar cada vez más a nuestros compañeros, los grupos deberán dedicar un día a la semana a la lectura de folletos o libros doctrinarios, comprados en común, si acaso su precio fuera elevado, y comentar sobre la misma lectura.

a) Los folletos o libros comprados en común pasarán a incrementar la Biblioteca de la Sección. El bibliotecario de la misma tendrá en su poder una lista de los libros doctrinarios, para lo cual investigará el sitio donde se venden y su precio “¹⁵⁴”.

De acuerdo con este fragmento, el perfeccionamiento de la instrucción básicamente tenía que ver con la dotación de insumos, es decir textos de estudio y espacios para su administración. Esto fue válido para la instrucción de los militantes de base con capacidades de lecto-escritura.

Sin embargo lo anterior, los cambios fueron más profundos para las dirigencias. A principios de 1926, se resolvió crear el Instituto Carlos Marx, cuya finalidad sería “la preparación propagandística de dirigentes de las organizaciones obreras y periodistas”¹⁵⁵. Para ello, el Instituto, en un período de seis meses (marzo a agosto), debía instruir a un máximo de 30 estudiantes (elegidos entre los sindicatos de la FOCh y el partido) en “cultura general indispensable y conocimientos especiales sobre economía, doctrina comunista, sindicalismo y periodismo”. La importancia de instruir a los dirigentes, según Maclovio Galdámes, consistía en:

¹⁵³ Humberto Saldívar, “Las cosas de estos tiempos!!”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2353, 19 de febrero de 1925, p. 2.

¹⁵⁴ Maclovio Galdámes, “Proyecto de organización celular se discute en estos momentos en el Congreso del Partido Comunista”, *El Comunista*, Año X, N° 2505, 28 de diciembre de 1925, p. 1.

¹⁵⁵ “El miércoles puso fin a sus labores el Congreso Comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1699, 3 de enero de 1926, p. 3.

“[...] capacitarse doctrinariamente para apreciar cada una de las situaciones que se presentan: hay veces que los comunistas inexperimentados, no saben qué hacer en presencia de problemas fáciles: en el mejor de los casos, potan por negarse a resolverlos, y en el peor de ellos, cometen una mamarrachada”¹⁵⁶.

Pese a las voluntades, esta iniciativa no prosperó.

La educación doctrinaria de los comunistas buscó complementar la actividad partidaria en la medida que enriquecía, y no reemplazaba, el conocimiento adquirido por la experiencia política en los sindicatos y en las luchas sociales. En ese sentido, las preocupaciones por mejorar la instrucción respondieron a un diagnóstico: la falta de claridad estratégica de varios militantes, situación que potencialmente era amenazante a la unidad del partido. Desde esta perspectiva, la diversidad de opinión se consideró que radicaba en los errores de algunos militantes, todos proclives ser corregidos por medio del debate y la crítica. Sin embargo, las transformaciones en la educación de los militantes no pueden verse como hechos ingenuos, donde quienes los impulsan solo velan por un ideal ilustrado. Este diagnóstico justificó la realización de cambios, los cuales apuntaron a avanzar en la consolidación de un grupo de poder en el seno del PC, a través del paulatino desplazamiento de la experiencia como principio de autoridad y de saber en favor del conocimiento doctrinario. Por tanto, las resoluciones del VII Congreso buscaron mejorar la calidad de dichas instancias de formación doctrinaria, agregando referentes para hacer más efectivas las correcciones. Asimismo, la creación de una escuela propia respondió a la necesidad de mayor supervisión en la formación de los rostros públicos y las dirigencias. No obstante, y dado su fracaso, es claro que para los comunistas de esta época no era prioridad mejorar su nivel teórico y, por otro lado, quienes abogaron por estos cambios tampoco

¹⁵⁶ Maclovio Galdámes, “Las tendencias izquierdistas”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1521, 17 de junio de 1925, p. 3.

tenían la correlación de fuerzas suficiente como para hacerlos efectivos.

5. Labores del militante

Las actividades de los militantes partían en las asambleas de sus respectivas secciones. Allí se pagaba el arriendo del local, se solicitaban las cuotas que cada militante debía cancelar y se aceptaban a nuevos afiliados o renunciadas. Asimismo, se aprobaban descargos o balances sobre el Comité administrativo de la sección y, fundamentalmente, se debatía sobre aspectos programáticos, se planificaba su realización y se distribuían tareas. Sobre esto último, se consideraba que el debate servía para evaluar las acciones a seguir¹⁵⁷, por lo que era fundamental - para los comunistas de la época - que los militantes tuvieran experiencia política como asidero de sus opiniones. Bajo esta estructura se elaboraron las actas de las sesiones ordinarias publicadas en los periódicos asociados al partido y a la FOCh. Regularmente en los centros se realizaban veladas doctrinarias y algunas sesiones eran dedicadas a la instrucción de los militantes. En conjunto, estos fueron los espacios que catalizaron la acción de los comunistas atribuyéndole su sello partidario. De ahí que para nosotros sea necesario mirar la actividad de los militantes bajo el entendido que fueron prácticas sistemáticas (o, por lo menos, aspiraban a serlo) articuladas bajo discursos que delimitaban su horizonte de posibilidad y les otorgaban sentido.

La concepción de la acción comunista previa a la bolchevización y, en general, la cultura política del PC, estuvieron arraigadas a una tradicional mentalidad adscrita por los ideólogos y dirigentes políticos del movimiento obrero hacia 1910. De acuerdo a Eduardo Devés, los activistas se posicionaban no como “caudillos sino educadores, funcionarios de la organización obrera; son

¹⁵⁷ “Decálogo comunista”, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, Año XVI, N° 3071, 25 de diciembre de 1925, p. 2.

hombres de pluma y no de espada, de periódico y de elección; para ellos no hay verdadera lucha popular que no pase por la educación y la organización.”¹⁵⁸ Este énfasis en la dimensión pedagógica del activismo radicó en la estrecha relación que los comunistas identificaron entre la organización y la formación de consciencia, a saber: que las organizaciones obreras revolucionarias eran producto de un estado de consciencia particular, una consciencia revolucionaria. En este marco, las prácticas proselitistas adoptaron un sentido pedagógico en la medida que los comunistas entendieron que el asidero de la acción revolucionaria era el convencimiento y compromiso individual, a propósito de la centralidad que la cultura política del PC le asignó al sujeto y a su dimensión experiencial.

Al asumir que el país no estaba en una situación revolucionaria, el objetivo del PC en estos años fue *preparar* a las masas. Concretamente, esto significaba incidir en la formación de su consciencia revolucionaria y, por consiguiente, en la articulación de organizaciones con este fin. Un articulista de iniciales P. V. afirmó que para lograr ese propósito, el militante debía realizar lo siguiente:

“Sencillamente por medio de la propaganda hablada y escrita; por medio de la conferencia continuada, de todos los días, ilustrando, enseñando a la masa lo que significa la lucha entre el capital y el trabajo, los medios y los métodos que han de ponerse en práctica y, en especial, las responsabilidades que afectan a cada individuo en esta cruzada social que nos preocupa”¹⁵⁹.

Como da cuenta la cita anterior, la propaganda se constituyó en el campo de acción privilegiado de los militantes, el cual fue canalizado a través de la prensa

¹⁵⁸ Eduardo Devés, *op. cit.*, p. 139.

¹⁵⁹ P. V., “Conciencia revolucionaria”, *El Comunista*, Antofagasta, Año XV, N° 2363, 1 de marzo de 1925, p. 1.

partidaria¹⁶⁰, el repertorio performático comunista (conferencias, charlas, veladas, teatro, etc.) y los trabajos sindical, electoral y parlamentario¹⁶¹. Los comunistas debían, por tanto, “enseñar” a las masas las principales contradicciones de la sociedad chilena y los métodos para superarlas. Básicamente, se apostaba a lograr que los trabajadores abrazaran la lucha por el ideal para garantizar adhesiones con alto grado de compromiso. Esto era gravitante frente a una situación revolucionaria. Según el mismo artículo, esta política aseguraba que al momento de la revolución no ocurrieran deserciones o traiciones “a causa de las debilidades e ignorancia de los principios revolucionarios”¹⁶². Desde fines de 1925, se consideró que esta estrategia era ineficiente al caer en la formulación de planteamientos demasiados abstractos para el entendimiento de las masas. Por ello, se apostó por la propaganda de consignas simples y cortas que establecieran un acercamiento a la realidad inmediata de la clase trabajadora.

Dentro de este marco, las obligaciones de los militantes, respecto al trabajo sindical, se enumeraron las siguientes:

“Ud. no cumple con su deber de comunista, si no impulsa el movimiento sindical de su gremio.
Ud. no es comunista, si contando con la confianza de sus compañeros no se coloca en puestos de responsabilidad y sacrificio”¹⁶³.

¹⁶⁰ La producción y distribución de la prensa era una tarea compartida con los gremios de la FOCh. A juzgar por las fuentes disponibles, no es posible caracterizar en profundidad las dinámicas al interior de los organismos de prensa, si bien es posible encontrar algunas pistas en Jorge Rojas, Jorge Rojas, “La prensa obrera chilena: el caso de *La Federación Obrera y Justicia*, 1921 - 1927”, en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.). *op. cit.*, pp. 23-80.

¹⁶¹ Estos tres campos de acción comunista fueron seleccionados de acuerdo al privilegio que la prensa comunista les otorgó.

¹⁶² P. V., “Conciencia revolucionaria”, *op. cit.*

¹⁶³ “Obligaciones de todo Comunista y Federado, de todo obrero y empleado”, *op. cit.*

El trabajo de los militantes en el seno de los sindicatos obreros y las cooperativas de clase consistió en una labor proselitista en pos de la formación de sindicatos revolucionarios, además del consiguiente impulso de movimientos reivindicativos y huelgas. Los comunistas consideraron que la formación de la conciencia revolucionaria, siendo el principal objetivo, consistía en la instalación de la lucha por los ideales por sobre las necesidades inmediatas¹⁶⁴. Bajo este criterio, a fines de 1924, Luis Víctor Cruz criticó el trabajo sindical que hasta el momento se estaba desarrollando:

“Nuestras actividades hasta hoy en la lucha contra el capitalista, sólo se ha limitado al marco estrecho de las mejoras inmediatas y digamos gremiales; mejorando el salario, disminuyendo algunos minutos de jornada de labor y otras mejoras por el estilo que sus beneficios han desaparecido casi al momento de ser conseguidos, porque a la clase patronal no le han faltado medios de una u otra manera y muchas veces hasta con provecho”¹⁶⁵.

Asimismo, se consideraba que las reformas sociales, si bien eran fruto de las luchas obreras de antaño, no eran el objetivo último de los trabajadores¹⁶⁶. Desde esta perspectiva, los militantes debían realizar una intensa propaganda para conseguir nuevos afiliados o simpatizantes hacia la lucha contra el Estado capitalista¹⁶⁷. Idealmente, este trabajo se traducía en que algunos de sus camaradas

¹⁶⁴ P. V., “Lucha e ideales”, *El Comunista*, Antofagasta, Año XV, N° 2369, 7 de marzo de 1925, p. 1; Babeuf, “El obrero y el hogar”, *op. cit.*

¹⁶⁵ Luis Víctor Cruz, “[¿]Debe pedirse la derogación del ‘Código del Trabajo’ recientemente dictado?”, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, Año XV, N° 2.924, 14 de diciembre de 1924, p. 4.

¹⁶⁶ “Orientación doctrinaria sobre las reformas sociales. Lo que significan según las fórmulas reformistas, anarquistas y sindicalistas revolucionarias”, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, Año XV, n 3.038, Iquique, 30 de abril de 1925, p. 5.

¹⁶⁷ “Nuestros deseos”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1507, 1 de junio de 1925, p. 5.

lograban obtener cargos en estas organizaciones, y que los sindicatos se transformaran en focos de electores.

Al problema de las consignas, se sumó la percepción de la ineficiencia de los centros en sus actividades y, por otro lado, de la existencia de una cierta cantidad de militantes que no estaban sindicalizados. Este diagnóstico llevó a Maclovio Galdámes, miembro del CEN desde enero de 1925¹⁶⁸, a sostener que los comunistas tenían escasa influencia en los sindicatos, por lo que no estaban capacitados para formar un frente popular¹⁶⁹. Si consideramos que hasta estos años, la influencia del PC en el panorama sindical era bastante significativa, dada su influencia en la FOCh¹⁷⁰, el comentario de Galdámes es exagerado. No obstante, este diagnóstico se enmarcó en un momento de crítica frente a la necesidad de responder adecuadamente a la coyuntura de adversidad que, según la prensa partidaria, se estaba perfilando. La percepción sobre la inminencia de la reacción burguesa contra las conquistas del movimiento obrero revolucionario fue un discurso construido en un momento específico. Recordemos que desde 1925, la prensa comunista denunció sistemáticamente que los militantes estaban siendo perseguidos después de la masacre de La Coruña. Asimismo la Internacional Comunista abogó que este fenómeno reaccionario era mundial y, por ello, llamó a sus secciones - a principios de 1926 - a prepararse para lo inminente. Desde esta perspectiva, la crítica sobre la influencia del partido entre los trabajadores sindicalizados

¹⁶⁸ “El nuevo C. E. N. del P. C. se constituyó el Domingo”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1707, 12 de enero de 1925, p. 3. Según este artículo, el CEN que se constituyó después de la primera crisis del PC (septiembre y octubre de 1924) estaba compuesto por Manuel Leiva (secretario general), José Bascañán, Lino Paniagua, Maclovio Galdámes y Rufino Rosas.

¹⁶⁹ Maclovio Galdámes, “Las tendencias izquierdistas”, *op. cit.*

¹⁷⁰ Sergio Grez, *Historia del comunismo en Chile...*, *op. cit.*, pp. 181-208 y 285-296; Jorge Rojas, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*, Santiago, DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1993, pp. 148-161; Cfr. con Peter DeShazo, *op. cit.*, p. 327.

respondió a las intenciones de cambiar los modos de funcionamiento en miras a sobrellevar esta coyuntura. De ahí que Galdámes se posicionara, una vez que asumió como secretario general en 1926, como uno de los bastiones más fuertes de la bolchevización. Sin embargo, más que entender la bolchevización como una respuesta del PC frente a una supuesta perplejidad sobre la política nacional, consideramos que fue finalmente instrumentalizada por una red de dirigentes, aún no claramente delimitada, para acceder a la hegemonía partidaria. Por tanto, la formulación de las críticas al funcionamiento general del partido - lo largo del año 1925 - apuntó a generar la legitimidad suficiente para dar inicio al primer cambio en la correlación de fuerzas después de la muerte de Recabarren.

La preocupación por generar mayor influencia en los sindicatos se agudizó a fines de 1925. El PC asumió la urgencia de articular un frente único de obreros, campesinos y empleados¹⁷¹, política que fue ratificada en su VII Congreso¹⁷². En ese sentido, se planteó la importancia de no abandonar los sindicatos legales al ser propensos a la cooptación de los patrones y, por consiguiente, proclives a ser transformados en elementos contrarrevolucionarios¹⁷³.

El trabajo electoral estuvo directamente vinculado al sindical. Recordemos que era obligatorio que todos los comunistas estuviesen inscritos y ejercieran el voto¹⁷⁴. Una de las tareas de los militantes consistía en incentivar a los

¹⁷¹ X. X. X., “Frente único capitalista y frente único obrero”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 803, 24 de septiembre de 1925, p. 1; Aníbal González, “Nuestro deber”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 803, 17 de octubre de 1925, p. 5.

¹⁷² “El miércoles puso fin a sus labores el Congreso Comunista”, *op. cit.*

¹⁷³ “Los sindicatos legales”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1696, 26 de diciembre de 1925, p. 1; José S. Carvajal, “Los comunistas ante la acción sindical”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2624, 28 de abril de 1926, p. 2.

¹⁷⁴ “Obligaciones de todo Comunista y Federado, de todo obrero y empleado”, *op. cit.*

obreros a inscribirse en los registros electorales¹⁷⁵. De acuerdo a Miguel Varas, la acción comunista en los sindicatos no podía desentenderse de la política (la vía institucional), porque eran armas complementarias en la lucha contra el régimen capitalista¹⁷⁶. En ese sentido, también se sostuvo que el sufragio era un arma contra la oligarquía y los políticos corruptos¹⁷⁷. Estas apreciaciones en torno a la contienda electoral tuvieron relación con los objetivos de la acción parlamentaria y, dentro de ese marco, el sufragio era el medio que hacía posible ese despliegue. Esta especial preocupación por la contienda electoral y la participación de los comunistas en las instancias institucionales (asociados al gobierno y al Estado), no eran innovaciones de estos años. Si bien el modelo del militante apuntó a privilegiar la acción partidaria en los espacios no gubernamentales (en particular, los sindicatos), eso no quiere decir que el PC haya descartado su participación en instancias asociadas a la institución estatal. Todo lo contrario. De acuerdo a Sergio Grez y a Rolando Álvarez, al igual que el POS, el PC le otorgó un particular interés a formar parte a ese tipo de espacios, si bien los descartó como medios para generar cambios revolucionarios¹⁷⁸.

Esta estrategia sirvió para formar enclaves electorales a favor de los candidatos del partido a los municipios y el Congreso¹⁷⁹. Ocasionalmente, en caso de

¹⁷⁵ “El deber de los comunistas en la hora presente”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2307, 4 de enero de 1925, p. 2; Agapito Celis, “De la inscripción”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1465, 19 de abril de 1925, p. 5.

¹⁷⁶ Miguel Varas, “Sección Concepción”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1487, 11 de mayo de 1925, p. 2.

¹⁷⁷ Uno que va comprendiendo el comunismo, “¡Explotados, a las armas!”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2445, 15 de mayo de 1925, p. 2.

¹⁷⁸ Sergio Grez, *Historia del comunismo en Chile...*, op. cit., p. 266; Rolando Álvarez, “La matanza de Coruña”, *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, Santiago, USACH, noviembre de 1997, 25(116):84.

¹⁷⁹ J. V., “El deber del proletariado en la hora presente”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1623, 5 de octubre de 1925, p. 3.

pacto político, estos enclaves también sirvieron para apoyar a los candidatos del partido aliado. Pese a que esta última táctica fue desechada por el Congreso extraordinario de Viña del Mar, su aplicación con la USRACH para las elecciones parlamentarias de 1925, trajo el mayor éxito electoral del partido, siendo elegidos siete diputados y dos senadores: Manuel Hidalgo Plaza, Juan Luis Carmona, Pedro Reyes, Carlos Contreras Labarca, Salvador Barra Woll, Ramón Sepúlveda Leal, José Santos Córdoba, Abraham Quevedo y Luis Víctor Cruz.

La selección de los candidatos del partido se realizaba a través de una contienda electoral entre las secciones y, posteriormente, se votaban los candidatos definitivos. No cualquier militante podía aspirar a esta posición. En general fueron privilegiados aquellos comunistas que contaban con una amplia trayectoria en el partido, lo que era indicador de liderazgo y de mejor preparación política para asumir responsabilidades en la opinión pública. Al respecto, es necesario precisar que la trayectoria de los militantes estaba fundada en la idea de entender la experiencia política en los sindicatos y en las luchas sociales como fuentes de conocimiento y, por tanto, de autoridad. El análisis político, desde esta perspectiva, encontraba su asidero en ese tipo de vivencias y no exclusivamente de una lectura atenta de los textos doctrinarios. De ahí que podemos entender que el PC haya sido tan propenso a mantener una amalgama con la FOCh y, por otro lado, a articular liderazgos de estas características en su seno. Por consiguiente, todos los candidatos fueron militantes de la llamada “vieja guardia”. Asimismo este principio de autoridad operó para la elección de quienes ocuparían los cargos partidarios. Un ejemplo de esto es la controversia desatada a propósito de la elección del CEN durante el Congreso extraordinario de Viña del Mar, celebrado entre septiembre y octubre de 1924.

Según Sergio Grez, Recabarren - quien solo había asistido a las primeras sesiones de este Congreso - publicó el 12 de octubre un artículo, donde se negó a aceptar su

nombramiento¹⁸⁰. El líder chileno señaló que la mayoría de quienes fueron elegidos (Roberto Pinto, Ernesto González, Juan Ramírez y Manuel Quintas) “carecían de antecedentes de lucha y de experiencia y no podían ofrecer pruebas de su devoción a las ideas comunistas y al sacrificio que ellas exigían”¹⁸¹. Frente a estos planteamientos, Pinto sostuvo que Recabarren y la “vieja guardia” eran conservadores, autoritarios, buscaban figurar en el partido y tendían a violar las normas y los acuerdos de los congresos¹⁸². Por su parte, los otros miembros del CEN no agregaron nuevos elementos a la crítica¹⁸³. Finalmente, la llamada “nueva generación comunista” fracasó en su intento por cambiar las correlaciones de fuerza a su favor. En definitiva, aún no era el momento de crisis del ideal en torno a la experiencia de los comunistas. Ello solo ocurrió en el marco de la bolchevización.

La fracción parlamentaria, según un artículo publicado en *El Comunista*, inspiraba su acción en la que habían realizado los primeros diputados del partido elegidos en 1921:

“Recordemos la hermosa labor realizada en la Cámara por los compañeros Cruz y Recabarren, el inolvidable viejo, y que escudados en sus fueros no sólo hicieron una intensa propaganda societaria, sino que pusieron a salvo a los trabajadores más de una vez, de salvajes crímenes y masacres”¹⁸⁴.

El rol de los militantes electos a cargos parlamentarios era desenmascarar y evitar los abusos del régimen capitalista. Desde esta perspectiva, los comunistas privilegiaron la instancia parlamentaria como un espacio de crítica al capitalismo¹⁸⁵. Esta labor consistió en denunciar la

¹⁸⁰ Sergio Grez, *Historia del comunismo en Chile... op. cit.*, p. 326.

¹⁸¹ *Loc. cit.*

¹⁸² *Ibid.*, p. 328.

¹⁸³ *Ibid.*, pp. 329-330.

¹⁸⁴ “El deber de los comunistas en la hora presente”, *op. cit.*

¹⁸⁵ Francisco Burgos, “Aprovechemos la lección y la experiencia”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1671, 28 de noviembre de 1925, p. 1;

incapacidad de la burguesía en solucionar el conflicto social y su tendencia a la corrupción, además de expresar la inutilidad de las leyes sociales para alcanzar el bienestar social. En consecuencia, se sostuvo que la fracción parlamentaria no llegaría al gobierno a impulsar leyes sociales que perfeccionaran el régimen burgués. No obstante, hubo también otras propuestas. Francisco Burgos señaló que hacer del Congreso una tribuna revolucionaria no era del todo efectivo e, incluso, podía ser contraproducente:

“Y si ninguna ley por beneficiar al pueblo exigiéramos los comunistas, el pueblo creería, porque con representación comunista o sin representación comunista está igualmente explotado, y si por cualquier motivo ajeno a la acción de la representación comunista empezara la situación del pueblo, todos culparán al comunismo”¹⁸⁶.

Por tanto, Burgos propuso que los militantes parlamentarios impulsaran leyes sociales de beneficio inmediato que buscaran subsanar las miserables condiciones de los trabajadores. Asimismo, esto debía ir acompañado de una intensa propaganda doctrinaria y, por consiguiente, el sentido de crítica al régimen establecido no se perdía. Lo cierto es que la opinión de Burgos no fue mayoritaria entre sus camaradas. A fines de diciembre de 1925, el VII Congreso partidario resolvió determinar los objetivos de la fracción parlamentaria, considerando las indicaciones de la Internacional Comunista en su III Congreso (1921) sobre el tema. Para esa ocasión, se resolvió que:

“La actuación de los comunistas en los parlamentos no debe tender a discutir con el

Luis Emilio Recabarren, “Decía el maestro: ¿a qué iré a la Cámara de Diputados?”, *op. cit.*

¹⁸⁶ Francisco Burgos, “Aprovechemos la lección y la experiencia”, *op. cit.*

enemigo o a persuadirle, sino a desenmascarar sin reservas y sin compasión a los agentes de la burguesía, a agitar la voluntad combativa de las masas obreras, y a llevar a las capas pequeño-burguesas, semi-proletarias del pueblo a que se unan al proletariado. Nuestros trabajos de organización, tanto en los sindicatos como en el Partido, no debe tender a una construcción mecánica, a un aumento numérico de nuestras filas. Debe estar penetrado del sentimiento de las próximas luchas¹⁸⁷.

Esta fue la consagración de la fracción parlamentaria como un bastión revolucionario en el escenario institucional, foco de agitación de masas y crítica a los agentes del capitalismo. Sin embargo, si bien esta idea fue preponderante desde los tiempos de Recabarren¹⁸⁸, esto no se tradujo en el descuido del partido respecto a otro tipo de instancias institucionales. Según Rolando Álvarez, tanto el PC como la FOCh manifestaron un acentuado interés en participar en este tipo de instancias (como las elecciones, la Comisión Consultiva, etc.) y parte de sus reivindicaciones apuntaron en ese sentido. Un ejemplo citado por Álvarez sobre esto último, fue la petición de la sección antofagastina del PC al gobierno sobre las inscripciones electorales. Según Pedro Reyes, secretario general de la sección, la propuesta consistió en modificar la ley de elecciones para que las inscripciones también consideraran el interior de la pampa y no sólo Antofagasta¹⁸⁹. Asimismo, este tipo de postura fue concomitante a la visión estratégica que preponderó en la problemática sobre las leyes sociales. La Convención de la FOCh, celebrada en diciembre de 1925, ratificó la decisión de “aprovecharse de todas las fórmulas legales de la legislación social del Estado capitalista para

¹⁸⁷ “El miércoles puso fin a sus labores el Congreso Comunista (continuación)”, *op. cit.*

¹⁸⁸ Sergio Grez, *Historia del comunismo en Chile... op. cit.*, p. 273.

¹⁸⁹ Rolando Álvarez, “La matanza de la Coruña”, *op. cit.*, p. 84.

luchar contra el capitalismo mismo”¹⁹⁰. Esta resolución, de acuerdo a James Morris, implicó el desplazamiento de posturas más rupturistas con el sistema, que abogaban abiertamente por la derogación de estas leyes.

Una vez que los candidatos electos se desempeñaron en sus cargos al año siguiente, la forma en que desarrollaron sus labores desató la polémica. En el próximo capítulo trataremos la controversia abierta por la Carta Abierta del SSA, en torno al rol que los comunistas debieron ejercer en esas instancias.

Se puede inferir que militantes ejemplares eran aquellos que asistían a todas las reuniones, pagaban sus cuotas y realizaban todas las tareas a las cuales se comprometían. Sin embargo, la práctica distó bastante del ideal. Numerosos artículos denunciaron la falta de responsabilidad de los militantes (de base y direcciones) en el cumplimiento de sus deberes. A través de la prensa comunista, se alegó la inasistencia a las reuniones, razón por la cual muchas sesiones fueron suspendidas¹⁹¹. Esta situación, si bien no podemos cotejar su distribución en todas las sesiones que se convocaron, era percibida como algo recurrente. Pese a ello, se consideraba que las actividades en los centros se vigorizaban durante los períodos de elecciones. Este fenómeno llevó a algunos articulistas a sostener que las asambleas solo servían para el enrolamiento y la propaganda, características propias de un partido electoral¹⁹². En este problema se consideró que las directivas de las secciones tenían bastante responsabilidad.

¹⁹⁰ Citado en James Morris, *Las élites, los intelectuales y el consenso*, Santiago, Editorial del Pacífico, Departamento de Relaciones Industriales-Universidad de Chile-INSORA, 1967, p. 206.

¹⁹¹ José Toledo García, “A los comunistas de la capital”, *Justicia*, Santiago, Año VX, N° 1458, 13 de abril de 1925, p. 3; José Segundo Carvajal, “Compañeros comunistas no hay que echarse a los laureles”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2504, 27 de diciembre de 1925, p. 3.

¹⁹² Maclovio Galdámes, “Nuestro partido y la organización celular”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1682, 13 de diciembre de 1925, p. 2

Al respecto, José Segundo Carvajal señaló en *El Comunista* lo siguiente respecto a la sección de Santiago:

“El Secretario General que suscribe pone en conocimiento de todos los cotizantes de la Sección de Santiago, que, desde hace varios meses se ha venido haciendo notar en el seno del Comité Central Administrativo y de los delegados de los distintos centros comunales, una falta absoluta de espíritu de trabajo, abandonando por completo los deberes que voluntariamente se impusieron al aceptar los cargos para que fueron designados en la asamblea de nuestro partido.

El ejemplo dado por los miembros del Comité parece ha contribuido a que los afiliados de los diferentes Centros comunales tampoco se reúnan y se encuentren completamente desorganizados”¹⁹³.

Esta indiferencia del Comité administrativo de la sección finalmente se tradujo en la destitución de todos sus miembros, al no presentarse a una reunión donde estaba previsto dejar vacantes los cargos de quienes no asistieran. Los cargos directivos, como se puede apreciar en la cita, eran posiciones ejemplares entre los militantes. Desde esta perspectiva, no cualquiera podía ocupar un cargo en el partido, temática que se desarrollará en profundidad al año siguiente, a propósito de la disciplina de los militantes. En consecuencia, en parte se le atribuyó a las directivas la incapacidad de cumplir el programa propuesto por la sección. Por otro lado, se acusó falta de interés de los militantes de base¹⁹⁴.

Frente a lo anterior, cualquier tipo de iniciativa podía verse frustrada. Juan Brown a fines de 1925 señaló que el problema era aún más profundo. Según Brown, si los órganos de propaganda y de acción comunista habían fracasado era porque los centros no correspondían a la

¹⁹³ José Toledo García, “A los comunistas de la capital”, *op. cit.*

¹⁹⁴ Sección Santiago del Partido Comunista de Chile, “Comité Central Administrativo”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1583, 20 de agosto de 1925, p. 2.

naturaleza de un partido comunista¹⁹⁵. Esta crítica al funcionamiento de los centros y su reemplazo por el sistema celular se venía planteando desde febrero del mismo año¹⁹⁶. Siguiendo este argumento, Maclovio Galdámes consideraba que implantar el sistema de células sería beneficioso para el partido, porque “dentro de él cada comunista trabajará por el partido, porque el partido encomendará a cada cual una misión, un trabajo, del cual tiene la obligación de dar cuenta, ya sea el jefe de célula o a la Asamblea”¹⁹⁷. No es que en con el sistema asambleario no existiera la distribución de tareas o nunca se diera cuenta de su realización, sino que el sistema celular necesariamente reformulaba las relaciones de poder entre los militantes. En consecuencia, a partir de 1926, ya no se habló más de compromisos con la asamblea donde el incumplimiento no se traducía en sanciones, sino del deber de los militantes frente a una autoridad que ordenaba y castigaba. Si la introducción de la disciplina en la acción de los militantes les hizo sentido a los comunistas de la época, fue en parte porque buscaron solucionar estos problemas de funcionamiento. Finalmente, la integración a los estatutos de la nueva estructura en base de células y la disciplina férrea de los afiliados, se resolvió en el congreso de diciembre¹⁹⁸.

Frente a la declarada necesidad de las dirigencias del PC de sobrellevar la inminente reacción de la

¹⁹⁵ Juan Brown, “Cómo debemos organizar nuestro partido”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1679, 9 de diciembre de 1925, p. 1.

¹⁹⁶ Celestino Mibelli, “Cómo debe ser nuestro partido. Hay que suprimir los centros y constituir células”, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, Año XV, N° 2975, 14 de febrero de 1925, p. 1; *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1395, 7 de febrero de 1925, p. 1; *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 586, 18 de febrero de 1925, p. 1; *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2358, 24 de febrero de 1925, p. 3.

¹⁹⁷ Maclovio Galdámes, “Nuestro partido y la organización celular”, *op. cit.*

¹⁹⁸ “El miércoles puso fin a sus labores el Congreso Comunista (continuación)”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1700, 4 de enero de 1926, p. 3.

burguesía, se llamó a transformar la actividad partidaria en miras de aumentar su incidencia. Esto significaba mejorar la relación que, en principio, debía tener el trabajo militante en los centros con la labor proselitista en los sindicatos y las organizaciones obreras, además de la plataforma parlamentaria. El sentido de urgencia para responder a los desafíos que, identificados por los comunistas, planteaba la coyuntura nacional parecía razón suficiente para considerar las referencias que tenían de sus camaradas bolcheviques como respuestas posibles. La disciplina férrea, el sistema celular, las resoluciones de la Internacional sobre la fracción parlamentaria y la voluntad de mejorar la instrucción en base a lecturas doctrinarias y la constitución de escuelas, si bien fueron innovaciones que el PC formalizó en sus reglamentos, su implementación solo pudo empezar a concretarse más decididamente una vez que el partido fue intervenido por el SSA. Antes de eso, muchos de estos cambios no se implementaron, otros apenas incipientemente, y otros generaron tensiones entre los comunistas.

Considerando lo anterior, para nosotros es evidente que la urgencia no fue un sentido generalizado entre los militantes, sino el discurso de un grupo de dirigentes aún no delimitado con claridad que terminó por instrumentalizar la bolchevización. Desde esta perspectiva, tal como lo adelantamos, la formulación de críticas al funcionamiento general del PC a lo largo de 1925 y de advertencias sobre la inminencia de la reacción burguesa, en conjunto, apuntaron a generar una legitimidad suficiente para dar inicio al primer cambio en la correlación de fuerzas después de la muerte de Recabarren y cuyo antecedente más inmediato fue la crisis de septiembre-octubre de 1924. Este primer avance, en definitiva, se vio expresado en las resoluciones del VII Congreso y la constitución del CEN para el año 1926.

CAPÍTULO 2

EL MILITANTE EN PROCESO DE BOLCHEVIZACIÓN, 1926 - 1931

1. Disciplina y desviación

El VII Congreso del partido fue visto como una gran sacudida interna. La editorial de *Justicia*, en un artículo titulado “Una nueva etapa”, se refirió a la importancia que tuvieron las cuestiones disciplinarias. Para el sentir de los comunistas, eran medidas necesarias en pos del buen devenir del partido¹⁹⁹. Efectivamente, en esa instancia fueron expulsados dieciséis militantes: quince por “haber entregado los intereses materiales de nuestra Imprenta a individuos ajenos de nuestra organización de acuerdo con la autoridad”, y uno, Enrique Salas Romo, por presentarse como candidato independiente a nombre del partido sin ser autorizado. Esta forma de regular el actuar de los afiliados no fue, como adelantamos, una determinación que nació de una hoja en blanco.

La asociación del PCtU con la historia de la insurrección del 7 de noviembre de 1917 y su desarrollo posterior, según Santiago Aránguiz, fue una interpretación medular en la forma en que el comunismo chileno percibió el bolchevismo y la Revolución Rusa. Desde esta perspectiva, los periódicos adheridos al internacionalismo soviético asumieron la defensa de los principios abogados por los bolcheviques, con el objeto de establecer una relación de fidelidad con la Revolución de Octubre y el gobierno soviético²⁰⁰. Después del XIII Congreso del PCtU, en particular entre los años 1925 y 1926, el problema de las desavenencias en el seno de ese partido exigió una ortodoxia doctrinaria y una férrea disciplina para evitar el fraccionamiento²⁰¹.

¹⁹⁹ “Una nueva etapa”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1696, 31 de diciembre de 1925, p. 1.

²⁰⁰ Santiago Aránguiz, *op. cit.*, p. 203.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 214.

La publicación de “La ruta leninista” a principios de 1926 en *El Comunista* buscó dar cuenta de las posiciones en el XV Congreso del PCtU, instancia donde finalmente los representantes de Moscú - autodenominados “mayoría” - se impusieron frente a los de Leningrado²⁰². De acuerdo a Aránguiz, para los comunistas chilenos, los disensos entre los dirigentes soviéticos definieron las diferencias entre el leninismo y las llamadas “herejías”. Estas desviaciones respecto a la doctrina, según el autor, se consideraron atentatorias a la unidad ideológica del partido y, por consiguiente, proclives a la escisión. No obstante, si bien los comunistas chilenos efectivamente estaban atentos a lo que ocurría con sus camaradas soviéticos, consideramos que esto no implicó una apropiación inmediata y mecánica de los principios que abogaban los bolcheviques.

Como vimos, la integración de la disciplina respondió al interés de ciertas dirigencias por consolidar su posición en la estructura de poder partidaria, aludiendo a una supuesta necesidad de mejorar - bajo sus criterios - el funcionamiento del partido. Asimismo, tal como señaló Rolando Álvarez, fue un mecanismo que permitió a los comunistas diferenciarse respecto a los otros sectores de las izquierdas en la medida que les otorgaba una identidad política propia²⁰³. Recordemos que en el discurso oficial del partido, siendo uno de los elementos centrales de la bolchevización²⁰⁴, la disciplina se entendió como el acatamiento de los organismos inferiores (y en extensión de los militantes) a las órdenes de su superior. Concretamente, esto se tradujo en una cadena de jerarquías en torno al CEN, organismo que en última instancia estaba subordinado a los lineamientos de la Internacional. El

²⁰² *Ibid.*, p. 215.

²⁰³ Rolando Álvarez, “La bolchevización del Partido Comunista de Chile...”, *op. cit.*, p. 9

²⁰⁴ “El último boletín semanal del Comité Ejecutivo de nuestro Partido. Interesante tema que trata”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2740, 23 de agosto de 1926, p. 1; “La evolución dentro de nuestro Partido”, *Boletín semanal del C.E.N. del Partido Comunista de Chile*, Santiago, Año I, N° 7, 2 de agosto de 1926, p. 1.

objetivo de la instauración de la disciplina era otorgar un carácter orgánico a la acción de los militantes, lo que garantizaba que todos tenían obligaciones cuyo cumplimiento debían dar cuenta²⁰⁵. Para realizar esto, los organismos centrales, en particular el CEN, tuvieron la atribución de emitir sanciones a quienes no acataran las órdenes. Éstas eran diversas. Respecto a los afiliados, las sanciones eran: el llamamiento al orden (público o privado), la destitución de las funciones que desempeñaran, la suspensión de su militancia y la expulsión definitiva. Después de la muerte de Recabarren, paulatinamente las medidas disciplinarias se fueron endureciendo.

Un indicador de este endurecimiento podría ser el crecimiento de la incidencia de las sanciones emitidas por concepto de indisciplina en el partido a lo largo del período estudiado. Esto no es posible hacerlo por falta de datos. Asimismo, tampoco podemos demostrar si hay una progresiva desproporción entre la gravedad de las faltas en general y las sanciones, pues sería necesario saber cómo se elaboraban estas últimas en función de los casos; y esa información no está disponible. Pese a anterior, es posible sostener que las sanciones por indisciplina y escisión pasaron de la suspensión a la expulsión tras el VIII Congreso del partido. Un ejemplo de este desplazamiento es la siguiente comparación entre dos casos: el del Centro 2ª y 3ª Comuna y el de la Sección Santiago a principios de 1925 y 1926 respectivamente²⁰⁶.

La suspensión por dos años de dieciséis militantes de la 2ª y 3ª Comuna en enero de 1925, de acuerdo al

²⁰⁵ Rufino Rosas, “Solidaridad, disciplina”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1707, 12 de enero de 1926, p. 1; Reproducción de *La Antorcha* (Madrid), “Hacia la moralización disciplinaria del partido”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1718, 18 de enero de 1926, p. 1; Galvarino Gil, “¿Vicios políticos en nuestras filas?”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1795, 13 de abril de 1926, p. 3; “La unidad del Partido Comunista”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2799, 21 de octubre de 1926, p. 1.

²⁰⁶ La elección de estos casos no es arbitraria. De todos los casos por indisciplina, es el único que posee causas equivalentes. Esta precaución fue tomada para evitar establecer falsas analogías.

Comité Ejecutivo de la sección Santiago, se justificó con lo siguiente:

"Considerando que, después de los acuerdos tomados por un grupo de militantes de la 2a. y 3a. Comuna, acuerdos que van en perjuicio directo del Partido, queriendo llevar a nuestra colectividad a la desorganización, sembrando el odio entre sus militantes y pretendiendo dividirlos en dos corrientes que no existen ni pueden existir".²⁰⁷

La responsabilidad de instigar en la escisión recayó en seis militantes, quienes - a diferencia de sus camaradas - fueron expulsados²⁰⁸. Al año siguiente, el CEN ordenó la reorganización de la Sección Santiago, además de la consiguiente expulsión de los militantes que provocaron la medida. Esta sanción respondió al no reconocimiento sistemático de las órdenes de la dirección central por el grupo disidente de la sección, el cual era influyente en su respectiva asamblea. La reorganización de la sección estuvo a cargo de una comisión nombrada por el CEN, cuya tarea fue seleccionar a los futuros miembros. Para ello, la comisión extendió un libro de registros y en abril publicó una lista de los militantes que tenían derecho a pertenecer a la sección, a quienes se les recomendó asistir a una reunión en la sede de la calle Río de Janeiro²⁰⁹. Posteriormente, algunos miembros de la comisión fueron descartados por el

²⁰⁷ Sección Santiago del Partido Comunista de Chile, "Sección Santiago", *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2308, 5 de enero de 1925, p. 3. Esta sanción afectó a los siguientes afiliados: Pablo López, Luis Porter, Alfonso González, Emilio Varela, Juan Vilches, Franklin Villarin Ernesto Frías, Rafael Rocha, Manuel Quezada, Luisa Opazo, Antonio Martínez, Efrao Yáñez, Heriberto González, Luis Albornoz, Manuel Miranda y Manuel Díaz.

²⁰⁸ Estos seis militantes fueron Castor Villarin, Ernesto González, José Toledo Arévalo, Ernesto Torres, Isabel Díaz y Wenceslao Gutiérrez. En: *loc. cit.*

²⁰⁹ "Reorganización de la Sección Santiago", *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1796, 14 de abril de 1926, p. 3; "La reorganización de la Sección Santiago del Partido Comunista", *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1931, 1 de junio de 1926, p. 1

CEN y este organismo procedió por sí mismo a efectuar esta labor²¹⁰. Pese a que las faltas son las mismas, el castigo tuvo proporciones totalmente diferentes.

A juzgar por la necesidad de justificar la medida a través de la prensa, al parecer la reorganización de la Sección Santiago generó ciertas reticencias entre algunos militantes. No era para menos, porque fue una de las sanciones más duras que hasta ese momento (incluso, hasta la dictadura) se aplicó en el PC. El periódico *Justicia*, para enfrentar la situación, avaló el proceder del CEN a través del siguiente argumento:

“El Partido Comunista, si tiene un CEN dado por sus Congresos, es precisamente para orientar por un camino correcto a las secciones y su autoridad no puede ni debe ser desconocida por militante alguno que se crea disciplinado y honrado. Si las resoluciones del Ejecutivo tuvieran que quedar entregadas al criterio de cada cual, no tendríamos razón de crear este organismo directivo, puesto que es materialmente de todos los componentes del partido para que sus resoluciones fueran obedecidas.”²¹¹

Este tipo de declaraciones fueron muy frecuente durante estos años. Para muchos comunistas, el problema radicaba en el tipo de disciplina que la dirección central estaba imponiendo. En ese sentido, en la prensa se desarrolló un debate a lo largo del año 1926 acerca de cuál era la forma más pertinente para el partido de entender la disciplina.

Los procedimientos que empleaba el CEN en nombre de la disciplina fueron entendidos por los militantes que se pronunciaron públicamente desde dos ejes.

El primero fue la legitimidad. Quienes criticaron el actuar de su organismo central señalaron que era arbitrario

²¹⁰ “[La] reorganización de la Sección Santiago”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1905, 5 de mayo de 1926, p. 6.

²¹¹ *Loc. cit.*

que la disciplina fuese ejercida por los pocos miembros del CEN²¹². A partir de ello, se dijo que para ellos era cómodo exigir acatamiento y nunca verse molestado por ese tipo de amonestación. Desde esta perspectiva, en el marco de la polémica por su expulsión, Abraham Quevedo señaló que la insistencia del CEN en estas prácticas daba cuenta que sus prioridades estaban equivocadas. Según el diputado valdiviano, los cinco miembros del CEN en vez de combatir el capitalismo, se dedicaron a presionar severamente a ciertos camaradas, como Carlos Sepúlveda, Castor Villarin, Roberto Salinas, entre otros²¹³. Si bien este argumento insinuó los fines persecutorios de las sanciones disciplinarias, Quevedo no desarrolló esta postura en otras publicaciones. Para varios militantes, en cambio, el CEN y en general los organismos directivos podían ejercer esas atribuciones por su jerarquía en la estructura partidaria, pues su poder era válido en la medida que eran elegidos en las instancias democráticas de deliberación²¹⁴.

El segundo eje de la discusión fue acerca del contenido. El problema de la disciplina que se estaba implantando era, según los militantes críticos, que representaba la opinión de una minoría con poder y que tendía a ser injusta. La disciplina que consideraban idónea, por tanto, debía ser un consenso entre los afiliados de base, basado en el estudio razonado de los principios y tácticas del partido en función de sus circunstancias actuales. A partir de este argumento, se habló de una *disciplina consciente y conveniente*. Consciente en la medida que se asentaba en la convicción de los militantes, y conveniente

²¹² José Gat, “Nuestra disciplina”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1111, 17 de septiembre de 1926, pp. 1-2; Oreste Seph, “Disciplina convencional”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2010, 9 de septiembre de 1926, p. 2.

²¹³ *Loc. cit.*

²¹⁴ “Todos nos debemos a la centralización y a la disciplina”, *El Comunista*, Año XV, N° 2756, 8 de septiembre de 1926, p. 1.

para la lucha revolucionaria²¹⁵. En cambio, quienes avalaron la *disciplina férrea*, entendida como el acatamiento incondicional de los militantes a las órdenes de sus direcciones, señalaron que era necesaria para la coordinación de la acción comunista. Como este tipo de disciplina era producto de la estructura del partido, su aplicación le otorgaría un carácter más orgánico a la labor de los militantes, y eso mejoraría su eficiencia²¹⁶.

Como vimos, la instauración de la disciplina fue un proceso que generó controversias entre los comunistas chilenos. Pese a ello, la consolidación de la hegemonía en torno a la disciplina férrea fue evidente a fines de 1926 y principios de 1927. Este proceso significó un cambio sustancial en la forma en cómo se pensaba que debían ser los militantes. El militante disciplinado y abnegado fue una apuesta que ensambló los cambios en la actividad partidaria y la estructura del PC. Asimismo, fue un lugar de enunciación en el espacio público, que permitió a quienes abogaban por la bolchevización legitimar sus opiniones sobre cuál era la forma correcta de la acción comunista, cuestión que estaba respaldada por los lineamientos de la Komintern. El debate en torno a la disciplina, en ese sentido, lo consideramos como un preámbulo a la formación de las fracciones que, durante los años de la dictadura, disputaron la dirección del PC. En este marco, el tema de la desviación juega un rol decisivo en la medida que, a lo largo del período estudiado, se fue consolidando como un mecanismo que buscó desarticular liderazgos alternativos y potencialmente contra-hegemónicos.

²¹⁵ José Gat, “Nuestra disciplina”, *op. cit.*; Oreste Seph, “Disciplina convencional”, *op. cit.*; “La disciplina”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2792, 14 de octubre de 1926, pp. 1 y 6.

²¹⁶ Maclovio Galdámes, “Hacia la bolchevización de nuestro partido”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1724, 24 de enero de 1926, p. 1; Maclovio Galdámes, “Nuestro partido”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1902, 1 de mayo de 1926, p. 6; “La reunión del Domingo del CEN del Partido Comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1722, 27 de enero de 1926, p. 1; “El acatamiento de las instrucciones de la dirección y la realización del trabajo [es] deber de todo militante”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2691, 5 de julio de 1926, p. 1.

El concepto de desviación, como mencionamos, articuló la unidad del partido y la homogeneidad doctrinaria. No obstante, hasta fines del año 1926, en general las sanciones emitidas por las direcciones del PC chileno apuntaron solo al primer eje, es decir que las sanciones emitidas fueron vistas fundamentalmente como medidas para evitar la escisión del partido.

Como es posible apreciar en el caso de la 2ª y 3ª Comuna, la medida apuntó a los intentos de división que llevaron a cabo estos militantes, dejando en un segundo plano -dado que no se abordó mayormente- la cuestión de las diferencias políticas²¹⁷. Lo anterior se explica mirando el funcionamiento de las asambleas y los objetivos de la instrucción de ese momento. Recordemos que las diferencias de opinión eran la tónica de los debates en los centros, instancias donde los errores doctrinarios eran corregidos por medio de la crítica y, en menor medida, de la instrucción²¹⁸. Este tipo de ejercicios no eran motivo de castigo, sino aquellos actos que implicaran un desmedro material para el partido (como los atrasos en las cotizaciones), la difamación en la opinión pública o los desacatos a las órdenes de las direcciones. En ese sentido, más que hablar de desviaciones doctrinarias, el reconocimiento de las deficiencias en la instrucción de los militantes llevó a concebir estas diferencias simplemente como errores proclives a ser corregidos.

Según Sergio Grez, entre septiembre y octubre de 1924, durante el Congreso extraordinario, se sancionaron a las secciones de Valparaíso y Viña del Mar por haber cometido los delitos de desviación de las ideas comunistas, de desmoralización de sus miembros y de desorganización²¹⁹. En Valparaíso la situación era aún más

²¹⁷ Sección Santiago del Partido Comunista de Chile, “Sección Santiago”, *op. cit.*

²¹⁸ Editorial, “No perdamos de vista nuestros principios”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1048, 6 de julio de 1926, p. 1; Artículo de *La Antorcha* (Madrid), “Hacia la moralización disciplinaria del partido”, *op. cit.*

²¹⁹ Sergio Grez, *Historia del comunismo en Chile...*, *op. cit.*, p. 325.

grave, porque el grupo de disidentes tenía su propio secretario general²²⁰. La mayoría de los inculpados, señaló Grez, alegó haber seguido la línea política del partido definida en los congresos y por la dirección central sobre la política de pactos electorales. De todos los sancionados, solo fue expulsado Floridor Clever, quien asumió la dirección de la sección porteña. A seis militantes se les suspendió su militancia en un rango de uno a cinco años, mientras que uno fue amonestado. Asimismo, ambas secciones fueron reorganizadas²²¹. Para los congresistas, este tipo de errores en el campo electoral eran particularmente graves, en la medida que el partido no había obtenido beneficio alguno hasta ese momento. Dentro de este marco, las faltas de los involucrados fueron errores que trajeron desmedro para el partido y, por eso mismo, fueron sancionados. En ese sentido, no es que se considerara como una desviación los pactos políticos con fuerzas burguesas en sí mismos. Por ello, pese a desechar las alianzas electorales, prontamente el PC transgredió esa resolución. Asimismo, al año siguiente, la dirección central convocó un plebiscito nacional para zanjar la amnistía de los sancionados en este Congreso.

Este fenómeno, por otro lado, se dio en la opinión pública. El apoyo del CEN al movimiento de la juventud militar en enero de 1925²²² suscitó inicialmente el rechazo de las secciones de Antofagasta y Pampa Unión²²³. Varios meses más tarde, algunos militantes manifestaron sus

²²⁰ *Ibid.*, p. 324.

²²¹ *Ibid.*, pp. 325-326.

²²² Manuel J. Montenegro, "Partido Comunista y Federación Obrera de Chile adhieren moral y materialmente al nuevo movimiento militar", *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1382, 25 de enero de 1925, p. 1 y 4; Carlos Sepúlveda, "Sesión del Comité Ejecutivo Nacional", *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1382, 25 de enero de 1925, p. 3.

²²³ Pedro Reyes, "La sección de Antofagasta se pronuncia en contra el manifiesto del Comité Ejecutivo Nacional", *El Comunista*, Año IX, N° 2353, 19 de febrero de 1925, p. 6; *La Jornada Comunista*, Año III, N° 607, 8 de marzo de 1925, p. 1; "La sección de Pampa Unión se declara contra del manifiesto del Comité Ejecutivo", *El Comunista*, Año IX, N° 2357, 23 de febrero de 1925, p. 3

reticencias hacia la actitud asumida por el CEN a principios de año, pese a que la dirección prontamente desistió de ella²²⁴. La controversia básicamente radicó en los reparos de apoyar a “liberales burgueses” aun cuando tuviesen “aspiraciones hondamente sentidas por las masas obreras del país”. Al respecto, la declaración de la sección de Antofagasta señaló en febrero lo siguiente:

“Todo esto, camaradas, es un reformismo absurdo, en nuestro entender, que ni siquiera tiene la propiedad de ser un reformismo burgués evolutivo, que le permita al proletariado aprovecharla como una simple ventaja revolucionaria. Tomar las armas para defender con nuestras vidas, por propia voluntad la bandera de la regeneración republicana enarbolada por la juventud militar, nos parece lo más absurdo tanto teórica como prácticamente.”²²⁵

Desde esta perspectiva, la sección antofagastina solicitó a su dirección central aclarar lo planteado en su manifiesto. Hasta ese momento nadie planteó que el CEN había incurrido en una desviación, excepto Abraham Quevedo. El diputado valdiviano señaló que esta desviación hacia el reformismo significaba un grave peligro para el partido, en la medida que eran claudicaciones frente al gobierno²²⁶. En otro de sus artículos, Quevedo profundizó sobre el tema y llegó a plantear que este fenómeno radicaba en lo siguiente:

“Para apreciar la finalidad del Partido Comunista, no hay división en ninguna parte del mundo. Sin embargo, nosotros estamos viendo en casi todas partes del mundo la división del Partido Comunista en Partido Comunista de la derecha

²²⁴, “[¿]Y esto ganamos nosotros con adherirnos a la juventud militar?”, *El Comunista*, año IX, N° 2458, 6 de junio de 1925, p. 4.

²²⁵ Pedro Reyes, “La sección de Antofagasta se pronuncia en contra el manifiesto del Comité Ejecutivo Nacional”, *op. cit.*

²²⁶ Abraham Quevedo, “La desviación de la doctrina comunista”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 809, 18 de septiembre de 1925, p. 2.

(los más moderados) y comunistas de la izquierda (los más avanzados).

¿Por qué esta división? No es por la finalidad, pues, en los fines del comunismo están todos los acuerdos. La división ha sucedido por las diferentes maneras de interpretar y aplicar los medios, la táctica y la disciplina.”²²⁷

No obstante, esta visión no era preponderante entre los militantes y tampoco formó parte del discurso oficial del partido en este período.

Lo anterior se debió a que la diversidad de opiniones se atribuyó a una falta de claridad estratégica, lo que fue una forma de justificar la unidad del partido. En ese sentido, el reconocimiento de corrientes de opinión no era conveniente en la medida que podía implicar la escisión. Por consiguiente, es posible plantear que el concepto de desviación en su acepción doctrinaria operó secundariamente. En general, los casos de desviación fueron intentos por fraccionar el partido, basado en diferencias estratégicas de los disidentes, que implicaban el desacato sistemático a las órdenes de las direcciones centrales o la edificación de autoridades propias. Esta situación se mantuvo hasta la llegada de la Carta Abierta del Secretariado Sudamericano en noviembre de 1926.

El uso doctrinario del concepto de desviación en el discurso oficial del partido y en las sanciones emitidas por sus direcciones se produjo a fines de 1926, en el marco de las críticas a la fracción parlamentaria. Entre los congresistas que fueron criticados, el caso emblemático - pues se tradujo en su expulsión - fue el de Abraham Quevedo. La falta del diputado comunista fue haber apoyado en julio de ese año un voto de censura a un ministro (iniciativa de un diputado burgués), contradiciendo la orden del CEN. Esta actitud en su momento fue calificada por la dirección central y algunos de sus

²²⁷ Abraham Quevedo, “Desviación del comunismo”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año III, N° 902, 23 de septiembre de 1925, pp. 1-2.

camaradas²²⁸ como una abierta falta a la disciplina del partido, motivo por el cual se estipuló su expulsión a ratificarse en el próximo congreso. Frente a ello, al mes siguiente Quevedo justificó su falta, argumentando que los miembros del Comité Ejecutivo carecían de autoridad moral para imponerle disciplina, porque ni ellos la respetaban²²⁹. Hasta ese momento a Quevedo solo se le trató de indisciplinado.

La llegada de la Carta Abierta del SSA cambió el panorama. Recordemos que esta carta fue un comunicado dirigido a todos los afiliados del partido, cuyo objetivo era influir en el desarrollo del próximo Congreso Nacional a realizarse entre diciembre de 1926 y enero de 1927. A la fracción parlamentaria y al CEN se les acusó de incurrir en desviaciones de derecha e izquierda respectivamente. Mientras que los parlamentarios caían en actitudes reformistas en sus intervenciones públicas, los segundos cometían errores propios de la enfermedad infantil del comunismo - lo que era una reacción ante los primeros²³⁰. Frente a ello, el Secretariado Sudamericano solicitó a su sección chilena asumir la lucha política contra este tipo de tendencias, en particular contra las de derecha. Esto afectó el caso de Abraham Quevedo. Durante el VIII Congreso, se ratificó su expulsión, si bien se modificó la causal de su falta. De la indisciplinada pasó a la desviación de derecha. Por primera vez fue sancionado un militante por desviación y, ciertamente, no fue el único. A Quevedo se le sumó, en el marco de este congreso, un militante apodado “Gordillo” de quien no disponemos mayor información.

²²⁸ M. Leveque G, “Al Comité Ejecutivo del Partido Comunista”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1067, 28 de julio de 1926, p. 1; “Sea quien sea”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2715, 29 de julio de 1926, p. 1.

²²⁹ Abraham Quevedo, “Por qué falté a la disciplina”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 1076, 7 de agosto de 1926, p. 1.

²³⁰ “A todos los miembros del Partido Comunista de Chile, con motivo del próximo Congreso (Carta Abierta del Secretariado Sudamericano)”, *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, Año XVI, N° 3327, 2 de diciembre de 1926, p. 2.

Para entender el porqué de este cambio, es necesario identificar y analizar las reacciones que generó la carta del SSA más que en su contenido²³¹. El debate que desarrollaron las diecinueve cartas, publicadas en una sección especial de *Justicia* entre el 12 y 27 de diciembre, “Tribuna libre para los afiliados del Partido”, se canalizó en torno a cuatro ejes.

El primer eje tuvo relación con la bolchevización del partido. Para Manuel Leiva, quien había sido electo como secretario general de los últimos dos CEN²³², los planteamientos del SSA carecían de fundamento. Según este activista, el partido había comenzado su bolchevización desde su fundación como organización de clase. La mantención del carácter clasista del partido, por medio de la proletarización, Leiva la consideraba como una condición necesaria para el éxito de la educación bolchevique²³³. Ello explicaba que el partido hubiera casi abandonado la vía electoral, para entregarse a la acción revolucionaria. En ese sentido, los líderes y militantes de la “vieja guardia” no habrían incurrido en desorientaciones, que fue lo señalado en la carta, sino que habrían impulsado

²³¹ Para el contenido de la Carta Abierta, véase: César Sánchez, *El justo camino revolucionario: la bolchevización del Partido Comunista de Chile (1926 - 1933)*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, 2008, cap. 2.

²³² Si bien fue elegido como secretario general del CEN correspondiente al año 1926, prontamente, bajo la justificación de un permiso (desconocemos más detalles al respecto) fue reemplazado provisoriamente por Rufino Rosas. Una vez que Rosas renunció al cargo por haber sido elegido secretario de la Junta Ejecutiva de la FOCh, asumió como secretario interino del PC Maclovio Galdámes a fines de enero. Curiosamente, Galdámes se desempeñó en ese cargo, por lo menos, hasta fines de ese año. En: “La reunión del Domingo del C. E. N. C.”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1715, 20 de enero de 1926, p. 3.

²³³ Manuel Leiva, “Por el camino de la proletarización marchamos hacia la bolchevización”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2105, 17 de diciembre de 1926, p. 3.

la bolchevización desde los tiempos del POS²³⁴. En cambio, el comunista español Casimiro Barrios afirmó que el partido requería bolchevizarse. Según Barrios, hasta esa fecha, el PC chileno era un partido electoral, en el que “sus hombres sólo han desarrollado actividad, como comunistas, en las vecindades de las elecciones y en el curso de ellas.”²³⁵ Para lograr que el PC fuese un partido revolucionario, varios militantes plantearon que era imprescindible considerar los planteamientos del SSA, y era la labor de las direcciones velar por su cumplimiento.

El segundo eje fue la legitimidad de la Carta Abierta como autoridad para el PC chileno. Para Maclovio Galdámes y Casimiro Barrios, el primero era miembro del CEN de ese entonces, las indicaciones señaladas por el SSA debían ser acatadas por el partido, dado que eran órdenes de su autoridad superior²³⁶. En cambio, para Francisco Prado, ex-director de *El Comunista*, al considerar que el SSA estaba hegemonizado por el Partido Comunista Argentino, éste no estaba capacitado para guiar la bolchevización de la sección chilena en la medida que tampoco estaba bolchevizado. Asimismo, Prado señaló que las indicaciones del Secretariado Sudamericano en cierta medida eran impertinentes a la realidad del partido, dado que la lejanía impedía informar detallada y regularmente a la Komintern sobre las condiciones de su sección chilena²³⁷.

El tercer eje corresponde al rol de la crítica a los militantes en la opinión pública. De acuerdo a Rosas y Galdámes, el debate que suscitó la Carta Abierta era positivo en la medida que permitía identificar los errores

²³⁴ Manuel Leiva, “En honor a la verdad”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2115, 27 de diciembre de 1926, p. 3

²³⁵ Casimiro Barrios, “Comentario a un comentario”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2103, 15 de diciembre de 1926, p. 3

²³⁶ Casimiro Barrios, “Comentario a un comentario”, *op. cit.*; Maclovio Galdámes, “Bolchevización de nuestro Partido”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2100, 12 de diciembre de 1926, p. 3; Rufino Rosas, “A propósito de la carta abierta”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2103, 15 de diciembre de 1926, p. 1.

²³⁷ Citado en Rufino Rosas, “A propósito de la carta abierta”, *op. cit.*

doctrinarios y prácticos que incurrían sus camaradas²³⁸. En ese sentido, para referirse a la fracción parlamentaria, Galdámes afirmó lo siguiente:

“La Carta Abierta del Secretariado Sudamericano ha tenido la virtud de impacientar la calma desesperante en que nos debatíamos, y, tal vez, desde su publicación empezó a sacudir la modorra, altamente culpable, de los comunistas de este país.”²³⁹

Si bien señalamos que la crítica fue un mecanismo utilizado habitualmente, el comentario de Galdámes da cuenta que no operaba igualitariamente para todos sus camaradas, aun cuando se percibía que muchos eran los que cometían faltas doctrinarias²⁴⁰. Según el secretario general del CEN, quienes formaban parte de la fracción parlamentaria también debían ser sometidos a ese tipo de crítica, y eso lo había permitido la carta del SSA. Asimismo, Salvador Barra Woll y Casimiro Barrios señalaron que sus compañeros en la diputación y el senador debían estar dispuestos a formar parte de estas instancias y a reconocer públicamente sus errores²⁴¹. Para Lino Paniagua, no obstante, si bien todos tenían derecho de criticar, lo correcto era hacerlo razonablemente²⁴². En cambio, Francisco Prado afirmó que este tipo de comentarios significaban un duro golpe al posicionamiento público de los militantes con mayor experiencia e influencia en las

²³⁸ Maclovio Galdámes, “Errar es humano”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2103, 15 de diciembre de 1926, p. 3; Rufino Rosas, “A propósito de la carta abierta”, *op. cit.*

²³⁹ *Loc. cit.*

²⁴⁰ Galvarino Gallardo, “Mi opinión”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2109, 21 de diciembre de 1926, p. 4.

²⁴¹ Salvador Barra Woll, “Lucha contra el personalismo”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2102, 14 de diciembre de 1926, p. 3; Casimiro Barrios, “Comentario a un comentario”, *op. cit.*

²⁴² Lino Paniagua, “Por nuestro perfeccionamiento”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2109, 21 de diciembre de 1926, p. 4.

masas y en el desenvolvimiento del mismo partido²⁴³. En ese sentido, la crítica pública sería perjudicial en la medida que debilitaba los liderazgos de los históricos dirigentes del PC.

Finalmente, el último eje consistió en los principios de autoridad entre los militantes. Las críticas del SSA que suscitaron el debate entre los comunistas fueron en torno a la fracción parlamentaria, la cual estuvo formada por militantes de amplia trayectoria política. Como lo vimos anteriormente, el tema de la experiencia fue un principio de autoridad que determinó candidatos y cargos directivos en el partido. Esto fue cuestionado por quienes abogaron que todo comunista debía someterse a la crítica y reconocer sus errores públicamente. Daremos dos ejemplos. Oscar Sepúlveda afirmó lo siguiente:

“Semejante criterio indica que a los que fundaron el Partido y tienen 20 años o más de lucha dentro de él, no se les puede decir nada!...

Creo que es un error, y un error grande de apreciación cuando se tienen en vista, para una crítica, los años de servicios de cada comunista, y no la capacidad doctrinaria de los mismos.”²⁴⁴

La importancia del conocimiento doctrinario entre los comunistas, asimismo, fue enfatizada en la carta de Rufino Rosas:

“Todos los que piensan en el debilitamiento de nuestras fuerzas, deben saber que los comunistas no siguen hombres, sino a doctrinas. Que estas no son exactamente comprensibles aún para todos los militantes del Partido, argüirán algunos; pero el crisol de la crítica va clarificando las concepciones, respondimos nosotros.”²⁴⁵

²⁴³ Francisco Prado, “Inconvenientes que a mi juicio producirá la aplicación inmediata de la bolchevización del P. C. Ch.” citado en Maclovio Galdámes, “Bolchevización de nuestro Partido”, *op. cit.*

²⁴⁴ Oscar Sepúlveda, “Terciando el debate”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2102, 14 de diciembre de 1926, p. 3.

²⁴⁵ Rufino Rosas, “A propósito de la carta abierta”, *op. cit.*

Frente a estos planteamientos, Francisco Prado planteó que estos comentarios eran injustos respecto al trabajo realizado por los comunistas de mayor trayectoria. En ese sentido, consideró que la crítica a la actuación de los líderes debía ser examinada por las instancias democráticas del partido (sus congresos nacionales), y no por quienes estaban “abusando del puesto directriz, para tratar de anular a buenos y activos militantes a fin de establecer la bolchevización”²⁴⁶.

El cambio que sufrió la causal por la que fue sancionado Abraham Quevedo da cuenta del desplazamiento del concepto de desviación en su acepción por la unidad del partido hacia una versión doctrinaria. En este proceso, el debate que suscitó la carta del SSA generó las condiciones que hicieron posible este cambio. Para consolidar definitivamente la desviación como mecanismo garante de la homogeneidad ideológica del PC, fue necesario desarticular el principio de experiencia en la constitución del militante comunista que preponderó en el discurso tradicional. La apuesta de quienes abogaban por el discurso de las direcciones era que los comunistas dejaran de valorar los años de trabajo en los sindicatos y en el partido para considerar las opiniones de sus camaradas en las instancias resolutorias. Este principio, acorde a un sistema asambleario de organización, era perjudicial a la bolchevización, porque - como da cuenta el debate que hemos descrito - podía exceder a la disciplina y la homogeneidad doctrinaria. En la práctica, entender la desviación en lo doctrinario permitía que *todos* los militantes estuviesen obligados a someterse al juicio de sus direcciones a lo largo del año y no solo durante los congresos nacionales.

Sostener que el PC chileno requería bolchevizarse, necesariamente implicaba aceptar que sus militantes estaban incurriendo en errores que no contribuían en la concreción de la revolución en los términos del partido.

²⁴⁶ Francisco Prado, “Bolchevización sí, personalismo no”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2102, 14 de diciembre de 1926, p. 3.

Este problema, según quienes defendían el discurso de las directivas, no se solucionaba solo con mantener el carácter clasista del partido. Si la disciplina férrea y la homogeneidad doctrinaria fueron principios que se consideraron dignos de ser adoptados, no fue exclusivamente porque fuesen los principios de los bolcheviques. Si hubo comunistas que adoptaron estas referencias de sus camaradas rusos, fue porque eran políticamente útiles para anular los antiguos liderazgos del partido y controlar la acción de los militantes. En términos prácticos, es posible sostener que la bolchevización fue una apuesta por modificar las correlaciones de fuerza en el seno del PC chileno. Desde esta perspectiva, los debates que suscitaron los principios bolcheviques fueron las primeras resistencias a la instauración de una nueva hegemonía que definía los límites de las acciones posibles de los comunistas y sus relaciones. Esta hegemonía, en definitiva, se traducía en un nuevo modelo de militante.

Si bien en la prensa partidaria no se publicaron una cantidad significativa de artículos que expresaban un rechazo abierto a la bolchevización, eso no nos permite sostener que haya sido una voluntad política del PC en su conjunto. Quienes manifestaron sus opiniones, efectivamente, reconocían la necesidad de cambios en el PC, a propósito del ambiente de perplejidad generado por las numerosas denuncias de una inminente reacción de la burguesía. En particular, fueron los contenidos específicos de los principios bolcheviques los puntos calientes de la controversia. El meollo de los debates que describimos fue hasta qué punto eran aceptables los cambios propuestos por la Internacional e impulsados por las direcciones comunistas chilenas. En ese sentido, ¿en qué medida los planteamientos de los militantes críticos podrían considerarse defensores de las tradiciones del partido? Si bien la mayoría de los militantes abogó por la realización de cambios, las críticas en torno a los ejes de la bolchevización apuntaron a reconsiderarlos en función de las condiciones reales del partido. Quienes manifestaron sus reticencias frente a la bolchevización de las direcciones, asimismo,

buscaron dar continuidad al discurso tradicional con un elemento renovado, la disciplina consciente. Desde esta perspectiva, entendemos que el llamado a respetar las instancias democráticas de la organización y el valor de la experiencia en los militantes, además de la defensa de la autonomía del partido respecto a la Internacional, no son comentarios gratuitos ni desarticulados. Fueron las primeras manifestaciones de un proceso de resistencia que culminará en 1931, con la formación de la fracción opositora liderada por el grupo de Manuel Hidalgo Plaza.

El debate que suscitó la carta del Secretario preparó las condiciones para el VIII Congreso Nacional del partido. Los planteamientos de los militantes críticos no lograron superar la autoridad y la legitimidad del discurso oficial del CEN y de la Internacional Comunista. Esta correlación de fuerzas se mantuvo durante el congreso y, en esto, fue decisiva la participación de dos delegados del SSA, Miguel Contreras y Rodolfo Ghioldi. Pese a las resistencias, los principios bolcheviques fueron finalmente oficializados a principios de 1927. Sobre las desviaciones, los congresistas en *Justicia* declararon lo siguiente:

“Los errores políticos evidencian que en el Partido hay desviaciones de izquierda y desviaciones de derecha, observándose que las manifestaciones de las primeras han aparecido en el CEN en tanto que las segundas se han hecho características en el grupo parlamentario comunista. Las dos desviaciones son nocivas y no leninistas; sin embargo, prácticamente comportan un mayor peligro las de derecha, dado que se han dibujado nítidamente, adquiriendo mayor cuerpo como tendencia. Por esta razón, el Partido debe vencer políticamente esas desviaciones y, en primer término, las de derecha.”²⁴⁷

Asimismo, con el tema de la disciplina:

²⁴⁷ “Resolución del VIII Congreso del Partido Comunista de Chile sobre su actuación”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2127, 7 de enero de 1927, p. 1.

“En el orden orgánico, el Partido ha registrado deficiencias que deben subsanarse. La disciplina no debe ser relajada en ningún momento y el principio de la centralización democrática debe practicarse sin reservas. La dirección del Partido orienta la acción general del mismo en todos los aspectos, económico, sindical, parlamentario, etc. y los ataques que tienden a desprestigiar a la dirección constituyen ataques contra el Partido. Un Partido Comunista sin férrea disciplina proletaria no puede comenzar su misión de conquista [de las] masas obreras.”²⁴⁸

*

Al triunfo formal de la disciplina férrea y el monolitismo doctrinario en el discurso oficial del Partido Comunista, le siguió su aplicación inmediata bajo la directa supervisión del SSA de la Komintern. Esto se explica al considerar que, de acuerdo a Olga Ulianova, los años de la dictadura de Ibáñez fueron los tiempos en que el Secretariado Sudamericano y su sección chilena establecieron los vínculos más estrechos. Durante este período, aumentó la frecuencia de las misivas y de las visitas de emisarios de la Internacional, se concretó ayuda material para los comunistas chilenos a través del Socorro Rojo Internacional, y delegados chilenos llegaron a distintas instancias komintereanas²⁴⁹. En este marco, se produjeron divisiones entre los comunistas chilenos, primero, respecto al proyecto ibañista y, segundo, en torno a las orientaciones estratégicas del SSA. Este último derivó, de acuerdo a Gabriel Muñoz, en la lucha fraccional por la dirección del partido²⁵⁰.

Pese a que la dirección del partido había rechazado el ibañismo como “peligro fascista” antes de su advenimiento en 1927, no fue posible impedir la adhesión de la mayoría de los diputados comunistas, entre quienes se

²⁴⁸ *Loc. cit.*

²⁴⁹ Olga Ulianova, “El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez...”, *op. cit.*, 2005, pp. 231-232.

²⁵⁰ Gabriel Muñoz, *op. cit.*, cap. 2.

contaban importantes dirigentes del PC. Juan Luis Carmona, Pedro Reyes, José Santos Córdoba, Abraham Quevedo y Ramón Sepúlveda Leal²⁵¹ apoyaron inicialmente el proyecto corporativista del régimen de Ibáñez a principios de 1927. Esta situación fue considerada como traición entre los comunistas²⁵².

Frente a esto, en su primera carta al Comité Central del PC con motivo de la dictadura, el SSA señaló lo siguiente:

“Vista la situación actual, la unidad ideológica del Partido tiene una enorme importancia para el mismo. Debe condenarse abiertamente ante las masas toda vacilación y hacer conocer que el partido no tiene nada en común con estos elementos dudosos que vienen objetivamente a hacer obra de traidores y de renegados y servir como agentes del fascismo.”²⁵³

De acuerdo con ello, se indicó que las medidas disciplinarias que debían tomar el CC chileno estaban condicionadas por el nivel de influencia que los diputados involucrados tenían en el partido. En consecuencia, si la desviación del militante resultaba ser un caso aislado, el CC podía efectuar su expulsión. En caso que éste contara con un grupo de camaradas que compartieran su postura, el CC

²⁵¹ Fue expulsado en 1927, acusado de haber apoyado a Ibáñez. Rápidamente rectificó y, desde la diputación, defendió a cada uno de sus excamaradas, lo que le valió la deportación. Volvió a la Cámara Baja en 1930 y nuevamente fue relegado a Aysén en 1931.

²⁵² “Informe sobre la dictadura de C. Ibáñez enviado por dirigentes comunistas chilenos exiliados desde México al miembro del C. E. de Komintern, Stepanov, a Moscú”, RJTSDNI, 495.79.103, México, 17 de septiembre de 1927, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, pp. 307-308.

²⁵³ “Sudamericano del Komintern al PC chileno”, RJTSDNI, 503.1.17, 19 de marzo de 1927, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 270.

debía denunciar la desviación y criticarla implacablemente como una forma de educar a los demás comunistas²⁵⁴.

El objetivo de estas precauciones era evitar la división del partido. En conjunto, el equilibrio producido entre las dos acepciones de la desviación como concepto fue posible gracias al desplazamiento anteriormente descrito. Sin embargo, este reajuste en el discurso oficial del PC no significó una rigidez inmediata. En el caso de los parlamentarios que adscribieron al ibañismo, aún es posible detectar cierto margen de tolerancia, a propósito de clasificar a estos diputados como “elementos dudosos”. Recordemos que independientemente de la acusación que puedan hacer las direcciones, todo militante tenía derecho a defenderse hasta ese momento. En la práctica, se dio que, al reconocer públicamente los errores y declarar la incondicional obediencia a la dirección, a varios militantes se les rebajó la sanción e, incluso, otros fueron indultados. No obstante, este mecanismo no tuvo la misma lógica que en el discurso tradicional del PC. Si bien para éste último la posibilidad de réplica era propia de las dinámicas assemblearias y democráticas de los centros, en el discurso bolchevique cumplía una función estratégica. La importancia de considerar la red de influencia respondió a la intención del SSA y sus paladines chilenos en desarticular cualquier liderazgo potencialmente peligroso para la unidad homogénea del partido. Dentro de este marco, la rectificación pudo haberse entendido como una forma de subordinar estos liderazgos. Esta lógica en la aplicación de las sanciones frente a la indisciplina y la desviación se mantuvo hasta el final del período.

Dichas características del discurso bolchevique permitieron, paradójicamente, la existencia y el desarrollo de la oposición frente a la intervención del SSA en los asuntos internos del partido. Esto, asimismo, se vio

²⁵⁴ “Proyecto de la carta del Comité Ejecutivo de la IC al Comité Central del PC chileno, preparado por J. Humbert-Droz”, RJTsDNI, 503.1.6, Moscú, 27 de abril de 1928, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 329.

favorecido por las condiciones en que el PC se vio enfrentado producto de su ingreso a la clandestinidad.

Muchos comunistas y fochistas fueron detenidos, principalmente aquellos con mayor responsabilidad, de los cuales varios fueron relegados a puntos lejanos del territorio. Por otro lado, las imprentas y los locales del partido y de la FOCh fueron confiscados por la dictadura, si bien los parlamentarios comunistas que no declararon su apoyo a Ibáñez siguieron ejerciendo sus funciones²⁵⁵. Bajo estas condiciones, las direcciones del PC buscaron mantener la actividad partidaria, pese a las dificultades de incomunicación con sus organismos de base. El delegado del PC chileno, Bernardino Donoso (“Muñoz”), informó esta situación en una reunión del SSA realizada en julio de 1928. En el acta de la sesión, fue registrado lo siguiente:

“El que habla ha estado dedicado a organizar, desde el mes de febrero en adelante, a los obreros de la Comuna de San Miguel, próxima a Santiago, en un punto denominado La Legua, y más tarde me fue encomendada la organización del Grupo Comuna de Yungay, también cercano a Santiago, cuyo grupo fue reconocido como Comité Local de Santiago, al que hace propaganda entre los obreros de las fábricas. En la provincia de Concepción existe un Comité Regional que atiende la organización de esta provincia y la de Arauco; estas dos provincias son las que forman la región carbonífera, y los compañeros trabajan allí mejor que en ninguna parte, y de común acuerdo con el C. C. que les imparte instrucciones periódicamente.”²⁵⁶

²⁵⁵ “Informe del C. C. Provisorio del PC chileno al Secretariado Sudamericano de Komintern”, RJTsDNI, 495.106.20, Santiago, 15 de noviembre de 1929, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, pp. 419-420.

²⁵⁶ “Protocolo de reunión del Secretariado de Komintern con informe del representante del PCCH”, RJTsDNI, 503.1.21, 19 de julio de 1928, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 350.

Respecto a los comunistas del norte, Donoso señaló que “hemos perdido el contacto con los compañeros del Norte. Esto último se debe a la inestabilidad de los compañeros en esta zona. Prácticamente no podemos tener compañeros en esa región, porque son muy conocidos y son objeto de estrecha vigilancia.”²⁵⁷ A partir de estos antecedentes, Vittorio Codovilla concluyó que el SSA, organismo que él encabezaba, debía hacerse cargo de la reorganización del PC chileno²⁵⁸. En este escenario, las diferencias estratégicas que la dirección local encabezada por el grupo de Hidalgo (en particular el Comité Local de Santiago y, desde abril de 1929, el Comité Central Provisorio) tuvo respecto a los lineamientos del SSA, fueron tratadas progresivamente con mayor severidad por el organismo internacional.

El primer punto divergente fue en torno a la propuesta de la dirección hidalguista sobre formar un partido legal. En su carta de agosto de 1929 al CC de Santiago, el Secretariado Sudamericano señaló que la constitución de un partido legal significaba el abandono de la política proletaria y anti-imperialista, en favor del pacto con los partidos burgueses de oposición, lo que en suma contribuía a la “farsa obrerista” de la dictadura²⁵⁹. En ese sentido, para el SSA, la aplicación de esta estrategia sería una claudicación frente a la dictadura, en especial si implicaba descuidar el aparato ilegal del PC. Al mes siguiente, Codovilla profundizó estas críticas frente a insistencia del CC Provisorio en defender sus posiciones. Para el líder del SSA, la cuestión del partido legal inevitablemente conducía a la liquidación del PC por las razones ya señaladas. Asimismo, según Codovilla, la liquidación de la FOCh sería el producto de la renuncia a

²⁵⁷ *Ibid.*, p. 350.

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 351.

²⁵⁹ “Carta del Secretariado Sudamericano de Komintern al Comité de Santiago del PCCh y a todos los miembros del Partido”, RJTsDNI, 495.106.20, Buenos Aires, agosto de 1929, Carta N° 227, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p.407; AHN, s. c., AMH, Carta N° 227, fjs. 1-3.

la lucha por la organización revolucionaria de los sindicatos, al dificultar la disgregación de los llamados sindicatos fascistas por mantener en secreto el trabajo de los militantes²⁶⁰. En suma, el dirigente del SSA acusó a los miembros del CC Provisorio de “una completa incomprensión de los principios bolcheviques de organización”²⁶¹.

Frente a estas críticas, la dirección hidalguista justificó sus políticas argumentando que las condiciones del partido en ese momento lo exigían. Para ello, remitió al SSA un extenso informe donde detalló el estado de los organismos partidarios y su actividad a lo largo del territorio chileno²⁶². En general, los documentos firmados por los delegados Higinio Godoy y Genaro Valdés, además del CC, dibujaron un cuadro de dispersión y descoordinación entre las células que, en términos de la dirección, generó confusiónismo y fraccionamiento. En consecuencia, el CC abogó seguir una línea reconstructiva y “al mismo tiempo exigir a los afiliados que reconozcan inmediatamente nuestra palabra de acción, de orden y de fraternización en el cumplimiento de sus deberes.”²⁶³ Respecto a su estrategia en el plano sindical, la dirección insistió en que la formación de un partido legal obrero contrarrestaba los efectos de dos decretos promulgados durante la dictadura. El primero, la anulación de la ciudadanía activa a quienes sustentaban ideas contrarias al régimen no solo inhabilitó el ejercicio del voto y a ocupar cargos públicos, también imposibilitó integrar corporaciones obreras o desarrollar actividades colectivas²⁶⁴. El segundo, consideraban que la

²⁶⁰ “Carta del Secretariado Sudamericano de Komintern al Comité Central Provisorio del PC chileno”, RJTsDNI, 495.106.20, Buenos Aires, 11 de septiembre de 1929, Carta N° 251, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p.413.

²⁶¹ *Ibid.*, p. 410. Subrayado del original.

²⁶² “Informe del CC Provisorio del PC chileno al Secretariado Sudamericano de Komintern”, RJTsDNI, 495.106.20, Santiago, 15 de noviembre de 1929, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, pp. 416-435.

²⁶³ *Ibid.*, p. 432.

²⁶⁴ *Ibid.*, p. 433.

Ley de Sindicalización Obligatoria tendía a formar “una máquina sindical de completa colaboración con el Gobierno”, los cuales eran dirigidos por el Ministerio de Previsión Social²⁶⁵. Por otro lado, se aclaró su complementariedad con el aparato y el trabajo ilegal²⁶⁶. Desde esta perspectiva, la propuesta de formar un partido legal tenía un fin más instrumental que el de reemplazar al PC definitivamente.

En una carta precedente al informe recién citado, el CC justificó frente al SSA lo anterior argumentando lo siguiente:

“La realidad nuestra del momento nos enseña claramente que no hemos procedido inteligentemente hasta aquí y que debemos cambiar de modo de actuar; ya que ser revolucionario no es ser dogmático, ciego a las realidades, camino que lleva, lógicamente, a una abierta traición a la clase trabajadora, por el hecho de insistir en procedimientos que no responden a las circunstancias.”²⁶⁷

En ese sentido, la prioridad de la dirección hidalguista no era cumplir mecánicamente órdenes que eran congruentes con la ortodoxia del SSA. La postura del CC Provisorio tuvo que ver con el hacer valer su autoridad en su respectiva esfera de acción. Esta autoridad se rigió bajo criterios experienciales. Desde este lugar, la dirección central tensionó la arbitrariedad del Secretariado Sudamericano, cuyo asidero era la superioridad doctrinaria, sin necesariamente desconocer su autoridad. En la práctica, esto significaba que el CC estuvo dispuesto a recibir las misivas del SSA, incluyendo a sus delegados, pero en términos de colaboración, no de imposición. A partir de

²⁶⁵ *Loc. cit.*

²⁶⁶ *Ibid.*, p. 434.

²⁶⁷ “Carta del Comité Central Provisorio del PC de Chile al Secretariado de Komintern”, RTsJIDNI, 495.106.25, [en torno al 15 de noviembre de 1929], en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 437

ello, es posible entender la siguiente situación aparentemente paradójica. Durante estos años, fueron reiteradas las solicitudes de este Comité en el envío de delegados para que estudiaran en terreno la situación que atravesaba el partido²⁶⁸ y, por otro lado, “NOS AYUDARAN CON SUS CONOCIMIENTOS TEÓRICOS EN LA FERROZ LUCHA QUE MANTENÍA EL P.C.”²⁶⁹ Esto era simultáneo a las reafirmaciones de autonomía que la dirección hidalguita abogaba en afirmaciones como la siguiente:

“COMO conclusión pedimos AMPLIA LIBERTAD PARA PROCEDER TÁCTICAMENTE EN LA CONSECUENCIA DE NUESTROS FINES REVOLUCIONARIOS Y EL CONCURSO FRANCO Y ABIERTO DE ESE SECRETARIADO, porque estamos más que convencidos que nuestro deber estriba en dejar de una vez por todas y proceder mirando las realidades y sacando las conclusiones que va dictando el proceso mismo, y como para eso se requiere la independencia necesaria, debidamente autorizada, hemos procedido a solicitarla, en la seguridad de que ese Secretariado sabrá comprender todo el peso de nuestra responsabilidad revolucionaria, ante el partido y ante la clase trabajadora.”²⁷⁰

Frente a las actitudes manifestadas en las comunicaciones recibidas, el SSA hace notar en su carta del 7 de diciembre que estaban expresadas “en un tono que no

²⁶⁸ “Carta de Manuel Hidalgo al Secretariado Sudamericano de Komintern”, RTsJIDNI, 495.106.25, [en torno al 15 de noviembre de 1929], en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 443; AHN, s. c., AMH, “Carta del C. C. Provisorio al Secretariado Sudamericano de Komintern”, 29 de noviembre de 1929, f. 1.

²⁶⁹ AHN, s. c., AMH, *Informe del Comité Regional al Congreso Regional de Aconcagua y Santiago*, [noviembre de 1931], f. 3.

²⁷⁰ “Carta del Comité Central Provisorio del PC de Chile al Secretariado de Komintern”, RTsJIDNI, 495.106.25, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 439; AHN, s. c., AMH, f. 2.

es común entre comunistas”²⁷¹. Finalmente, en la misma dictamina:

“Esperamos informaciones de ustedes para tomar resolución definitiva, pero desde ya les comunicamos que de ser cierto lo que antecede, desautorizamos todo lo que tienda a materializar el propósito de la creación de ese nuevo partido, que lo consideraremos como un acto hostil al PC, y por consiguiente, elementos enemigos de nuestras ideas.”²⁷²

Esta declaración más que anunciar la toma de medidas contra el CC Provisorio, aclaró las responsabilidades en las irregularidades que hasta ese momento la dirección hidalguista había denunciado al SSA en torno al 15 y 29 de noviembre de 1929. El envío de correspondencia o la toma de acuerdos particulares entre el organismo internacional y otras fuentes de información a la oficial (el CC) fue percibido por la dirección como una acción contraproducente para su labor²⁷³. Asimismo se consideró la indiferencia respecto a la llegada de dos delegados komintereanos (pese a que el CC insistió en este punto en sus cartas), además del hecho que el SSA no entregó facilidades para el traslado de comunistas chilenos a los cursos doctrinarios en el extranjero²⁷⁴. No obstante, lo que más acaparó la preocupación de la dirección chilena fue la actuación del delegado Pedro Sotelo desde mediados de

²⁷¹ “Carta del Secretariado Sudamericano de Komintern al Comité Central Provisorio del PC chileno”, RTsJIDNI, 495.106.20, Buenos Aires, 7 de diciembre de 1929, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p.444.

²⁷² *Ibid.*, p. 445. Subrayado en el original.

²⁷³ Se señala que el SSA estableció contacto con un grupo de Antofagasta. Asimismo, se denuncia que el secretario general del C. C., Higinio Godoy, mantuvo acuerdos con el delegado del SSA Ghioldi. En: “Carta del Comité Central Provisorio del PC de Chile al Secretariado de Komintern”, RTsJIDNI, 495.106.25, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 437.

²⁷⁴ AHN, s. c., AMH, *Informe del Comité Regional al Congreso Regional de Aconcagua y Santiago*, [noviembre de 1931], f. 3.

noviembre. Según los informes del emisario enviados al organismo que representaba, el objetivo de su visita era la reorganización del PC chileno, para lo cual era necesaria la defenestración del CC. Para ello, según Olga Ulianova, Sotelo habría tomado contacto con militantes de confianza para promover sus nombres en la constitución de un nuevo CC²⁷⁵. La dirección a cargo del grupo de Hidalgo consideró inicialmente que este complot y su amparo en la autoridad del SSA fueron abusos del delegado, y no parte de un plan dirigido desde Buenos Aires. Lo que nos permite afirmar esto es que, pese a que el CC denunció al Secretariado Sudamericano las maquinaciones de Sotelo, se insistió en la necesidad de la visita de otro delegado a Chile²⁷⁶. Sin embargo, después de la carta del SSA enviada el 7 de diciembre, en el informe del CC al ampliado de enero del año siguiente, instancia que se planificó a espaldas del emisario del SSA en visita, Orestes Ghioldi, se señaló lo siguiente:

“El envío de Sotelo con plenos poderes y como representante del S.S.A. vino a completar la medida y a demostrar el sistema del S.S.A. para eliminar el C.C. de un partido de otro país porque no se somete a sus instrucciones librescas; por supuesto que el procedimiento podría ser masónico, católico, jesuita, etc. PERO DE NINGUNA MANERA COMUNISTA. Ya dije al principio la actitud del compañero Sotelo QUIEN CUMPLIÓ EXACTAMENTE CON LAS INSTRUCCIONES DADAS POR EL S.S.A; hizo todo lo posible de romper el P.C. apoyándose en un grupo llamado rural de Bascuñán [...].”²⁷⁷

²⁷⁵ Olga Ulianova, “El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez...”, *op. cit.*, 2005, p. 255.

²⁷⁶ AHN, s. c., AMH, “Carta del C. C. Provisorio a Prieto del Secretariado Sudamericano de Komintern”, 29 de noviembre de 1929, fjs. 1-2.

²⁷⁷ AHN, s. c., AMH, *Informe del Comité Regional al Congreso Regional de Aconcagua y Santiago*, [noviembre de 1931], f. 3.

Con esta resolución la dirección hidalguista atribuyó la responsabilidad de lo sucedido al Secretariado Sudamericano. Este fue el punto de quiebre en las relaciones.

Como ha sido explicado, el SSA buscó descabezar la dirección del grupo de Hidalgo buscando militantes de confianza y promoviéndolos para la constitución de uno nuevo. En conjunto, es posible concluir que hasta ese momento la intervención del SSA básicamente se enfocó en el cambio en la correlación de fuerzas del partido en el marco de sus instituciones. En ese sentido son entendibles los llamados de Sotelo hacia las secciones regionales a elegir un nuevo CC en el próximo congreso²⁷⁸. Al no dar los resultados esperados, se evaluó la posibilidad de adoptar medidas aún más severas: levantar artificialmente acusaciones de indisciplina contra Manuel Hidalgo a fin de separarlo de la organización, sin pasar por la ratificación de un congreso²⁷⁹. No obstante, como dimos cuenta al inicio de esta sección, este tipo de procedimientos eran riesgosos en la medida que podían significar la desertión masiva de militantes. Desde esta perspectiva, el delegado consideró pertinente que su labor debía limitarse a minar la influencia que Hidalgo tenía en el partido²⁸⁰.

La toma de medidas cada vez más severas, las cuales llegaron a exceder los canales orgánicos, fue correlativa a una mayor rigidez del discurso en torno a la disciplina y el monolitismo doctrinario. La intolerancia sobre la diversidad de opiniones en relación a la línea política del PC provocó el paso de un sentido pedagógico, donde las misivas del SSA se limitaban a corregir los errores doctrinarios y dar orientaciones, a la imposición y la consiguiente marginación de quienes no adscribían a sus

²⁷⁸ AHN, s. c., AMH, “Carta del Comité Regional al Comité Central del Partido Comunista de Chile sobre la visita del delegado Pedro Sotelo”, 16 de diciembre de 1929, f. 2.

²⁷⁹ “Carta del enviado del Buró Sudamericano de Komintern, «José», desde Chile”, RTsJIDNI, 495.106.25, Santiago, 15 de enero de 1930, en Olga Ulinanova y Alfredo Riquelme, *op. cit.*, 2005, p. 453.

²⁸⁰ *Loc. cit.*

políticas. La aplicación mecánica de esta línea dura, por otro lado, generó aún más conflictos en la medida que buscó consolidarse en condiciones adversas para el partido. Con esto nos referimos a que la bolchevización agudizó las tensiones entre quienes buscaron consolidar su hegemonía y quienes defendían la formulación de una línea política propia. En este escenario perfilado a fines de 1929, para el Secretariado Sudamericano y sus paladines, las acusaciones por indisciplina y desviación operaron como mecanismos de boicot en función de sus intereses.

Este proceso de petrificación del discurso oficial del SSA, frente a las dificultades para subordinar al CC chileno, se tradujo en la violación de los canales regulares de resolución de conflictos.

Una vez que, durante el segundo semestre de 1930, el grupo porteño de Galo González tomó partido por el SSA²⁸¹, se formó un nuevo CC, desconociendo al comité con preponderancia hidalguista electo en enero. Este nuevo CC, junto al Comité Local de Santiago²⁸², a través del Comité Regional procedió a la expulsión de la disidencia, aprovechando su reciente relegación. Esta sanción no fue sometida a la evaluación de un congreso, por lo que a los afectados no se les otorgó derecho a réplica. Frente a esta situación, los perjudicados enviaron una carta al CC, solicitando la convocatoria de una conferencia de bases y los miembros del CC no involucrados en el conflicto, para la revisión de sus casos. Los expulsados dieron asidero a su solicitud apelando a las prácticas tradicionales que describimos en el capítulo anterior:

²⁸¹ Ya constituido el CC en Valparaíso, según las memorias de José Vega, éste se habría contactado con la zona de Concepción. En José Vega, *Recuerdos de un diputado obrero*, Santiago, 1992, mecanografiado, pp. 60-63 en Jorge Rojas, *La dictadura de Ibáñez...*, *op. cit.*, p. 156.

²⁸² Gabriel Muñoz advierte que, durante el conflicto entre el CC Provisorio y el SSA, el CL de Santiago había quedado encabezado por Juan Chacón. Este grupo finalmente se alió al grupo de Galo González. En Gabriel Muñoz, *op. cit.*, pp. 47-48.

“Porque la política sorda de enjuiciamiento de ese C.R. nefasta e irresponsable de esa manera no existe nobleza en la crítica y el personalismo desborda a sus anchas destruyendo la vitalidad del P.C. Porque con esa política destruye la personalidad de sus militantes, impide la libre emisión de ideas y la crítica honrada [sic], crea la incertidumbre en el trabajo y llena el partido sólo de los más dóciles.”²⁸³

Desde esta perspectiva, no solo se rechazó la irregularidad de la expulsión de estos militantes, también se planteó una crítica a las características que adoptó la bolchevización.

La resistencia a la bolchevización, según Gabriel Muñoz, asumió desde 1930 la forma de una lucha fraccionalista. Esta disputa por la dirección del PC chileno, se tradujo asimismo, en un forcejeo por la hegemonía en relación a la cultura política del partido y, en particular, a la representación modélica de los militantes. En ese sentido, ¿en qué medida es posible afirmar que el conflicto se trató entre la cultura política comunista tradicional y el discurso bolchevique? De acuerdo a esta tesis, lo lógico sería asumir que una vez producida la división del partido en 1931, cada grupo reprodujo su discurso y prácticas en su respectiva fracción. Asimismo, se podría llegar a asumir una dicotomía incapaz de explicar las apropiaciones o adaptaciones de estas culturas políticas a las circunstancias que atravesaron. A la luz del reciente hallazgo del archivo personal de Manuel Hidalgo, además del acceso público al periódico *La Chispa* (órgano central de los opositoristas), ahora es posible responder a estas preguntas.

* *

Como vimos, la disciplina y la desviación fueron mecanismos utilizados por el SSA y sus cómplices en el marco de la lucha por imponer su hegemonía. Los estudios

²⁸³ AHN, s. c., AMH, “Carta de comunistas expulsados al Comité Central del Partido Comunista de Chile”, [s. d.], ff. 1.

historiográficos al respecto se han enfocado en la acción represiva y modeladora de estos mecanismos, llegando a asumir que el rechazo por la diversidad de opiniones entre los comunistas fue una característica exclusiva de la fracción que apostó por la obediencia al Secretariado Sudamericano²⁸⁴.

Al inicio de esta sección, demostramos que a lo largo de 1926 el discurso tradicional del partido tuvo que renovarse, siendo una forma de defensa frente a las críticas que hemos descrito extensamente. En ese sentido, la adopción de la disciplina fue un fenómeno transversal entre los militantes. Hasta ese momento, quienes instalaron y desarrollaron el tema de la desviación fueron los comunistas que abogaron por la bolchevización en los términos del SSA. Sin embargo, no fueron los únicos. Durante los años de la dictadura, la dirección a cargo del grupo de Hidalgo adoptó este mecanismo.

Durante la administración del Comité Local de Santiago a cargo del grupo de Hidalgo, siendo uno de los organismos que mantuvo amplia actividad en los primeros años de la dictadura, veló por mantener la homogeneidad doctrinaria entre sus organismos de base. Para ello, este comité solicitaba informes para conocer el estado de los debates políticos en el seno de las células a su cargo, en particular las que recién se constituían. El objetivo de estos documentos fue, según un informe de célula fechado en febrero de 1929, el siguiente:

“Por otra parte opinamos que estos debates políticos deben abrirse en todas las células que recién se inician i las resoluciones que se tomen deben llegar al Comité Local para que este conozca la mentalidad i grado de preparación de los militantes. Si todas las células discuten políticamente, la labor de las directivas locales o

²⁸⁴ Gabriel Muñoz, *op. cit.*; Hernán Ramírez, *op. cit.*

controles se facilitará enormemente i el Partido será homogéneo [sic].”²⁸⁵

Asimismo, el CL de Santiago dio cuenta de este tipo de información al CC. En su informe sobre la constitución de nuevas células en el Barrio Yungay y el Matadero San Pablo, afirmó lo siguiente:

“Las dificultades fueron ocasionadas siempre por la inercia, desconfianza o deserción completa de algunos elementos que aún no han logrado formarse una mentalidad revolucionaria i fue por su total falta de visual, como también de preparación política, siguen desorientados en un tren de actividades que jamás puede constituir un serio peligro para las posiciones del Partido.

Los que se han abstenido de actuar en su jeneralidad [sic] no han sido nunca elementos eficaces para la propaganda de nuestras ideas.”²⁸⁶

Si bien desconocemos la periodicidad de estas supervisiones entre los organismos del partido, estos informes dan cuenta que la preocupación por la desviación en general logró permear hasta las unidades más pequeñas de la organización. En ese sentido, podemos sostener que efectivamente se logró instalar la hegemonía de la unidad doctrinaria en tanto partido. Sin embargo, esta situación no deja de tener relación con las circunstancias por las que atravesó el PC durante estos años.

En el primer informe que el CC Provisorio envió al SSA, donde dio cuenta del estado de su organización a lo largo del territorio, manifestó su preocupación por los sectores del partido que, a raíz de la pérdida de contacto con sus organismos directivos, fueron vistos como focos de confusionismo y desviación. Al respecto, el CC señaló lo siguiente:

²⁸⁵ AHN, s. c., AMH, “Informe de célula al Comité Local de Santiago del Partido Comunista de Chile”, Santiago, 22 de febrero de 1929, f. 1.

²⁸⁶ AHN, s. c., AMH, “Informe del Comité Local de Santiago al Comité Central del Partido Comunista de Chile”, [s. d.].

“Una vez que este C. C. procedió a encarar seriamente el problema de organización celular del partido en todo el país, se pudo comprobar que el confucionismo había aumentado en nuestras filas, debido al aislamiento en que quedan los compañeros después de cada persecución: naturalmente ese factor ha hecho estancar el progreso teórico y político de los afiliados.”²⁸⁷

En estos casos, la dirección central optaba por “eliminar en lo posible a estos grupos”. Como vemos, la necesidad por mantener a los militantes en el camino correcto radicaba en la necesidad de sobrevivir. Sabemos que la represión ejercida por la dictadura cortó comunicaciones, descabezó direcciones y apartó a un número incalculable de comunistas de sus organizaciones. En este escenario, la tarea principal era rearmar el partido en los términos de la organización celular y el trabajo clandestino. Ello exigió mayor coordinación y, en ese sentido, operaron las sanciones por indisciplina y desviación. Por tanto, no es que la introducción de estos mecanismos haya anulado el debate en las células. El debate era permitido, pero los límites estuvieron impuestos por las circunstancias de adversidad.

En los primeros meses de la llegada de Sotelo a Chile, este emisario gozó de la confianza del CC, actuando como mensajero en provincias²⁸⁸. A fines de mes, no obstante, se le acusó de tener contacto con José Bascuñán, quien fue parte del CC anterior y en ese momento estaba al margen de la organización. Asimismo el informe del delegado al SSA señaló que mantuvo relación con un

²⁸⁷ “Carta del Comité Central Provisorio del PC de Chile al Secretariado Sudamericano de Komintern”, RJsDNI, 495.106.25, Santiago, en torno al 15 de noviembre de 1929, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 430.

²⁸⁸ “Carta del Comité Central Provisorio del PC de Chile al Secretariado de Komintern”, RTsJIDNI, 495.106.25, *op. cit.*, 2005, p. 438; AHN, s. c, AMH, fj. 2.

miembro del CC anterior.”²⁸⁹ La gravedad del asunto para la dirección era la posibilidad que Bascuñán tuviese algún tipo de complicidad con José Santos Zavala, un agente de la policía según la carta que el CC envió a Prieto (del SSA) a fines de noviembre de 1929. En este escenario, el CC declaró ante el SSA su sospecha que esta red infiltró la ubicación de sus miembros, situación que finalmente se habría traducido en la detención de Genaro Valdés²⁹⁰. Esto justificó frente al Secretariado Sudamericano la expulsión de su emisario hasta su ratificación en el próximo congreso. El CC para ese entonces ya tenía conocimiento de las intenciones de Sotelo en generar divisiones en el partido²⁹¹.

Posteriormente, en el informe del CC al Ampliado de enero de 1930 solo se mencionó los contactos que Sotelo y el grupo de Bascuñán sostuvieron²⁹². Por tanto, es evidente que el posible vínculo entre Sotelo y Zavala fue más una justificación para separar al delegado de la organización, que un hecho comprobado. Lo que hizo el CC fue levantar acusaciones graves contra el delegado, lo suficientemente válidas para el SSA, para frenar su actividad desquiciadora hasta que un congreso evaluara el caso.

Una vez que el grupo de Hidalgo regresó de la relegación, constituyeron un nuevo CC a mediados de 1931. A través del periódico *La Chispa*, Humilde Figueroa²⁹³ definió la prioridad de la dirección que formaba parte en su primer ejemplar. Según Figueroa, el partido requería

²⁸⁹ “Resumen del informe del enviado del SSA en Chile, remitido por este organismo a Moscú”, RTsJIDNI, 495.106.25, 10 de enero de 1930, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 447.

²⁹⁰ AHN, s. c., AMH, “Carta del C. C. Provisorio a Prieto del Secretariado Sudamericano de Komintern”, 29 de noviembre de 1929, f. 1.

²⁹¹ *Loc. cit.*

²⁹² AHN, s. c., AMH, *Informe del Comité Regional al Congreso Regional de Aconcagua y Santiago*, [noviembre de 1931], f. 3.

²⁹³ Figueroa fue miembro del CC Provisorio en 1929 y, luego, del CC electo en el ampliado de enero de 1930. Fue relegada a Aysén junto a sus camaradas, volvió a Santiago y se incorporó en el CC de la oposición.

eliminar sus elementos malsanos para proseguir en la lucha revolucionaria. Con esto, ella se refirió a quienes, durante los años de la dictadura, incurrieron en “la cobarde actitud de los compañeros que traicionaron, ya sea entregando sin escrúpulos a sus propios camaradas a la acción de la Sección de Seguridad, ya sea organizando la división del Partido al amparo de las finalidades con que el Gobierno de Ibáñez los favoreció.”²⁹⁴ En un artículo posterior, Figueroa adelantó los cargos imputados a Contreras Labarca, Lafertte, Rosas, Bascuñán, Galdámes, etc., los cuales serían presentados en la próxima Conferencia Nacional. Asimismo, el CC en el ejemplar siguiente publicó una circular, donde se pronunció respecto a la arbitraria expulsión de parte de sus afiliados, señalando lo siguiente:

“El atropello a los reglamentos internos del Partido era inaudito; se hacía obra de camarilla y usando medios burgueses, casi masónicos, se decretaban expulsiones sin oírse a los presuntos culpables, negándose a medidas extremas que hacían del Partido, una simple máquina al servicio de cuatro o cinco burócratas, ocultos bajo un falso manto proletario.”²⁹⁵

Finalmente, los miembros del CC concluyeron que todos los militantes que tuvieran cargos tenían el derecho de explicarse y que, por otro lado, en la aplicación de sanciones debía imperar la justicia. Para ello, en otro artículo de este periódico anunció la realización de una Conferencia Nacional para lo siguiente:

“[...] será la ocasión que los compañeros tengan para formular los cargos que cada cual se sienta con derecho a hacer, y será también la oportunidad, hasta este momento negada, por la burocracia de la infecta «capilla», de desvirtuar los mal entendidos que pudieron establecerse durante

²⁹⁴ Humilde Figueroa, “La historia del Partido Comunista durante la represión”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 1, 20 agosto de 1931, p. 6.

²⁹⁵ Comité Central del Partido Comunista de Chile, “Una circular interesante”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 2, agosto de 1931, p. 1.

el período de la lucha ilegal y que la intriga burocrática de los pseudos dirigentes, se ha encargado de propagar.²⁹⁶

Como vemos en estos argumentos, la fracción de oposición se propuso no solo criticar las arbitrariedades cometidas por el grupo de Carlos Contreras Labarca, Elías Laferte y Galo González, también aplastar su preponderancia a través de sanciones disciplinarias. En función de ello, el periódico *La Chispa* difundió simultáneamente una representación moral negativa de estos militantes. De acuerdo a un articulista de iniciales C. P., en la secretaría de la fracción oficial se mantenía un “empleado y dirigente a sueldo, cuya principal tarea ha consistido en inundar el país de correspondencia en contra de aquel que muchas veces ha correspondido con largueza a sus peticiones.”²⁹⁷ Esta percepción respondió a uno de los cambios introducidos por la bolchevización: en esta época, los cargos directivos del PC empezaron a ser remunerados. A partir de ello, Roberto Pinto describió de la siguiente forma a los “fariseos del partido”:

“Niños bien, con sus estómagos satisfechos porque ganan salario de la organización les repugna juntarse a los harapientos, se encierran en sus oficinas se reparten el mando, se nombran candidatos, llegando a la masa cuando con gran sacrificio de los que ellos han llamado social-fascistas, traidor, oportunista, han logrado reunirlos, e igual que los políticos burgueses vienen a proclamar candidatos, posponen el hambre del pueblo por la ambición política”²⁹⁸

Estos "oficinistas", según Pinto, estaban más preocupados de mantener correspondencia con los

²⁹⁶ “La dura verdad proletaria”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 2, agosto de 1931, p. 3.

²⁹⁷ C. P., “Contra la burocracia del Partido Comunista”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 2, agosto de 1931, p. 8.

²⁹⁸ Roberto Pinto, “Fariseos en el Partido Comunista”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 2, agosto de 1931, p. 5.

organismos de la Internacional que del trabajo político real. Esta representación moral contrastaba notablemente con el perfil moral de la cultura política tradicional del PC. Los líderes de la fracción oficial no eran los militantes que trabajaban por la causa revolucionaria, pese a las dificultades económicas. En ese sentido, ellos no se sacrificaban como los militantes de base. En conjunto, este recurso buscó deslegitimar a los dirigentes de la fracción oficial como líderes para el partido en un sentido moral y político²⁹⁹.

Recapitulando el tema inicial, en noviembre, el Congreso Regional de Santiago y Aconcagua se pronunció en torno a las desviaciones y las indisciplinas:

Es un signo precisamente de la falta de capacitación política del partido el concretar la lucha contra desviaciones o errores en un personalismo que llega a instalar dentro del partido otro vicio que no es menos peligroso que el otro. DESARROLLAR LA IRRESPONSABILIDAD EN LAS ORGANIZACIONES DEL PARTIDO CONFIANDOSE TOTALMENTE EN EL APARATO, FOMENTANDO IRREVOCABLEMENTE LA BUROCRACIA.³⁰⁰

La lucha contra estas faltas, según el informe, no podía ser una especie de trámite donde bastaba solo el reconocimiento del error y la declaración de obediencia. La crítica sobre el carácter burocrático del partido, en ese sentido, se refirió a la arbitrariedad con la que ejercía sus procedimientos y la ineficiencia de su acción (dado que se incurría en la reiteración). Desde esta perspectiva, las cuestiones disciplinarias debían ser evaluadas en instancias democráticas, en particular en congresos, donde los involucrados tuvieran conocimiento de sus cargos y pudieran dar explicaciones. Asimismo, la sanción a las desviaciones tenía que ser una oportunidad para la educación política para los militantes y, fundamentalmente, debía evitar que el sancionado reiterara esa conducta inapropiada. En este

²⁹⁹ “La valiente y prestigiosa camarada Humilde Figueroa, miembro integrante del C.C. del P. Comunista, desenmascara a los traidores del proletariado”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 2, agosto de 1931, p. 7.

³⁰⁰ *Ibid.*, fj. 6.

marco, la crítica tenía que jugar un rol pedagógico. Esto en la práctica se traducía en que las faltas y los errores doctrinarios debían ser criticados ante todo el partido³⁰¹.

Respecto a la disciplina de los militantes de base de la fracción de oposición, el periódico *La Chispa* publicó el siguiente fragmento de un texto de Lenin sobre qué era lo que sostenía la disciplina en el PC:

“En primer lugar, el carácter consciente de la vanguardia proletaria, su consagración a la obra revolucionaria, su dominio de sí, su espíritu de sacrificio, su heroísmo. En segundo término, su habilidad para aproximarse a la masa de los trabajadores, a la proletaria sobre todo, pero también a la masa no proletaria, para ligarse, para confundirse, si queréis, hasta cierto punto con ella. En tercer lugar, la rectitud de la dirección política por esta vanguardia, el acierto de su estrategia y de su táctica política, a condición de que las masas se convenzan por su experiencia propia, de semejante acierto.”³⁰²

Este tipo de disciplina no se basaba en la obediencia incondicional, sino en la conciencia y el compromiso por el trabajo. Desde esta perspectiva, su incumplimiento no se solucionaba solo con sanciones. Esta idea fue ratificada al año siguiente por los opositores, en el marco de la preparación de su Congreso de marzo³⁰³. De acuerdo al informe aprobado en los Congresos Regionales de noviembre de 1932, la lucha contra la indisciplina consistió en lo siguiente:

“La indisciplina que se ha hecho carne entre nosotros desde los Comités directivos hasta la base hay que extirparla totalmente y para ello no

³⁰¹ *Ibid.*, f. 5.

³⁰² “Párrafos de un libro sobre Lenin”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 1, 20 agosto de 1931, p. 4.

³⁰³ *En defensa de la Revolución. Informes, tesis y documentos presentados al Congreso Nacional del Partido Comunista a verificarse el 19 de Marzo de 1933*. Santiago, Editorial Luis Emilio Recabarren, 1933, p. 28.

solamente se requiere la adopción de simples medidas coercitivas sino principalmente el desarrollo de la cultura comunista, la comprensión colectiva de la doctrina, el conocimiento de las leyes económicas de la sociedad, la concepción de la historia, de las formas y métodos de la lucha de clases y de las tareas y fines de la revolución proletaria.³⁰⁴

Sobre las desviaciones, en el mismo informe el tema no se mencionó al tratar los problemas de la capacitación doctrinaria de los militantes. Esto se debe a que el principio de la desviación era contradictorio a la libre expresión, cuestión que fue el argumento central de la carta enviada por los comunistas expulsados. Por tanto, ¿por qué a los meses de haber constituido un CC los opositores nuevamente reivindicaron la desviación? Porque, al igual que en los años de la dictadura, su uso fue coyuntural. Después de la caída de Ibáñez, la situación para la fracción de oposición era compleja. Los opositores debían re-articular sus organizaciones y reactivar su actividad partidaria, tareas donde era necesaria la cohesión de posiciones y la depuración de los elementos desquiciadores. A los cuatro o cinco meses de vida de la fracción, aún quedaba bastante por hacer. Según el informe del Comité Regional de Aconcagua y Santiago, para ese momento era necesario intensificar la organización de células, el reclutamiento de nuevos afiliados, reforzar la ligazón entre las secciones a través nuevas publicaciones entre los Comités Regionales y el CC, entre otras tareas³⁰⁵.

Considerando estos antecedentes, no es posible señalar que la dirección hidalguista se desentendió de los principios bolcheviques o, que es peor, solo fue una víctima de ellos. Las diferencias respecto al discurso y proceder del Secretariado Sudamericano radicaron en la persistencia de elementos propios de la cultura política tradicional del PC. El concepto de disciplina defendido por la fracción de

³⁰⁴ *En defensa de la Revolución...*, op. cit., p. 24.

³⁰⁵ AHN, s. c., AMH, *Informe del Comité Regional al Congreso Regional de Aconcagua y Santiago*, [noviembre de 1931], fj. 6

oposición detentó las mismas características que el defendido por quienes se opusieron a la disciplina férrea a fines de 1926. Abogaron una disciplina enfocada en el sujeto y, por consiguiente, adoptó las características de un compromiso más que de una obligación. Este compromiso, asimismo, tuvo un sentido democrático: se entablaba con la colectividad del partido y no con una autoridad en particular. Esta perspectiva era incompatible con la desviación en su sentido doctrinario. Sin embargo, esto no significó que este mecanismo haya caído en el desuso. La desviación como falta se aplicó en momentos de adversidad y, por consiguiente, fue una garantía para mantener la cohesión de la organización. En definitiva, estos fueron los elementos de renovación de la cultura política tradicional del PC que fueron integrados en el marco de la crisis de su hegemonía.

2. La represión como prueba

En términos cuantitativos, las referencias sobre el uso de la violencia contra la oposición, en particular contra los comunistas o los trabajadores, son significativas. Definitivamente, fue uno de los tópicos que se abordó con más frecuencia en la prensa comunista, lo que no deja de ser casual. De acuerdo a Hernán Ramírez Necochea, la crisis económica avivó la organización y las luchas proletarias contra las leyes sociales. Frente al avance del movimiento obrero revolucionario del período 1920-1925, el gobierno de Alessandri respondió con una represión que se fue sistematizando y perfeccionando³⁰⁶. La masacre de La Coruña marcó un punto referencial importante en la prensa revisada. A partir de ese momento, se denunció sistemáticamente que los comunistas estaban siendo perseguidos y que, en suma, se estaba articulando la reacción en contra de las fuerzas revolucionarias.

Durante este período y en particular en los años de la dictadura de Ibáñez, la percepción sobre los

³⁰⁶ Hernán Ramírez, *op. cit.*, pp. 164-166.

encarcelamientos, la tortura, el exilio y el asesinato de militantes y trabajadores caló en la estructura moral de los comunistas. La represión en general fue vista como momentos o un período de prueba para el partido. En relación al perfil de los militantes, ésta fue considerada como un elemento biográfico que certificaba las convicciones políticas de los afiliados. Este tópico fue frecuentemente utilizado para destacar el nivel de compromiso que los candidatos comunistas tenían con la causa revolucionaria. Un ejemplo de esto es la descripción que difundió la prensa comunista del candidato a senador Juan Luis Carmona:

“La cárcel y las flagelaciones reafirmaron como pensante y luchador decidido, sus convicciones de comunista y sus labores de culturizador [sic] de masas jamás se vieron disminuidas a pesar de las agrias y molestas condiciones porque tuvo que atravesar su vida de visionario del porvenir.”³⁰⁷

La reafirmación de la moral revolucionaria como resultado de la experiencia del martirio tuvo un arraigado sentido de sacrificio. Al respecto, un articulista de *El Comunista* enfatizó el carácter purificador de este tipo de experiencias:

“Figurar en las filas de avanzada revolucionaria importa naturalmente, estar dispuesto a caer e[n] la cárcel, sufrir el destierro o morir un buen día bajo la bala traidora y homicida.

Para el luchador convencido, estas incidencias son alicientes para seguir bregando con más tesón. Para el tipo débil y de poca visual que por una u otra causa ha llegado hasta las filas obreras soliviantando las bajas pasiones de que somos poseedores como humanos al fin y al cabo, la prisión muchas veces es un crisol donde se

³⁰⁷ “Juan. L. Carmona”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2602, 6 de abril de 1926, p. 1; “Juan Luis Carmona”, *La Jornada Comunista*, Valdivia, Año IV, N° 971, 6 de abril de 1926, p. 1; “El candidato a senador comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1946, 16 de junio de 1926, p. 1.

purifican, o por el contrario sirven para alejarlos definitivamente de nuestro alero.”³⁰⁸

Asimismo, esta visión era compatible con una forma moralmente idealizada que los comunistas llevaban a cabo sus labores. En ese sentido, quienes vivieron este tipo de experiencias se erigieron como militantes modelos. Según Víctor Haya de la Torre, este tipo de militantes mártires eran recordados por considerarse impulsores del avance de la causa revolucionaria. Haya de la Torre, en ese sentido, comparó a los mártires comunistas de su época con los cristianos de la Antigüedad, señalando que la historia se estaba repitiendo de la siguiente forma:

“Y se repite en la persecución y en el glorioso heroísmo de los mártires. Un día ha de saberse con cuánta fe, con cuánta energía han sabido morir los centenares de hombres, mujeres y niños que en este octavo año de la revolución ha inmolado el capitalismo con salvaje crueldad. Un día, aquellas vidas entregadas en la nueva lucha por la Justicia resurgirán en el recuerdo del mundo para ejemplo y para aliento.”³⁰⁹

Las recepciones de la cultura política bolchevique, en ese sentido, se concretaron en publicaciones de biografías de militantes rusos. Un ejemplo de ello es la siguiente descripción de Feliks Dzerzhinski, publicada en *Justicia* en 1926:

Espíritu profundo y esencialmente bolchevique, Dzerzhinsky [sic] estaba inmunizado con otras desviaciones, contra demagogias, contra oportunismos. Y así vemos cómo este formidable combatiente del comunismo pasa de la agitación a la cárcel, de la cárcel a la barricada; cómo

³⁰⁸ “Voz de orden”, *El Comunista*, año X, N° 2638, 13 de mayo de 1926, p. 1.

³⁰⁹ Víctor Haya de la Torre, “El martirologio comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1681, 12 de diciembre de 1925, p. 1; *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2490, 13 de diciembre de 1925, p. 3.

colabora en el afianzamiento de la insurrección”³¹⁰.

No obstante, es necesario señalar que la articulación de la idea del combatiente o mártir no fue producto de una referencia que los comunistas chilenos obtuvieron de sus camaradas rusos. Fue una representación producto de la experiencia de los comunistas en su realidad inmediata y, por consiguiente, parte de una cultura arraigada en los sectores obreros. Eduardo Devés, al respecto, señaló que la matriz moral de estos grupos se constituía a partir de la dialéctica entre el laicismo y el misticismo. En este marco, la muerte fue concebida como un sacrificio de dar la vida por la causa, cuya máxima realización era el ejemplo o el uso que los vivos pudieran hacer de él³¹¹.

Al igual que los aspectos morales del militante ideal, el tema del martirio y el sacrificio se constituyó como un lugar de enunciación que varios comunistas se sirvieron para defender y legitimar sus opiniones y acciones políticas en el espacio público. Por extensión, fue un recurso que utilizaron las direcciones del PC para llamar a continuar la lucha revolucionaria. No obstante, este discurso poseía una particularidad: en general se le asoció a la trayectoria política de los militantes. En ese sentido, y dado que no todos los comunistas sufrían este tipo de experiencias, este recurso fue usado o atribuido públicamente en los tiempos de legalidad del PC por dirigentes con vasta experiencia, como Quevedo, Recabarren, Carmona, Barra Woll, entre otros.

En conjunto, esta fue la visión que preponderó entre los comunistas, pero no todos la compartieron. Hubo militantes que consideraron que esta perspectiva en torno a la represión tenía el peligro de ser contraproducente para la lucha, en la medida que podía mermar las filas del partido. Desde esta perspectiva, un articulista apodado A. M.

³¹⁰ “Dzerehinsky fue un modelo de militante bolchevique”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2014, 13 de septiembre de 1926, p. 1.

³¹¹ Eduardo Devés, *op. cit.*, p. 133.

comentó en el periódico antofagastino *El Comunista* lo siguiente:

“Si nuestras doctrinas no tienen aceptación dentro de este ambiente al de la época primitiva del cristianismo, y si existen en la pampa, nuevos y modernos pretorianos que sirven los intereses de modernos emperadores del salitre, ¿por qué no hacer lo mismo que los primeros cristianos, ser más prudentes en nuestra propaganda y difusión de ideal de amor y justicia? ¿Para qué seguir poniendo nuestros pechos sobre las lanzas aceradas de los modernos iscaríotes, cuando es posible evitarlo?”³¹²

Considerando estos antecedentes, es posible identificar una tensión entre la representación de cómo debían actuar los militantes y el pragmatismo político en una situación específica, la represión. Este conflicto se agudizó una vez que se instauró la dictadura y los aparatos policiales mermaron las filas del PC, desarticularon sus organismos y persiguieron a sus dirigentes.

En el informe escrito por los comunistas trasladados a Isla Más Afuera, una vez que regresaron a Santiago, describieron la constitución de una base ilegal del partido durante su relegación. En agosto de 1927, esta asamblea discutió y votó la siguiente misiva de su directiva:

“La Sección de Más Afuera, para el caso, muy probable, de que una comisión del Gobierno llegara en un barco a proponer ciertas condiciones, como ser la firma de un documento en el cual el firmante se compromete bajo su firma a no mezclarse en actividades comunistas, acuerda que, sus afiliados pueden firmarlo, teniendo en cuenta que los comunistas no pueden darle valor a un compromiso de esa naturaleza con la burguesía, y que si firman ese documento lo hacen con el

³¹² A. M., “Enseñanzas del pasado”, *El Comunista*, Antofagasta, Año IX, N° 2490, 15 de diciembre de 1925, p. 2.

propósito de volver a ponerse incondicionalmente al servicio del Partido.”³¹³

Los militantes de Concepción y algunos de Iquique se opusieron tajantemente a esta resolución, porque estimaron que una claudicación de este tipo - aun en apariencia - afectaría al ideal comunista. Con ello se refirieron al problema ético que significó la posibilidad de trazar frente al enemigo, aunque fuera simbólicamente. El voto de la sección de Más Afuera a favor de la resolución del Comité directivo demuestra que, más allá de las representaciones, hubo quienes prefirieron ser más pragmáticos frente a este tipo de circunstancias.

En general, el tratamiento de la delación, el confinamiento, etc., se rigió bajo criterios pragmáticos, es decir que apelaron a la eficiencia política y a la sobrevivencia. Esta actitud fue adoptada por el Secretariado Sudamericano. Un ejemplo de esto es el protocolo de reunión del SSA, escrito en abril de 1929:

“Es posible que algo de eso haya habido. La forma en que la policía se incautó de los compañeros y de los documentos, las informaciones exactas que tenía respecto de las actividades de la FOCH y de nuestro partido son síntomas reveladores; pero puede ser también que la policía haya jugado a unos contra otros y a través de declaraciones imprudentes haya podido conocer todos esos datos. Amén de que con la aplicación de medios terroríficos - se aplican torturas medioevales - algún compañero no haya resistido y haya “cantado”. El hecho es que entre los compañeros tanto presos como en libertad, existe una desconfianza mutua que imposibilita todo acercamiento entre ellos, creyendo cada uno ver en el otro a su Judas.”³¹⁴

³¹³ “Informe de los comunistas relegados a la Isla de Más Afuera redactado a su regreso a Santiago”, RJTsDNI, 495.106.17, Santiago, diciembre de 1928, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 379.

³¹⁴ “Protocolo de la reunión del Secretariado Sudamericano de Komintern”, RJTsDNI, 503.1.27, 17 de abril de 1929, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 386.

Otro ejemplo de lo mismo son las cartas de Paulino González Alberdi, quien visitó Chile como emisario de Komintern en 1931. La carta enviada el 12 de agosto al Buró Sudamericano de Komintern, a diferencia del registro citado anteriormente, trató este tema de forma más selectiva. González advirtió en estos escritos la necesidad de tomar medidas de seguridad, por lo que propuso la suspensión de José Vega³¹⁵ y “Contreras” de la ocupación de cargos directivos (junto a quienes ellos delataron), además de la expulsión de Encina por entregar al emisario³¹⁶. Como vemos, el SSA no hizo un enjuiciamiento moral, pese a que manejaba los códigos en torno al martirio, tampoco describió que eso haya ocurrido entre los comunistas chilenos.

Una vez que ambas fracciones del PC emergieron a la legalidad y la publicación de sus periódicos adquirió mayor presencia y constancia en el espacio público, la representación moral de los militantes se inclinó decididamente hacia el heroísmo y el sacrificio. En este marco, no hubo espacio para las vacilaciones derivadas del pragmatismo político, comparables a las del período anterior. A partir de este momento, el PC se preocupó de proyectar una moral adecuada al combatiente, es decir al héroe de las grandes luchas por la justicia a costa de todo sacrificio. Esta fue la forma en cómo se canalizó la experiencia de sus militantes durante la dictadura. Desde esta perspectiva, se publicaron en la prensa partidaria de los años posteriores a la caída del dictador artículos donde la calidad moral de combatientes, y en particular de los comunistas, legitimó su acción.

³¹⁵ Vega que en 1930 viajó a la URSS para la celebración del V Congreso de Profintern. Fue diputado por el PC para el período 1932-1937.

³¹⁶ “Informe de Paulino González Alberdi, emisario de KOMINTERN desde Santiago de Chile al Buró Sudamericano”, RGASPI, 495.106.25, Santiago, 17 de abril de 1929-12 de agosto de 1931, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2009, p. 67.

En el marco de la campaña presidencial de Lafertte, entre agosto y octubre de 1931³¹⁷, la fracción oficial del PC se sirvió de esta lógica en sus publicaciones. Para caracterizar la acción de los militantes durante la campaña, el periódico *El Comunista* en su primer ejemplar señaló lo siguiente:

“Tal es la forma como se quiere impedir las manifestaciones obreras a favor de nuestro compañero Elías Lafertte, candidato del Partido Comunista a la Presidencia de la República. Persiguiendo, encarcelando y relegando compañeros es como se hace más grande nuestro partido y no lo detendrán las prisiones, ni las medidas arbitrarias adoptadas por el gobierno de la civilidad.”³¹⁸

Los llamados “laferttistas” también interpretaron los acontecimientos de septiembre y diciembre de 1931 en la prensa, bajo un sentido ejemplificador para los comunistas y los oprimidos.

La sublevación de la Escuadra en septiembre de 1931 y, en particular, la condena a muerte de algunos marineros sublevados, fue un tema que los comunistas abordaron no solo desde su solidaridad con el movimiento, también desde lo moral. En el marco de la campaña por la amnistía de los marineros sublevados, el partido capitalizó el impacto mediático del movimiento en las candidaturas parlamentarias de Alejandro Caldera, Ernesto González y Eliseo Sepúlveda, todos condenados a muerte. Para referirse a Caldera, candidato a diputado por Santiago, *Bandera Roja* señaló lo siguiente:

³¹⁷ Las campañas presidenciales de ambas fracciones comunistas han sido estudiadas por Sergio Grez, “Un episodio de las políticas del ‘Tercer Período’ de la Internacional Comunista...”, *op. cit.*

³¹⁸ “Proclamación de nuestro candidato Elías Lafertte G. en Tocopilla”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 1, [1 de octubre de 1931], p. 4.

“No lo hemos visto nunca. No pertenece ni ha pertenecido al Partido Comunista. Tampoco conocemos sus opiniones políticas.

Sabemos solamente que es uno de los heroicos marineros sublevados del 1° de Setiembre. Pertenece a esa falange de combatientes contra la explotación y la esclavitud burguesa que sobre la cubierta de los barcos de guerra enarbolaron la bandera de la insurrección. Es uno de los soldados en la gran cruzada nacional contra el hambre y el dolor que aniquila a las grandes masas populares. Es uno de los luchadores contra la política de pillaje y de hambreamiento que realiza implacablemente la burguesía corrompida, vendida al imperialismo.”³¹⁹

Esta descripción da cuenta que los marineros fueron erigidos por los comunistas como modelos morales de la grandes luchas políticas, pese a que los esfuerzos del partido por vincularse con el movimiento fueron frustrados³²⁰. El énfasis en el heroísmo de los sublevados adquirió sentido en la medida que su sacrificio, dado que todos están condenados a muerte, se realizaba en pos de los mismos objetivos que se planteó el partido. Desde esta perspectiva, los marineros del motín de septiembre son comparables con los combatientes del comunismo. Esto explica cómo las reivindicaciones de los marineros podían equipararse a las de los trabajadores chilenos. Un ejemplo de esto último es la siguiente descripción genérica que realizó el Buró Político del partido:

³¹⁹ “¡Impidamos el asesinato de los marineros!”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 4, 1 de octubre de 1931, p. 2.

³²⁰ Sandrino Vergara, “La sublevación de la marinería del año 1931 y el combate de Talcahuano”, *Anuario Academia de Historia Militar*, Santiago, 2011 (25):65-72; Jorge Magasich, “La insurrección de la Escuadra de 1931” en su *Los que dijeron “No”. Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*, Santiago, Ediciones Lom, 2008, pp. 149-185; Olga Ulianova, “Una crisis escuchada como la obertura de la revolución” en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2009, pp. 15-54.

“Nuestros candidatos simbolizan el abrazo fraternal de los marineros, soldados y obreros, en abierta lucha contra el hambre, para el derrumbamiento del gobierno burgués y por la constitución de un gobierno de obreros, campesinos, soldados y marineros.”³²¹

Inmediatamente después de la llamada Pascua Trágica de Copiapó y Vallenar, el periódico *El Comunista*, en artículo titulado “Una nueva insurrección ha sacudido la conciencia proletaria del país”, destacó el heroísmo de los comunistas y trabajadores combatientes que protagonizaron la insurrección³²². Frente a un gobierno indiferente a los clamores del pueblo por la miseria, y criminal en la forma de acallar esas voces, los militantes de Atacama se lanzaron a la lucha, según el mismo artículo, para evitar caer en la súplica y la humillación. El sacrificio de los combatientes de Copiapó y Vallenar significó, para este anónimo articulista, la escritura de una nueva página en la historia de las luchas obreras. Desde esta perspectiva, el carácter heroico de quienes protagonizaron la insurrección radicaba en la valentía de enfrentar una contienda desigual por las grandes luchas. En consecuencia, el partido declaró su apoyo al movimiento, llamando a paro general en solidaridad a quienes fueron arrestados³²³.

En estas reacciones inmediatas a lo que ocurrió en Copiapó y Vallenar no se polemizó sobre el método, si bien el partido pronunció su preferencia en la acción de masas³²⁴. Después del Ampliado de enero de 1932, el PC caracterizó el movimiento de diciembre como “putchista”,

³²¹ Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Chile, “Manifiesto del Partido Comunista. Defendamos a los marineros, soldados y obreros”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 4, 1 de octubre de 1931, p. 4.

³²² “Una nueva insurrección ha sacudido la conciencia proletaria del país”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 24, 29 de diciembre de 1931, p. 1.

³²³ “El Partido Comunista ante los sucesos de Atacama. Llamado a toda la clase obrera de la región salitrera”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 24, 29 de diciembre de 1931, p. 3.

³²⁴ *Loc. cit.*

lo que fue considerado una desviación, y descartó la participación de los organismos superiores del partido. Independientemente de ello, la interpretación en torno a lo sucedido mantuvo su carácter moral. Un ejemplo de esto fue lo planteado en un panfleto, titulado “Las tareas del Partido Comunista en las luchas actuales”, el cual fue distribuido entre los jefes de célula de Santiago. En este documento se especificó lo siguiente:

“El C. C. reconoce, además, el sobresaliente heroísmo gastado por los compañeros de Copiapó y Vallenar y lo extraordinario de sus sacrificios, lo cual está demostrado que hay en ellos un grado de combatividad que, mejor encauzado, puede ser una formidable contribución en las luchas en que el Partido está empeñado actualmente; pero considera de su deber manifestar que el procedimiento seguido es inaceptable.”³²⁵

La fracción de oposición, por su parte, canalizó su experiencia durante los años de dictadura, por ejemplo, en las biografías de tres militantes, Castor Villarin, Casimiro Barrios y - análogamente a los lafertistas - de su candidato presidencial Manuel Hidalgo. El escape de Villarin de su lugar de confinamiento en Isla Más Afuera, desobedeciendo las órdenes de su dirección, mereció el siguiente comentario de un articulista de *La Chispa*:

“Joven aún, prefería la muerte a vivir esclavo y cual nuevo Espartacus, se escapa con cinco modernos gladiadores a desafiar en una pequeña barca la tempestad del océano llevando en su frente de mártir como divisa de libertad de sus hermanos explotados de Chile.”³²⁶

A propósito del asesinato de Barrios por los agentes de la dictadura, otro corresponsal lo describió como un

³²⁵ AHN, FIS, vol. 804, *Las tareas del Partido Comunista en las luchas actuales*, adjunto a doc. n° 1018, fj. 2.

³²⁶ “¿Qué se hizo Villarin y sus cinco compañeros?”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 1, 20 agosto de 1931, p. 4.

luchador decidido y valiente, quien siempre luchó por el derecho y la justicia³²⁷. Finalmente, para describir la moral del “candidato de las Izquierdas” se recurrió repasar su biografía. Hidalgo fue considerado un luchador, porque su vida era prueba de ello: “cuatro años de lucha intensa contra la dictadura atestiguan la pureza de su doctrina y fortaleza de su espíritu forjado en bronce. Nada lo arredró o lo sedujo, ni amenazas, ni solicitudes.”³²⁸

3. Esfuerzos por mejorar el nivel doctrinario

La preocupación por mejorar la capacidad doctrinaria de los militantes, como sostenemos, respondió a evitar los intentos de división de las filas del partido. Esta concepción fue preponderante en la medida que se pensó que el problema radicaba en la falta de claridad estratégica, y no en deliberados intentos por desviar su línea política. Si bien el PC empezó a disponer de insumos para el mejoramiento doctrinario de sus militantes, estos no eran suficientes para el éxito de la bolchevización.

Considerando la inconsistencia con que muchos militantes se tomaban las actividades del partido (como reuniones, veladas, el pago de cuotas, entre otros), las direcciones apelaron a la responsabilidad de cada comunista a contribuir por solucionar estas deficiencias. De la misma forma fue aplicado en la instrucción. Según Maclovio Galdámes, el deber de todos y todas era el siguiente:

“Es necesario que junto con ejecutar la acción que el Partido le encomiende, el afiliado procure por sí mismo capacitarse doctrinariamente por medio de folletos o libros y de interesar a la Sección o a su célula para que organice actos educativos, para así poder apreciar doctrinariamente cada uno de los problemas que se presenten, y procurar que jamás

³²⁷ A., “Casimiro Barrios. ¿Quién no lo conoció?”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 1, 20 agosto de 1931, p. 8.

³²⁸ E. O., “Manuel Hidalgo”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 3, septiembre de 1931, p. 6.

ciegue sentimientos personalistas algunos o cualesquiera pasión bastarda, porque eso detiene el avance revolucionario y quien lo ejecuta por este solo hecho, recibe el estigma infamante de traidor.”³²⁹

Asimismo, se definió en el proyecto de los nuevos estatutos, formulado a lo largo del año 1926, la obligación de “leer y hacer leer la prensa comunista y sindical obrera.”³³⁰

En octubre, el CEN dio cuenta de los avances de esta materia, señalando:

“El Comité Ejecutivo, por intermedio de sus boletines ha empezado a hacer una escuela política doctrinaria entre los componentes de nuestra entidad. Los frutos de esa escuela no se han hecho esperar demasiado, pues tenemos que las secciones han uniformado su criterio y comprenden que por lo menos, para obrar con eficacia y darle curso a las resoluciones directivas”.³³¹

Este comentario se hizo a propósito de los casos de la Sección de Santiago y de Valdivia. La sección valdiviana se escindió en dos fracciones rivales (las cuales emitieron sus propios periódicos *El Combate* y *La Batalla*) hasta que la mediación del CEN restauró nuevamente la unidad. Considerando estos antecedentes, más que dar cuenta del mejoramiento de los conocimientos doctrinarios de sus bases, el CEN con este comentario manifestó el nivel de disciplina de los miembros de esas secciones. Por consiguiente, los efectos buscados no se lograron mediante la fundación de una escuela, sino gracias a la difusión de los boletines del CEN y demás publicaciones, que adquirieron

³²⁹ Maclovio Galdames, “Hacia la bolchevización de nuestro partido”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1724, 24 de enero de 1926, p. 1.

³³⁰ “Estatutos del Partido Comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1962, 22 de julio de 1926, p. 3.

³³¹ Comité Ejecutivo Nacional del Partido Comunista de Chile, “Por la unidad del Partido”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2051, 23 de octubre de 1926, p. 5.

mayor presencia en esas secciones una vez concretada la intervención. Este ejemplo da cuenta de la idea del CEN sobre la garantía de la bolchevización: una mayor vigilancia en la educación política de los militantes.

Pese a estos esfuerzos, para el SSA esto no fue suficiente. De acuerdo a un informe reservado del emisario Boris Mijailov (“Raimond”) al CE de Komintern, escrito en mayo de 1927, el problema del nivel doctrinario del PC chileno era su aislamiento respecto al movimiento comunista internacional, refiriéndose de manera más precisa a la falta de literatura, documentos doctrinarios y militantes que pudieran traducirlos³³². Una observación semejante informó el delegado Sotelo al SSA en enero de 1930:

“El nivel político de los afiliados es muy bajo. Y el de la dirección está igual que el de la base. Nada saben del VI Congreso de la IC, de sus problemas nuevos, del nuevo curso de la Conferencia Latinoamericana, etc. Aquí no se recibe nada: ni ‘La Internacional’, ni los libros ni folletos, ni ‘La Correspondencia Sudamericana’, ni ‘El Trabajador Latinoamericano’, ni nada. Eso es sumamente peligroso, o por mejor decir, permite la tolerancia de la base con las corrientes oportunistas.”³³³

Durante los años de la dictadura, la represión y la entrada a la ilegalidad del PC impactaron negativamente en la difusión y publicación de periódicos, documentos de estudio y boletines. Esto perjudicó la educación doctrinaria de los militantes. Los informes del CC, bajo la dirección del grupo de Hidalgo, dieron cuenta del bajo nivel doctrinario de sus afiliados. Esta situación era agravada por

³³² “Informe reservado del integrante del Secretariado Sudamericano Mijailnov (Raimond) al C. E. de Komintern”, RJTsDNI, 534.4.185, Buenos Aires, 7 de mayo de 1927, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 284.

³³³ “Carta del enviado del SSA, «José», desde Chile”, RJTsDNI, 495.106.20, Santiago, 18 de enero de 1930, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 456.

el aislamiento producido por las persecuciones³³⁴. Frente a la escasez de referencias ideológicas y la dificultad en las comunicaciones entre los organismos del PC, se produjo la emergencia de nuevas opiniones sobre cómo desarrollar el trabajo partidario ante condiciones adversas. Como dijimos en el inicio de este capítulo, esto fue interpretado por las direcciones centrales como desviaciones que debían suprimirse para generar mayor unidad y coordinación en la acción comunista. Para el SSA, el diagnóstico base para las políticas de la bolchevización fue el siguiente: la falta de preparación doctrinaria de las bases y la persistencia de desviaciones explicaba la carencia de homogeneidad ideológica en el PC chileno. Considerando estos antecedentes, evidentemente las necesidades de sobrevivencia impidieron profundizar la educación doctrinaria de sus militantes.

Pese a lo anterior, se buscó disponer de una mínima comunicación entre las direcciones y sus bases para desarrollar una plataforma de acción común. La constitución del Comité Local de Antofagasta a fines de 1928, además de otros organismos directivos y de base posteriores, no solo respondió a la necesidad de extender y mejorar la centralización del partido, también a la necesidad de impulsar la educación revolucionaria de los afiliados. Para ello, según el informe del Comité Regional de Antofagasta a su Conferencia Regional de septiembre de 1929, se editaron varios números de boletines

“con instrucciones precisas sobre las tareas de cada célula de fábrica, de industria, de taller, su manera de funcionar, su composición orgánica, la labor completa de cada camarada ya fuere en la calle, o en los círculos sociales formados por obreros.”³³⁵

³³⁴ Higinio Godoy, “Copia del informe del delegado al sur”, RJTsDNI, 495.106.20, Santiago, 15 de noviembre de 1929, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2005, p. 423.

³³⁵ AHN, s. c., AMH, *Informe elevado a la Conferencia Regional celebrada el día 18 de setiembre de 1929*, Antofagasta, 18 de setiembre de 1929, fj. 1.

Estos boletines fueron distribuidos a las células a cargo del CL. La entrega de insumos para establecer referentes en las discusiones en el seno de las células complementó la labor de asesoría que los organismos directivos locales realizaban en sus bases. Esta tarea sirvió principalmente para detectar desviaciones y, en menor medida, para tantear el nivel doctrinario de los militantes. No obstante, de esta supervisión no se tiene registro que se haya tomado alguna medida si se consideraba que el nivel teórico era bajo, lo que posiblemente evidencia una cierta despreocupación por el tema.

Respecto a la educación de las dirigencias, la adquisición de referentes doctrinarios era posible a través de la lectura de las misivas del SSA y la visita de sus emisarios³³⁶. No obstante, el aparato de la Komintern disponía de una formación más especializada. Durante los años de dictadura, pese a la adversidad, se realizaron las gestiones para la integración de militantes chilenos en los centros de saber comunista. El SSA informó al PC chileno, por medio de una carta enviada en mayo de 1929, sobre la realización de cursos intensivos impartidos en la Escuela Leninista de Buenos Aires, entre septiembre de 1929 y junio de 1930³³⁷. El objetivo de éstos era la capacitación de un grupo selecto de dirigentes para impulsar la bolchevización del PC. Desde esta perspectiva, los cursos consistían en un entrenamiento general teórico marxista-leninista, además de

“[...] un estudio directo y práctica de la experiencia organizacional y política del Partido de la Unión Soviética en relación con la preparación y realización de la Revolución Proletaria, así como la utilización de la dictadura *del proletariado*³³⁸ para la realización y

³³⁶ Olga Ulianova, “Develando un mito: emisarios de la Internacional Comunista en Chile”, *Historia*, enero-junio de 2008, 1(41):99-164.

³³⁷ AHN, s. c., AMH, “Carta del Secretariado Sudamericano de Komintern al PC de Chile”, 17 de mayo de 1929, fjs. 1-2.

³³⁸ Corrección de *proletaria*.

consolidación de un nuevo orden de cosas,
socialista.”³³⁹

Para la selección de los futuros estudiantes, el SSA indicó que debían ser militantes identificados orgánicamente con el trabajo práctico del partido, poseedores de una vasta trayectoria en la dirección y en el campo sindical. Estos requisitos reflejaban la intención este organismo de formar nuevos dirigentes, cuya influencia estuviera consolidada, para posicionarse como referentes de la bolchevización. Por su parte, el CC hidalguista vio en esto una oportunidad para elevar el nivel doctrinario de sus dirigentes y así enriquecer su evaluación política. Recordemos que, a diferencia de los organismos de Komintern, la dirección del grupo de Hidalgo privilegió la experiencia como criterio para definir sus estrategias. En este marco, la capacitación que ofrecían los cursos era vista como una colaboración. Sin embargo, este proyecto quedó solo en las intenciones expresadas en las cartas, pese a que el SSA confirmó la autorización para el envío de estudiantes chilenos³⁴⁰. De acuerdo al informe elaborado por los opositores a fines de 1931, estas gestiones no trajeron resultados concretos: el Secretariado Sudamericano no envió los fondos necesarios para el viaje de los militantes seleccionados. Asimismo ocurrió, según el mismo documento, con el envío de estudiantes a la Universidad de Oriente y al Instituto Lenin de Moscú³⁴¹.

Apenas llegada la legalidad, a mediados de 1931, el PC planificó la realización de cursos de capacitación política. Unos más sistemáticos organizados por la fracción de oposición³⁴² y otros fueron impartidos por el emisario

³³⁹ *Ibid.*, fj. 2.

³⁴⁰ AHN, s. c., AMH, “Carta de Prieto, miembro del Secretariado Sudamericano de Komintern, al C.C. del PCCh”, [s. l.], 7 de agosto de 1929, fj. 1.

³⁴¹ AHN, s. c., archivo personal de Manuel Hidalgo, “Informe del Comité Regional al Congreso Regional de Santiago y Aconcagua”, [noviembre de 1931], fj. 3.

³⁴² *Ibid.*, fj. 7.

komintereano Paulino González Alberdi destinados a dirigentes como Contreras Labarca, Rosas y Lafertte³⁴³. Ambos cursos buscaron la depuración de desviaciones, si bien tuvieron énfasis diferentes. El primero consistió en la continuación del programa en materia de instrucción que ejerció la dirección hidalguista en los años de la dictadura. Recordemos que pese a valorar el debate libre y democrático, para la fracción de oposición era aceptable tomar medidas que apuntaran a enmarcar estas discusiones en el marxismo. En cambio, la intervención del SSA en la fracción oficial consistió en la formación de líderes capacitados para aplicar y defender las instrucciones de los organismos del comunismo internacional. Desde esta perspectiva, los cursos de González Alberdi buscaron generar bastiones para garantizar el éxito de la bolchevización.

Durante los años de dictadura, los intentos de las direcciones del partido por elevar el nivel doctrinario de los militantes fue frustrado por los cortes en las comunicaciones y el aislamiento. Pese a ello, los esfuerzos se centraron en mantener un piso mínimo para la coordinación y así garantizar en parte la supervivencia de la organización. Por tanto, no es posible sostener que durante estos años se formaron militantes capacitados en la ortodoxia comunista de acuerdo a los estándares planteados por la Komintern. El estado de la cuestión distaba bastante de ese modelo, porque esa era más una aspiración del Secretariado Sudamericano que de las direcciones locales. El carácter secundario que históricamente los comunistas chilenos le atribuyeron a la instrucción teórica, en relación a su experiencia como militantes, explica las postergaciones y la moderada importancia que le asignaron a este tema. Desde esta perspectiva, fue más importante velar por la unidad y la

³⁴³ RGASPI, 495.106.25, “Carta de Paulino González Alberdi a la Comisión Sindical Latinoamericana en Montevideo”, Valparaíso, 5 de agosto de 1931, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2009, p. 61.

coordinación, suprimiendo los elementos corrosivos, que elevar el nivel teórico del partido.

4. Actividad partidaria entre democracia y dictadura

A lo largo del año 1926, los cambios que suscitó el VII Congreso se manifestaron en una nueva retórica del PC. A partir de este momento, se difundió en los periódicos la siguiente consigna que todo militante debía cumplir: “no somos ni seremos comunistas por lo que digamos, sino por lo que podamos o debamos hacer.”³⁴⁴ Esta idea expresada por Rufino Rosas, miembro del CEN en ese entonces, reflejó el sentido de las modificaciones impulsadas en el quehacer de los comunistas.

Como dijimos en el capítulo anterior, la instauración de la estructura celular respondió a un diagnóstico compartido según el cual los problemas del partido se debían al incumplimiento de los compromisos contraídos en las asambleas por parte de un significativo número de sus militantes. Esta situación era aún más conflictiva para las direcciones, si consideramos que en la prensa partidaria se advertía el advenimiento de un proceso reaccionario contra las conquistas del partido y del movimiento obrero. En gran medida a esto apuntó el comentario de Rosas que hemos citado. Este incumplimiento, de acuerdo al sentido de las resoluciones del VII Congreso, radicaba en la ausencia de una figura de autoridad clara en los centros, que distribuyera tareas y exigiera su ejecución. Básicamente, la instauración de una nueva hegemonía, en tanto la consolidación de un nuevo grupo en la dirección, significaba reformular las relaciones de poder desde la unidad más pequeña. En ese sentido, la instauración de las células buscó mantener en actividad, la asignada por la asamblea y los jefes de célula, a todos los comunistas. De acuerdo a un articulista anónimo de *La*

³⁴⁴ Rufino Rosas, “Nada de vacilaciones”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1699, 3 de enero de 1926, p. 1; M. Vásquez, “Hagamos algo práctico”, *Justicia*, Santiago, Año XV N° 1954, 14 de julio de 1926, p. 3.

Jornada Comunista, la responsabilidad de distribuir el trabajo político de todos los militantes, según sus capacidades y las condiciones inmediatas del partido, recaía en las direcciones regionales, secretarios de células y el CEN. Al respecto, el CEN especificó lo siguiente:

“Toda esta acción debe ser controlada por los organismos directivos, cada afiliado deba acostumbrarse a dar cuenta de su acción o labor, hacer un hábito de esto, sólo a este precio podemos aprovechar cada uno de los movimientos de ese monstruo ciego y de cien cabezas que se denomina “masa”.³⁴⁵

El efecto inmediato que se esperó de estas medidas fue la impregnación de la disciplina en las actividades de los militantes. En suma, se buscó formar comunistas convencidos y abnegados³⁴⁶. Durante este período se llegó a la conclusión que la acción de los comunistas, a diferencia de las prácticas tradicionales, debía ser coordinada y controlada, en definitiva, orgánica.

Concretamente, esto significaba que los militantes no debían actuar aisladamente y, lo más importante, que en el partido no podían emerger caudillos. Sobre esto último, es necesario señalar que a lo largo de este año se buscó desarticular las bases que permitían este fenómeno. Recordemos que entre los militantes fue preponderante la experiencia como principio de autoridad. Esto significó que en las dinámicas assemblearias y en el trabajo partidario se forjaron líderes a partir de su trayectoria política. Estos líderes o caudillos fueron considerados, por quienes abogaban por la bolchevización, como elementos contraproducentes para la organización. Efectivamente, la existencia de líderes alternativos a las direcciones podía

³⁴⁵ “Manifiesto del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Chile a las secciones y afiliados”, *Justicia*, Santiago, Año XV N° 1725, 30 de enero de 1926, p. 2; *La Jornada Comunista, Valdivia*, Año IV, N° 920, 4 de febrero de 1926, p. 1.

³⁴⁶ Maclovio Galdames, “Hacia la bolchevización de nuestro partido”, *op. cit.*, p. 1.

llevar a conflictos e, incluso, derivar en la escisión. No obstante, la crítica a este sentido de la experiencia no quiere decir que el discurso oficial de ese momento desacreditó este valor. Una prueba de ello fue que en el proyecto de estatutos, en su artículo sexto³⁴⁷, se determinó que el derecho a voto en las asambleas solo podían ejercerlo quienes tenían a lo menos tres meses de antigüedad, además de estar al día con el pago de las cotizaciones³⁴⁸.

Sobre el trabajo en los sindicatos, se plantearon modificaciones. Como mencionamos en el capítulo anterior, los comunistas enfatizaron en su labor proselitista la lucha por los ideales para impulsar la formación de sindicatos revolucionarios, además de movimientos reivindicativos y huelgas. Las necesidades por hacer más eficiente esta estrategia provocaron que se modificara por la formulación de consignas más simples y de fácil entendimiento. A partir de 1926, los articulistas que hablaron de la bolchevización llegaron a sostener que la propaganda ideológica sola nunca atraería a las masas a la conducción comunista³⁴⁹. De acuerdo a un artículo publicado en *Justicia*, la nueva estrategia era, tal como habían hecho los bolcheviques, buscar reivindicaciones inmediatas que efectivamente conmovieran el apoyo de los trabajadores y fuesen capaces de llevarlos a la lucha³⁵⁰. En este marco, los contenidos ideológicos solo complementarían estas reivindicaciones. Desde esta perspectiva, la labor de los militantes en los sindicatos sería formar conciencia revolucionaria entre los trabajadores, a través de un programa reivindicaciones inmediatas. Esto

³⁴⁷ En los estatutos publicados hay un error en la enumeración. Se definió como “Art. 7o”, estando precedido por el artículo quinto, en “Estatutos del Partido Comunista de Chile”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1962, 22 de julio de 1926, p. 3.

³⁴⁸ *Loc. cit.*

³⁴⁹ “Temas de la bolchevización. ¿Cómo se consigue acercarse a las masas obreras?”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1733, 6 de febrero de 1926, p. 1.

³⁵⁰ *Loc. cit.*

finalmente sería el asidero de movimientos reivindicativos y huelgas, además del liderazgo de los comunistas en esas organizaciones. Por tanto, la consigna que priorizaba la acción comunista también aludió a definir tareas más concretas y, fundamentalmente, más sistemáticas en esta materia para cada afiliado.

Para lograr este programa, según José Santos Carvajal, era necesario evitar que esas reivindicaciones, y por tanto el apoyo de los trabajadores, fuesen apropiadas por elementos contrarrevolucionarios³⁵¹. En función de eso se planteó, a fines de año, la creación de fracciones comunistas en los sindicatos³⁵². Como lo señalamos en el capítulo anterior, la barrera entre el partido y sus sindicatos agrupados en la FOCh era difusa, porque en general los trabajadores que eran federados también militaban en el PC. Este fenómeno orgánico respondió en su tiempo a las lógicas de la cultura política tradicional del partido. Al considerar la experiencia como fuente principal de su análisis político, fue importante para los comunistas mantener un nivel significativo de compenetración en sus sindicatos. En la práctica, esto significó que el criterio de selección de los afiliados al PC fuese más su participación sindical que sus conocimientos sobre el marxismo. La creación de las fracciones comunistas, a cargo de las Comisiones Sindicales de cada sección del PC, buscó quebrar esta práctica. Esto se basó en la idea de la doctrina como marcadora de diferencia entre los comunistas y los trabajadores de un mismo sindicato. Asimismo esta concepción respondió al interés del CEN en mejorar el nivel teórico de sus afiliados. Desde esta lógica, los únicos garantes del carácter revolucionario de los sindicatos eran quienes fueran capaces de identificar y denunciar a los elementos reaccionarios. Como veremos más adelante, esa mirada sobre los enemigos políticos se irá haciendo más

³⁵¹ José Santos Carvajal, “Los comunistas ante la acción sindical”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2624, 28 de abril de 1926, p. 2.

³⁵² José Santos Carvajal, “Los comunistas y la organización sindical”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2823, 25 de noviembre de 1926, p. 2.

compleja en la medida que nuevos actores entren en la disputa por la dirección del movimiento obrero.

Los comunistas en las fracciones debían reunirse con regularidad, en especial antes de las reuniones de su respectivo sindicato. Según José Santos Zavala y Maclovio Galdámes, miembros de la Comisión Central Sindical (CCS) y del CEN respectivamente, el objetivo de las fracciones consistía en:

“[...] obtener la uniformidad de acción de todos los Comunistas en el seno de las agrupaciones de trabajadores. Cuando hayan problemas complicados que resolver en el seno de esos organismos las Fracciones llevarán estas cuestiones a la Asamblea de la Sección las que darán instrucciones que deben ser seguidas por las Fracciones, y de acuerdo con la respectiva Comisión Sindical o Encargo Sindical.”³⁵³

De esta forma, los comunistas se alinearían en una posición en la asamblea del sindicato. Esta cohesión otorgaría mayores posibilidades para que las posiciones de la fracción logran preponderancia en el debate asambleario. La labor de las fracciones comunistas era fiscalizada por la Comisión de Sección Sindical³⁵⁴. En la práctica, esto significó que la acción de los militantes en los sindicatos adquiriera mayor cohesión y, para ese efecto, fue objeto de control. Todas estas modificaciones no fueron mayormente debatidas a lo largo del año. Finalmente, esta práctica política fue ratificada durante el

³⁵³ José Santos Zavala y Maclovio Galdámes, “Partido Comunista de Chile. Comisión Central Sindical”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N 2787, 9 de octubre de 1926, p. 5.

³⁵⁴ José Vega, secretario de la sección de Antofagasta del Partido Comunista de Chile, “La sección comunista toma importantes acuerdos”, *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2832, 23 de noviembre de 1926, p. 3.

VIII Congreso realizado en diciembre de 1926 y enero de 1927³⁵⁵.

Respecto al quehacer de la fracción parlamentaria, a diferencia de las prácticas políticas en tiempos de Recabarren, entre 1925 y 1926 el discurso oficial del PC se inclinó decididamente por mantener a sus parlamentarios ajenos a la formulación de leyes sociales³⁵⁶. No obstante, esto no significó que la fracción parlamentaria no defendía las reivindicaciones de los trabajadores. Efectivamente lo hacía, pero el partido privilegió su canalización a través de la agitación de masas³⁵⁷. Esto, como mencionamos en el capítulo anterior, fue definido por el VII Congreso y nuevamente ratificado por el VIII³⁵⁸.

Lo que generó el debate entre los comunistas chilenos sobre este tema fueron las críticas planteadas en la primera Carta Abierta del SSA, a fines de 1926. El meollo del asunto era que, si bien el CEN defendió el discurso sobre la disciplina de los militantes, en la práctica carecía de control sobre el actuar de sus parlamentarios en sus intervenciones públicas (conferencias, sesiones parlamentarias, etc.). Sin embargo, esto no significó que el CEN no intentó regular al respecto. En reunión con la fracción parlamentaria, a fines de enero de 1926, la dirección central resolvió lo que:

“[...] los parlamentarios deben estar sujetos a las resoluciones de la directiva del Partido, reconocimiento eso sí a los parlamentarios el derecho de hacer presentaciones al C.E., cuando

³⁵⁵ “Resolución del VIII Congreso del Partido Comunista de Chile sobre su actuación”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 2127, 7 de enero de 1927, p. 1.

³⁵⁶ “Temas de la bolchevización. ¿Cuál debe ser la actitud comunista en el Parlamento?”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1745, 22 de febrero de 1926, p. 1; *El Comunista*, Antofagasta, Año X, N° 2587, 22 de marzo de 1926, p. 1.

³⁵⁷ Excelsior, “El Partido Comunista y su acción en el paramento”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N° 1929, 30 de mayo de 1926, p. 1.

³⁵⁸ Resolución del VIII Congreso del Partido Comunista de Chile sobre su actuación”, *op. cit.*

se estime que una resolución de éste no está en relación con los principios y programas comunistas pero sin que esto quiera decir que si C.E. insiste en su resolución los parlamentarios deban desentenderse de ella.”³⁵⁹

Si bien los parlamentarios tenían derecho a réplica frente a las órdenes centrales, la última palabra la tenía el CEN. Este nuevo intento de la dirección (enfocada en impulsar la bolchevización) por aplastar estos liderazgos, dio pocos frutos. A lo más, hubo amonestaciones privadas, como la del secretario general del CEN, Maclovio Galdámes, hacia Manuel Hidalgo, a propósito de la dieta parlamentaria.

La polémica surgió a raíz de los gastos de la campaña parlamentaria del senador. Según Galdámes, Hidalgo no solo tenía una deuda con el CEN por concepto de la campaña, también incurría en una falta al no dejar - junto a los demás parlamentarios comunistas³⁶⁰ - que la dirección determinara el monto que debía entregar de su dieta³⁶¹. En respuesta a esto último, Hidalgo afirmó que dicha conclusión era errónea, porque significaba asumir que la dieta era una remuneración pagada al partido y no a su parlamentario. Por consiguiente, según el senador, el

³⁵⁹ “La reunión del Domingo del C.E.N. del Partido Comunista”, *Justicia*, Santiago, Año XV, N 1722, 27 de enero de 1926, p. 1.

³⁶⁰ A mediados de julio de 1926, la fracción parlamentaria se reunió con el fin de definir el monto que cada uno entregaría al partido. Finalmente, los parlamentarios comunistas resolvieron entregar una cuota de 500 pesos mensuales y no de 1000 pesos como había estipulado el CEN, argumentando que “se consideró en esta reunión que era de todo punto imposible que un hombre que desempeña el puesto de Diputado, pueda vivir con menos de 1400 peso, que sería lo que quedaría en el supuesto de dar los 500 al Partido”. En: Carta de Manuel Hidalgo al Secretario General del C.E.N., Maclovio Galdámes, Santiago, 7 de agosto de 1926, en “Cuota parlamentaria”, *Boletín semanal del C.E.N. del Partido Comunista de Chile*, Santiago, Año I, N° 9-10, 20 de agosto de 1926, p. 2.

³⁶¹ AHN, s. c., AMH, “Carta de Maclovio Galdámes, Secretario General del C.E.N. del PC, a Manuel Hidalgo”, Santiago, 18 de agosto de 1926, fj. 1.

CEN caía en la siguiente contradicción: “No concibo un Partido Comunista revolucionario, como es nuestro partido, viviendo a sueldo del Estado capitalista a quien niega y combate.”³⁶²

Por ser líderes con amplia trayectoria política, la fracción parlamentaria gozó de la autoridad suficiente para nunca ser criticada públicamente por militantes que no integraron las direcciones. Sin embargo, la Carta Abierta del Secretariado Sudamericano, *ad portas* al Congreso de ese año, planteó críticas severas. El SSA acusó a la bancada comunista en incurrir en una excesiva confianza en la democracia burguesa y en las leyes sociales, aludiendo el carácter poco revolucionario de sus intervenciones públicas. Sin embargo, si bien la misiva invitaba a discutir cuestiones estratégicas, los temas desarrollados en el debate no fueron específicamente sobre el rol de los parlamentarios. Es más, ni siquiera se habló de eso. Lo que nos dejó ver esa controversia fueron los elementos de la cultura política tradicional puestos en tela de juicio por la bolchevización. Elementos que, en suma, permiten explicar las prácticas políticas y las representaciones tradicionales en torno al militante comunista de la época. En definitiva, la importancia de la llegada de la Carta Abierta fue que le otorgó al CEN la autoridad, apoyada por los emisarios invitados, para obligar a todos los parlamentarios comunistas a reconocer sus errores durante el VIII Congreso.

Pese a todos los cambios introducidos, su aplicación fue relativa a partir de 1927. El advenimiento de la dictadura de Ibáñez cambió radicalmente las condiciones de trabajo de los comunistas. El impacto de la represión redujo notablemente las filas del partido y, por consiguiente, desarticuló varios de sus organismos. Frente a esta situación, los militantes que lograron eludir la acción

³⁶² AHN, s. c., AMH, “Carta de Manuel Hidalgo al Secretario General del C.E.N., Maclovio Galdames”, Santiago, 24 de agosto de 1926, ff. 2.

policial se embarcaron en reorganizar el partido y mantener viva su actividad.

La constitución de células, a diferencia de lo que se podría pensar, no significó la anulación del debate. Como dimos cuenta a inicio del capítulo, si bien en los organismos de base se instalaron mecanismos para identificar las desviaciones, en la práctica apuntaron evitar la traición y a mejorar la coordinación. Estas restricciones en las dinámicas assemblearias, aplicadas durante la gestión del CC hidalguista, respondieron a las adversas circunstancias atravesadas por el partido y, para quienes formaron la fracción opositora en 1931, su uso fue temporal.

A esto se sumó la publicación de volantes, periódicos y boletines, los cuales fueron distribuidos entre los organismos del partido y a los trabajadores por medio de las células de barrio.

Durante estos años, se insistió en que la labor de las fracciones comunistas continuara, si bien con algunas modificaciones propuestas por el CC que se mantuvo más tiempo. Según la dirección hidalguista, era recomendable que los comunistas en las fracciones actuaran con mayor discreción, no explicitando su militancia. De esa forma, la actuación de los militantes estaría más resguardada del espionaje y la persecución. Según un documento perteneciente a Manuel Hidalgo, y por extensión al CC que lideró, las tareas de las fracciones comunistas eran las siguientes:

“Cuando el Partido entiende que se debe realizar una gran campaña de agitación, una huelga, una lucha en contra de los dirigentes reformistas y traidores, la lucha por las reivindicaciones inmediatas políticas, económicas, etc., no tiene por qué dar ninguna orden al Sindicato. Lo que hace es dar instrucciones a las fracciones comunistas y discutir las en el seno de las fracciones. Luego, la

FRACCIÓN lleva el asunto al Sindicato, al Comité de Región, al Consejo Central”.³⁶³

Bajo estas instrucciones, las posiciones de la fracción si bien no se reivindicaban abiertamente comunistas, eventualmente podían ser apoyadas por las asambleas sindicales. Consideramos que este posicionamiento permitió respetar las dinámicas asamblearias, al atribuir el desplazamiento de los elementos reaccionarios a su correlación de fuerzas en la organización y no a una campaña de desprestigio. A esto se sumó la labor de reclutar nuevos afiliados para el partido, tomando la precaución de ser personas de absoluta confianza. Asimismo, este documento detalló sobre los simpatizantes a la fracción lo siguiente:

“Se deben aprovechar a los simpatizantes con las luchas revolucionarias o con los puntos que defiende la Fracción en el seno del Sindicato para tomarlos y rodearse con ellos, encubriendo la Fracción de los espías patronales, con la actividad más simulada con estos simpatizantes.”³⁶⁴

Además de los sindicatos, los militantes no debían descuidar el trabajo en organizaciones legales de masas, como las cooperativas, centros culturales y deportivos, etc.

En conjunto, estas precauciones en la actividad de los comunistas durante la dictadura fueron concomitantes con los cambios estratégicos formulados por la dirección hidalguista. Para recuperar la antigua influencia que tuvo la FOCh, se propuso reorganizarla como una central sindical no explícitamente comunista. Esta idea es confirmada por la siguiente resolución del CC:

³⁶³ AHN, s. c., AMH, *Las fracciones sindicales comunistas*, [s. d.], fj.

2.

³⁶⁴ *Loc. cit.*

“El -0-³⁶⁵ estima conveniente que los afiliados en lo sucesivo deben dar vida propia y ayudar dentro de lo posible la reorganización de la Foch. Anteriormente hemos dicho ya que no podemos decirle a la gente lo que somos o lo que queremos”.³⁶⁶

El CR de Antofagasta, al respecto, presentó en su Conferencia Regional, celebrada en septiembre de 1929, la moción de modificar el nombre de la organización obrera a “Confederación Obrera de Chile” una vez que fuera refundada³⁶⁷. Análogamente, el CC también evaluó crear un partido legal obrero, como aparato complementario al trabajo ilegal de las fracciones y las células comunistas. Este último punto fue el que generó las reticencias del SSA.

Si bien se mantuvo en esencia el programa estratégico del PC definido a fines de 1926, éste sufrió modificaciones en la medida que las condiciones obligaron al CC a cargo a plantear otras alternativas. Como señalamos anteriormente, estas diferencias respecto a la línea definida con asesoría del Secretariado Sudamericano significó la tensión de sus relaciones con el CC chileno. Para los militantes de base, este conflicto repercutió al momento de tomar posición respecto al mensaje difundido por el delegado Sotelo, en sus viajes para tomar contacto con los Comités Regionales. Un ejemplo de ello es la carta enviada por el CR de Concepción³⁶⁸ al CC señalando que, frente al emisario, respondieron lo siguiente:

³⁶⁵ Código que significa *Comité Central*. Para determinar el significado del código, se consideró como criterio el uso (bastante reiterado) del término a lo largo del archivo de Manuel Hidalgo.

³⁶⁶ AHN, s. c., AMH, *Resoluciones sobre la Foch*, [s. d.], fj. 1.

³⁶⁷ AHN, s. c., AMH, *Informe elevado a la Conferencia regional celebrada el día 18 de septiembre de 1929 por el Comité Regional, Antofagasta, septiembre de 1929*, fj. 3.

³⁶⁸ En la carta no aparece explícitamente cuál es el C.R. que corresponde, pero hay indicios que el escenario geográfico sería el sur de Chile. En esas circunstancias, sería el de Concepción, el cual fue constituido en 1929.

[...] por nuestra parte le recomendamos que procediera con el mayor tino objeto de no hacer divisiones dentro del partido, nosotros que hemos actuado desde tiempo en el P.³⁶⁹ y nos hemos preocupado de su ruta a seguir, no hemos visto nada malo en sus funciones al Comité y por tanto nos merecía toda la confianza³⁷⁰.

Sobre la acción de los parlamentarios que estaban en Chile en 1929, Carlos Contreras Labarca y Manuel Hidalgo, no se definió una estrategia clara. De acuerdo a una carta del CC enviado al SSA en este año, la dirección chilena informó que aún no decidía la actitud política de sus parlamentarios ante el Congreso. Por ello, el CC optó por ratificar la siguiente moción, resuelta en Congreso General a principios de año: que la fracción parlamentaria no debía asistir a la Cámara. No obstante, en vista de las necesidades económicas del PC y la amenaza del régimen en quitar la representación a los parlamentarios que no asistieran a las sesiones, el CC dispuso que solo Hidalgo reanudara sus actividades y el cobro de la dieta. La dirección dejó a criterio del senador sus intervenciones en las sesiones, “observando la política que más conviniera al momento presente, sin llegar al servilismo o a la cooperación contraria a los intereses del proletariado manteniendo un prudente término medio.”³⁷¹ Estos son los únicos antecedentes, correspondientes al momento previo que asumiera la dirección hidalguista, que disponemos para referirnos al tema. Por ende, desconocemos las posturas de las direcciones del PC durante la dictadura sobre la actuación de los parlamentarios comunistas que aún se encontraban en Chile. Las razones de esta despreocupación - en comparación con el período anterior - sobre el actuar de los parlamentarios, posiblemente se

³⁶⁹ Abreviación de *Partido*.

³⁷⁰ AHN, s. c., AMH, “Carta del Comité Regional al Comité Central del Partido Comunista de Chile sobre la visita del delegado Pedro Sotelo”, 16 de diciembre de 1929, ff. 2.

³⁷¹ AHN, s. c., AMH, “Informe del Comité Central al Secretariado Sudamericano”, [1929], ff. 6.

deban al cambio de prioridades que tuvieron los comunistas a propósito de las dificultades para desempeñar sus labores. En ese sentido, esta inflexión en el fortalecimiento del control sobre estos líderes se debió a problemas circunstanciales.

La senda por la bolchevización del PC, abierta a fines de 1925, modificó sustancialmente la actividad de los comunistas en su partido, en los sindicatos y en los cargos parlamentarios. Todas las transformaciones anteriormente descritas fueron concomitantes a un progresivo cambio de concepción de la acción comunista.

Recordemos que la cultura política tradicional concibió que la toma de consciencia revolucionaria - siendo la base constitutiva del ser comunista - solo era posible a través de una cierta racionalidad, la que derivaba en la crítica al sistema capitalista. Esta racionalización, más que ser un ejercicio exclusivamente doctrinario, se constituía y retroalimentaba de la experiencia vivida del trabajador. La consciencia revolucionaria era entendida como la interpretación política de una experiencia compartida y, en ese sentido, la doctrina operó como un marco de comprensión flexible a la contingencia. Desde esta lógica, la idea de un sujeto comunista - tal como aquí lo hemos definido - fue central para comprender la militancia en la medida que la acción partidaria se entendió como actos conscientes y productos de una reflexión constante y del compromiso individual. En definitiva, las problematizaciones que durante este período se formularon sobre la militancia giraron en torno al cómo debían ser los comunistas en su dimensión humana racional. De ahí que fuera importante el compromiso individual, las convicciones, la moral, la capacidad de dar opiniones críticas, entre otras cualidades que un comunista reconocido debía tener. En suma, un reconocimiento explícito al componente humano y subjetivo del partido. En este marco, la experiencia de los militantes operó como criterio de autoridad en la medida que se concibió como la principal fuente de conocimiento político, a propósito del

carácter secundario que tuvo la instrucción doctrinaria durante estos años.

Las transformaciones que hemos descrito a lo largo de este capítulo radicarón en la introducción de ciertos elementos, funcionales para las directivas que se estaban consolidando, de la cultura política bolchevique. Como vimos a lo largo de este capítulo, los principios bolcheviques apuntaban a generar una red de jerarquías cuya autoridad estaba fundada en un conocimiento de experto de la ortodoxia doctrinaria. La lógica de estas recepciones era que esta cultura política entendía que la consciencia revolucionaria solo podía ser profundizada a través de la adopción de un marco doctrinal específico, el que definía la institución partidaria. Por esta razón, se insistió en introducir material doctrinario y, por otro lado, supervisar que no hubieran desviaciones a esas lecturas. Desde este lugar, se tendió a hiper-racionalizar la militancia, es decir que fue vista desde una funcionalidad desprovista de lo subjetivo, reconociendo consiguientemente la preponderancia del órgano partidario por sobre la persona comunista. De ahí que las ideas de fracciones y cuadros aludieran a unidades funcionales, objetivas y coherentes, cuyo horizonte de acción posible estaba definido por la ortodoxia doctrinaria y, por consiguiente, a las jerarquías de la organización. En consecuencia, cuando los comunistas problematizaban su militancia lo hacían preguntándose qué era lo que le faltaba al partido y no cómo debían ser sus militantes en su individualidad.

Esta concepción implicó desplazar las iniciativas individuales y minimizar el rol crítico de los militantes, a cambio de fortalecer la autoridad de las directivas centrales. Estos fueron parte de los objetivos de quienes abogaron por una férrea bolchevización y, a fines de 1926, lograron la preponderancia - gracias a la participación de los emisarios komintereanos presentes - en las resoluciones del VIII Congreso. Sin embargo, hasta fines de la dictadura, el impacto de la bolchevización en la labor de los militantes fue relativo.

Los cambios impulsados a nombre de la bolchevización en la acción comunista apuntaron a fortalecer el control y la coordinación de la actividad de los militantes. Esto fue simultáneo al endurecimiento de las sanciones disciplinarias decretadas por las direcciones del PC, además de la aplicación de mecanismos para detectar desviaciones. Asimismo ocurrió con el establecimiento de relaciones marcadamente jerarquizadas entre los organismos del PC. A partir de estos elementos, podríamos decir que se dio el primer paso hacia una concepción orgánica de la acción comunista y, por extensión, del militante. No obstante, si bien en cierta medida se conservó el programa estratégico durante el liderazgo de la dirección hidalguista, los contenidos específicos de las actividades de los comunistas conservaron rasgos tradicionales. El debate y el convencimiento individual en las asambleas sindicales, posibles en la medida que la acción partidaria no se reivindicaba abiertamente comunista y no se procedían a campañas de desprestigio, las exigencias de las direcciones chilenas por mayor autonomía frente a la impronta del SSA y la consiguiente reivindicación por una lectura propia de la coyuntura política, dan cuenta de esto. Asimismo del carácter complementario que para los comunistas chilenos les significó aún las lecturas doctrinarias y la misma asesoría de los emisarios y misivas komintereanas. En suma, la representación del militante por sus direcciones locales, durante estos años, fue una figura si bien híbrida, aun marcadamente tradicional.

CAPÍTULO 3

¿EL MILITANTE BOLCHEVIZADO?, 1932 - 1933

1. Proletarización del partido

La emergencia del PC a la legalidad fue el comienzo de una nueva época. Según el discurso de la fracción oficial, este período estaba marcado por la consolidación de la bolchevización, el éxito de la dirección comunista en la lucha proletaria y el devenir de la revolución. Este sentir de los comunistas fue concomitante a las necesidades por fortalecer su organización. Desde principios de octubre de 1931, el PC chileno a través de su prensa hizo reiterados llamados a lo largo del año para reclutar nuevos miembros. Estas manifestaciones no fueron gratuitas ni estuvieron desarticuladas. La fracción liderada por Carlos Contreras Labarca, secretario general del CC, levantó un plan de reclutamiento sintetizado bajo el concepto de *proletarización*. Este proyecto consistió en reclutar obreros a través de una política de “puertas abiertas”, con los siguientes fines: aumentar las filas del partido integrando obreros de las industrias estratégicas y, por otro lado, extender las organizaciones del partido a lo largo del país³⁷². El cumplimiento de estos objetivos fue considerado como un paso decisivo en la bolchevización, particularmente en la transformación del PC en un partido de masas.

Tal como su nombre lo indicó, este no fue un proyecto de *obrerización* en tanto el ingreso sistemático de nuevos militantes solo por ser obreros. Para ser miembro del PC, la fracción oficial definió criterios de selección. De acuerdo al periódico *El Comunista*, el reclutamiento de nuevos afiliados debía velar por lo siguiente: “ganar a los obreros más combativos y luchadores como única premisa

³⁷² “La gran cruzada de reclutamiento y organización”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 6, 22 de octubre de 1931, p. 3.

para el triunfo de las batallas cotidianas”³⁷³. Asimismo, el órgano santiaguino *Bandera Roja* especificó en torno esta idea en su ejemplar del 22 de octubre. En un artículo titulado “¡Ingresad al Partido Comunista!”, se convocó a todos quienes simpatizaran con los objetivos del partido a ingresar a sus filas³⁷⁴. A este llamado, el mismo artículo agregó lo siguiente:

“Muchos de ustedes simpatizan con los objetivos del Partido Comunista. ¿Por qué? Porque ustedes saben por su propia experiencia, que el Partido Comunista es el **PARTIDO DE USTEDES**. Porque ustedes saben, **ustedes lo han aprendido esto en sus propias luchas** - que el Partido Comunista representa **LOS INTERESES DE USTEDES**”.³⁷⁵

Como vemos en este fragmento, la particularidad de quienes serían los futuros militantes era su experiencia en las luchas proletarias y el reconocimiento de la necesidad que el partido asumiera esa dirección. En ese sentido, el concepto de proletarización fue utilizado en la prensa de la fracción oficial para aludir a este estado de conciencia. Este criterio fue la prioridad en el reclutamiento, porque fue el único que se mantuvo sin modificación. En cambio, si bien se insistió en dirigir esta campaña hacia los obreros (en particular de los sectores estratégicos de la economía), al año siguiente se permitió también el ingreso de “los pequeños burgueses pauperizados, a los intelectuales y estudiantes pobres.”³⁷⁶ En mayo de 1932, el Comité Regional antofagastino definió las siguientes condiciones para la aceptación de nuevos miembros:

³⁷³ “La elección del Domingo significó un triunfo para el Partido Comunista”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 4, 7 de octubre de 1931, p. 1.

³⁷⁴ “¡Ingresad al Partido Comunista!”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 6, 22 de octubre de 1931, p. 2.

³⁷⁵ *Loc. cit.* El destacado en negrita es nuestro.

³⁷⁶ “Debemos efectuar el más amplio reclutamiento”, *El Comunista*, Antofagasta, Cuarta Época, Año I, N° 2, 1 de abril de 1932, p. 2.

- “1. Aceptación del programa y estatutos del Partido y de la Internacional Comunista.
 2. Afiliación a una célula básica del Partido. Esto quiere decir que un miembro tiene que pertenecer a una célula del Partido, célula del taller, fábrica, mina, oficina, barrio o calle.
 3. Participación activa en el trabajo del Partido.
 4. Llevar a cabo las decisiones del Partido y de la Internacional.
- Pago regular de las cuotas para los miembros que trabajan (los cesantes están liberados del pago de sus cotizaciones).
5. Participación activa en el trabajo del Partido, es una condición fundamental para ser miembro del mismo.”³⁷⁷

En conjunto, el perfil de los militantes, buscados por la fracción oficial, correspondía a personas que estuviesen dispuestas a acatar instrucciones y contribuir al trabajo partidario. Por consiguiente, no se buscaba a grandes doctos del marxismo, sino a obreros, estudiantes, intelectuales, empleados y burgueses empobrecidos con una mirada crítica respecto al sistema capitalista e, idealmente, con algún tipo de experiencia en las luchas sociales. Sobre este aspecto, en gran medida no hubo mayores cambios respecto al ingreso de afiliados durante los años anteriores a la dictadura.

Debido a esta característica de la proletarización, el partido se propuso asumir la capacitación de sus nuevos militantes. De acuerdo a un articulista de *Bandera Roja*, se debía enseñar sus obligaciones y deberes disciplinarios, de acuerdo a las capacidades de los nuevos afiliados para que “no le agote ni lo desaliente y que contribuya educarlo poco a poco”³⁷⁸. A esto se sumaron lecciones de capacitación para el reforzamiento ideológico, en las que un grupo de

³⁷⁷ “Importantes acuerdos adoptados por el Comité Regional”, *El Comunista*, Antofagasta, Cuarta Época, Año I, N° 16, 8 de mayo de 1932, p. 2.

³⁷⁸ “¡Tripliquemos nuestro partido en tres meses!”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 21, 5 de marzo de 1932, p. 1.

camaradas asumió como profesores³⁷⁹, además de otros cursos sistemáticos. Esta preocupación por la instrucción, como veremos más adelante, se tradujo en esfuerzos más serios para mejorar el nivel doctrinario y político de los comunistas.

Para lograr triplicar los miembros del partido en un período de tres meses a partir del 26 de octubre de 1931, la fracción oficial impulsó una política de “puertas abiertas” en todas las células. Por tanto, para que la campaña fuese exitosa, se requería organizar previamente las células que ejecutarían el reclutamiento. En ese sentido, la proletarización incluyó una campaña por extender la organización partidaria, tarea que se desarrolló poco durante la dictadura. A partir de ello, en *El Comunista* se sugirió la constitución de las células antofagastinas en los siguientes sectores estratégicos:

“Debemos organizar células en las grandes plantas de carácter imperialista; tales como la Chile Exploration en Tocopilla, en las oficinas salitreras Pedro de Valdivia, María Elena, Chacabuco, Chuquicamata, electricidad y transporte. Debemos crear fuertes fracciones sindicales en todos los sindicatos estatales, mutualistas y otras organizaciones.”³⁸⁰

Una vez cumplida esta tarea, cada afiliado nuevo debía ser incorporado inmediatamente a su respectiva célula para asignarle un trabajo determinado el cual desarrollaría en comisiones. Asimismo, cada organismo de base debía constituir fracciones comunistas “en el interior de las secciones, consejos, juntas de la FOCH, y en todas las organizaciones por reaccionarias que sean, si reúnen masas trabajadoras.”³⁸¹

³⁷⁹ “Quintuplicemos el Partido en un mes”, *El Comunista*, Antofagasta, Cuarta Época, Año I, N° 25, 11 de junio de 1932, p. 1.

³⁸⁰ “La cruzada de reclutamiento es el más serio viraje hacia la bolchevización del P. Comunista”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 8, 31 de octubre de 1931, p. 4.

³⁸¹ *Loc. cit.*

El reclutamiento de nuevos militantes en esta primera fase se rigió bajo un método específico, definido por la dirección central y difundido a través de su prensa. Según un artículo en *Bandera Roja*, el trabajo de propaganda y organización debía realizarse de acuerdo a las siguientes orientaciones. Primero, los comunistas tenían que aprovechar la experiencia de los trabajadores en sus luchas para constituir células y llamar al ingreso de sus simpatizantes. Segundo, debían ligar la campaña por las reivindicaciones económicas con las políticas de las masas. Finalmente, para la realización de un trabajo serio de organización, era necesario que los comunistas elaboraran un plan concreto para la asignación de tareas a los nuevos militantes³⁸². Los Comités Locales y Regionales, por su parte, debían supervisar el trabajo de sus respectivos organismos de base, solicitando información sobre su composición social, la cantidad de militantes que no trabajaban, etc. Estos datos, finalmente, debían ser enviados al CC³⁸³.

Respecto al trabajo en el seno de las células, éste se rigió, entre 1931 y 1932, por los llamados “Pactos de Emulación Revolucionaria”. Análogamente a los trabajadores soviéticos en el marco de la realización de los Planes Quinquenales, se propuso rivalizar el trabajo entre las células, los Comités de Barrio, Locales y Regionales con el fin de incentivar la superación de los objetivos del partido³⁸⁴. Esto significaba que si alguna célula o Comité lograba anotar una cifra alta de camaradas reclutados, lo consiguiente era superar esa cota. En función de ello, cada organismo debía enviar un informe de su actividad realizada correspondiente a un período específico, haciendo crítica de todos los errores que se presentaban en el transcurso³⁸⁵. Si bien no disponemos de registros para

³⁸² “La gran cruzada de reclutamiento y organización”, *op. cit.*

³⁸³ *Loc. cit.*

³⁸⁴ “La cruzada de reclutamiento es el más serio viraje hacia la bolchevización del P. Comunista”, *op. cit.*

³⁸⁵ “[i]Apuremos el reclutamiento!”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 20, 15 de diciembre de 1931, p. 3.

saber si efectivamente esta lógica de trabajo se aplicó en todos organismos del partido, hubo varias manifestaciones. En marzo de 1932, el CR de Santiago aceptó el desafío, propuesto por el CR de Valparaíso, de cuadruplicar sus filas en tres meses³⁸⁶. En abril del mismo año, a raíz de los sobresalientes resultados del reclutamiento en Arica, la campaña de emulación fue organizada entre las células, “siendo el reto más atrevido el lanzado por una célula, en el sentido de duplicar sus efectivos en una semana. Las otras células están decididas a triplicar, cuando menos en dos meses.”³⁸⁷ Posteriormente, en *El Comunista*, como no todos los Comités de Barrio y Locales tenían el mismo ritmo de reclutamiento, se difundió la siguiente consigna dirigida a todos los militantes: “Quintuplicación del Partido en un mes; cada militante deberá ingresar a su célula respectiva a cinco nuevos miembros por lo menos durante este plazo.”³⁸⁸ Este plan que buscó ser aplicado entre junio y julio de 1932, aunque se justificó a través de diferencias cuantitativas, no sabemos si la definición de la nueva meta de basó en los logros de los organismos más populares o si fue una disposición unilateral del CC.

Finalmente, en marzo de 1933, las direcciones del partido tomaron la resolución de cambiar el carácter de la proletarización. De ser un plan transitorio pasó a tener carácter permanente para generar mejores resultados³⁸⁹.

Respecto al despliegue y a los resultados de la campaña, disponemos de pocos registros. Pese a ello, es posible plantear algunas aproximaciones. Durante la proletarización se dieron casos donde las puertas no se abrieron o se mantuvieron entre-abiertas por dos motivos. Según un artículo de *El Comunista*, esta situación se debía a que varios militantes pensaban que los obreros no estaban

³⁸⁶ “Cuadruplicemos el Partido en tres meses”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 26, 29 de marzo de 1932, p. 2.

³⁸⁷ “Arica. Brillantes resultados de la campaña de reclutamiento”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 29, 9 de abril de 1932, p. 2.

³⁸⁸ “Quintuplicemos el Partido en un mes”, *op. cit.*

³⁸⁹ “Vida del Partido”, *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, N° 2, 24 de marzo de 1933, p. 3.

suficientemente preparados para ingresar al partido³⁹⁰. Siguiendo esta idea, otro articulista de *Bandera Roja* especificó que “todavía quedan afiliados que creen que para ingresar al Partido, los obreros deben ser doctores en marxismo, sabios en comunismo.”³⁹¹ Por otro lado, en el mismo artículo del periódico santiaguino se señaló que, a raíz del temor por las delaciones policiales, algunos comunistas preferían “ser pocos, pero seguros y buenos”, razón por la cual difundían una visión errónea del sistema celular o simplemente ocultaba la organización (evitaban la actividad pública)³⁹². Si bien no es posible medir cuál fue su influencia en los resultados de la campaña, por lo menos estas situaciones dan cuenta de las reticencias de los militantes de la época en ampliar sus filas. A juzgar por estos antecedentes, no es riguroso afirmar que la proletarización recibió el apoyo de todos los militantes. Posiblemente, esto se deba a la ausencia de mecanismos para generar la confianza entre los camaradas, ya sea para la realización de trabajos o garantizar la lealtad. Es importante considerar esto, porque durante la proletarización no se especificó que los nuevos afiliados debían estar patrocinados por algún comunista, cuestión que sí ocurrió en los años anteriores a la dictadura.

Este plan de reclutamiento no solo buscó ampliar el número de militantes de base. De acuerdo a una carta del Buró Sudamericano de Komintern (continuación del SSA desde fines de 1931) enviada a su emisario en Chile, Carlos Dujovne, la proletarización también consideraba las direcciones del partido. La composición del CC es tratada en esta carta de la siguiente forma:

“Un secretariado, en las condiciones de Chile, después de tan grandes experiencias de lucha, debe componerse de cuatro obreros, luchadores y

³⁹⁰ “Redoblemos nuestros esfuerzos para cumplir con las tareas del reclutamiento”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 16, 1 de diciembre de 1931, p. 4.

³⁹¹ “¡Tripliquemos nuestro partido en tres meses!”, *op. cit.*

³⁹² *Loc. cit.*

ligados a la masa obrera, más o menos educados en el espíritu marxista-leninista, y con C. L.³⁹³ quien debe ayudar a estos obreros a formarse mejor, a trabajar más y a dirigir el Partido.”³⁹⁴

Al respecto, Andrew Barnard detectó la formación de un grupo de disidentes con gran influencia en el Comité Local de Santiago, además de tres miembros del CC, quienes acusaron en 1932 que su dirección central estaba dominada por un pequeño grupo de intelectuales. El llamado “Movimiento de la Base hacia la Bolchevización del Partido” no solo criticó la proletarización de la dirección, también sostuvo diferencias políticas respecto al CC³⁹⁵. Según Barnard, a fines del año y comienzos del siguiente, el CC se preocupó de afirmar que las direcciones del PC y la FOCh estaban compuestas en su mayoría por trabajadores³⁹⁶. Este conflicto entre “obreristas” e “intelectuales” da cuenta que la proletarización no estuvo ajena a las correlaciones de fuerza en el seno del PC. Desde esta perspectiva, el tradicional discurso obrerista, exacerbado en parte durante la proletarización, fue usado por los disidentes para posicionar y legitimar sus diferencias respecto a las políticas del CC.

Si bien en sus inicios abogó por un discurso obrerista y privilegió el ingreso de este tipo de afiliados al partido, posteriormente extendió la convocatoria a otros sectores sociales. Independiente a lo anterior, la prioridad en la selección fue la adscripción a las ideas del partido y la disposición de someterse a sus reglas. No obstante, se privilegió más lo segundo que lo primero, dado que fue el partido el encargado de formar bajo sus términos las ideas de sus afiliados. En definitiva, se buscaron las mismas cualidades que enarbó la bolchevización. Considerando los antecedentes expuestos, es posible concluir que la

³⁹³ Abreviación de *Carlos Contreras Labarca*.

³⁹⁴ “Carta desde el BSA a “Carlos”, representante de Profintern en Chile”, RGASPI, 495.106.31, 5 de abril de 1932, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme, *op. cit.*, 2009, p. 221.

³⁹⁵ Andrew Barnard, *op. cit.*, pp. 159-160.

³⁹⁶ *Ibid.*, p. 160.

proletarización no presentó diferencias respecto al modo de ingreso vigente desde fines de 1925.

2. Formación de cuadros revolucionarios

Como lo adelantamos en el capítulo anterior, la bolchevización suponía un cambio en la concepción de la acción comunista que fue preponderante en el partido. A partir de 1926, las direcciones impulsaron una serie de medidas, las cuales hemos descrito extensamente, para otorgar mayor coordinación y cohesión a la actividad partidaria. Esto necesariamente implicó *formar* militantes, es decir dirigir y definir su horizonte de acción e interpretación posible. Desde esta perspectiva, lo que se propusieron quienes impulsaron la bolchevización fue desplazar la médula del quehacer comunista hacia lo orgánico. La adopción del concepto de *cuadros*, dejando de lado los términos que tienden a la individualidad y que fueron parte de la retórica hegemónica del discurso tradicional, fue la consecuencia inmediata de esta transformación. Pese a que ambas fracciones adoptaron esta jerga para referirse a sus militantes de base, los escasos registros disponibles de los opositoristas correspondientes a los años 1932 y 1933 nos obligan a privilegiar en esta última parte del estudio al PC oficial.

Desde fines de 1931, ambas fracciones articularon un *ethos comunista* marcado por el sentido de sacrificio y el heroísmo, siendo la forma en que se canalizó la experiencia de sus militantes durante la clandestinidad. A diferencia de lo que podría sostenerse teóricamente, este sentir de la vida de los activistas no fue contradictorio a una concepción orgánica de la militancia. Todo lo contrario. En la fracción oficial, la figura del combatiente concilió esta ética con los principios bolcheviques. Por consiguiente, si consideramos la tremenda complejidad de la moral comunista de los años anteriores a la bolchevización, ¿en qué medida se manifestó durante los primeros años de la década de 1930? De toda la prensa revisada para este estudio, solo encontramos dos referencias sobre la condena

a los vicios. Un articulista apodado Claro de Luz denunció, en abril de 1932, que en la oficina Aníbal Pinto estaba, en pleno día, una “mesa de juego, en la que se explota en forma por demás ruin a los trabajadores que allí acuden.”³⁹⁷ Finalmente concluyó:

“Esperamos que los trabajadores de esta oficina comprendan que lo que botan en la mesa de juego es el pan de sus hijos y el propio bienestar de su hogar, y no es propio que el salario de hambre que le pagan los salitreros se esté entregando a los inexcusados [sic] que gozan de la confianza todo cuanto le corresponde a sus familias.”³⁹⁸

Asimismo puede considerarse el conocido rechazo de la juventud comunista a la Fiesta de la Primavera³⁹⁹. En conjunto, es posible sostener que la articulación entre la moral del militante y el proyecto revolucionario se perdió. Durante estos años dejó de ser motivo de reflexión el entramado moral de quienes integrarían la futura sociedad comunista. Este descuido, como lo hemos dicho, no fue gratuito. La moral comunista de la cultura política tradicional fue posible porque su asidero era una concepción de la acción partidaria centrada en el sujeto. En ese sentido, para los comunistas de antaño eran importantes las convicciones, la diversidad de opinión, la moral y el compromiso individual para entenderse como militantes. Una vez establecida la bolchevización, todos estos elementos lógicamente estaban condenados a perderse.

Considerando lo anterior, es posible sostener que la bolchevización impactó en la matriz moral de los comunistas chilenos en la medida que la problematización

³⁹⁷ Claro de Luz, “Los explotadores de vicios en acción”, *El Comunista*, Antofagasta, Cuarta Época, Año I, N° 10, 16 de abril de 1932, p. 2.

³⁹⁸ *Loc. cit.*

³⁹⁹ Olga Ulianova, “Una crisis escuchada como la obertura de la revolución”, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2009, p. 44.

en torno a los preparativos o las vías para la revolución dejó de centrarse en el sujeto. De ahí que haya sido común leer en los periódicos de la época y en sus artículos doctrinarios las cualidades que un partido comunista debía tener para liderar el proceso revolucionario y no, desde la particularidad de la naturaleza humana, cómo debían ser sus militantes. Esta apuesta por la deshumanización de la militancia, en la medida que se entendía a los sujetos en su dimensión funcional, era correlativa a la reestructuración de las relaciones de poder entre los militantes de base y sus direcciones. En ese sentido, la deshumanización era una consecuencia inmediata al establecimiento de la disciplina férrea y, por tanto, a una forma distinta de entender la hegemonía partidaria. Pese a lo anterior, tal como demuestran los hechos, quedaron resabios la matriz ética de antaño y, por otro lado, se acentuó con mayor decisión el heroísmo y el sacrificio. Esta moral, en suma, fue funcional a las características de la militancia que se estaba instaurando al alero de la bolchevización. De ahí que no sea posible sostener que se produjo una deshumanización de la militancia, sino solo la simplificación de la moral comunista.

Ya instalada la disciplina férrea en la cultura política de la fracción oficial, en los años siguientes a la salida de la clandestinidad continuó su despliegue. Hasta la realización de la Conferencia Nacional de julio de 1933, las direcciones emitieron medidas disciplinarias que, en contraste a los años precedentes, fueron más rígidas. Para dar cuenta de este fenómeno, ejemplificaremos con dos casos. El 31 de octubre de 1931 se publicó en *El Comunista* la expulsión de Aurelio Montecinos, por no cumplir con sus deberes, en particular “no repartir el folleto de la FOCH, en la prisión y durante la campaña política pasada.”⁴⁰⁰ En junio de 1932, se publicó en el mismo periódico las resoluciones tomadas por el Comité Regional de Antofagasta sobre la inasistencia de algunos de

⁴⁰⁰ “Expulsado del Partido Comunista”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 7, 24 de octubre de 1931, p. 4.

sus miembros a un Ampliado realizado recientemente. Respecto a esta falta, el CR definió lo siguiente:

“1.o. En vista de que existe una casi absoluta falta de responsabilidad y seriedad de parte de los compañeros a los cuales se responsabiliza con la ejecución de trabajos, que nunca han llevados a la práctica, el C.R. acuerda proponer a la base el castigo de cada uno de los miembros responsables que no cumpla injustísimamente con sus compromisos con el Partido, castigo que será de seis meses al margen, pudiendo ser mayor, según la importancia del saboteo.”

Como este tipo de situaciones eran bastante usuales, nunca fueron motivo de sanción antes de 1927. A partir de 1931, las direcciones no solo castigaron la inactividad o la irresponsabilidad, también llamaron por medio de su prensa a la aniquilación de este “resabio burgués y social-demócrata”.

A este endurecimiento de las medidas disciplinarias, se agregaron nuevos cambios adoptados durante la Conferencia Nacional de mediados de 1933. De acuerdo a la nomenclatura de la Internacional Comunista, los conferencistas resolvieron modificar las sanciones, quedando vigente por orden de gravedad lo siguiente: censura, censura con advertencia y expulsión⁴⁰¹. A esta determinación, se especificó que “queda, pues, suprimida la posición al margen, y los militantes que estén cumpliendo una medida de este nombre se entenderán ‘censurados con advertencia’, dentro del P. con trabajo diario.”⁴⁰² Esta simplificación de los castigos abrió un cierto margen de tolerancia en relación a la posibilidad de ser apartado de la organización.

Para velar por el monolitismo doctrinario del partido, se siguió la senda inaugurada con la expulsión del

⁴⁰¹ *Hacia la formación de un verdadero partido de clase. Resoluciones de la Conferencia Nacional del Partido Comunista, realizada en julio de 1933*, Santiago, Taller gráfico Gutenberg, 1933, p. 43.

⁴⁰² *Loc. cit.*

parlamentario valdiviano Abraham Quevedo. A lo largo de los años 1932 y 1933, los periódicos del PC oficial publicaron reiterados llamados a suprimir los resabios de la social-democracia, además de las influencias del grovismo, el hidalguismo y el trotskismo, entre sus filas. Sin embargo, las desviaciones no solo eran las ideas de los adversarios políticos de esta fracción, también lo eran las “ideas extrañas”, es decir de aquellas distanciadas de la línea política del partido y su organismo internacional. Desde esta perspectiva, las sanciones de este tipo castigaban un grupo relativamente heterogéneo de desviaciones. Un ejemplo de ello es el caso de Timoteo Ávalos, quien fue expulsado por seis meses por las siguientes faltas:

- 1° Se resiste a que el Partido presente candidato a la presidencia;
- 2° Es conciliador con Hidalgo y el hidalguismo;
- 3° Rechaza la organización celular y el trabajo antimilitarista;
- 4° Confunde la revolución agraria-antiimperialista con la revolución socialista.”⁴⁰³

Independiente de lo anterior, la mayoría de las expulsiones se basaron exclusivamente en la depuración de las llamadas ideologías malsanas. Esto se debió a la emergencia de disidentes a las políticas del PC chileno que abrazaron el trotskismo en este período⁴⁰⁴. El autodenominado Grupo Trotskista concentró las mayorías de las expulsiones ratificadas durante la Conferencia Nacional de julio de 1933, entre quienes podemos nombrar a Arturo Sepúlveda, Tomás Chadwick y Fernández⁴⁰⁵.

Durante estos años, la fracción oficial adoptó un discurso en cierta medida más flexible a fines de 1932 sobre las desviaciones en sus cuadros. Si bien en su apuesta mediática llamaron sistemáticamente a combatir las ideas

⁴⁰³ “Medida disciplinaria contra el camarada Timoteo Ávalos”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 59, 31 de diciembre de 1932, p. 2.

⁴⁰⁴ Andrew Barnard, *op. cit.*, p. 161.

⁴⁰⁵ *Hacia la formación de un verdadero partido de clase...*, *op. cit.*, pp. 7-10.

alejadas de su política, en la práctica no se asumían inicialmente como desviaciones. Esta categoría, a diferencia de lo expuesto sobre el discurso del BSA, existía solo en la medida que estas ideas extrañas fueran reconocidas colectivamente como tal. Con ello nos referimos a que se buscó someterlas a discusión. De esa forma, la legitimidad de la acusación no solo residía en la autoridad que emitía el juicio. Por tanto, si algún militante suscribió a estas ideas y después desistió de ellas, no era sancionado. Al respecto, a propósito del caso de Ávalos, un corresponsal de *Bandera Roja* señaló lo siguiente:

“Todas estas desviaciones no merecían una medida disciplinaria por el hecho de tenerlas, a condición de que ellas sean discutidas y reconocidas por sus sostenedores como concepciones y tendencias extrañas al Partido. Pero en el caso del camarada Ávalos ha sido hasta ahora inútil toda discusión con él. Su mala posición política lo ha llevado inevitablemente a lo que tenía que ocurrir: al sabotaje del trabajo diario y práctico del Partido, lo que constituye una verdadera traición.”⁴⁰⁶

Desde esta mirada, las discusiones que suscitaban estas ideas extrañas fueron oportunidades para quien las suscribía de capitular. En ese sentido, no es posible considerar esas instancias como verdaderos espacios de debate. Este margen de tolerancia, al igual que la modificación de las sanciones, consistió en una forma de velar por no separar de la actividad partidaria a la mayor cantidad de militantes activos posibles. Recordemos que durante estos años, una de las principales preocupaciones del partido era aumentar sus filas, razón por la cual impulsó la proletarización. Por otro lado, en un sentido estratégico, los espacios de discusión permitían visibilizar la influencia que esas ideas tenían. Este último mecanismo fue una forma de evitar nuevos liderazgos y, por consiguiente, las deserciones masivas en caso que estos líderes fuesen expulsados.

⁴⁰⁶ “Medida disciplinaria contra el camarada Timoteo Ávalos”, *op. cit.*

Para la educación de los cuadros, el PC oficial llamó insistentemente a sus afiliados a practicar la llamada “auto-crítica”. Este ejercicio consistió en que cada organismo debía exponer y analizar sus propios errores. El objetivo de esto era depurar al partido de las desviaciones y malas prácticas, como la inactividad de varios militantes o la indisciplina⁴⁰⁷. Las condiciones para que esto fuera posible, de acuerdo a un artículo del comunista ruso Dmitri Manuilski reproducido en *El Comunista*, eran las siguientes: primero, que el CC debía tomar la iniciativa de la auto-crítica y dirigir su realización y, segundo, que la crítica debía estar ligada al establecimiento de un sistema de distribución de responsabilidades para las bases⁴⁰⁸. No obstante, su aplicación se vio enfrentada a la reticencia de algunos. Al respecto, en el mismo periódico se publicó lo siguiente:

“Pero, desgraciadamente, en nuestros cuadros subsiste aún, con manifestaciones en cierto modo arraigadas, la tendencia a no encarar ni mucho menos resolver los problemas graves del momento; generalmente se orillan estas discusiones, porque se teme ofender o atacar los puntos de vista de grupos de compañeros apegados a concepciones inaceptables en la etapa actual del desarrollo económico de la Humanidad y de las luchas del proletariado.”⁴⁰⁹

Este comentario da cuenta de la persistencia de influencias de grupos o líderes arraigadas al quehacer partidario. Posteriormente, se ratificó la liquidación de este

⁴⁰⁷ “La influencia pequeño-burguesa en nuestros cuadros. Cómo se manifiesta y forma en que debemos combatirla”, *El Comunista*, Antofagasta, Cuarta Época, Año I, N° 20, 25 de mayo de 1932, p. 1.

⁴⁰⁸ Dmitri Manuilsky, “Autocrítica franca y bolchevique”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 9, 7 de noviembre de 1931, p. 4; *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 6, 22 de octubre de 1931, p. 3.

⁴⁰⁹ “Hacia la fijación de una justa línea bolchevique”, *El Comunista*, Antofagasta, Cuarta Época, Año I, N° 21, 29 de mayo de 1932, p. 1.

tipo de dinámicas, en tanto “formas de vida familiar y caudillesca”⁴¹⁰.

Junto a la crítica, la distribución de material doctrinario y la realización de cursos específicos fueron los pilares de la educación de los cuadros. A diferencia de los años anteriores, estas iniciativas fueron impulsadas con mayor seriedad y sistematicidad. Asimismo ocurrió con la fracción de oposición.

En 1932, la fracción oficial fundó la Editorial “Marx y Lenin” para la publicación de estudios clásicos del comunismo en ediciones populares⁴¹¹. Durante ese año, se alcanzó a publicar *Los fundamentos del leninismo* (Stalin) y *Terminación del primer plan quinquenal* (Molotov)⁴¹². Por su parte, los opositoristas fundaron hacia 1933 la editorial “Luis Emilio Recabarren”⁴¹³ que - por lo menos - publicó los documentos preparatorios para su Congreso de marzo.

En estos años, la fracción oficial organizó campañas de capacitación tanto para las bases como para las direcciones, además de cursos sistemáticos⁴¹⁴. Los contenidos específicos estuvieron dirigidos a la formación de combatientes⁴¹⁵. De acuerdo a un plan de estudios publicado en enero de 1933, se buscó que los militantes lograran cumplir el siguiente perfil: además de tener un “espíritu revolucionario y su adhesión a la causa comunista, debe comprender los problemas fundamentales del movimiento, su línea combativa, cómo aplicarla, etc.”⁴¹⁶

⁴¹⁰ *Hacia la formación de un verdadero partido de clase...*, *op. cit.*, p. 44.

⁴¹¹ “Editorial Marx-Lenin”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 27, 2 de abril de 1932, p. 2.

⁴¹² “Editorial Marx-Lenin”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 28, 5 de abril de 1932, p. 2.

⁴¹³ *En defensa de la Revolución...*, *op. cit.*, p. 88.

⁴¹⁴ “Hacia la conquista de Empresas e Industrias fundamentales”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 50, 22 de octubre de 1932, p. 3.

⁴¹⁵ “Educación revolucionaria de clase”, *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, N° 10, 10 de agosto de 1933, p. 3.

⁴¹⁶ *Plan de estudios de un curso de capacitación. Hacia la formación de un poderoso activo en el Partido Comunista chileno*, Santiago, Taller gráfico Gutenberg, enero de 1933, p. 8.

Cada activista debía ser un dirigente en su campo de acción, además de contribuir a seguir y elaborar la línea política del PC.

Para lograr lo anterior, era necesario que el trabajo de formación política, a través de círculos, conferencias, cursos, boletines internos, etc., consistiera en la conciliación entre la doctrina y la práctica. En función de ello, el plan de estudios que describiremos a continuación estuvo dirigido a militantes que tuvieran amplia experiencia en la actividad partidaria, en particular quienes participaron en las luchas sociales. Este programa privilegió en su extensión tres temas: “La crisis mundial y su repercusión en América Latina”, “Introducción al estudio del leninismo” y “Cuestiones sindicales”, es decir, dos teóricos y uno táctico. La primera unidad básicamente examinaba el vínculo entre el imperialismo y la crisis, con el fin de caracterizar la tesis sobre el “Tercer período” del capitalismo mundial - abogada en estos años por la Internacional - y su repercusión en Chile. Para ello, se estableció como bibliografía básica *El A. B. C. del comunismo* (Bujarin), *El imperialismo, la última etapa del capitalismo* (Lenin), además de las tesis del XII Pleno del CE de la Komintern y el documento del BSA *Las grandes luchas del proletariado chileno*. La segunda unidad consistió en los principales aspectos teóricos del leninismo, como la teoría de la revolución, las cuestiones campesina y nacional, el partido como vanguardia de la clase obrera, etc. Los principales textos de lectura fueron *Fundamentos del leninismo* y *La lucha por el leninismo*, ambos de autoría de Stalin. Finalmente, la tercera unidad agrupó las orientaciones tácticas para el trabajo partidario en los sindicatos, independiente de su carácter reaccionario. En esta etapa del curso, los estudiantes debían leer la I Conferencia Sindical Latino-Americana, *Radicalismo, la enfermedad infantil del comunismo* (Lenin)⁴¹⁷ y las resoluciones

⁴¹⁷ Transcripción de la fuente. Se refiere al libro *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*.

sindicales del CC chileno⁴¹⁸. A estas materias se sumó secundariamente “La lucha contra la guerra imperialista”, “Construcción del socialismo en la U.R.S.S.” y “Trabajo juvenil”.

Esta selección se manifestó en las materias correspondientes a un curso intensivo, preparado por la Comisión de Agit-prop (Agitación y propaganda), para quienes no disponían del tiempo necesario para completar el regular. Los contenidos específicos expuestos anteriormente fueron los seleccionados. Según el plan de estudios publicado en 1933, el objetivo de este programa resumido era “la comprensión teórica de esas resoluciones y la aplicación práctica de ellas en nuestras luchas diarias”⁴¹⁹. A diferencia del curso anterior, éste no solo estuvo dirigido a los militantes, también a los obreros de empresas importantes de la economía chilena. Los profesores, por su parte, debían ser los comunistas que estuvieran estudiando en el curso anteriormente descrito. Sobre la bibliografía obligatoria, se definieron los siguientes documentos: las resoluciones del XII Pleno del CE de la Internacional, *Las grandes luchas del proletariado chileno*, los boletines internos del CC, además de las colecciones de los periódicos santiaguinos *Bandera Roja* y *Justicia*⁴²⁰.

Los opositoristas, por su parte, tanto en el informe del CR para el Congreso Regional de Santiago y Aconcagua de fines de 1931 como en los documentos preparatorios para el Congreso de marzo de 1933, resolvieron impartir cursos de capacitación para los militantes y llamaron a la crítica pública de sus faltas⁴²¹. Considerando la importancia de ambos documentos, es claro que estos fueron los principales mecanismos para la formación de sus cuadros y la regulación de su actividad. A propósito de la realización

⁴¹⁸ *Plan de estudios de un curso de capacitación...*, *op. cit.*, pp. 12-24 y 26-32.

⁴¹⁹ *Ibid.*, p. 39.

⁴²⁰ *Loc. cit.*

⁴²¹ AHN, s. c., AMH, *Informe del Comité Regional al Congreso Regional de Aconcagua y Santiago*, [noviembre de 1931], fj. 7; *En defensa de la Revolución...*, *op. cit.*, pp. 31 y 88.

de los cursos, esta mirada logró conciliarse con la creación de instituciones de saber, manifestación característica de la cultura política de la bolchevización. Sin embargo, es evidente que aún faltan registros para indagar con mayor profundidad en el tema.

Estas características de los cursos de capacitación dan cuenta de lo integral del aprendizaje que se buscó lograr. El carácter global del conocimiento se distanció notablemente de las posibilidades que ofrecían la lectura un tanto interrumpida de los periódicos, boletines y material doctrinario que caracterizó el período anterior. Si bien estos fueron esfuerzos más sistemáticos, su impacto es posible visualizar en el despliegue de la actividad partidaria, cuestión que examinaremos más adelante.

Considerando los antecedentes descritos, la formación de los militantes tuvo una gran innovación en estos años, los cursos de capacitación. La instauración de estos centros de estudio respondió a una ortodoxia, y por consiguiente a una jerarquía, del saber en torno al comunismo. De ahí que en esta época hayan existido el Instituto Lenin de Moscú o la Universidad de Oriente. Desde esta perspectiva, esta forma de instrucción de los cuadros chilenos no puede verse como un paso natural. Como lo señalamos en el primer capítulo, el conocimiento basado en la experiencia no requería de escuelas. En cambio, la idea del militante como un experto del comunismo, claramente no de cualquiera, sí las necesitaba. En este marco, podemos considerar la creación de estos cursos en el PC chileno como una institución que se adquiere de la bolchevización y, por tanto, una innovación que se hizo presente en ambas fracciones. Pese a que en general se buscó equilibrar la doctrina y la práctica, como lo veremos más adelante, esta correlación dependió de las interpretaciones que ambas fracciones le asignaron a su trabajo partidario.

El ideal del militante orgánico, en suma, redujo la capacidad crítica de los comunistas hacia una armonía con los contenidos doctrinarios y tácticos del comunismo oficial chileno. Desde esta perspectiva, la hegemonía instaurada

por la fracción de Contreras Labarca delimitó las características de sus cuadros al servicio de una concepción organicista de la acción, cuya implicancia inmediata fue la exaltación del monolitismo doctrinario, la disciplina y la simplificación de la moral. Sin embargo, la conciliación entre las orientaciones establecidas en las resoluciones del CC o de la Internacional y la práctica de los cuadros fue un equilibrio que fue difícil garantizar.

3. Tareas en los albores de la revolución

La actividad de los comunistas en esta época partía en las células. Allí los militantes pagaban sus cuotas y daban cuenta del cumplimiento de sus tareas asignadas por los jefes del organismo, se aceptaban incorporaciones y renuncias, y se elegían algunas autoridades. Allí se discutían los problemas de los trabajadores, los cuales finalmente se canalizaban en las políticas partidarias. Estos espacios fueron considerados como la unidad básica de la acción comunista. Para caracterizar el despliegue de las actividades de los militantes, haremos un contrapunteo entre los opositoristas y la fracción oficial en la medida que los registros disponibles lo permitan.

Durante estos años, la fracción de Contreras Labarca levantó la siguiente consigna: “¡Fuera la pasividad!”. Esta crítica a las formas incorrectas del quehacer de los comunistas expresó el endurecimiento, como lo habíamos adelantado, de las medidas disciplinarias. Si antiguamente el faltar a las reuniones o no cumplir con las labores asignadas no era motivo de castigo, en estos años éstas llevaron hasta la expulsión o la suspensión. Un articulista apodado Mario afirmó a fines de 1931 que quienes no realizaban un trabajo serio en los sindicatos o en su célula, o rehuía de sus tareas, debían sufrir las consecuencias. Asimismo con quienes aún no

formaban fracciones o comités de lucha entre los organismos de trabajadores o de cesantes⁴²².

Posteriormente, a raíz del fracaso de un Ampliado, quienes asistieron a la asamblea condenaron la falta de sus camaradas de la siguiente forma:

“Considerar un acto de sabotaje, el hacer fracasar esta reunión; pues, los comunistas estamos obligados a asistir puntualmente a todos los actos del Partido.

Esta falta de disciplina constada en esta reunión, reviste mayor gravedad aún, porque los responsables de este fracaso son los compañeros que están considerados como activistas del Partido.”⁴²³

Esta necesidad de control también se expresó en la definición de los procedimientos y funciones. Un ejemplo de ello es el funcionamiento de las asambleas de las células. Según un artículo publicado en octubre de 1931, estas instancias debían celebrarse hacia la quincena de cada mes, en un momento en que todos sus miembros pudieran asistir⁴²⁴. Estas reuniones, de acuerdo al mismo artículo, debían estar planificadas, partir puntualmente y no abarcar más de dos puntos en su tabla. Fue obligatorio para cada militante dar cuenta del cumplimiento de sus responsabilidades asignadas. Los resultados debían ser registrados en actas, la cual debía ser enviada al CL correspondiente. Al año siguiente, se definieron las funciones de los Comités de Barrios (C. de B.)⁴²⁵ y su

⁴²² Mario, “¿Por qué los comunistas no forman aún las fracciones sindicales de los sindicatos?”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 11, 14 de noviembre de 1931, p. 4.

⁴²³ “Auto-crítica”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 26, 29 de marzo de 1932, p. 4.

⁴²⁴ “Funcionamiento de las células de empresa”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 11, 28 de octubre de 1931, p. 2.

⁴²⁵ Estos organismos mediaron los vínculos entre las células y los Comités Locales. No obstante, hacia 1933 se buscó desplazar su preponderancia frente a las células de fábrica o empresa, las cuales eran consideradas los enclaves de la acción comunista en los centros

relación con las células de su dependencia. Cada C. de B. debía hacer un plan de trabajo que contemplara una o dos fábricas de su área de acción, fijar plazos, elaborar material de propaganda y distribuir tareas entre las células⁴²⁶.

Esta necesidad de determinar las funciones y atribuciones de los organismos partidarios fue correlativa a su proliferación durante estos años y al endurecimiento de las sanciones disciplinarias. En este marco, no solo se trató de fijar cómo los comunistas de la fracción oficial debían realizar su labor, también se buscó clarificar las relaciones de jerarquía y, por tanto, el lugar que cada militante ocupaba en el partido. Como lo señalamos a inicios de este capítulo, estas manifestaciones respondieron a una concepción particular de la acción comunista que fue instalada por la bolchevización. La subordinación de los militantes a la estructura partidaria suponía fidelizar su actuación respecto a las orientaciones trazadas por el CC. El fin de la pasividad que pregonaba el PC oficial, en ese sentido, significó reactivar y corregir a quienes aún caían en la irresponsabilidad y la libre iniciativa, es decir a quienes aún no encajaban en la nueva hegemonía.

Los opositoristas posiblemente no incurrieron en este tipo de dinámicas. Pese a que en los registros disponibles no se explicita el tema, la noción que ellos adoptaron sobre la disciplina nos da una pista. Si la disciplina debía ser producto del compromiso con el partido, es poco probable que las direcciones de la fracción buscaran normalizar la actividad partidaria a punta de sanciones. Sin embargo, esto no significa que hayan dejado al libre albedrío a sus camaradas, o que no hayan tenido períodos de rigidez. Es claro que la crítica y los cursos de instrucción jugaron un rol fundamental y, en ese sentido, podríamos sostener que preponderó una visión más

productivos. El problema de los C. de B. era que, al estar compuestas por comisiones, un secretario y un buró político, tendían al separatismo. En: "Vida partidaria", *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, N° 4, 17 de abril de 1933, p. 2.

⁴²⁶ "Vida del Comité Regional de Santiago", *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 50, 22 de octubre de 1932, p. 3.

pedagógica - propia del discurso tradicional - en la regulación de la actividad de sus cuadros. No obstante, estas aproximaciones aún caben en el campo de la especulación, a raíz de la escasez de registros para estos años.

La tarea más importante que se realizaba en las reuniones de células era el debate de la política del partido. Si bien ambas fracciones canalizaron los problemas de los trabajadores a través de este mecanismo, las discusiones no tenían los mismos referentes.

Como es posible concluir del conflicto entre el SSA-BSA y la dirección del grupo de Hidalgo, los opositoristas privilegiaron su experiencia a la hora de elaborar sus estrategias políticas. Este criterio se mantuvo hasta que la correlación de fuerzas en el seno del Congreso de marzo fue favorable a la postura de adscribir a la Oposición Comunista Internacional. Según un corresponsal de iniciales E. R. M. que publicó en el periódico *La Chispa*, la mirada hacia la coyuntura nacional sugería, en sí misma, algunas ideas sobre la táctica política, por lo que no era necesario marearse “con literatura que se ha dado en llamarse subversiva”⁴²⁷. En el mismo ejemplar, el secretario general del CC de la fracción, Humberto Mendoza (“Jorge Levin”), señaló sobre este tema lo siguiente:

“Pero los períodos de la lucha no pueden llenarse sencillamente con la sola determinación estratégica, se requiere la elasticidad revolucionaria que permite al P. C. trazar su táctica adecuada a la circunstancia sin renunciar por ello a la directiva final de la doctrina o estrategia comunista.

Y para que el P.C. pueda efectuar movimientos de avances o retroceso, de combinación o de simplificación, se requiere toda la soltura y flexibilidad que solamente posee el P.C. conscientemente revolucionario y conscientemente

⁴²⁷ E. R. M., “Lo que hay que hacer”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 4, noviembre de 1931, p. 7.

constituido como vanguardia revolucionaria e igualmente reconocido por las masas explotadas.”⁴²⁸

Hacia 1933, en el informe y tesis política, Mendoza recalcó que esta flexibilidad en un partido aún débil no generaba los resultados que merecía su posición de marxistas-leninistas⁴²⁹. Por ello consideró necesario definir, en el marco del Congreso, si se sometían al lafertismo (es decir, luchar en los cuadros de la Komintern) o adherir a la OCI⁴³⁰.

En cambio, el marco referencial de los comunistas del PC oficial priorizó la ortodoxia de la Internacional. En las asambleas de las células, se buscó discutir cómo las resoluciones del organismo internacional (en particular las del XII Pleno del CE de Komintern) y la doctrina podían aplicarse en sus actividades⁴³¹. Desde esta perspectiva, es comprensible que haya tenido tanta importancia la realización de cursos de capacitación y la definición de sus contenidos, como lo revisamos anteriormente.

Estas diferencias en los criterios de evaluación política impactaron evidentemente no solo en las estrategias políticas de ambas fracciones, también en el quehacer de sus respectivos afiliados.

*

Sobre las estrategias del PC oficial se ha hablado bastante⁴³². En general, y a propósito de lo que planteamos

⁴²⁸ Jorge Levin, “Un paso adelante; marcha atrás”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 4, noviembre de 1931, p. 8.

⁴²⁹ *En defensa de la Revolución...*, *op. cit.*, p. 69

⁴³⁰ *Ibid.*, p. 70

⁴³¹ *Plan de estudios de un curso de capacitación...*, *op. cit.*, p. 39; “Las resoluciones del XII Plenum del C.E. de la I.C. y su aplicación por el Partido Comunista chileno”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 59, 31 de diciembre de 1932, p. 2.

⁴³² Andrew Barnard, *op. cit.*; Olga Ulianova, “Una crisis escuchada como la obertura de la revolución”, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2009, pp. 15-54, “República Socialista y soviets en Chile...”, *op. cit.*, 2009, pp. 173-206, “Entre el auge revolucionario y el abismo sectario...”, *op. cit.*, pp. 50-88; Sergio Grez, “Un episodio de las políticas del “Tercer período” de la

sobre sus referencias, todos los estudios sostienen que el PC estuvo subordinado a las políticas “clase contra clase”. Tal como su nombre lo indicó, las estrategias abogadas en estos años por la Komintern fueron proyectadas en la prensa comunista chilena en función de un próximo enfrentamiento entre dos frentes, el de los explotadores y el de los explotados⁴³³. Según el primer ejemplar del órgano central santiaguino, *Bandera Roja*, el deber del PC era propiciar la formación de este último grupo (el llamado Frente Único por la base) y dirigirlo⁴³⁴. Esta forma de entender la coyuntura nacional fue apoyada por el BSA, dada la sensación de crisis que generó la sublevación de la Marinería y la consiguiente valoración de Chile como un país donde la revolución estaba cerca⁴³⁵.

La acción comunista, por consiguiente, debía estar dirigida hacia la agitación de las masas en el marco de su radicalización. En función de ello, los referentes de los bolcheviques fueron claves. Si durante los años de la bolchevización las percepciones fueron en torno a la disciplina y el monolitismo doctrinario (características básicas que debía tener un partido revolucionario), en estos años las recepciones sobre el PCtU se enfocaron en sus métodos de trabajo. Un ejemplo de ello es un artículo del comunista ruso Ósip Piátnitsky, reproducido en *Bandera Roja* a inicios de 1933. La respuesta al cómo debían los comunistas realizar la agitación era clara: a través de la

Internacional Comunista...”, *op. cit.*; Gabriel Muñoz, *op. cit.*; Paul Drake, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁴³³ “A la lucha independiente del proletariado contra el actual gobierno y los políticos conspiradores”, *Bandera Proletaria*, Santiago, Año I, N°3, 17 de abril de 1933, pp. 3-4; Krassin, “Política de sacrificio”, *El Despertar Proletario*, Iquique, Año I, N° 2,7 de mayo de 1933, p. 2; “Hegemonía combativa”, *El Despertar Proletario*, Iquique, Año I, N° 2,7 de mayo de 1933, p. 4.

⁴³⁴ “El Partido Comunista ante la situación política y la elección presidencial”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 1, 13 de agosto de 1931, pp. 1-2; Maurice Thorez, “Cómo realizar el Frente Único”, *Bandera Proletaria*, Santiago, Año I, N°2, 9 de abril de 1933, p. 2.

⁴³⁵ Olga Ulianova, “Una crisis escuchada como la obertura de la revolución”, *op. cit.*, pp. 49-54.

coordinación y cohesión propia de los bolcheviques⁴³⁶. Desde esta perspectiva, el PC chileno debía esforzarse por alcanzar la organicidad suficiente como para realizar un trabajo sistemático y efectivo.

En este escenario, las tareas del militante del PC oficial se abocaron inmediatamente al fortalecimiento de la FOCh. Según un artículo publicado en agosto de 1931, se debía formar en cada mina, fábrica o estación comités adheridos a la central sindical, además de comités de lucha entre los campesinos y los cesantes, a través de programas de reivindicaciones inmediatas⁴³⁷. En función de ello, cada grupo de mínimo 6 o 7 afiliados debía fundar una célula en su respectivo lugar de trabajo. En estas instancias se esperaba que los miembros discutieran y estudiaran los conflictos diarios en el seno de su fábrica, hacienda, etc., de acuerdo a las directivas de los organismos superiores del PC. Finalmente, ello se traduciría en acciones de resistencia y movilización de masas⁴³⁸. En suma, la actividad comunista en los llamados *sindicatos rojos* debía estar subordinada a una planificación, pero en la práctica ésta no siempre se elaboró⁴³⁹.

La acción de las fracciones comunistas, en este marco, se limitó a las organizaciones sin partido de obreros y de campesinos (sindicatos, cooperativas, ligas, asociaciones deportivas, etc.), además de los sindicatos no

⁴³⁶ Ó. Piatnisky, “Como deben los comunistas realizar la agitación”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 60, 7 de enero de 1933, p. 2.

⁴³⁷ “El Partido Comunista ante la situación política y la elección presidencial”, *op. cit.*; “El Partido Comunista (Sección Chilena de la I.C.) frente a la elección presidencial. Programa de Reivindicaciones Inmediatas”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 2, 2 de octubre de 1931, p. 3

⁴³⁸ “La escandalosa mascarada electoral del domingo 4”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 5, 17 de octubre de 1931, pp. 1 y 3; “Células y fracciones”, *Bandera Roja*, Año I, N° 5, 17 de octubre de 1931, p. 2 y 3.

⁴³⁹ Mario, “¿Por qué los comunistas no forman aún las fracciones sindicales de los sindicatos?”, *op. cit.*

adscritos a la FOCh⁴⁴⁰. Hacia 1931, las fracciones debían reforzar la influencia de los comunistas en estas organizaciones y llevar a la práctica la política del partido⁴⁴¹. Particularmente, en los sindicatos no comunistas se debía “hacer un programa concreto de lucha para transformar el sindicato en sección de la FOCH”⁴⁴². Eso significó no solo atraer a los obreros a través de un programa de reivindicaciones e influenciarles la política del partido, también desplazar a sus líderes a través de la denuncia sistemática de supuestas complicidades con los explotadores y con el imperialismo⁴⁴³. Esto último fue vinculado al uso de mecanismos legales para la resolución de conflictos. A partir de 1932, la función ofensiva contra los adversarios políticos en los sindicatos fue aislada y se tradujo en la formación de un nuevo organismo, la Oposición Sindical Revolucionaria (OSR). Según un artículo publicado en noviembre del mismo año, los miembros de la OSR debían velar por hacer:

“[...] comprender a la mayoría de los trabajadores que militan en tales organismos legales el perjuicio que acarrea a los intereses de su clase la legalidad de tales organizaciones, que sirven únicamente para entregarla maniatada a la voracidad de sus explotadores y a las autoridades del Trabajo (Tribunales de Conciliación) y volcar estas organizaciones en fuertes sindicatos revolucionarios de clase.”⁴⁴⁴

⁴⁴⁰ “Células y fracciones”, *op. cit.*; “Rompeamos los sindicatos legales”, *Justicia*, Santiago, Año I, Tercera Época, N° 3, 2 de marzo de 1932, pp. 1-2.

⁴⁴¹ *Loc. cit.*

⁴⁴² “Tareas de los comunistas y simpatizantes y la lucha contra la desocupación”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 15, 28 de noviembre de 1931, p. 2.

⁴⁴³ “La escandalosa mascarada electoral del domingo 4”, *op. cit.*

⁴⁴⁴ “Las resoluciones del XII Plenum del C.E. de la I.C. y su aplicación por el Partido Comunista chileno”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 59, 31 de diciembre de 1932, p. 2.

En esta visión sobre el creciente pulso revolucionario, evidentemente las elecciones y la labor parlamentaria quedaron relegadas al terreno de la propaganda, si bien siempre fue una concepción instalada en los discursos hegemónicos del PC. Durante la campaña presidencial de Elías Lafertte entre agosto y octubre de 1931, un corresponsal de *Bandera Roja* reflexionó lo siguiente a días de la votación:

“[...] Aun cuando el Partido obtuviese la mayoría - cosa difícil ya que los medios de propaganda los monopoliza la burguesía- no le sería entregado el gobierno pacíficamente. Los trabajadores tomarán el poder a través de sus luchas y estableciendo por la fuerza el gobierno de sus consejos de obreros, campesinos, soldados y marineros.”⁴⁴⁵

En el mismo artículo, se planteó que estas instancias eran oportunidades para desenmascarar a los llamados “agentes del imperialismo, de los terratenientes y de la burguesía nacional”, además de ser ocasiones para impulsar la organización de los trabajadores⁴⁴⁶. Al año siguiente, en el marco de las elecciones parlamentarias, Francisco Torres afirmó que Lafertte no iba al Congreso a hacer leyes, ni buscaría que el régimen beneficie al pueblo, sino a desenmascarar a la burguesía imperialista y los llamados “traidores de los obreros” (es decir, Hidalgo, Carmona, etc.)⁴⁴⁷. Este consenso, y dada la nula discusión, se explica por el retroceso electoral experimentado en estos años⁴⁴⁸. Si

⁴⁴⁵ “A favor o en contra de su Hambreamiento, votarán los trabajadores el Domingo”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 4, 1 de octubre de 1931, p. 2.

⁴⁴⁶ *Loc. cit.*

⁴⁴⁷ Francisco Torres, “El candidato del Partido Comunista debe triunfar”, *El Comunista*, Antofagasta, Cuarta Época, Año I, N° 1, 31 de marzo de 1932, p. 4.

⁴⁴⁸ Luis Durán, “Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973”, en Augusto Varas (comp.), *op. cit.*, p. 348; Sergio Grez, “La izquierda chilena y las elecciones: una perspectiva histórica (1882-2013)”, *Cuadernos de Historia*,

bien en esa oportunidad la fracción impulsó las candidaturas de Contreras Labarca, Lafertte, Luis Peña, José Vega y Andrés Escobar, solo consiguió llevar a la diputación a los dos últimos. Finalmente, a Vega se le quitó el fuero parlamentario meses después de su elección⁴⁴⁹.

Dada la directa supervisión del emisario Paulino González Alberdi, el segundo semestre del año 1931 se caracterizó por una aplicación bastante rígida de estas políticas. A partir de esto, Sergio Grez señaló que las campañas electorales de Manuel Hidalgo y Elías Lafertte expresaron las radicales diferencias sobre la concepción del Frente Único: si para los laferttistas la unidad debía ser de base obrera, sin pactos y alianzas con otros partidos, para los hidalguistas - en cambio - su construcción incluía a los emergentes grupos socialistas, laboristas y al Partido Democrático⁴⁵⁰. Estas distinciones, si bien en el discurso se mantuvieron hasta el giro del Frente Popular, en la práctica política del PC oficial tendieron a flexibilizarse entre los años 1932 y 1933⁴⁵¹. Esta perspectiva permite explicar los pactos políticos adscritos por la fracción oficial, como el Frente Único por la libertad de los marineros o el Frente Anti Fascista, dejando de lado la idea de su carácter utilitario al servicio de sus políticas sectarias. Para efecto del presente estudio, esta perspectiva permite preguntarnos por el grado de profundidad que alcanzó la bolchevización en la fracción oficial.

Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, junio de 2014, (40):74.

⁴⁴⁹ "La burguesía [h]a arrebatado el fuero al verdadero representante de la clase obrera del Norte[,] *compañero José Vega*", *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, N° 5, 1 de mayo de 1933, p. 4. Este hecho se produjo a raíz del arresto del diputado en el marco del descubrimiento de la Prefectura de Investigaciones de la realización del IX Congreso partidario el día 27 de marzo de 1933. En: Archivo Nacional de la Administración, Fondo del Ministerio del Interior, vol. 8382, *Memorándum* de la Prefectura de Investigaciones, [s. d.], fjs. 1 y 3.

⁴⁵⁰ Sergio Grez, "Un episodio de las políticas del 'Tercer período' de la Internacional Comunista...", *op. cit.*

⁴⁵¹ *Loc. cit.*

Durante estos años, el modelo hegemónico del activista no mostró variaciones en sus características. Sin embargo, se vio enfrentado a las inflexiones en la aplicación de las políticas del “Tercer periodo”. No todos los militantes, y por extensión sus respectivos organismos, siempre siguieron las resoluciones de las direcciones centrales. Este tipo de situaciones implicaron el uso de otras prácticas políticas. En general, éstas fueron denunciadas por el CC y, si bien no se tradujeron en sanciones, se llamó a los organismos involucrados a criticar sus faltas. A fines de 1932, a propósito de las elecciones parlamentarias de ese año, el CC indagó en los errores cometidos. Del conjunto, las siguientes faltas merecen nuestra atención:

“En Iquique, nuestro candidato a senador fue en una lista proclamada por un llamado ‘Frente Proletario’, que lleva a Grove como presidente, situación que no se modificó por el hecho de haber proclamado el C.R. a Laferte.

En Antofagasta, el C.R. participa de un frente civilista que era una maniobra alessandrista.

En Valparaíso, se oculta al P. detrás de un ‘Block Obrero y Campesino’ y se coloca al secretario general del P. como candidato en representación de los empleados e intelectuales.”⁴⁵²

Esta situación en parte se explica por los problemas de comunicación que logramos percatarnos en la organización. Recordemos que era obligatorio que cada CR, y por extensión cada CL, debía enviar un informe de su actividad al CC. Esto no siempre se cumplió, si bien desconocemos si esta situación era usual. En esta línea, otro artículo denunció la debilidad ideológica del partido al haber participado en “el frente único por arriba y con los

⁴⁵² “Autocrítica sobre la última campaña electoral”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 54, 19 de noviembre de 1932, p. 2.

jefes reformistas en que caímos para el Paro del 11 de enero”, instancia donde participó el CC⁴⁵³.

Estas inflexiones en la práctica política del PC oficial dan cuenta que, pese a los esfuerzos del SSA-BSA y sus paladines chilenos, la bolchevización aún le quedaba terreno pendiente. La reiteración de los pactos políticos en un momento en que la supervisión del BSA (a cargo del emisario Carlos Dujovne) fue más mesurada⁴⁵⁴, nos sugiere que las prácticas políticas tradicionales permanecieron vigentes en esta época. Sin embargo, y como la evaluación de su real impacto excede con creces a los objetivos trazados en esta investigación, nos limitaremos a sostener que estas manifestaciones fueron producto de evaluaciones políticas basadas en la experiencia de los comunistas involucrados. Esta diferencia generó tensiones que buscaron resolverse otorgándole preponderancia al análisis doctrinario. De ahí la auto-crítica.

Es claro que el deber de aplicar las políticas del “Tercer período” en las actividades partidarias de la fracción oficial requirió poner el acento en la doctrina y la organicidad de sus cuadros. Por consiguiente, la representación hegemónica del activista se refirió en este período a varias cosas: a un experto del comunismo ortodoxo, a una persona abnegada y disciplinada, con capacidades de liderazgo sobre las masas e intransigente en la forma correcta del camino revolucionario. Para la fracción oficial, ese era el militante capaz de aprovechar la crisis para que su partido lograra conducir la revolución inminente. No obstante, y tal como sugieren los hechos, los alcances de este discurso se vieron limitados por la persistencia de viejas prácticas políticas, el peso del pragmatismo y la experiencia ganada por el trabajo de antaño.

* *

⁴⁵³ “Hacia la conquista de Empresas e industrias fundamentales”, *Bandera Roja*, Año II, N° 50, 22 de octubre de 1932, p. 3.

⁴⁵⁴ Olga Ulianova, “Develando un mito: emisarios de la Internacional Comunista en Chile”, *Historia*, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, enero-junio del 2008, 1(41):121-122.

Respecto a las estrategias de los opositores, pese a los escasos registros disponibles para los años 1932 y 1933, se han logrado trazar lineamientos generales⁴⁵⁵. Todos los estudios concuerdan en señalar que los opositores siguieron una línea política propia que tuvo importantes diferencias respecto a la otra fracción. Si bien la fracción de oposición desarrolló sus estrategias a partir de las prácticas y discursos tradicionales, no estuvo cerrada a la renovación. Como lo hemos afirmado, este grupo adoptó varios elementos de la bolchevización. Asimismo ocurrió con su trabajo partidario, una vez que lograron constituir un CC tras la caída de la dictadura.

Siendo consecuentes con sus criterios de análisis político, los opositores defendieron la necesidad de flexibilizar sus estrategias, frente a la rigidez que suponía abocarse a la aplicación mecánica de las orientaciones de la Internacional y la doctrina abogada por el PC oficial. Dado que sostener esta posición podía interpretarse como una desertión del comunismo internacional, durante este período esta fracción se preocupó de reforzar ese vínculo. Además de mantener el nombre “sección chilena de la I. C.”, el PC de oposición difundió sus recepciones sobre la URSS y los líderes de la Revolución de Octubre. Esto les permitió no solo justificar sus análisis y estrategias, también reivindicarse como comunistas frente a la insistencia de la otra fracción en tratarlos como renegados. Sobre esto daremos dos ejemplos (aparte del que citamos sobre la disciplina) provenientes de su órgano central, *La Chispa*, cuyos únicos ejemplares disponibles corresponden al segundo semestre del año 1931.

El primero es la reflexión de Humberto Mendoza, publicada en septiembre, sobre la revolución y la burocracia. Según el secretario general del CC, Lenin decía que el PC no debía limitarse a subordinar su acción en un plan o método fijo, sino admitir todos los medios en la

⁴⁵⁵ Gabriel Muñoz, *op. cit.*; Sergio Grez, “Un episodio de las políticas del ‘Tercer período’ de la Internacional Comunista...”, *op. cit.*; Paul Drake, *op. cit.*

medida que permitieran mejores resultados⁴⁵⁶. En ese sentido, Mendoza concluyó que esto se había cumplido “al deshacerse de la burocracia y al orientar la táctica y estrategia del Partido por las vías realistas de la revolución.”⁴⁵⁷ El segundo es un artículo de un autor anónimo publicado en agosto sobre la relación entre revolución y reforma. Para justificar la idea de flexibilizar las estrategias, el corresponsal - citando un texto de Lenin - argumentó que el leninismo no era contrario a las reformas, los compromisos y los pactos, pues eran recursos accesorios para el proceso revolucionario⁴⁵⁸.

Después de su expulsión de la FOCh, la fracción de oposición declaró la inexistencia de la central sindical. De acuerdo al acta del Congreso Regional de Aconcagua y Santiago, donde ratificaron esta tesis, la FOCh era un mito en la medida que carecía de la adhesión de las masas sindicalizadas, porque solo estaba constituida por las mesas directivas conquistadas por el PC oficial⁴⁵⁹. Frente a la acotada influencia que en ese momento tenían los comunistas entre los sindicatos, los congresistas dieron pie a la tarea de constituir otro referente sindical⁴⁶⁰. Para ello, se propusieron aumentar su influencia a través de la formación de fracciones comunistas en el seno de los sindicatos y otras organizaciones. Estos grupos fueron dependientes de sus respectivas células y se sometieron a los mismos mecanismos de control que en la fracción oficial, es decir la obligación de dar cuenta de sus actividades y -en caso necesario- la aplicación de sanciones o amonestaciones. A partir de esta relación de dependencia, las fracciones podrían desarrollar la lucha por la hegemonía.

⁴⁵⁶ Jorge Levin, “Revolución y burocracia”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 3, septiembre de 1931, p. 4.

⁴⁵⁷ *Loc. cit.*

⁴⁵⁸ “Reformismo y revolucionarismo”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 1, 20 de agosto de 1931, p. 2.

⁴⁵⁹ AHN, s. c., AMH, *Informe del Comité Regional al Congreso Regional de Aconcagua y Santiago*, [noviembre de 1931], fj. 15.

⁴⁶⁰ *Ibid.*, fj. 16.

Si bien inicialmente adscribieron a la idea de atacar a los líderes reformistas y socialistas⁴⁶¹, los opositores afirmaron que el control de los sindicatos debía ser fruto del posicionamiento de las posturas del PC, gracias al trabajo de las fracciones comunistas⁴⁶². En ese sentido, al igual que en los años precedentes, prefirieron respetar el debate y, por consiguiente, fomentaron el pensamiento crítico entre sus militantes. Esta particularidad de sus prácticas y discurso político les permitía pensar la ansiada unidad como un conglomerado de trabajadores de todas las tendencias. Básicamente, las organizaciones donde participaban no se declararon abiertamente comunistas, lo que difería notablemente de la estrategia del PC oficial. A diferencia de la otra fracción, los opositores privilegiaron la unidad obrera antes que la hegemonía, si bien no renunciaban a ella⁴⁶³. Desde esta perspectiva, sus cuadros debían generar unidad hacia sus posiciones a través de programas de reivindicaciones económicas inmediatas. A partir de ello, consideraban que podían derivar a sus simpatizantes hacia la lucha política. Según los opositores, ésta era la base para la agitación de las masas:

“Las batallas ganadas elevan paulatinamente la lucha, en caso necesario, al plano político, porque han reforzado la posición de los Comités y por lo tanto le permiten en cualesquier momento tirar el movimiento revolucionario que provenga a la lucha PERO SIEMPRE A TRAVÉS DE LA LUCHA ECONÓMICA.”⁴⁶⁴

En general, esta labor de los militantes no sufrió modificaciones entre los años 1932 y 1933. No obstante, y pese a los esfuerzos, en los documentos preparatorios para el Congreso de marzo de 1933, instancia donde finalmente declararon su deserción del PC y fundaron la Izquierda

⁴⁶¹ *Ibid.*, f. 8.

⁴⁶² *En defensa de la Revolución...*, *op. cit.*, p. 119

⁴⁶³ *Ibid.*, p. 25.

⁴⁶⁴ *Loc. cit.*

Comunista, los opositores señalaron que aún no conseguían formar una única central sindical. Lo más cercano a ese objetivo fueron los avances logrados en torno a los gremios de la construcción y su central, el Comité Único de la Construcción⁴⁶⁵.

No obstante lo anterior, desde fines de 1931, los opositores consideraron que la labor de las fracciones no era suficiente. Según un corresponsal de iniciales E. R. M., para garantizar el éxito del proceso revolucionario, era necesario formar convicciones entre los trabajadores. Esta tarea debía ser prioridad frente a agitación de masas⁴⁶⁶. Los bolcheviques, de acuerdo al mismo autor, habían hecho lo mismo:

“Ellos crearon sus grupos o células hasta en las más apartadas aldeas de la estepa y en silencio, sin mítines inútiles, sin ruidos, fueron forjando la mentalidad de los magníficos revolucionarios de Noviembre de 1917.”⁴⁶⁷

En función de ello, E. R. M. propuso que en las organizaciones obreras se leyera los periódicos partidarios y material de los centros de estudios, además de realizar una intensa propaganda a través de conferencias⁴⁶⁸. En noviembre de este año, la Universidad Comunista Luis Emilio Recabarren ya estaba impartiendo tres cursos para los obreros y empleados sobre los fundamentos científicos de la doctrina⁴⁶⁹. Estos cursos adoptaron la modalidad de charlas y fueron impartidos usualmente por comunistas conocidos por el CC (como Jorge Neut Latour), si bien se permitió la participación de oradores no comunistas, como Santiago Labarca. Asimismo, quienes asistían tenían espacio para plantear sus inquietudes y comentarios. Sobre esto último, se destacó en *La Chispa* que

⁴⁶⁵ *Ibid.*, p. 119.

⁴⁶⁶ E. R. M., “Lo que hay que hacer”, *op. cit.*

⁴⁶⁷ *Loc. cit.*

⁴⁶⁸ *Loc. cit.*

⁴⁶⁹ “La Universidad Luis Emilio Recabarren ha iniciado sus labores”, *La Chispa*, Santiago, Año I, N° 4, noviembre de 1931, p. 2.

“Cada uno aportando sus conocimiento de la realidad vivida resultando así interesantes y útiles pues dejan una enseñanza práctica por el estudio de la experiencia.”⁴⁷⁰

Este énfasis en el conocimiento basado en la experiencia, como lo hemos dicho, fue propio de la cultura política tradicional del PC. Sin embargo, su inscripción en este tipo de instituciones da cuenta en qué medida los opositoristas reinterpretaron aspectos propios de la cultura política bolchevique, estableciendo una especie de diálogo entre la doctrina y la experiencia. Desconocemos si durante los años 1932 y 1933, esta fracción siguió impulsando estas iniciativas.

La política electoral de los opositoristas no tuvo grandes diferencias con las practicadas en los años anteriores a la dictadura. En ambos casos se buscó ampliar el electorado a través de alianzas o pactos estratégicos. Si bien esta estrategia no logró mayores resultados para las elecciones presidenciales de 1931⁴⁷¹, para las parlamentarias del año siguiente permitió la elección de Manuel Hidalgo y Emilio Zapata. De acuerdo a las resoluciones del Congreso Regional de Aconcagua y Santiago, la labor de los parlamentarios debía regirse por la tesis de la Internacional zanjada en su congreso de 1923, según la cual:

“TODO PARLAMENTARIO COMUNISTA DEBE COMPRENDER BIEN QUE ÉL NO ES UN LEGISLADOR QUE TRATA DE HABLAR UN LENGUAJE común con otros legisladores, SINO UN PROPAGANDISTA DEL PARTIDO ENVIADO AL CAMPO ENEMIGO PARA HACER ALLÍ LA PROPAGANDA DEL PARTIDO.”⁴⁷²

⁴⁷⁰ *Loc. cit.*

⁴⁷¹ Sergio Grez, “Un episodio de las políticas del “Tercer período” de la Internacional Comunista...”, *op. cit.*

⁴⁷² AHN, s. c., AMH, *Informe del Comité Regional al Congreso Regional de Aconcagua y Santiago*, [noviembre de 1931], fj. 6.

Desde esta perspectiva, los congresistas de fines de 1931 consideraban que los errores cometidos, en ese momento por su único parlamentario, el senador Manuel Hidalgo, radicaban en el poco control ejercido por el CC y la sobreestimación de la labor legislativa⁴⁷³. Posteriormente, hacia 1933, los congresistas de marzo ratificaron esta tesis⁴⁷⁴. Esta precisión sobre el control de los parlamentarios y su rol nos recuerda a la polémica desatada a propósito de la Carta Abierta de fines de 1926. Evidentemente, los opositoristas buscaron evitar la articulación de nuevos liderazgos. En ese sentido, no es posible sostener que sus estrategias hayan resucitado los años anteriores a la bolchevización.

En comparación a los tiempos de la dictadura, es posible concluir que en el trabajo sindical de los opositoristas no hubo mayores inflexiones. Si bien integraron modos de trabajo propios de la bolchevización, como el uso de las fracciones en dependencia a sus organismos de base, mantuvieron varios aspectos de la cultura política tradicional. El respeto hacia el debate, las dinámicas asamblearias y el pensamiento crítico, además de la preocupación por el desarrollo de la consciencia revolucionaria, son aspectos que respondieron a la preocupación por el sujeto en la acción comunista. Desde esta perspectiva, la representación del militante no era la del combatiente de la fracción oficial. El comunista debía ser una persona crítica, abnegada y disciplinada, dispuesta a considerar su experiencia para definir su acción y capaz de teorizarla desde el marxismo. Para la fracción de oposición, ese era el militante capaz de aunar fuerzas y lograr que su partido dirigiera la ansiada revolución. Sin embargo, la adhesión de algunos de sus líderes al trotskismo⁴⁷⁵ y la agudización de las tensiones con la otra fracción llevaron a la capitulación de este proyecto - por lo menos - en las filas del PC chileno.

⁴⁷³ *Loc. cit.*

⁴⁷⁴ *En defensa de la Revolución..., op. cit.*, p. 29.

⁴⁷⁵ Como Humberto Mendoza, Oscar Waiss y Jorge Neut Latour.

4. Recabarren entre la institución y la crítica

La vida de Luis Emilio Recabarren, como lo sostuvimos anteriormente, fue anclada a una etapa del desarrollo histórico de la clase obrera por los comunistas de los años inmediatos a su muerte. Esta caja negra fue divulgada en la prensa partidaria durante el período de estudio, incluyendo los tiempos de clandestinidad⁴⁷⁶.

No obstante lo anterior, desde fines de 1931 el PC oficial destacó un nuevo elemento en la biografía política del líder chileno. Según un artículo en *Bandera Roja*, la obra política de Recabarren no solo consistió en la organización de la FOCh y el PC o la creación de periódicos obreros, también fue la lucha contra el reformismo y la social democracia⁴⁷⁷. Al año siguiente, en una entrevista a José Vega publicado en el periódico santiaguino, el diputado comunista recordó la siguiente cualidad de su viejo camarada: “Recabarren fue el más chicote⁴⁷⁸ que hayamos tenido nosotros contra los hambreadores, contra los oportunistas, contra los asesinos de las mujeres y de los niños.”⁴⁷⁹ Finalmente, agregó: “Su fidelidad fue una prueba irrefutable. Jamás se alejó de ella, ni en los instantes de mayor peligro.”⁴⁸⁰ Estos elementos dan cuenta que, en la primera mitad de la década de 1930, la biografía de Recabarren fue interpretada de acuerdo a la línea política de la fracción oficial del PC. En particular, los elementos destacados fueron las manifestaciones de la estrategia de ataque contra los llamados “grupos oportunistas”, es decir, los anarquistas, los socialdemócratas, los grovistas, los hidalguistas, entre otros.

⁴⁷⁶ “Luis Emilio Recabarren S.”, *Nuevos Rumbos*, Chile, N° 3, [diciembre de 1929], p. 1.

⁴⁷⁷ “Recabarren”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 16, 19 de diciembre de 1931, p. 1.

⁴⁷⁸ *Chicote* alude a *azote*.

⁴⁷⁹ “El diputado José Vega nos cuenta algunos recuerdos de Recabarren”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 58, 24 de diciembre de 1932, p. 3.

⁴⁸⁰ *Loc. cit.*

Lo interesante de este recurso es el uso de la legitimidad y la tradición de lucha que representa la figura de Recabarren, puesta al servicio de los intereses políticos del CC de Contreras Labarca. En función de esta motivación, la fracción oficial continuó la institucionalización de su fundador. Entre 1932 y 1933, se impulsaron iniciativas al respecto. En el marco de la celebración del octavo aniversario de la muerte de Recabarren, el CC nombró una comisión. Entre las tareas mencionadas por la comisión, se determinó impulsar una colecta para la construcción de su mausoleo y, al igual que en los años veinte, elaborar su biografía⁴⁸¹. Por otro lado, la sede del PC en Antofagasta dispuso un quiosco para la venta de las obras del maestro, además de ofrecer una conferencia sobre su vida y obra⁴⁸².

Las conmemoraciones de los 19 de diciembre, a partir de 1931, fueron organizadas de acuerdo a los objetivos políticos del PC oficial. Según un artículo publicado en el periódico *El Comunista*, se afirmó la necesidad de movilizar para ese día a todos los trabajadores alrededor de un programa concreto de agitación y de organización. Asimismo en esa instancia se aprovecharía de reclutar nuevos afiliados para los sindicatos de la FOCh⁴⁸³. Al año siguiente, la comisión organizadora se propuso caracterizar la conmemoración de acuerdo a los siguientes puntos:

“b) Ligar el aniversario de la muerte de nuestro camarada con el planteamiento de las reivindicaciones de la clase obrera.

c) Ligar al mismo tiempo, esta jornada con la campaña contra la guerra imperialista, tomando en

⁴⁸¹ “Aniversario de la muerte del camarada Recabarren y de la masacre de Iquique”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 53, 12 de noviembre de 1932, p. 3.

⁴⁸² “En homenaje al viejo Reca”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 20, 15 de diciembre de 1931, p. 3.

⁴⁸³ “Como homenaje a la memoria de nuestro viejo “Reca” realicemos grandes manifestaciones de masas”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 20, 15 de diciembre de 1931, p. 1.

cuenta que Recabarren fue en Chile el primer hombre que siendo aún militante de la II Internacional se rebeló contra sus jefes que traicionaban al proletariado en la guerra mundial, los mismos que preparan una nueva traición.”⁴⁸⁴

En el ejemplar de *Bandera Roja* correspondiente al 17 de diciembre de 1932, se describió este evento como una apoteósica manifestación de masas que congregaría a “numerosas representaciones de organizaciones de la capital y de provincias”⁴⁸⁵. En la portada del mismo número, se especificó su contenido político:

“En este aniversario, todos los trabajadores de la ciudad y del campo, como homenaje máximo a la memoria del nombre glorioso de Luis E. Recabarren, deben, una vez más, armarse de la firme voluntad de luchar incansablemente por las reivindicaciones inmediatas más sentidas contra el hambre, la reacción y la guerra, por la revolución obrera y campesina, constituyendo el frente único de hierro de todos los explotados y oprimidos.”⁴⁸⁶

Desde esta perspectiva, la respuesta a la forma correcta de conmemorar el noveno aniversario de la muerte del líder chileno era clara. Rendirle homenaje a Recabarren en 1933 era llamar a los trabajadores a formar el Frente Único por la base y rechazar “la demagogia que se gastan los socializantes que vienen desde el seno de la burguesía y de la pequeña burguesía”⁴⁸⁷.

Considerando estos antecedentes, es evidente que las conmemoraciones de los 19 de diciembre estuvieron subordinadas a las estrategias de la fracción oficial. En

⁴⁸⁴ “Aniversario de la muerte del camarada Recabarren y de la masacre de Iquique”, *op. cit.*

⁴⁸⁵ “El homenaje [sic] a Recabarren debe constituir una gran demostración de masas”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 57, 17 de diciembre de 1932, p. 4.

⁴⁸⁶ “Mañana se cumplen 8 años desde la muerte de RECABARREN”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 57, 17 de diciembre de 1932, p. 1.

⁴⁸⁷ “¿Cómo debemos conmemorar el noveno aniversario de la muerte de nuestro compañero Luis E. Recabarren Serrano?”, *op. cit.*

consecuencia, en estas masivas manifestaciones persistieron las tensiones entre ambas fracciones. Según un informe del Prefecto Jefe Bruno Montt al Intendente de Santiago, frente a los incidentes entre obreros “hidalguitas y lafertistas”, Marcos Chamudes, uno de los líderes de la fracción oficial, señaló que “que no era necesario usar la violencia contra esos renegados del partido comunista, que la violencia se dejara para los momentos que se necesitara hundir a la clase capitalista y al régimen actual.”⁴⁸⁸

A propósito de estas diferencias en el marco de la disputa por la dirección del PC, a raíz de la cantidad de registros actualmente disponibles, es posible intuir que el proceso de institucionalización de la figura de Recabarren no se desentendió de las distancias entre ambas fracciones. Si bien en esta sección hemos privilegiado el proceso desarrollado en la fracción oficial, no significa que los opositoristas olvidaron a uno de sus principales líderes de antaño. Efectivamente, la fracción de oposición se apropió del nombre de Recabarren para identificar su editorial y la llamada Universidad Comunista. Asimismo, un artículo titulado “En recuerdo de Mariátegui, Mella y Recabarren”, publicado en julio de 1933 por el *Boletín Hispanoamericano* asociado a la OCI, nos permite identificar una posición crítica sobre la apropiación ejercida por los lafertistas, además de simpatías por el líder chileno. Para referirse a Recabarren, este artículo se refirió a su biografía en los siguientes términos:

“Recabarren, líder del movimiento comunista chileno, antes de caer en la degeneración lafertista, llegó al mismo aportando toda su experiencia de viejo militante. Hasta el último momento combatió con decisión al dictador Ibáñez y murió bajo los efectos de la represión”⁴⁸⁹.

⁴⁸⁸ AHN, FIS, vol. 794, Diciembre de 1931, Oficio del Prefecto Jefe de la Prefectura General de Carabineros de Chile al Intendente de Santiago, Doc. n.º 5501, 22 de diciembre de 1931, s. f.

⁴⁸⁹ AHN, s. c., AMH, “En recuerdo de Mariátegui, Mella y Recabarren”, *Boletín Hispanoamericano*, 1 de julio de 1933, 1(1):9-10.

No obstante, tres indicios no pueden dar cuenta de un proceso tan complejo como lo es la institucionalización. En ese sentido, para nosotros es evidente que, a la luz de nuevos registros, este tema queda pendiente para futuras investigaciones.

Recapitulando lo anterior, podemos sostener que las llamadas políticas del “Tercer período” impactaron en el sentido de esta tradición. Sin embargo, ello no supone que las conmemoraciones anteriores a la bolchevización fueron más emocionales al estar supuestamente desprovistas de contenido político. Es claro que para el PC ese tipo de instancias fueron un espacio más para la difusión de sus ideas. Recordemos que en todas las manifestaciones convocadas por la FOCh y el PC se dispusieron tribunas. Por otro lado, la interpretación de la vida y obra de Recabarren siempre estuvo sujeta a las líneas estratégicas de los comunistas de la época.

La particularidad de estos años fue que esta conmemoración fue vista por el PC oficial como una campaña de agitación y propaganda. Esto explica que para las celebraciones de los años 1925 y 1926, la prensa comunista convocara a sus simpatizantes solo para ese efecto, mientras que para los primeros años de 1930, las convocatorias aglutinaron elementos políticos. No obstante, como es posible apreciar en las citas anteriores, la introducción de este contenido fue gradual en estos tres años. Desde nuevos espacios para reclutar militantes hasta los llamados a constituir Frente Único y rechazar a los “oportunistas”. Por otro lado, el trato que se le dio a Recabarren en relación a estos elementos estratégicos también cambió.

Esta correlación no evidencia que la negación del “recabarrenismo” haya sido un progresivo distanciamiento que partió en 1931, a raíz de las diferencias estratégicas. El quiebre se produjo en 1933 y, antes de esa fecha, la prensa comunista chilena veló por mantener intacta la herencia de Recabarren y su figura. Considerando esto, la crítica al “recabarrenismo” fue abrupta. La intervención de Fritz

Glaufbauf en una reunión del BSA celebrada en 1934 confirma que - tal como lo plantea Olga Ulianova - esta visión fue impuesta. Respecto a la herencia de Recabarren, Glaufbauf señaló lo siguiente:

“Otro punto del folleto que provoca observaciones es la parte que trata de Recabarren. Recuerdo la resistencia que el año pasado, durante el aniversario de Recabarren, se opuso a la introducción de una crítica a las posiciones falsas de Recabarren. Un folleto donde se observaba el elogio incondicional a Recabarren, desapareció y nunca fue publicado. Pero en un órgano controlado por el P. (*Vanguardia*) apareció un artículo sobre Recabarren falto por completo de crítica.”⁴⁹⁰

De acuerdo a Ulianova, una vez intervenido el Buró Político del PC oficial por los emisarios del BSA en enero de 1933, la crítica al “recabarrenismo” se instala en su discurso⁴⁹¹. Según la conocida portada de *El Comunista* publicada para el noveno aniversario de la muerte de Recabarren, el error fundamental de la teoría y práctica política del fundador del PC fue la incapacidad de evitar la influencia de los partidos burgueses, en particular su tendencia hacia el colaboracionismo, es decir al establecimiento de alianzas electorales⁴⁹². Este fue el impedimento que tuvo el maestro, según el mismo artículo, para alcanzar la ideología revolucionaria, es decir, el marxismo-leninismo. Durante la Conferencia Nacional realizada en julio del mismo año, la herencia de Recabarren fue vista como una desviación y, por consiguiente, un obstáculo para la unidad doctrinaria del

⁴⁹⁰ “Discusión sobre la situación chilena en el Buró Sudamericano de KOMINTERN. Intervención de Fritz Glaufbauf (Diego)”, RGASPI, 495.106.38, marzo de 1934, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *op. cit.*, 2009, p. 363.

⁴⁹¹ Olga Ulianova, “República Socialista y soviets en Chile...”, *op. cit.*, pp. 193-194.

⁴⁹² “¿Cómo debemos conmemorar el noveno aniversario de la muerte de nuestro compañero Luis E. Recabarren Serrano?”, *op. cit.*

partido. Según la resolución de los conferencistas, Recabarren nunca habló de la revolución obrera y campesina, ni comprendió el rol del imperialismo o la alianza obrera-campesina, también sostuvo que el partido era de todos los pobres y no de una clase⁴⁹³. En definitiva, no llegó al análisis político de la fracción oficial de los primeros años de 1930.

Para los comunistas de la fracción oficial, estas críticas se refirieron a la utilidad del “recabarrenismo” para sus luchas actuales. En ese sentido, la herencia de Recabarren fue confinada a una fase pretérita del desarrollo de la clase obrera chilena. En estos años, se insistió en superar esta fase, por lo que llamaron a eliminar todo resabio de esa ideología entre los cuadros. Pese a lo anterior, el PC oficial siempre reconoció los méritos de su fundador. Un ejemplo de ello es la siguiente declaración de los conferencistas de julio:

“Recabarren tiene los más grandes merecimientos. Como organizador, agitador, como dirigente abnegado y sincero, le rendimos nuestro tributo de admiración. El gran cariño que la clase obrera siente hacia él, está plenamente justificado, y nosotros no deseamos empañar en lo más mínimo ese cariño. **Recabarren es nuestro.**”⁴⁹⁴

Esta última frase da cuenta de la institucionalización que tuvo la figura del líder chileno. Recabarren no fue un militante cualquiera del PC, fue su fundador y el organizador del movimiento obrero revolucionario. Recabarren era, en este sentido, la bisagra que permitió al partido de esta época conectar sus luchas actuales con una tradición de largo aliento. De ahí la importancia de elevar la figura del maestro al panteón del comunismo chileno. Este proceso implicó ahondar superficialmente sobre la obra política de Recabarren, lo que les permitió a los comunistas re-interpretarla.

⁴⁹³ *Hacia la formación de un verdadero partido de clase...*, op. cit., pp. 33-34.

⁴⁹⁴ *Ibid.*, p. 33. Destacado en negritas es nuestro.

La apertura de la caja negra, como mencionamos, se produjo por una imposición de los representantes del BSA. Es en este período donde se le imputa, por primera vez, a la tradición recabarrenista su inclinación por las alianzas electorales y la lucha contra otros sectores de las izquierdas, es decir los nudos críticos que las dirigencias de la fracción oficial identificaron en su reflexión sobre el pasado de su partido en el marco de las políticas del “Tercer Período”. Esta visión, sin embargo, no fue contradictoria con el Recabarren institucional. No lo fue, porque se estableció una separación entre su figura como líder y padre, y su actuación como militante. En ese sentido, las críticas a su pensamiento y práctica política no fueron contradictorias con su vinculación a la historia del PC. De ahí que la consigna adoptada por el periódico *El Comunista*, “con Recabarren y contra el recabarrenismo”⁴⁹⁵, no sea incoherente. Desde esta perspectiva, no es posible sostener que a lo largo del período se produjo un silenciamiento respecto a la figura del maestro⁴⁹⁶. Después de su muerte, los comunistas hablaron de él, institucionalizaron su figura y lo elevaron al grado más alto que pudo llegar un comunista. La bolchevización no afectó esta apropiación, sino sus contenidos específicos.

5. Los cómplices del fascismo

Desde el advenimiento de la dictadura de Ibáñez hasta la inflexión en la política sectaria del PC chileno a mediados de 1933⁴⁹⁷, hubo una diversificación de quienes fueron considerados como cómplices de la burguesía y de su vía fascista. A fines de octubre de 1926, Carlos Contreras Labarca sostuvo que, además de la derecha chilena, la USRACH y el Partido Demócrata eran cómplices del

⁴⁹⁵ “¿Cómo debemos conmemorar el noveno aniversario de la muerte de nuestro compañero Luis E. Recabarren Serrano?”, *op. cit.*

⁴⁹⁶ Cfr. con Jaime Massardo, *op. cit.*, pp. 36-56, Gabriel Muñoz, *op. cit.*, p. 132.

⁴⁹⁷ AHN, FIS, vol. 838, *¡De pie contra el fascismo!*, adjunto a doc. n° 3063, 30 de junio de 1933, fj. 1.

ministro Carlos Ibáñez, en tanto consideraba que sus intentos por imponerse ante el Parlamento eran un pretexto para asentar una dictadura fascista⁴⁹⁸. No obstante, a partir de 1931, la percepción de los comunistas sobre sus adversarios políticos cambió. El eje de las críticas en la prensa revisada se desplazó desde los llamados “partidos “traidores” por Contreras Labarca hacia la fracción de oposición y, en general, a la social-democracia, incluyendo a los anarquistas. Esta mirada, por otro lado, fue correlativa al carácter que adquirieron las recepciones de la fracción oficial sobre la Unión Soviética.

Las percepciones de los comunistas chilenos sobre la URSS, a partir de 1931, estuvieron marcadas por la realización del Primer Plan Quinquenal y el advenimiento del Segundo. Para la fracción oficial, en la Unión Soviética se estaba edificando el socialismo y exterminando las clases, cuyo estado de avance ya estaba marcando diferencias sustanciales respecto a los países capitalistas. Daremos tres ejemplos al respecto.

Frente a las denuncias sobre la esclavitud que sufrían los trabajadores soviéticos, el PC oficial difundió en su prensa una imagen gloriosa de la URSS⁴⁹⁹. Según A. Deutsch en agosto de 1931, la cesantía no existía en la URSS, mientras que en los países capitalistas la crisis

⁴⁹⁸ Discurso de Carlos Contreras Labarca en la Cámara de diputados, “El actual gabinete ha sido impuesto por la fuerza de la dictadura. Los partidos históricos son cómplices de este nuevo atentado”, *El Comunista*, Antofagasta, Año XI, N° 2842, 3 de diciembre de 1926, p. 1.

⁴⁹⁹ “Los éxitos del primer plan quinquenal en la agricultura”, *Bandera Proletaria*, Santiago, Año I, N° 3, 17 de abril de 1933, p. 3; “Los progresos de la Unión Soviética”, *El Despertar Proletario*, Iquique, Año I, N° 2, 7 de mayo de 1933, p. 4; “Unión Soviética”, *El Despertar Proletario*, Iquique, Año I, N° 7, 11 de junio de 1933, p. 2; “El plan leninista de edificación socialista de la URSS”, *El Despertar Proletario*, Iquique, Año I, N° 8, 20 de agosto de 1933, p. 2; “La Unión Soviética muestra el camino que conduce fuera de la crisis”, *El Despertar Proletario*, Iquique, Año II, N° 6, 11 de diciembre de 1933, pp. 3 y 4; “No hay que dejarse engañar por las informaciones calumniosas contra la URSS”, *Justicia*, Iquique, Año I, N° 9, 22 de octubre de 1933, p. 4.

económica generó centenares de desocupados⁵⁰⁰. Al año siguiente, Elías Lafertte habló sobre su viaje a la Unión Soviética. De acuerdo al líder de la fracción oficial, en las calles de Moscú se veía a miles de hombres y mujeres en trabajo, es decir “una gran colmena, pero sin zánganos, porque hace tiempo que las abejas laboriosas les han dado la muerte.”⁵⁰¹ Finalmente, en marzo de 1933, un corresponsal del periódico *El Comunista* escribió la siguiente comparación:

“Las contradicciones existentes entre el mundo capitalista en descomposición y el mundo socialista, que avanza impetuosamente, alcanza en los instantes actuales una agudeza inaudita, en tanto que en el mundo donde gobierna la burguesía domina la crisis, la desocupación y la miseria, haciendo los más terribles estragos en el seno de las masas obreras, campesinas y de la pequeño-burguesía empobrecida. Pero en la Unión Soviética, donde gobierna la clase obrera y campesina, no hay crisis ni desocupación, y por el contrario faltan brazos para terminar la construcción del socialismo y la terminación de las clases.”⁵⁰²

Este contraste entre el progreso económico y social de la URSS y el régimen de miseria que subordinaba a los trabajadores de los países capitalistas, permitió a los llamados “laferttistas” posicionar su discurso y prácticas políticas como las legítimamente revolucionarias. Lo expuesto en estos artículos eran pruebas de su eficiencia. Desde esta perspectiva, las percepciones en torno a la URSS estuvieron ancladas al distanciamiento de las llamadas “ideologías contrarrevolucionarias”, de acuerdo a la tesis del social-fascismo. Estas apreciaciones se concedían

⁵⁰⁰ A. Deustch, “El socialismo liquida la desocupación”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 1, 13 de agosto de 1931, p. 4.

⁵⁰¹ “Elías Lafertte nos habla de su viaje a la Unión Soviética”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 24, 29 de marzo de 1932, p. 3.

⁵⁰² “El movimiento de los cesantes”, *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, N° 2, 24 de marzo de 1933, p. 3.

a lo planteado por Komintern desde 1929. De acuerdo a Fernando Claudín, la asimilación de la social democracia al social-fascismo ratificó el carácter sectario del Frente Único “por abajo”: se excluyó el pacto con los partidos socialistas y, asimismo, se impulsó una política que apuntaba a desenmascarar su complicidad con el fascismo⁵⁰³. En ese sentido, el carácter contrarrevolucionario que el comunismo oficial le atribuyó a sus adversarios políticos aludió a la inminente traición que estos grupos harían en la hora decisiva de la revolución. Esta fue la interpretación que preponderó en la Internacional Comunista y, en gran parte, tuvo por referencia la coyuntura política de la Alemania de Adolf Hitler.

En este marco, la lucha del PCA frente al régimen nazi fue examinada por los comunistas chilenos de la fracción oficial. Este ejercicio les sirvió para captar referencias sobre la lucha contra el fascismo y sus posibles adversarios políticos. Al respecto, un corresponsal de *Bandera Roja* a fines de 1932 describió lo siguiente:

“A pesar del derrotismo y de las jereniadas del exhibicionista L. Trotsky, el Partido Comunista Alemán no sólo no ha sido aplastado por el fascismo, sino se fortifica día a día. La resistencia del partido al fascismo ha sido victoriosa. El avance del movimiento hitlerista se ha detenido y las masas desengañadas se alejan de los líderes nacistas, que creyeron fácil la subida al poder y que han ido de claudicación en claudicación.”⁵⁰⁴

Este supuesto triunfo del PCA, el cual fue atribuido al cumplimiento de la línea estratégica de Komintern, demostraba que los comunistas no requerían entrar en pactos con los dirigentes social demócratas y que, por otro lado, la estrategia trotskista estaba equivocada. Asimismo,

⁵⁰³ Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista...*, op. cit., pp. 71-74.

⁵⁰⁴ “El Partido Comunista Alemán consolida sus posiciones frente al fascismo”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 53, 12 de noviembre, p. 3.

en agosto de 1933, un articulista de *El Comunista* recalcó nuevamente que el PCA no necesitaba pactar con los social demócratas, quienes debían ser considerados traidores por haber apoyado a Hitler en su ascenso al poder⁵⁰⁵. Siguiendo con esta línea, se publicó en *El Comunista* las resoluciones del XIII CE de Komintern, tituladas “O la toma del poder por el proletariado o la implantación del fascismo para salvar en parte el capitalismo”⁵⁰⁶. Tal como su nombre lo indicó, la agudización del conflicto entre los dos frentes, en el marco del “Tercer Período”, posicionó el fascismo como la única salida posible que los capitalistas tenían para superar la crisis. En este contexto, se consideró urgente la organización del Frente Único por la base, excluyendo a los elementos posiblemente contrarrevolucionarios.

A partir de lo anterior, el PC oficial tildó a todas las organizaciones partidarias que realizaban trabajo político entre los trabajadores como “contrarrevolucionarias” o “social-fascistas”. A lo largo de estos años, la fracción oficial se dedicó a través de su prensa a denunciar la complicidad de estos grupos (los anarquistas, demócratas, ibañistas, socialistas, etc.) con la burguesía imperialista y sus agentes en la oficialidad militar. Estas campañas de desprestigio, por otro lado, adoptaron las dinámicas de la lucha fraccional en el seno del PC. Por consiguiente, la insistencia de la fracción oficial en desenmascarar a los llamados renegados se tradujo en una serie de acusaciones que buscaron establecer las diferencias entre ambos grupos y, fundamentalmente, atribuirse la representación del comunismo chileno.

En particular el año 1931 y siendo contemporáneo a las denuncias de la fracción de oposición hacia los

⁵⁰⁵ Federación Juvenil Comunista, “Manifiesto. La Federación Juvenil Comunista a los jóvenes de la región”, *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, 2 de agosto de 1933, p. 3.

⁵⁰⁶ “O la toma del poder por el proletariado o la implantación del fascismo para salvar en parte el capitalismo”, *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, 30 de marzo de 1934, p. 4; 2 de abril de 1934, p. 4; 4 de abril de 1934, p. 4; 6 de abril de 1934, p. 4; 8 de abril de 1934, p. 4.

llamados “burócratas”, Manuel Hidalgo fue acusado de haberse adaptado a la política de la dictadura de Ibáñez, además de haber preferido sus vínculos con la burguesía (Alessandri y Montero) y los llamados elementos “contrarrevolucionarios”. La prensa del PC oficial sostuvo que Hidalgo rehusó defender la línea política del partido, por adherir a una política reformista⁵⁰⁷. Estas críticas fueron proyectadas a la fracción de oposición, de la cual Hidalgo fue uno de sus líderes. A los opositores también se les acusó de colaborar con el grovismo⁵⁰⁸, porque - según la fracción oficial - su trabajo sindical se habría inscrito en el marco legal (específicamente, se refirieron al uso de los mecanismos de conciliación y arbitraje). En suma, los opositores fueron identificados con el supuesto oportunismo de los partidos de la II Internacional. Después que la fracción de oposición fundó la Izquierda Comunista, el PC sostuvo que su trotskismo era la ideología contrarrevolucionaria de la II Internacional y que buscaba aplastar, junto a la burguesía, a los verdaderos luchadores

⁵⁰⁷ Comité Central del Partido Comunista de Chile, “¡Hemos derribado a Ibáñez, pero nuestra miseria continua!”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 1, 13 de agosto de 1931, p. 2; “‘El 23 de enero surge en Chile el Estado Socialista’, dice Hidalgo”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 2, 20 de agosto de 1931, p. 3; “Expulsado del Partido Comunista”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 2, 20 de agosto de 1931, p. 3; “El pronunciamiento de la base”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 2, 20 de agosto de 1931, p. 3; “Hidalgo defiende al capitalismo extranjero”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 3, 27 de agosto de 1931, p. 4; Buró Sudamericano de la Internacional Comunista, “La Internacional Comunista desenmascara al traidor de Manuel Hidalgo”, *Bandera Roja*, Santiago, Año I, N° 4, 1 de octubre de 1931, pp. 1-2; “El por qué el Partido Comunista expulsó a Hidalgo”, *El Comunista*, Antofagasta, Tercera Época, Año I, N° 4, 7 de octubre de 1931, p. 3; “El traidor de Manuel Hidalgo encabeza la campaña de la burguesía para la disolución de los albergues”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 19, 21 de febrero de 1932, p. 1.

⁵⁰⁸ “El hidalguismo en funciones”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 50, 22 de octubre de 1932, p. 4; “Los obreros textiles repudiaron a los trabajadores hidalguientos que trataban de engañarlos”, *Bandera Roja*, Santiago, Año II, N° 62, 21 de enero de 1933, p. 4; *Manuel Hidalgo, colaborador profesional de la burguesía*, Santiago, Imprenta Selecta, 1934.

por las reivindicaciones obreras⁵⁰⁹. En conjunto, estos planteamientos buscaron relegar el comunismo de los opositoristas al terreno del social-fascismo, enfatizando su carácter eminentemente reaccionario.

Dado el carácter heterogéneo que tuvo la aplicación de este tipo de acusaciones, podemos sostener que más que establecer una caracterización rigurosa, el PC oficial buscó definir las diferencias y límites con sus adversarios que le permitían posicionarse como vanguardia revolucionaria. En ese sentido, todas estas acusaciones fueron estratégicas y expresaron el carácter sectario que finalmente resultó de las políticas del “Tercer período”⁵¹⁰.

A partir de lo anterior, el modelo del activista no permitió su porosidad. Fue una representación que efectivamente se mantuvo sin variaciones una vez que logró la hegemonía en la fracción oficial. Desde esta perspectiva, todas las características ajenas a ese campo fueron consideradas como contrarrevolucionarias o propias del social-fascismo. De ahí que podemos visualizar un perfil negativo del militante, cuyo contenido fue determinado por las diferencias estratégicas respecto a la línea política del PC oficial y sus adversarios políticos en la disputa por la dirección del movimiento obrero revolucionario. Sin embargo, y como lo hemos señalado, esta rigidez en el discurso necesariamente entró en tensión a las prácticas políticas - supuestamente desviadas - aún vigentes entre los comunistas.

⁵⁰⁹ “Grovismo, alessandrismo, napismo, izquierdismo, hidalguismo y trozkismo [sic]”, *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, N° 4, 17 de abril de 1933, p. 3; “Los traidores de la clase obrera se han descaretado”, *El Comunista*, Antofagasta, Quinta Época, Año I, N° 6, 10 de mayo de 1933, p. 3.

⁵¹⁰ Andrew Barnard, *op. cit.*; Olga Ulianova, “Entre el auge revolucionario y el abismo sectario...”, *op. cit.*; Carmelo Furci, *op. cit.*, pp. 64-65, Gabriel Muñoz, *op. cit.*

CONCLUSIÓN

Hasta 1925, la representación tradicional o inicial del militante era la del comunista crítico y proactivo, con una moral intachable y consecuente con su experiencia en el seno de los sindicatos y en las luchas sociales. Para el PC chileno, este tipo de persona era quien, a través del ejemplo o la palabra, lograría concientizar a las masas y así posicionar al partido en la conducción del proceso revolucionario. Sin embargo, desde fines de ese año, este modelo hegemónico, tanto en los discursos como en las prácticas políticas de los comunistas, sufrió modificaciones importantes.

Tras el VII Congreso partidario, fue formalizado el sistema celular como la nueva estructura orgánica, lo que se tradujo en el acatamiento a las órdenes de las directivas partidarias, como principio que buscó regir la selectividad de los militantes y sus actividades, además de las resoluciones komintereanas sobre la fracción parlamentaria. Asimismo, en esta instancia se buscó fortalecer las referencias doctrinarias (lecturas y escuelas *ad hoc*) para corregir lo que ya se estaba considerando una infiltración de “influencia corrosivas” en el seno del PC. En conjunto, todos estos cambios implicaban una reformulación de las relaciones de poder que se establecían entre los comunistas y, consiguientemente, eran funcionales a una forma particular de entender la militancia.

Este repertorio de incorporaciones fueron impulsados a partir del siguiente diagnóstico: la descoordinación, la ineficiencia y la inestable constancia de la actividad partidaria, eran contraproducentes ante un momento crucial para el movimiento obrero revolucionario, la inminente reacción de la burguesía contra sus avances y conquistas.

El sentido de urgencia para responder a estos nuevos desafíos que planteaba la coyuntura nacional (incluso, internacional) parece ser razón suficiente para considerar las referencias bolcheviques como respuestas aceptables. En ese sentido, la bolchevización aparece como

una respuesta obligada que se explicaría por una predisposición de los comunistas chilenos a elevar a los bolcheviques como modelos a seguir, y también a su deseo de internacionalizar su rol. No obstante, esta hipótesis no explica por qué la implementación de estas resoluciones empezó a concretarse con mayor decisión, una vez que el PC fue intervenido directamente por el SSA, y cuando sus condiciones materiales mejoraron tras la salida de la clandestinidad. Hasta ese momento, la mayoría de las decisiones que se tomaron en el VII Congreso quedaron en el papel, o su aplicación fue incipiente e intermitente. Por tanto, el supuesto consenso sobre la urgencia de incorporar la bolchevización, no era tal.

Pese a lo anterior, durante 1926 solo la disciplina férrea fue impulsada energéticamente por el CEN de ese año. Sin embargo, a raíz de los altísimos costos que le significaba a la militancia, esta impronta generó importantes contradicciones y controversias entre posiciones divergentes (entre las disciplinas “férrea” y “consciente”).

Al respecto, es posible sostener que hubo un consenso en la dirigencia sobre la introducción de la disciplina, pero no así en sus términos específicos. En este contexto, la labor desarrollada por la fracción parlamentaria, conformada por antiguos dirigentes del PC, fue motivo de amonestaciones y tensiones, los cuales culminaron en la abierta confrontación, a propósito del diagnóstico planteado por carta del SSA a fines del año.

Contemporáneo a este fenómeno, los llamados a corregir las “influencias malsanas”, finalmente derivaron, una vez que el CEN consolidó sus posiciones en el VIII Congreso gracias al apoyo de los delegados komintereanos invitados, en la formalización del monolitismo doctrinario y la prohibición de las “desviaciones”. De esta manera, la controversia sobre la fracción parlamentaria, fue gatillada una vez que los miembros del CEN, omitiendo sus propias faltas, aprovecharon las denuncias de “desviaciones de derecha” sobre este sector. De ahí que el despliegue del debate que suscitó la Carta Abierta del SSA no se enfocara específicamente en la actuación de la bancada comunista,

sino en temas que evidencian las divergencias en torno a la bolchevización: ¿el PC requiere o no bolchevirizarse?, ¿subordinarse o no al SSA?, ¿criticar públicamente a *todos* los militantes solo en los congresos o supervisarlos constantemente?, ¿los liderazgos comunistas y la autoridad de las directivas partidarias se fundamentan en la trayectoria política o en el conocimiento doctrinario?

Asimismo, como dimos cuenta, estos nudos críticos tensionaron las relaciones entre el SSA y su sección chilena durante la dictadura ibañista. Por tanto, ni la disciplina férrea ni el monolitismo doctrinario - las principales referencias bolcheviques de estos años - fueron incorporadas mecánicamente por los comunistas chilenos. En suma, la bolchevización fue un proceso conflictivo. En ese sentido, no se trató de incorporaciones que respondieron a una emulación inocente, precisamente porque son principios que delimitan las características de la militancia y, con ello, establecen hegemonía. De ahí que sea posible reconocer un proceso de discusión sobre la bolchevización, que gozó de significativos márgenes de libertad hasta la intervención del SSA, y cuya interrupción fue definitiva por esta causa.

Este discurso sobre la ineficiencia del partido y la apremiante necesidad de remediarlo, como es posible inferir, generó la legitimidad suficiente para que ciertos dirigentes comunistas lograran un equilibrio a su favor y, consiguientemente, sus propuestas fuesen aprobadas. Este primer avance en el cambio de la correlación de fuerzas en el PC, ya advertido en la crisis de septiembre-octubre de 1924, también se expresó en la constitución del CEN que operó para 1926.

La temprana implementación de los principios bolcheviques, dirigida por la cúpula partidaria y abogada por algunos dirigentes, estuvo en función de su interés por consolidar su hegemonía en el PC. En ese sentido, podemos sostener que la bolchevización, impulsada por la Internacional Comunista, terminó siendo instrumentalizada por este grupo. Sin embargo, respecto a esto último, las contradicciones y los debates abiertos que se produjeron a

lo largo de este año, no demuestran una continuidad clara respecto a quiénes se resistieron a la intervención del SSA e integraron las fracciones desde 1931. Si bien hay una continuidad en las ideas, no podemos decir lo mismo de los que las sustentaron.

Esto nos lleva a sugerir que el conflicto no reunió dos bandos totalmente diferenciados, sino que correspondió a una confluencia de posiciones entre distintos dirigentes. Evidentemente, es necesario un estudio más detallado sobre este tema para despejar esta pregunta.

En conjunto, todas estas tensiones estuvieron mediadas por las correlaciones de poder en el seno de la organización y, en ese sentido, manifestaron las distintas miradas sobre la hegemonía en el partido. En este marco, los cambios aplicados en el modelo del militante, fueron cambios respecto al horizonte de acciones e interpretaciones posibles sobre la vida partidaria de los comunistas, en definitiva, en su cultura política. De ahí a la importancia de estas discusiones para el devenir de la organización.

La cultura política tradicional, como señalamos a lo largo de este libro, concibió que la base constitutiva del ser comunista, era la toma de consciencia sobre la propia situación de explotación. El acceso a una racionalidad específica, cuyo contenido era concomitante al proselitismo comunista, conducía a un posicionamiento crítico respecto al sistema capitalista. Esta racionalización, más que ser un ejercicio puramente doctrinario, tenía la particularidad de constituirse y retroalimentarse en la experiencia de los trabajadores. Por tanto, la consciencia revolucionaria fue una interpretación política de vivencias compartidas y, consiguientemente, la doctrina operó como un marco flexible a la contingencia.

Desde este lugar, la idea de un sujeto comunista fue medular para comprender tanto la militancia en la medida que la acción partidaria se entendía como actos conscientes y productos de una reflexión constante, como el compromiso individual. De ahí que las problematizaciones

en torno a la militancia giraran en torno al cómo debían ser los comunistas en su dimensión humana racional.

En razón de lo anterior, la experiencia de los militantes en las luchas sociales y en el trabajo partidario-sindical, operó como un criterio de autoridad entre los comunistas chilenos, en la medida que se consideraba como la fuente del conocimiento. Por esta razón, este tipo de trayectoria, fundamentó el análisis político de los comunistas y consecuentemente, sus liderazgos. Bajo la impronta de la bolchevización, estos elementos fueron vistos como los principales conducentes a indisciplinas y desviaciones, precisamente porque podían exceder el marco doctrinario y las jerarquías partidarias. A partir de 1926, estas dimensiones de la experiencia militante fueron puestas en tela de juicio por quienes aspiraban a instalar una nueva hegemonía.

De la misma manera ocurrió con la centralidad otorgada al sujeto comunista, como mencionamos anteriormente, por la cultura política tradicional. Si se consideraban importantes las convicciones y compromisos personales, la moral y la capacidad de esgrimir opiniones críticas en las asambleas, era porque la acción partidaria se constituía a partir de actos individuales conscientes. Esta amplia libertad de acción e interpretación de cada militante desde fines de 1925, fueron catalogadas respectivamente de “traición de anarquía” y “confusionismo”, por significar una grave amenaza a los principios bolcheviques y, con ello, al tipo de militancia promovida por las cúpulas partidarias.

De ahí a la insistencia por normalizar el nivel doctrinario de los militantes, a través del establecimiento de referentes *ad hoc*; supervigilar su accionar y las discusiones asamblearias; endurecer las sanciones disciplinarias y remarcar las jerarquías partidarias.

En conjunto, para consolidar el poder de quienes abrazaron el modelo militante de los bolcheviques, fue imprescindible someter a crítica las bases de lo que consideraron sus principales obstáculos. Solo de esta forma les era posible consagrar una red de jerarquías, cuya autoridad estaba fundada en el conocimiento de experto de

la ortodoxia doctrinaria. En este escenario, la Carta Abierta del Secretariado Sudamericano, y la llegada de los emisarios komintereanos jugaron un rol gravitante. Efectivamente, los cambios en las correlaciones de fuerza operaron en un proceso que abarcó desde el debate desarrollado en diciembre de ese año, hasta la realización del VIII Congreso. A partir de ese momento, una nueva hegemonía empezó a consolidarse en el discurso oficial del PC.

La lógica de las recepciones de los comunistas chilenos sobre la cultura política bolchevique, tal como revisamos a lo largo de este trabajo, entendía que la consciencia revolucionaria solo podía ser profundizada a través de la adopción de un marco doctrinal específico: el definido por la instrucción del partido. Desde este lugar, se tendió a hiper-racionalizar la militancia, es decir, se concibió como algo desprovisto de lo subjetivo, reconociendo con ello la preponderancia del órgano partidario, por sobre la persona comunista. En ese sentido, podríamos considerarlo como una apuesta por la deshumanización. Por esta razón, las ideas de fracciones y cuadros aludían a unidades funcionales, objetivas y coherentes, cuyo marco de acción estaba determinado por la ortodoxia y las jerarquías de la organización. De ahí que las problematizaciones sobre la militancia, se hicieran en torno al qué era lo que le faltaba al PC, y no a cómo debían ser sus militantes.

Esta concepción implicó desplazar las iniciativas individuales, minimizar el rol crítico de los militantes y aplastar los posibles contra-poderes (los liderazgos supra-partido, en particular), y a cambio, fortalecer la autoridad de las direcciones centrales. Asimismo, la implementación de estas recepciones requirió instalar un conjunto de dispositivos reproductores: la auto-crítica, la instrucción doctrinaria institucional (como los cursos de capacitación), la supervigilancia (pública y burocrática), el repertorio de sanciones disciplinarias y la estructura celular.

Por otro lado, esta concepción deshumanizadora de la militancia, a propósito del énfasis en la funcionalidad de

los sujetos, impactó en la matriz moral de los comunistas. Si bien esto significó la pérdida de relevancia de la moral, como una condición necesaria para la revolución comunista, se canalizó la experiencia de los militantes durante la dictadura ibañista, hacia el heroísmo y el sacrificio con mayor decisión que en los tiempos de antaño.

No obstante todo lo anterior, las condiciones generadas por la dictadura y la forma en que el partido reaccionó frente a la adversidad, obstaculizaron en gran parte la aplicación de estos principios. Las tensiones producidas entre el CC Provisorio y el SSA, expresaron hasta qué punto los emisarios y representantes komintereanos estuvieron dispuestos a llegar por la bolchevización. La resistencia a la intervención y el posicionamiento de un grupo en favor del SSA, generaron la formación de dos fracciones en el seno del PC, a partir de 1931. Ambos grupos expresaron distintas concepciones sobre la cultura política comunista.

Sobre las fracciones del PC, la historiografía precedente trató sus diferencias de acuerdo a una dicotomía. Mientras que al PC oficial se le atribuyó el triunfo de la bolchevización, al PC de oposición se le imputó la continuidad -bajo un sentido un tanto conservador- de las prácticas y discursos de los tiempos de antaño. Tal como dimos cuenta a lo largo de este libro, la crisis de la hegemonía de la cultura política tradicional, no derivó en su total aniquilamiento. En ese sentido, ni los opositores ni los comunistas de la fracción oficial estuvieron exentos de las prácticas y discursos de antaño. De la misma forma, tampoco la bolchevización afectó exclusivamente a una fracción.

El militante comunista, para los opositores, debía ser una persona crítica, abnegada y disciplinada, dispuesta a considerar su experiencia para definir su acción y a la vez, ser capaz de teorizarla desde el marxismo. El ser comunista, por consiguiente, significaba tener la capacidad de aunar fuerzas en el movimiento obrero y posicionar al PC a la cabeza del ansiado proceso revolucionario.

En tanto, la representación hegemónica del activista, vigente en la fracción oficial, exigió al militante ser una persona experta en el comunismo ortodoxo; abnegada y disciplinada, con capacidades de liderazgo sobre las masas, y a su vez, intransigente en la forma correcta del camino revolucionario. El tipo de militante ideal para los opositoristas era quien, a partir de lo anterior, fuese capaz de aprovechar la crisis para que su partido lograra conducir la revolución inminente. Si bien en el discurso, ambas representaciones manifiestan más diferencias que similitudes, en la práctica éstas tendieron a flexibilizarse.

Ambos grupos adoptaron elementos de las culturas políticas que hemos identificado, evidentemente, estableciendo diferentes énfasis. Los opositoristas le dieron mayor relevancia a una versión renovada de la cultura política tradicional. El PC oficial, por su parte, si bien aspiró a cumplir las políticas del “Tercer Período”, y a figurar como un partido en su versión bolchevique, no siempre logró mantener esa línea, pese a que estableció las bases para lograrlo. Efectivamente, en la cultura política resultante de ambas fracciones, es posible hablar de continuidades y cambios. En definitiva, este proceso histórico fue producto de una serie de acomodaciones, imposiciones y negociaciones que respondieron a la impronta de la bolchevización y a la vigencia de las tradiciones de antaño. Asimismo respondieron a las correlaciones de fuerza, que le dieron a esta interrelación la forma de lucha fraccional.

A partir de este resultado, por supuesto sujeto a lo que será planteado en las próximas investigaciones, nos parece que nuestra propuesta no es solo una consideración teórica para el estudio de la cultura política comunista de este período. Esta investigación, si bien inició desde una mirada crítica respecto a la historiografía oficial del PC, tal como lo hemos señalado, no fue ese su punto de término.

En ese sentido, insistimos en afirmar la importancia de interpretar los procesos históricos desde su específica complejidad, evitando dejarse llevar por hipótesis precipitadas, que poco o nada le hacen justicia a los hechos.

En definitiva, creemos que este tipo de criterios permitirá, junto a la aparición de nuevas fuentes, desarrollar estudios con mayor consistencia y rigurosidad.

FUENTES

1. Archivos

Archivo Histórico Nacional, sin catalogar, archivo personal de Manuel Hidalgo Plaza, 1924-1934

Archivo Histórico Nacional, Fondo de la Intendencia de Santiago, 1931-1934

2. Periódicos

Bandera Proletaria, Santiago, 1933

Bandera Roja, Santiago, 1931-1933

Boletín semanal del C.E.N. del Partido Comunista de Chile, Santiago, 1926

Boletín Hispanoamericano, publicado por la Izquierda Comunista Española (sección española de la Oposición Comunista Internacional), 1933

El Despertar de los Trabajadores, Iquique, 1924-1926

El Despertar Proletario, Iquique, 1933-1934

El Comunista, Antofagasta, 1924-1926 y 1931-1933

Justicia, Iquique, 1931-1932

Justicia, Santiago, 1924-1927 y 1931-1932

La Chispa, Santiago, 1931

La Jornada Comunista, Valdivia, 1924-1926

Nuevos Rumbos, Chile, [1929-1930]

3. Folletos

En defensa de la Revolución. Informes, tesis y documentos presentados al Congreso Nacional del Partido Comunista a verificarse el 19 de Marzo de 1933. Santiago, Editorial Luis Emilio Recabarren, 1933

Plan de estudios de un curso de capacitación. Hacia la formación de un poderoso activo en el Partido Comunista chileno, Santiago, Taller gráfico Gutenberg, enero de 1933.

Manuel Hidalgo, colaborador profesional de la burguesía, Santiago, Imprenta Selecta, 1934

Hacia la formación de un verdadero partido de clase. Resoluciones de la Conferencia Nacional del Partido Comunista, realizada en julio de 1933, Santiago, Taller gráfico Gutenberg, 1933

BIBLIOGRAFÍA

- ALMOND, GABRIEL Y SIDNEY VERBA, “La cultura política”, en Albert Battle, *Diez textos básicos de las ciencias políticas*, España, Ariel Ediciones, Segunda edición, 2001, pp. 171-201.
- ÁLVAREZ, ROLANDO,
2015. “La bolchevización del Partido Comunista de Chile. Antecedentes (1920-1927)”, estudio presentado en Seminario Internacional “El comunismo y su impacto en América Latina, 1917-1948”, organizado por la Universidad de Valparaíso y la Universidad Diego Portales (inédito).
2008. “La herencia de Recabarren en el Partido Comunista de Chile: Visiones comparadas de un heredero y un camarada del ‘Maestro’. Los casos de Orlando Millas y Salvador Barra Woll”, en Rolando Álvarez, Augusto Samaniego y Hernán Venegas (eds.), *Fragmentos de una historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad y rebelión. (1912 - 1994)*, Santiago, Ediciones ICAL, pp. 16-51.
1997. “La matanza de Coruña”, *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, Santiago, USACH, 25(116):85-152.
- ÁLVAREZ, ROLANDO y MANUEL LOYOLA (eds.), *Un trébol de cuatro hojas. La Juventudes Comunistas de Chile en el siglo XX*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2014.
- ARÁNGUIZ, SANTIAGO, *Rusia Roja de los Soviets: Recepciones de la Revolución Rusa, del bolchevismo y de la cultura política soviética en el mundo obrero revolucionario chileno (1917 - 1927)*, Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2012.

- ARIAS, OSVALDO, *Ramón Sepúlveda Leal*, Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, Colección Militantes, 1983.
- BACZKO, BRONISLAW, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, Segunda edición, 1999.
- BARNARD, ANDREW, “El Partido Comunista de Chile y las políticas del tercer periodo, 1931-1934”, en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.), *1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos*, Santiago, IDEA-USACH, 2012, pp. 115-169.
- BOURDIEU, PIERRE,
2007. *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
2002. *Campo de poder, campo intelectual*, Argentina, Editorial Montessor.
- CARR, EDWARD H., *El socialismo en un solo país, 1924-1926. 3° Las relaciones exteriores*, Madrid, Alianza Editorial, 1976, t. 3, primera parte.
- CASTORIADIS, CORNELIUS, *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Editorial Tusquets, 1989, v. 2.
- CASTRO, MANUEL, “Recabarren: su legado”, *Araucaria de Chile*, Madrid, 1982, (19):59-76.
- CASTRO, PABLO, “Cultura política: una propuesta socio-antropológica de la construcción de sentido en la política”, *Región y sociedad*, México, enero-abril de 2011, 23(50):215-247.
- CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL PARTIDO COMUNISTA, *Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar*, Santiago, Ediciones 21 de Julio, 1952.
- CLAUDÍN, FERNANDO, *La crisis del movimiento comunista. Tomo 1: De la Komintern al Kominform*, [s. d.] Extraído de: www.marxistarkiv.se/cspanol/komintern/claudin_crisis_del_movimiento_voll.pdf

- CONTRERAS, VÍCTOR, *Campesino y proletario*, Moscú, Ediciones Estudio, Colección Camino de Rebelión, [s. d.].
- DEVÉS, EDUARDO, “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”, *Mapocho*, Santiago, segundo semestre de 1991, 30:127-136.
- DESHAZO, PETER, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM, 2007.
- DRAKE, PAUL, *Socialismo y populismo. Chile, 1936-1973*, Valparaíso, Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso, Serie Monografías Históricas N° 6, 1992.
- DURÁN, LUIS, “Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973”, en Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, Santiago, CESOC-FLACSO, 1998, pp. 341-372.
- DUVERGER, MAURICE, *Los partidos políticos*, México, FCE, 2012.
- FEDIAKOVA, EVGUENIA, “Rusia soviética en el imaginario político chileno 1917 - 1939”, en Manuel Loyola y Jorge Rojas (comp.), *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago, Impresora Valus S.A., 2000, pp. 107-142.
- FERNÁNDEZ-NIÑO, CAROLINA, “Y tú, mujer, junto al trabajador. La militancia femenina en el Partido Comunista de Chile”, *Revista Izquierdas*, 2(3):1-10.
- FURCI, CARMELO, *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2008.
- GONZÁLEZ, GALO, *La lucha por la formación del Partido Comunista de Chile*, Santiago, s. d., 1958, pp. 5-16.
- GÓMEZ, MARÍA SOLEDAD, “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922 - 1952)”, en Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile*.

- Estudio multidisciplinario*, Santiago, CESOC-FLACSO, 1988, pp. 65-139.
- GREZ, SERGIO,
 2015. "Un episodio de las políticas del 'Tercer Período' de la Internacional Comunista: elecciones presidenciales en Chile, 1931", *Historia*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2(48):465-503.
2014. "La izquierda chilena y las elecciones: una perspectiva histórica (1882-2013)", *Cuadernos de Historia*, Santiago, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, (40):61-93.
2011. *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912 - 1924)*. Santiago, Ediciones Lom.
- HÁJEK, MILOŠ, *Historia de la Tercera Internacional. La política del Frente Único (1921-1935)*, Barcelona, Editorial Crítica, 1984.
- HARAMBOUR, ALBERTO, "Ya no con las manos vacías. (Huelga y sangre obrera en Alto San Antonio. Los 'sucesos' de La Coruña. Junio de 1925)", en Pablo Artaza, *et. al.*, *A noventa años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, Lom Ediciones, DIBAM-Universidad Arturo Prat, 1998, pp. 183-192.
- HOBBSAWM, ERIC, "Introducción: la invención de la tradición", en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, pp. 7-21.
- HUTCHISON, ELIZABETH, *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano, 1900-1930*, Santiago, Lom Ediciones, Segunda Edición, 2014.
- LAFERTTE, ELÍAS, *Vida de un comunista (páginas autobiográficas)*, Santiago, [s. d.], 1957.
- LATOUR, BRUNO, *Ciencia en acción. Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*, España, Editorial Labor, 1992.

- LECHNER, NORBERT, *Cultura política y democratización*, Santiago, CLACSO, FLACSO, 1987.
- LILLO, LEANDRO, *Los lejanos ecos de una gran revolución: La Rusia soviética en el discurso del anarquismo y socialismo-comunismo chilenos (1917-1927)*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, 2008.
- LJUBETIC, IVÁN, *Breve historia del Partido Comunista de Chile*, Serie Comisión Regional Metropolitana de Educación, 1991.
- LOMNITZ, LARISSA ADLER, “Identidad nacional/cultura política: los casos de Chile y México”, en su *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*, Porrúa-FLACSO, Ciudad de México, 1994.
- LOYOLA, MANUEL,
- 2015. “Lecturas rojas: libros y folletos comunistas en Chile, 1920 y 1935” (inédito).
 - 2014. “Edición y revolución a comienzos de la década de 1930 en Chile”, *Mapocho*, DIBAM, (76):197-218.
 - 2008. “El *mandato sacrificial* y la cultura política del comunismo chileno”, *Revista Izquierdas*, Año 1(1):1-11.
- MAGASICH, JORGE, “La insurrección de la Escuadra de 1931” en su *Los que dijeron “No”. Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*, Santiago, Ediciones Lom, 2008, pp. 149-185
- MASSARDO, JAIME, *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena*, Santiago, Ediciones Lom, 2008.
- MORRIS, JAMES, *Las elites, los intelectuales y el consenso*, Santiago, Editorial del Pacífico, Departamento de Relaciones Industriales-Universidad de Chile-INSORA, 1967.

- MUÑOZ, GABRIEL, *Disputa por el comunismo en Chile: estalinistas y opositoristas en el partido de Recabarren (1924 - 1934)*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, 2014.
- PALACIOS, GERMÁN,
 2000. “El Partido Comunista y la transición a la democracia después de la dictadura de Ibáñez”, en Manuel Loyola y Jorge Rojas (comp.), *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago, Impresora Valus S.A., pp. 143-154.
 1994. *Estar fuera de la historia. 1931: Pascua Trágica de Copiapó y Vallenar*, Chile, Editorial Factum.
- PÉREZ, CRISTIÁN, “¿En defensa de la Revolución?: la expulsión de la «Izquierda Comunista», 1928 - 1936”, en Manuel Loyola y Jorge Rojas (comp.), *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos*, Santiago, Impresora Valus S.A., 2000, pp. 155-189.
- PINTO, JULIO y VERÓNICA VALDIVIA, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911 - 1932)*, Santiago, Lom Ediciones, 2001.
- RAMÍREZ, HERNÁN, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile. Ensayo de historia política y social de Chile*, Moscú, Editorial Progreso, 1984.
- ROJAS, JORGE,
 2012. “La prensa obrera chilena: el caso de *La Federación Obrera y Justicia*, 1921 - 1927”, en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.). *1912 - 2012. El siglo de los comunistas chilenos*, Santiago, Ediciones Lom, IDEA-USACH, pp. 23-80.
 1993. *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)*, Santiago, DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

- SÁNCHEZ, CÉSAR, *El justo camino revolucionario. La Bolchevización del Partido Comunista de Chile (1926 - 1933)*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, 2008.
- SAMANIEGO, AUGUSTO, “Visiones y políticas comunistas ante el Partido Mapuche (Temas históricos: 1927-1973), en Rolando Álvarez, Augusto Samaniego y Hernán Venegas (eds.), *Fragmentos de una historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad y rebelión (1912-1994)*, Santiago, Ediciones ICAL, 2008, pp. 91-116.
- TORRES, ISABEL, *El imaginario de las elites y los sectores populares. 1919 - 1922*, Santiago, Editorial Universitaria, 2010.
- ULIANOVA, OLGA,
 2010. “El comunismo chileno a través de los archivos soviéticos”, en Augusto Varas (ed.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, Santiago, Editorial Catalonia, Tercera Edición, pp. 261-287.
- 2009a. “Una crisis escuchada como la obertura de la revolución”, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922 - 1991. Tomo 2: Komintern y Chile 1931 - 1935*. Santiago, Ediciones DIBAM, t. 2, pp. 15-54.
- 2009b. “República socialista y Soviets en Chile. Seguimiento y evaluación de una ocasión revolucionaria perdida”, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922 - 1991. Tomo 2: Komintern y Chile 1931 - 1935*, Santiago, Ediciones DIBAM, t. 2, pp. 173-206.
- 2008a. “Develando un mito: emisarios de la Internacional Comunista en Chile”, *Historia*, Instituto de Historia, PUC, enero-junio, 1(41):99-164.

- 2008b. “Entre el auge revolucionario y los abismos del sectarismo: el PC chileno y el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista en 1932-1933”, en Rolando Álvarez, Augusto Samaniego y Hernán Venegas (eds.). *Fragmentos de una historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad y rebelión. (1912 - 1994)*, Santiago, Ediciones ICAL, 2008, pp. 52-90.
2005. “El PC chileno durante la dictadura de Ibáñez 1927 - 1931: primera clandestinidad y “bolchevización” estaliniana”, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922 - 1991. Tomo 1: Komintern y Chile 1922 - 1931*, Santiago, Ediciones DIBAM, t. 1, pp. 215-248.
- ULIANOVA, OLGA y ALFREDO RIQUELME (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, Santiago, DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005 y 2009, 2 tomos.
- VARAS, AUGUSTO, “Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern”, en Augusto Varas (ed.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente*, Santiago, Editorial Catalonia, Tercera Edición, 2010, pp. 51-74.
- VARAS, JOSÉ MIGUEL, *Chacón*, Santiago, Ediciones Lom, 2011.
- VEGA, JOSÉ,
 [1970]. “Aprendiz de comunista”, *Principios*, Santiago, s. d., [Quinta Época, 30(132)]:85-98.
 1969. “Aprendiz de comunista”, *Principios*, Santiago, marzo a junio, Cuarta Época, 29(130-131):89-100.
- VEGA, MARIANO, “¿Hidalguismo versus lafertismo? Crisis y disputa por la representación del comunismo en Chile, 1929-1933”, en Olga Ulianova, Manuel Loyola y Rolando Álvarez (eds.). *1912 - 2012. El siglo de los comunistas chilenos*, Santiago, Ediciones Lom, IDEA-USACH, pp. 97-114.

- VENEGAS, HERNÁN, “El Partido Comunista de Chile y sus políticas aliancistas: del Frente Popular a la Unión Nacional Antifascista, 1935-1943”, *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, USACH, Santiago, 2010, 14(1):85-111.
- VERGARA SANDRINO, “La sublevación de la marinería del año 1931 y el combate de Talcahuano”, *Anuario Academia de Historia Militar*, Santiago, 2011, (25):65-72.
- WILLIAMS, RAIMOND, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Ediciones Península, Segunda Edición, 2000.
- YOPO, BORIS, “Las relaciones internacionales del Partido Comunista”, en Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, Santiago, CESOC-FLACSO, 1988, pp. 373-399.

This book is available through JSTOR, a non-profit organization dedicated to the dissemination of scholarship. For more information please go to <http://es.about.jstor.org/>



Este libro está disponible a través de JSTOR, una organización sin ánimo de lucro dedicada a la difusión del conocimiento. Para obtener más información, visite <http://es.about.jstor.org/>

Luego de la muerte de Luis Emilio Recabarren, en diciembre de 1924, y en el contexto de rearticulación del poder oligárquico en el país durante los años de A. Alessandri e Ibáñez del Campo, el Partido Comunista de Chile experimentará tensiones y cambios que delinearon los signos básicos de su fisonomía histórica hasta nuestros días.

Centrada en las mutaciones acaecidas en el carácter de la militancia comunista y las mutaciones que expresó esta cultura política en virtud de la llamada *bolchevización*, este libro nos adentra en el conjunto de hechos y semblantes que se dieron cita en tal proceso, circunstancias -no está demás decirlo- casi siempre plagadas de incomprensiones e imposiciones.

ISBN 978-956-8416-40-9